

DE LAS CREADORAS
DE BEAUTIFUL

Traviesa
**CRIATURA
SENSUAL**

CHRISTINA LAUREN


VERGARA

DE LAS CREADORAS
DE BEAUTIFUL

Travesía
**CRIATURA
SENSUAL**

CHRISTINA LAUREN


VERGARA

TRAVIESA CRIATURA
SENSUAL

Christina Lauren



VERGARA

SÍGUENOS EN

megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A nuestros padres, Pat y James,
por respaldar incluso nuestras más locas aventuras*

Harlow

Irrumpo en el mediocre Starbucks de este vecindario mediocre con la esperanza de olvidar el segundo peor polvo de mi vida. Toby Amsler es tremendamente ligón, sexy y por añadidura pertenece al equipo de waterpolo de la Universidad de California en San Diego: lo tenía todo para una noche de tórrida diversión a lo grande.

Publicidad engañosa al máximo.

Verás, en lo que a posible interés amoroso se refiere, los tipos pertenecen a una de estas tres categorías básicas: mujeriego, incomprendido o niño de mamá. Sé por experiencia que hay mujeriegos de todas las formas y los tamaños: la estrella de rock obscena, el quarterback musculoso e incluso, de vez en cuando, el irresistible empollón atractivo. ¿Su punto fuerte en la cama? Por lo general el vocabulario soez y la resistencia, dos cosas a las que soy muy aficionada. Lamentablemente, no implican necesariamente habilidad.

El incomprendido suele ser un artista, un surfista tranquilo o un músico sentimental. Casi nunca saben qué demonios hacer, pero al menos están dispuestos a ponerle empeño durante horas.

Al niño de mamá es más fácil detectarlo. Aquí, en La Jolla, suele conducir el Lexus de segunda mano de su madre, en perfecto estado. Se quita los zapatos en cuanto cruza la puerta y siempre te mira a los ojos mientras habla. En la cama, el niño de mamá aporta escasos beneficios, pero al menos tiende a

ser pulcro.

Toby Amsler ha resultado ser una infrecuente mezcla de niño de mamá y mujeriego; exponencialmente peor en la cama, por tanto. Lo único más incómodo que su destreza oral de aspiradora es que su madre te despierte con té y Cheerios a las seis de la mañana, sin haber llamado a la puerta. Me han despertado de maneras mejores.

No sé por qué me sorprende. A pesar de lo que las películas y la música hacen creer a las mujeres, todos los tíos son unos incompetentes en lo referente al orgasmo femenino. Aprenden sexo viendo porno y, en el porno, el objetivo es que la cámara saque una buena toma y a nadie le importa si a la chica le funciona, porque, de todas formas, fingirá que le encanta. El sexo se vive de cerca y por dentro, no a la distancia de la cámara. Eso los tíos lo olvidan, por lo visto.

Todavía no se me ha normalizado el pulso y la pareja que tengo delante pide a ritmo de caracol. Él pregunta: «¿Qué le conviene a alguien a quien no le gusta el café?».

«Una cafetería seguro que no», me gustaría soltarle. Pero no lo hago y me recuerdo que no es culpa de este hombre en concreto que todos los hombres sean unos inútiles, que estoy frustrada y de mal humor.

Juro que no tengo tendencia a dramatizar. Simplemente, llevo una mañana pésima y tengo que respirar.

Cierro los ojos e inspiro profundamente. Así. Mejor.

Me aparto y frunzo el ceño ante el mostrador de pasteles barajando mis opciones. Entonces me quedo quieta y parpadeo dos veces antes de achicar los ojos y fijarme mejor en la vitrina. O, más bien dicho, en lo que se refleja en el cristal.

«¿Ese que está de pie detrás de mí no es... Finn Roberts?»

Me inclino hacia delante para distinguir lo que se ve junto a mi propio reflejo y, en la cola, justo detrás de mí, efectivamente, está... Finn. Inmediatamente hago un repaso mental. ¿Por qué no está en Canadá? ¿Dónde estoy yo? ¿Estoy despierta? ¿Estoy teniendo una pesadilla con Finn Roberts en la cama de agua individual de Toby Amsler?

Trato de convencerme de que es un efecto de la luz. A lo mejor el cerebro se

me ha cortocircuitado definitivamente esta mañana en que daría el brazo izquierdo por un orgasmo: seguro que eso me haría pensar en Finn, ¿no?

Finn Roberts, el único tío que ha conseguido eludir mi conveniente estrategia de las clases de hombre; Finn Roberts, el notable ex marido de doce horas de borrachera en Las Vegas, bueno con las manos, los labios y el cuerpo, el que consiguió que me corriera tantas veces que me dijo que creía que me había desmayado.

Finn Roberts, que también resultó ser un gilipollas.

Un efecto de la luz. No puede ser él.

Pero echo un vistazo fugaz por encima del hombro y me doy cuenta de que sí que lo es. Lleva una gorra de marino calada hasta los ojos avellana con las pestañas más largas y espesas que he visto en mi vida. Luce la misma camiseta verde seco con el logo blanco de la empresa de pesca de su familia con la que lo sorprendí en su ciudad natal hace poco más de un mes. Tiene los brazos bronceados y musculosos cruzados sobre el pecho.

Finn está aquí. Joder. Finn está aquí.

Cierro los ojos y gimo. Mi organismo reacciona a un horrible reflejo: inmediatamente siento una suave calidez, arqueo la columna como si él me estuviera empujando por detrás. Recuerdo el primer momento en que supe que estaríamos juntos, en Las Vegas. Borracha, lo señalé y dije en voz alta para que todos lo oyeran: «Seguramente esta noche me lo follaré».

Él se inclinó hacia mí y me dijo al oído: «Qué bien. Pero prefiero ser yo el que te folle».

Y sé que si ahora oigo su voz profunda, tranquila como el agua remansada y un poco cavernosa por naturaleza, con lo excitada que estoy, seguramente tendré un orgasmo aquí mismo, en la cafetería.

Sabía que tendría que haber esperado e ido en coche a Pannikin a tomar mi acostumbrado chute de café matutino. Cuento en silencio hasta diez. Una de mis mejores amigas, Mia, dice en broma que solo me callo cuando estoy sorprendida o enfadada. Ahora estoy tanto una cosa como la otra.

El camarero escuálido se estira hacia mí para que le haga caso.

—¿Quiere probar nuestro moca especiado?

Asiento sin comprender.

«Un momento. ¿Qué? No. ¡Qué asquerosidad!» Una diminuta pizca de mi cerebro que todavía funciona le ordena a gritos a mi boca que pida lo de siempre: café americano, solo. Pero me quedo paralizada, muda de aturdimiento, mientras el camarero de Starbucks anota mi pedido con un rotulador negro. Confusa, le pago y meto la cartera en el bolso.

Recobro la compostura y, cuando me vuelvo para esperar el café, Finn me mira a los ojos y sonrío:

—¡Eh, Pelirroja!

Vuelvo solo la cabeza para estudiarlo. Esta mañana no se ha afeitado y se le ve la sombra oscura de la barba incipiente. Tiene el cuello muy bronceado de haber trabajado todo el verano en el mar. Me permito repasarlo de arriba abajo, porque, seamos realistas, sería tonto no disfrutar de esa planta antes de decirle que se vaya a la mierda.

Finn tiene la constitución de un superhéroe de los cómics de Lola: ancho de pecho y estrecho de cintura, con los brazos desarrollados y las piernas musculosas. Da la sensación de impenetrabilidad, como si esa piel dorada suya recubriera titanio. Lo que intento decir, Dios, es que este hombre trabaja con las manos, suda trabajando, jode de un modo vocacional y lo ha criado un padre que espera de sus hijos, más que nada, que sean buenos pescadores. Me parece que cualquiera de los tíos que conozco parecería un entremés a su lado.

La sonrisa se le ensancha y ladea un poco la cabeza.

—¿Harlow?

A pesar de que la sombra de la gorra le oculta en parte los ojos, juraría que los abre cuando alzo los míos. Y ahora recuerdo que su mirada es como un gancho. Cierro los ojos y sacudo la cabeza, intentando serenarme. Me da igual derretirme si la situación lo requiere, pero detesto esta sensación cuando amenaza con desplazar mi más que merecida y justificada indignación.

—Espera. Estoy meditando la respuesta.

Frunce el ceño, confundido. Al menos a mí me lo parece. Sospecho que Finn expresa igual la emoción, la impaciencia, la frustración y la concentración. No es lo que se dice un libro abierto.

—¿Bien...?

Bien, ahí está el problema. Después de nuestra aventura matrimonial en Las

Vegas, tomé un vuelo para ir a verlo. Me presenté nada menos que en Vancouver completamente desnuda debajo del abrigo. ¡Sorpresa! Tuvimos sexo casi diez horas seguidas: sexo agitado, ruidoso, encima de todas las superficies planas disponibles. Cuando le dije que tenía que irme al aeropuerto se limitó a sonreír, se estiró para coger el teléfono de la mesilla de noche y llamó un taxi. Se me acababa de correr en las tetas y llamó un taxi para que me llevara al aeropuerto. De hecho, el taxi paró detrás del Ford F-150 rojo cereza nuevecito de Finn.

Concluí, con tranquilidad, sorprendentemente, que no estábamos hechos el uno para el otro, ni siquiera para algún que otro encuentro cruzando la frontera, y di el asunto por zanjado.

Así que, ¿por qué me enoja tanto que esté aquí?

El camarero le ofrece la misma bebida especial, pero él, con una mueca de leve asco, la rechaza y pide dos cafés americanos solos.

Eso todavía me cabrea más. Su razonable reacción tendría que haber sido la mía.

—¿Qué demonios haces en mi cafetería?

Abre unos ojos como platos y articula en silencio varias palabras antes de hablar realmente.

—¿Esta cafetería es tuya?

—¿Estás colocado, Finn? Esto es un Starbucks. Quiero decir que vivo aquí.

Cierra los ojos, suelta una carcajada y el modo en que la luz le da en la mandíbula y el hecho de que sé exactamente cómo notaría su barba en la piel... ¡Uf!

Ladeo la cabeza, mirándolo fijamente.

—¿Dónde está la gracia?

—Realmente se me ha pasado por la cabeza que este Starbucks podía ser tuyo.

Pongo los ojos en blanco, cojo mi taza y salgo del local.

Mientras voy hacia el coche estiro el cuello y hago rodar los hombros. «¿Por qué estoy tan irritada?»

No es que esperara que hubiera una carroza a mi disposición cuando me presenté sin avisar en aquella casita junto al mar. Ya me había acostado con él

en Las Vegas, así que sabía que nada de ataduras, ese era el trato. Evidentemente, estaba allí porque quería sexo del bueno. En realidad, quería... —no, necesitaba— confirmar que el sexo con él era tan bueno como recordaba.

Era mucho mejor.

Así que, obviamente, es la resaca de mal sexo con Toby Amsler lo que me tiene inquieta. Este encuentro fortuito con Finn habría sido muy diferente si no acabara de salir de la cama del primer tío con el que me he acostado desde que lo hice con él, el primer tío con el que he estado en dos meses, y si la experiencia no hubiera sido tan poco satisfactoria.

Oigo pasos en el asfalto, detrás de mí, y voy a volverme cuando una mano fuerte me agarre por el bíceps. Finn me sujeta con más fuerza de la pretendida, me parece, de modo que el espantoso café especiado se me cae al suelo y por poco no me salpica los zapatos.

Lo miro exasperada y arrojo la taza vacía en un contenedor de basura pegado a la acera.

—¡Eh, venga! —me dice sonriendo levemente. Me tiende la taza que lleva en equilibrio encima de la suya—. Si no ibas a beberte eso. El instantáneo con aroma a vainilla que tenía en casa ni lo tocaste.

Acepto el café que me ofrece, le doy las gracias entre dientes y aparto la cara. Me estoy comportando exactamente como la clase de mujer que nunca he querido ser: abandonada, una mártir ofendida.

—¿Por qué estás cabreada? —me pregunta.

—Solo estoy preocupada.

—¿Es porque hiciste el viaje hasta Vancouver, apareciste en mi casa en gabardina sin nada debajo en pleno julio y te follé sin ningún miramiento? —me dice, haciendo caso omiso de mi respuesta, con una suficiencia que me indica que piensa que es imposible que esté cabreada por eso.

Puede que esté en lo cierto.

No respondo de inmediato sino que lo estudio un momento.

—¿Te refieres al día en el que ni te molestaste en ponerte algo para llevarme al aeropuerto?

Parpadea y alza un poco la barbilla.

—Me salté un turno cuando te presentaste. Jamás me salto uno. Me fui a trabajar en cuanto llegó el taxi.

Esto... Esto es nuevo para mí. Incapaz de seguir mirándolo a los ojos me fijo en el ajetreo que hay a su espalda, en la calle.

—No me dijiste que tuvieras que trabajar.

—Sí que lo hice.

Noto que aprieto la mandíbula cuando vuelvo a mirarlo a la cara.

—Que no.

Suspira, se quita la gorra, se revuelve el cabello desgredado y vuelve a calársela.

—Está bien, Harlow.

—En cualquier caso, ¿qué haces aquí? —le pregunto.

Entonces todo encaja: Ansel está aquí para visitar a Mia, y mañana todos iremos a la inauguración de Downtown Graffick, la tienda de cómics de Oliver. Finn el canadiense, Ansel el parisino y el australiano Oliver: los novios de Las Vegas. Cuatro conseguimos rápidamente la anulación de nuestro matrimonio de pacotilla, pero Mia y Ansel han decidido darle una oportunidad al suyo. Lola y Oliver se han hecho amigos, unidos por su pasión por el cómic y la novela gráfica. Así que, nos guste o no, Finn y yo tendremos que formar parte de esta pandilla de colegas que no encajan. Tenemos que aprender a ser civilizados, con la ropa puesta.

—Ya —murmuro—. La inauguración de este fin de semana. Estás aquí por eso.

—Ya sé que no tienen *Seventeen* ni *Cosmo*, pero deberías venir y echarle un vistazo de todos modos —me dice—. La tienda es bonita.

Me llevo la taza de café a la nariz y olfateo. Café negro sin adulterar. Perfecto.

—Claro que iré. Oliver y Ansel me caen bien.

Se acaricia los labios con la palma, sonriendo apenas.

—Así que estás enfadada por lo del taxi.

—No estoy enfadada. Esto no es una riña de amantes ni una pelea. Tengo una mala mañana, eso es todo.

Me observa achicando los ojos, repasándome de la cabeza a los pies. Es tan

observador que me sonrojo. En cuanto vuelve a sonreír sé que ha deducido que no vengo de casa.

—Llevas el pelo alborotado, pero lo interesante es que pareces un poco necesitada, como si no hubieras conseguido lo que te hace falta allí donde hayas estado.

—¡Que te jodan!

Finn se me acerca más, con la cabeza un poco ladeada y esa sonrisita suya tan exasperante.

—Pídemelo por favor y dejaré que lo hagas tú.

Lo aparto con la palma de la mano, empujándole el espléndido pecho, tan duro, riéndome.

—¡Largo!

—¿Por qué quieres que me vaya ahora?

—Porque te hace falta una ducha.

—Oye, no volveré a perseguirte si huyes, pero tendremos que vernos de vez en cuando. Vamos a tratar de portarnos como adultos.

Me da la espalda sin esperar mi respuesta y oigo el gorjeo de la alarma de su furgoneta cuando abre la puerta.

Pongo morros y le hago la peineta mientras se aleja, pero de repente el corazón me da un vuelco y noto la descarga de adrenalina.

Finn se está subiendo a la misma furgoneta rojo cereza que estaba estacionada delante de su casa. Sin embargo, ahora está polvorienta y llena de la porquería acumulada a lo largo de un viaje de kilómetros y kilómetros. Lo que plantea un interrogante. Si solo ha venido a pasar el fin de semana, ¿por qué se ha traído la furgoneta desde Vancouver?

No tengo tiempo para meditar acerca del asunto porque me suena el móvil que llevo en el bolsillo y lo saco. Un mensaje de mi madre llena la pantalla. «¿Vienes a casa inmediatamente, por favor?»

Yo arreglo las cosas.

A los cuatro años rompí el collar preferido de mi madre probándomelo y me pasé tres horas en la casa del árbol intentando pegarlo. Lo único que conseguí

fue pegarme unos cuantos dedos. El último curso, cuando a Mia la atropelló una camioneta y casi se queda paralítica, me pasé sentada a su lado cada uno de los días del verano que pasó escayolada de los pies a la cintura. Sabía que si estaba sentada con ella el tiempo suficiente necesitaría algo y allí estaría yo, para lo que fuera. Le llevaba DVD y ridículas revistas para adolescentes. Le pintaba las uñas y llegué al extremo de colar en su habitación cosas tan extrañas como cócteles, a su novio Luke o al gato, solo para verla sonreír. Cuando mandaron al padre de Lola a Afganistán —y cuando volvió trastornado y diferente y su madre los abandonó a los dos para siempre— les llevaba comida de la tienda y cenas, cualquier cosa que les quitara el agobio aunque fuera mínimamente. Y cuando Ansel pensaba demasiado como un hombre para arreglar las cosas con Mia también me entrometí.

Si mis amigos necesitan algo, lo hago. Si alguien a quien quiero no es capaz de resolver un problema, encuentro la solución. A las duras y a las maduras, eso hago.

Así que cuando estaciono en el camino y me siento al lado de mi hermana pequeña y frente a mis padres en nuestra espaciosa y feliz sala de estar —una sala que ahora mismo me parece una tumba—, me pongo inmediatamente a la defensiva. Un día normal, nuestra familia es ruidosa. Ahora estamos en silencio. Tengo la sensación de que debería saludar susurrando. Las cortinas no están corridas, pero la espesa niebla marina que hay fuera oscurece el espacio y lo vuelve sombrío.

La familia es y siempre ha sido el centro de mi mundo. Mi madre era actriz cuando se casó con mi padre, cuya carrera no despegó hasta que yo empecé el instituto. Así que, de pequeña, papá y yo viajábamos con mamá de un plató de rodaje a otro. Hasta que nació mi hermana Bellamy, cuando yo tenía seis años, pasábamos casi todo el tiempo los tres juntos.

Papá es el emocionalmente intuitivo, el que educa, todo energía creativa y pasión. Mamá es la fuerza central hermosa y tranquila de nuestra familia, que lleva la casa con un guiño detrás de los anchos hombros de mi padre. Ahora, sin embargo, está sentada a su lado, con una mano de él entre las suyas, y desde el otro lado de la mesa de centro veo que suda.

Me parece que van a decirnos que venden la casa. (Me plantaría en el

camino de entrada hasta que retrocedieran.) Que se mudan a Los Ángeles. (Me daría algo.) Que tienen problemas y que van a pasar una temporada separados. (Esto no lo puedo ni entender.)

—¿Qué pasa? —pregunto despacio.

Mamá cierra los ojos e inspira profundamente.

—Tengo cáncer de mama —nos dice, mirándonos a la cara.

Los centenares de palabras que siguen a estas cuatro me parecen confusas y borrosas, aunque capto lo suficiente para enterarme de que mamá tiene un tumor de aproximadamente tres centímetros en el pecho y que le han encontrado células cancerosas en varios ganglios linfáticos. Papá se lo descubrió una mañana que estaban en la ducha —me alivia demasiado que se lo encontrara como para flipar con esto— y no ha querido decirnos nada hasta saber más. Ha optado por una mastectomía seguida de quimioterapia. La intervención está programada para el lunes... dentro de tres días.

Todo pasa demasiado rápido y, para una que arregla cosas como yo, no lo bastante deprisa. Puedo recitar preguntas de un tirón como si las estuviera leyendo en un libro: ¿Has pedido una segunda opinión sobre la biopsia? ¿Cuál es el tiempo de recuperación tras la intervención? ¿Cuánto habrá que esperar después para empezar con la quimio? ¿Qué medicamentos te darán? Pero estoy demasiado aturdida para saber si la andanada de preguntas es una reacción apropiada.

Cuando papá ha dicho que encontró el bulto, Bellamy se ha echado a reír e inmediatamente a sollozar, histérica. Mamá parecía una autómatas por primera vez en su vida mientras detallaba lo que el médico le había dicho. Papá, algo impropio de él, no decía ni mu.

Así que lo que digo es: ¿Cuál es la reacción apropiada cuando el centro de tu mundo se entera de que es mortal?

Cuando termina de contarnos todo lo que sabe —y nos ha prometido que se siente fuerte y que está bien, de verdad—, nos dice que quiere acostarse y pasar un rato a solas. Yo apenas puedo respirar, sin embargo, y por la cara que pone papá, él se siente muchísimo peor.

Bellamy y yo vemos *Cluedo* a un volumen prácticamente inaudible. Ella se ha acurrucado en mi regazo y papá se ha marchado por el pasillo a su

dormitorio. Leo en el buscador del móvil todas las páginas que encuentro sobre el cáncer de mama en estadio tres y, con cada nueva información, pongo al día mentalmente las posibilidades de supervivencia de mi madre. Pasan los créditos y la pantalla se queda en blanco antes de que me dé cuenta de que la película ha terminado.

Ahora no puedo hacer nada, sin embargo. Mamá no quiere que hagamos nada; no quiere que yo la cuide. Quiere que «vivamos nuestra vida» y que «no dejemos que esto nos impida pensar en nada más».

¿Tan poco nos conoce a papá y a mí?

Apenas unas horas después de que nos lo haya contado, este cáncer se ha convertido en una criatura, en una entidad viva que respira y que ocupa tanto espacio en casa como cualquiera de nosotros. No puedo pensar en otra cosa, es lo único que veo cuando la miro. Y no tengo ni idea de qué hacer conmigo misma.

—Creía que esta noche había una fiesta en la nueva casa de Lola —dice mamá, y vuelvo rápidamente a la conversación.

Parece completamente normal, tal vez un poco cansada, dando la vuelta al queso a la parrilla y mirándome por encima del hombro. ¿Sabes?, preparándonos la cena como si fuera una noche de viernes normal, sin nada de particular. Me parece que los tres la observamos cocinar reprimiendo las ganas de sugerirle que se siente, que se relaje, que nos deje llevarle algo para comer.

Nos mataría.

—Hay una... —Le robo unos trozos de queso del plato—. Pero me quedo.

—No, no te quedas. —Se vuelve y me mira con esa cara suya de «no discutas conmigo»—. La tienda de Oliver abre mañana.

—Ya lo sé.

—Vas a salir y te vas a dormir a tu casa esta noche —insiste papá—. Llevaré a mamá a ver una película y luego la traeré a casa y... —Hace un breve movimiento de baile a su espalda—. No querrás estar en casa para lo que vendrá después.

«¡Dios mío!» Me tapo los oídos y Bellamy se agacha fingiendo esconderse debajo de la barra del desayuno.

—Tú ganas —le digo, tratando de hacerlo en un tono desenfadado y mantener a raya el pánico que noto que me invade. No quiero estar lejos de mamá—. Pero mañana haremos algo los cuatro juntos.

Papá asiente y me sonrío con valentía.

Nunca lo había visto tan afectado.

Para ser sincera, salir sienta realmente bien. Lo peor que podemos hacer por mamá es sentarnos con ella y vigilar todos sus movimientos con cara de preocupación y tristeza. Papá me ha asegurado que tendré un papel durante las próximas semanas y los meses que vendrán. Me las arreglaré. Bellamy es adorable, pero solo tiene dieciocho años y además es particularmente incompetente. Cualquier encargo, por pequeño que sea, la pone tensa. ¡Serviría para el papel de *Stay Positive*! Yo soy la hija que saca las castañas del fuego. Seré la que llevará en coche a mamá a las citas, la que le hará demasiadas preguntas, la que la cuidará cuando papá tenga que trabajar y seguramente la que la sacaré de quicio.

Pero ahora mismo me siento fatal.

Y si esta noche hay alguien a quien quiera ver aparte de mi familia es a mis amigas.

El piso nuevo de Lola es un paso de gigante desde la residencia de estudiantes. Esperaba que se mudara conmigo cuando nos graduamos, pero quería estar en el centro y siempre que voy a verla me digo que no puedo reprochárselo. Está justo al norte del barrio histórico de Gaslamp, en una torre de apartamentos de ventanas descomunales con espacios diáfanos, vistas del puerto y ubicado a pocas manzanas del Donut Bar. Una mujer afortunada.

—¡Harlow! —me gritan desde el otro lado del amplio salón y enseguida me encuentro rodeada por cuatro brazos.

Dos son de Lola y dos de London, la nueva compañera de piso de Lola, la americana más adorable que puedas imaginar: cabello rubio arena, pecas, hoyuelos y una sonrisa que jamás se le borra. La atempera con unas gafas de

empollona sexy y vistiendo a lo loco. Esta noche, por ejemplo, veo que se ha puesto una camiseta azul Tardis, una falda de lunares verdes y amarillos y medias tres cuartos de rayas blancas y negras. Eso y el vestido Bettie Page negro, retro y elegante de Lola hacen que los demás parezcamos trágicamente fuera de onda.

—Hola, Lola-London —digo, apoyando la mejilla en el cuello de Lola. «Lo necesitaba.»

—Parece un nombre de *stripper* —comenta ella, con la voz amortiguada por mi pelo.

London se ríe, separándose de la melé.

—O el nombre de una bebida, ¿eh? —sugiere.

—Un Lola-London con hielo —propongo.

—Bueno —dice London, indicando la nevera portátil que hay en la cocina, en el suelo—. Podemos intentar inventarla esta noche. Os juro que lo he comprado todo. Refrescos para mezclar, alcohol, cerveza, frutos secos y... —Cierra los ojos, nos hace un saludo roquero con la derecha y grita a pleno pulmón—: ¡Fritos!

Se vuelve corriendo para abrir la puerta y dedico a Lola un gesto de asentimiento.

—Esta chica me gusta.

—¡Me han dicho que en esta casa hay una fiesta!

Me vuelvo hacia la voz profunda, con acento, de Ansel, y todos los sonidos que me rodean disminuyen un instante antes de que estallen todos en aplausos y risas. Lleva un sombrero mejicano lleno de nachos. Porque es un idiota adorable.

Mia se aparta de él, viene directamente hacia mí y me abraza los hombros.

—¿Estás bien?

He llamado antes a Lola y a Mia, les he dado la mala noticia y me conocen lo suficiente para prever la magnitud del pánico que siento.

Dejo de mirar el delicioso espectáculo de Ansel haciendo un extraño pase de torero.

—Bueno. Ya sabes.

Retrocede y escruta mi rostro antes de decidir, acertadamente, que estoy aquí para distraerme, no para hablar de mi madre. Nos volvemos para observar a Ansel, que le está ofreciendo a alguien los nachos del sombrero mejicano. En serio, su niño interior sigue vivito y coleando, de eso no me cabe la mínima duda.

Trazo un círculo en el aire alrededor de mi cabeza.

—¿Qué hay del...?

—Ni idea —me interrumpe Mia—. Antes él y Finn han ido a comprar cervezas y ha vuelto con eso. Lleva horas sin quitárselo, pero sin embargo lo ha llenado tres veces. Manténganse alejadas, señoritas. —Se agacha para sacar una cerveza de la nevera—. Es todo mío.

Y al mencionar su nombre, veo a Finn al otro lado de la habitación. Debe haber venido con ellos. Noto calor en el estómago, que se me contrae y me da un vuelco cuando se ríe de algo que Ansel dice y alza el brazo para ajustarse la gorra de béisbol. Flexiona el bíceps y el estómago me arde. Me trago media cerveza de golpe para que la sensación desaparezca e imagino el silbido del vapor cuando se apagan las llamas metafóricas.

—No sabía que Finn iba a venir esta noche. —Pero ¿en qué estaba pensando? ¿Creía que lo dejarían solo en casa? Finn es otra complicación más con la que mi ya hecho polvo cerebro no puede en estos momentos.

Mia le quita el tapón a la cerveza y me mira con ojos sonrientes.

—¿Está bien?

«Sé civilizada. Una pandilla de amigos inadaptados», me recuerdo.

—Ya sabes que está bien.

—Mientras no intente hablar, ¿verdad?

Asiento riendo.

—Sí.

Lola me frota la espalda y ladea la cabeza para indicar que se une a los que van jugar a las cartas.

—¿Estás bien aquí?

—Sí —le digo—. Seguramente me quedaré viéndoos hacer virguerías.

Después de asegurarse de que no necesito compañía, Mia la sigue, y me

dejan sola en la cocina bien iluminada, mirando al grupito sentado a la mesa del comedor. Ansel se lame el pulgar y reparte las cartas, lanzándolas con pericia hacia cada jugador. Me siento un poco perdida, como si no debiera estar aquí, pero soy incapaz de marcharme a casa.

Estoy agobiada, tengo calor en este piso.

Una sombra pasa a mi lado y, cuando me vuelvo, encuentro a un tipo con una cresta de mohawk teñida de rubio platino agachándose para sacar un combinado de vino zumo de fruta con gaseosa de la nevera.

—Una elección interesante —comento—. ¡Ponche de fruto de la pasión!

Se vuelve hacia mí riendo y asintiendo con absoluto convencimiento. Es guapísimo, aunque va un poco sucio, pero cuando sonrío enseña una dentadura blanca y perfecta. Es un *hippie* de La Jolla. Por supuesto.

—¿Lo has probado? ¡Sabe a zumo!

¿Un combinado barato es un hallazgo, una novedad divertida?

Un *hippie* de La Jolla, claro que sí.

—Soy Harlow —me presento y le tiendo la mano—. Y si quieres zumo, ¿por qué no bebes zumo y ya está?

Agita la botella.

—El jugo da muy pocos problemas —me responde. Se apunta con la botella al pecho y agrega—: Joe No.

—¿Jono?

—No. Joe *No*. Oliver, mi nuevo jefe, me llama Joey. Creo que me toma el pelo. Es como un canguro porque es australiano...[\[1\]](#) Pero no me llamo así.

Espero a que me diga su verdadero nombre (evidentemente no puede hacer más que unos meses que lo llaman Joe No, porque no hace tanto que conoce a Oliver) pero no me lo dice.

—¿Así que te llaman Joe No?

—¡Sí!

—¿Siempre?

—Sí.

—Bueno, pues vale. Encantada de conocerte.

A pesar de que me temo que Joe No tiene unas cuantas sinapsis menos que un invertebrado, me gusta al primer vistazo, de todas formas. Lleva pantalones

cortos, camiseta y evidentemente está más que emocionado de estar aquí, haciendo exactamente lo que hace.

—Así que vas a trabajar en la tienda. —Mientras asiente, vaciando la mitad de la botella de un solo trago, añado—: Mañana será un día muy emocionante para vosotros.

—Va a estar bien. Oliver es el mejor jefe. O seguro que lo será. Es muy despreocupado.

Miro hacia el fondo de la habitación, donde Oliver está tan concentrado en las cartas que tiene en la mano que temo que se prendan fuego.

A diferencia de Finn, que no parece muy preocupado por su aspecto pero inclina la balanza a su favor llevando el pelo siempre corto y la cara bien afeitada, Oliver es atractivo sin pretenderlo. Todavía no he decidido si se preocupa tan poco de su aspecto como parece, pero sé que es un tío muy intenso y que, puesto que solo tiene treinta años e inaugura una prominente tienda de cómics en la zona más de moda de San Diego, no me parece tan despreocupado como espera Joe No que sea.

Vuelvo a mirar al *hippie*.

—¿Qué harás en la tienda?

—Vender cómics y eso.

Me río. Sin supervisión, este tío tiene que ser algo digno de verse.

—Ah. Quieres decir que trabajarás de cara al público.

—Eso. Trabajaré de cara al público. Y a veces en la trastienda. —Se ríe—.

La ca-ja re-gis-tra-do-ra —entona.

—¿Hasta qué punto vas puesto, Joe No?

Se queda quieto, haciendo al parecer un largo repaso mental.

—Bastante.

—¿Te apetecen unos chupitos?

Porque, en serio, es imposible que tenga sexo con Joe No, pero lo segundo que más me gusta hacer con los tíos es verlos emborracharse.

Llenamos dos y nos los echamos al colete en el preciso instante en que veo a Finn abandonar la mesa. Deja las cartas, cediendo claramente. Se quita la

gorra, se rasca la cabeza sin soltarla y vuelve a ponérsela. Me da una rabia tremenda que ese gesto me resulte tan tremendamente sexy. Cuando alza la vista y me ve en la cocina con Joe No, achica los ojos apenas un instante y echa a andar hacia nosotros.

—¡Mierda! —murmuro entre dientes.

—¿Ese armario es tuyo? —me pregunta Joe No, ladeando la cabeza.

—Ni por asomo.

—Todavía. Fíjate en la intensidad con que te mira. El león acecha. —Con un leve estremecimiento se sacude el trance y me susurra—: Me voy al baño.

—Gracias —refunfuño a su espalda, mientras Finn se interpone hábilmente entre la encimera y yo y se apoya en ella con una cadera.

Esta noche he perdido mi armadura habitual: la desenvoltura, la confianza y el alivio que da saber que a todos mis seres queridos les va bien. Una minúscula alarma mental me avisa de que hablar con Finn ahora es tal vez una idea espantosa. Acabaremos peleándonos o jodiendo, y Finn hace tanto una cosa como la otra a lo bruto. Sin embargo, me niego a retroceder y noto el calor que emana de su pecho. Lleva la gorra calada hasta las cejas, de modo que tengo que guiarme por la curvatura de su boca para deducir su humor. De momento parece... aburrido, enfadado, meditabundo o dormido.

—Qué bien que estés aquí.

—Finn. —Lo saludo, asintiendo levemente con la cabeza.

La sonrisa le empieza en una comisura y se le tuerce en los labios.

Malditos sean él y su boca maravillosamente seductora.

—Harlow.

Me muerdo el labio inferior, estudiándolo.

Una charla desenfadada no funcionará, pero no estoy del todo segura de poder manejar sus asperezas esta noche que estoy tan hecha polvo. Finn no encaja en ninguna de mis categorías predeterminadas de chico y eso puede ser todo un reto.

Es bastante inescrutable pero entra fácilmente por los ojos. Por mala que pueda ser la idea, me es casi imposible resistirme a atraerlo hacia mí.

Pelear o follar.

Las dos opciones empiezan a sonarme muy bien.

Finn

No recuerdo la última vez que estuve en una fiesta rodeada de un puñado de repulsivos veinteañeros en varios grados de borrachera. No me van las fiestas, pero acepté venir porque Ansel está en la ciudad y la última vez que nos vimos fue en Las Vegas, cuando una reunión divertida acabó en un caos matrimonial. Sin embargo, no sé cómo, esta noche he acabado cerca de la nena, con una copa de cerveza en la mano y medio borracho por primera vez desde hace meses, tan cerca de Harlow Vega que nos tocamos.

No me sorprende que estemos tan pegados ni que me guste tocarla.

Lo que me sorprende es que Harlow se mantenga apartada de los demás y se haya quedado en la cocina con el empleado fumeta de Oliver. A pesar de la boda en Las Vegas y del festival de polvos en Vancouver, justo es decir que poco sé de ella. Eso sí, conozco a las de su clase y sé que si hay una mesa en una fiesta, las chicas como ella suelen estar follando, tiradas o bailando encima.

—¿Por qué estás aquí en lugar de machacándonos al póquer?

Harlow se encoge de hombros y me empuja el pecho con las manos para apartarme y abrir la alacena que tengo encima.

—Esta noche estoy distraída. —Frunce el ceño por lo abarrotado que está el armario—. ¿Qué desastre es este? ¡Dios!

—¿Les vas a reorganizar la cocina? —le pregunto, sonriendo. Trastea con

los vasos, que tintinean—. ¿En plena fiesta?

—Puede.

El cabello castaño rojizo le enmarca la cara. Se lo remete detrás de la oreja y se estira para alcanzar el estante superior, enseñando el cuello esbelto. Inmediatamente me viene la idea de hacerle chuponcitos en la piel, desde la oreja a la clavícula.

—Esta mañana, preocupada —le digo, comiéndome con los ojos sus hombros desnudos—. Esta noche, distraída.

Saca dos vasos de chupito limpios y se aparta de mí. Me mira sin responderme. Me acuerdo del calor de sus ojos extrañamente hipnóticos, más ambarinos que castaños, y de la tentación de sus labios llenos y seductores. Desenrosca el tapón de una botella de un conocido tequila y llena los vasos hasta el borde.

—Bueno, ya veo que Joe No lo está haciendo muy bien para que no te distraigas —le comento—, pero a lo mejor quieres bajar el ritmo de tomar chupitos con un tipo que se ha puesto piercings en el pene. —Sinceramente, cuando Oliver me lo contó, casi me atraganté con el sándwich.

Harlow, que iba a darme un chupito, se queda a medio camino, con la mano en el aire.

—Que se ha... ¿Y qué más?

—Dos veces. Uno en la punta, otro en medio.

Parpadea incrédula.

Me inclino un poco hacia ella y me mira la boca, fijamente. Consigue que me arda la piel.

—Según Oliver, «eso pasa» cuando Joe No se emborracha —remato.

Deja de mirarme los labios para mirarme a los ojos, señalando con la barbilla la mesa del fondo donde los demás siguen jugando a cartas.

—¿Me sugieres entonces que juegue a cartas con los que toman chupitos de Clamato como penalización?

—Toman algo incluso mejor —digo—. Budweiser con Clamato.[2]
Chelada, lo llaman, y está muy de moda.[3]

Pone exactamente la misma cara de completo y absoluto horror que ha puesto esta mañana cuando el camarero le ha ofrecido un moca especiado y

ella... ha pedido uno.

—¿De verdad preparan algo con eso? ¿Hay alguien que disfrute de beberse lo?

—¿Sabes? —le respondo riendo—, a pesar de ir en contra de mi sentido común, encuentro muy divertido que te comportes como una diva.

—¿Que me dé asco la Budweiser mezclada con tomate y jugo de almeja me convierte en una diva? —me pregunta, con la cabeza ladeada y una expresión de incredulidad en los ojos.

Por lo que parece estoy lo bastante borracho para cantar a viva voz un breve fragmento de la única canción de diva que se me ocurre en este momento: *I Will Always Love You*. Luego empino el codo y me bebo el chupito de un trago.

Harlow me mira como si hubiera perdido la cabeza, pero estoy seguro de que se divierte. Persiste una sonrisa en su mirada a pesar de que frunce el ceño con desaprobación.

—Mejor que no cantes para salvar la vida.

Me enjugo la boca con el dorso de la mano.

—Esto no es nada. Deberías oírme tocar el piano —le digo.

Achica más los ojos.

—¿Acabas de citar a los Smiths?

—Me sorprende que te hayas dado cuenta. No es de una canción que haya acabado versionada por P. Diddy.

—Te has llevado de mí una impresión fantástica —me suelta, riendo.

—La verdad es que sí. —El tequila entra en mi torrente sanguíneo, calentándome desde el pecho hacia fuera. Me acerco más para olerla bien. Siempre emana de ella un olor en cierto modo cálido, un poco terroso y dulce. Como a playa, a protector solar y madre selva. Le he dicho a Harlow más palabras sin relación con el sexo en los últimos cinco minutos que durante todo el tiempo que estuvo en Canadá, pero me sorprende descubrir que no solo es fácil hablar con ella, sino que es divertida—. Y esa impresión va a más, ahora que no eres solo una cara bonita en la entrepierna.

—Eres un hijo de puta con clase, Finn.

—Esto de hablar es maravilloso para ampliar horizontes.

Coge el chupito, se lo bebe y hace una mueca.

—No te pases de listo, Sunshine. Me gusta nuestro acuerdo.

—¿Tenemos un acuerdo?

Asintiendo con la cabeza, se vuelve para servir otros dos chupitos.

—O peleamos o follamos. Me parece que prefiero follar.

—Bueno, pues tendría que estar de acuerdo.

Me ofrece el segundo chupito... aparte de las tres cervezas que ya me he bebido con Ansel.

—En cualquier caso, ¿por qué viniste? No llegué a preguntártelo porque te tuve sentada en la cara casi todo el tiempo. Fue una visita... inesperada.

—¿Pero increíble? —me pregunta, enarcando las cejas, como si supiera que jamás se lo negaría.

—Por supuesto.

Se lame el canto del puño, le echa un poco de sal y la mira, pensativa.

—Para serte sincera, supongo que no estaba segura de poder confiar en lo que recordaba de Las Vegas.

—¿Te refieres a que recordabas que el sexo fue una pasada?

—Sí.

—Lo fue —le aseguro.

—Ahora lo sé. —Chupa la sal, coge el vaso y una rodaja de lima de la encimera que chupa antes de murmurar con los labios húmedos y fruncidos—: Es una pena que el hombre unido al pene sea un fracasado de proporciones épicas.

Asiento con lástima.

—Es verdad.

—Eres divertido —me dice, retrocediendo un poco, como si hasta ahora no me hubiera mirado realmente—. Eres divertido, simple e inesperadamente.

—Estás borracha.

Chasquea los dedos delante de mi cara.

—Tiene que ser por eso. El tequila que he tomado te hace parecer divertido.

Me río, enjugándome los labios con la mano.

—Esta noche estás de mejor humor, por lo visto —le digo.

—Es que me están pasando cosas en las que intento no pensar. Además —

añade, alzando el vaso de chupito vacío—, esto ayuda un montón.

—¿Cuántos te has tomado?

—Los suficientes para que no me importe mucho y no tantos como para que me dé completamente igual.

Una respuesta muy lúgubre viniendo de alguien de quien he supuesto todo el tiempo que era una persona alegre, atractiva y despreocupada. Verdaderamente, me digo, no sé casi nada de la vida de Harlow. Sé que es una niña rica preciosa que seguramente tiene a los niños ricos haciendo cola a su puerta. Sé que es una buena amiga de Lola y Mia y una de esas personas que tienen que ayudar a todo bicho viviente, por lo que parece, porque tuvo mucho que ver en que Ansel y Mia volvieran a estar juntos. Aparte de eso, poco más. Ni siquiera sé de qué trabaja... o si trabaja de algo.

—¿Quieres hablar de algo? —le propongo con desgana.

—No. —Se toma otro chupito.

Me vibra el móvil en el bolsillo y mi cálido bienestar de beodo se ve inmediatamente sustituido por el miedo. Sin necesidad de comprobarlo, sé que es el mensaje que estaba esperando. En casa, Levi, mi hermano pequeño, está haciendo una revisión de seguridad del barco más grande de nuestra flota, el *Linda*, así llamado por mi madre, y por el modo en que han ido las cosas, apostarí a que no son buenas noticias.

«Cortocircuito en la timonera, no funciona ningún control.»

Joder.

Aunque me gustaría teclear un centenar de impropiedades, no contesto inmediatamente, sino que vuelvo a meterme el móvil en el bolsillo, me sirvo un chupito y me lo tomo. Mejor.

—¿Estás bien? —Harlow me observa.

Aprieto la mandíbula. El licor quema. Noto que me calienta el cuerpo cuando me llega al estómago.

—Solo un poco distraído.

—Bien. Entonces... ¿nos tomamos otro! —Sirve otros dos tragos y me ofrece uno.

Sé que beber no va a ayudarme, realmente. Se me habrá pasado la mona por la mañana, o quizás un poco más avanzado el día, y los controles del barco seguirán averiados y nuestra maldita forma de ganarnos la vida seguirá tan en peligro como ahora. Pero, caray, me gustaría olvidarme un rato de todo eso.

Lo acepto. Miro el líquido transparente antes de inclinarme hacia ella, casi rozándole el lóbulo de la oreja con los labios.

—Me parece que los dos sabemos que la última vez que tomamos tequila juntos la cosa no acabó muy bien —le digo.

—Cierto —me responde, retrocediendo lo justo para mirarme a los ojos—. Pero no hay cerca ninguna capilla abierta las veinticuatro horas atendida por un idiota dispuesto a casarnos, así que creo que no corremos peligro.

Me ha quedado claro.

Harlow apura el contenido del vaso con una mueca.

—Oh... No creo que pueda tomarme ni uno solo más. —Finge contar con los dedos de las manos unos treinta chupitos y me sonrío—. Uno más y potaré en ese cuenco de Fritos que tanto encantan a London.

Puede que ella haya perdido la cuenta, pero yo no. Cuatro chupitos en el tiempo que llevo en la cocina con Harlow y, aparte de en Las Vegas, estoy borracho por primera vez en años.

Parece que haga una hora que se fue, pero Joe No vuelve por fin envuelto en una nube de olor a yerba. Se me acerca tendiéndome la mano.

—Soy Joe No —dice, arrastrando las palabras—. Encantado de conocerte.

—Nos hemos conocido antes en la tienda, mientras Oliver hacía un último repaso —le recuerdo, riendo.

Joe No emite un sonido gutural.

—Ah... Por eso me sonabas...

De eso hace tres horas. Este tío no respira si no es a través de un porro.

—¿Eres el leñador de Nueva Escocia? —le pregunto.

—El pescador de Vancouver.

Harlow se echa a reír.

—Pobre Finn.

El otro nos mira a Harlow y a mí alternativamente.

—Entonces ¿vosotros dos también os habéis conocido a través de Oliver?

—pregunta.

—No exactamente —le responde ella, antes de mirarme con una sonrisita estúpida—. Finn es mi ex marido.

Joe No pone ojos de búho.

—¿Ex marido?

Se lo confirmo, asintiendo.

—Eso es.

El chico mira a Harlow y le da un repaso de los pies a la cabeza, de una manera que me dan ganas de abofetearlo para que deje de mirarla así.

—No pareces lo bastante vieja para estar divorciada —sentencia finalmente.

Me inclino hacia él para distraerlo del pecho de Harlow.

—¿Pero yo sí?

Me mira, pero con mucho menos interés.

—De hecho, sí. Eres mayor que ella, ¿verdad?

—Sí —digo, riendo mientras Harlow, encantada, me acompaña con una risita—. Gracias.

Joe No mete la mano en una bolsa de nachos.

—Tiene que ser raro pasar el rato con tu ex en una fiesta, ¿no? —pregunta.

Ella hace un gesto con la mano, descartando su comentario.

—Qué va. Finn es un tío campechano.

—¿Ahora soy campechano? —le pregunto. Me hace gracia, porque si hay alguna palabra apropiada para describirme, desde luego no es «campechano». Ansel lo es. Yo suelo reprimirme. Lo cierto es que soy un poco cerrado. No soy campechano, no.

Cabecea y me estudia un instante antes de responderme.

—Sí. Te gusta dar largos paseos por el muelle, fabricar atrapasueños con el sedal sobrante y pasar las veladas bromeando con unas cuantas maduritas atractivas de la Policía Montada en el bar Mooseknuckle del pueblo.

Suelto una carcajada.

—Eso hago, ¿eh?

Frunce los labios en un dulce mohín, pensativa.

—Ajá.

—Bien —le respondo—, es bastante fácil estar contigo. Ayuda el hecho de que eres una tía a la que le gusta divertirse, ir de compras, el esmalte de uñas y... —Finjo meditarlo un poco antes de repetir—: Ir de compras.

Me pone una mano en la mejilla, con una expresión alegre, adorable.

—Me encanta lo bien que nos conocemos.

—Lo mismo digo.

Levantamos los vasos a la vez y brindamos.

—¿Y vosotros dos por qué os divorciasteis? —nos pregunta Joe No—. Da la impresión de que os gustáis mucho.

—Ah, ¿sí? —digo, sin dejar de mirar a Harlow. En realidad no creo que me gustara tanto hasta esta noche.

Por fin ella aparta la mirada para responderle a Joe No.

—En realidad solo estuvimos casados una noche y más o menos medio día en Las Vegas. Seguramente solo hemos pasado veinticuatro horas juntos en total, casi siempre borrachos o desnudos.

—O ambas cosas —añado.

—¿En serio?

Los dos asentimos con la cabeza.

—Eso es genial.

—Lo fue, créeme —conviene Harlow antes de lanzarme una mirada fingidamente asesina—. Más que genial.

Le miro los labios.

Se los está lamiendo.

Noto una sacudida eléctrica en la piel directa hacia el pene. De hecho, estoy casi lo bastante borracho para sugerirle que vuelva a presentarle esa lengua a este pene.

—Hay algo que en mi opinión todo el mundo debería hacer al menos una vez en la vida —murmura Joe No, distrayendo mi atención de la boca de Harlow, ahora con una sonrisa irresistible—. Todo el mundo tendría que correr un maratón, leer el *Cándido* de Voltaire y casarse en Las Vegas.

Harlow suelta una carcajada y se pone a explicarle que fue jodidamente caro y en realidad poco conveniente. Podríamos haber follado y partido peras sin gastar un céntimo. Mientras le cuenta a Joe No las peripecias de Las Vegas,

me disculpo para ir al baño.

Fuera de la cocina, la fiesta es un tremendo barullo alcohólico. London canta a voz en cuello una canción sentada a la mesa de póquer; Mia juega a las cartas con el sombrero mejicano, sentada en el regazo de Ansel. Lola y Oliver son los únicos que parecen sobrios. Los observo un momento, riendo. Oliver es demasiado competitivo con las cartas y veo la misma determinación en la cara de Lola. El resto de la mesa se ha dejado llevar por un ebrio desenfreno, pero ellos dos se esfuerzan todo lo que pueden para que el juego no se desmadre. Es como tratar de atar la lluvia con una cuerda.

Cuando salgo del baño, Harlow está fuera haciendo cola. Se escurre dentro esquivándome con una sonrisita. Me vuelvo para hacer algo —joder, ni siquiera sé qué, un comentario ingenioso, mirarla intensamente, besarla—, me cierra la puerta en las narices.

No me acordaba de que si bebo me siento un poco voluble, que me descontrolo un poco. Es liberador, aunque noto en el fondo el parpadeo de la luz roja de advertencia: Peligro. Peligro.

Miro el pasillo y pondero si volver a la mesa de póquer o a la cocina. Sin embargo, sigo allí plantado y, aunque pienso lo divertido que sería jugar a las cartas con Ansel y Oliver, no me muevo.

Harlow abre la puerta del baño, me encuentra apoyado en la pared de enfrente y no parece en absoluto sorprendida. Ni lo más mínimo. Se queda en el umbral, estudiándome, y se me acerca dos pasos.

Se limita a mirarme fijamente y eso es puñeteramente nuevo. No parece la misma mujer que la alocada chica de la fiesta de Las Vegas ni que la hambrienta arpía que casi derribó la puerta de casa. Esta Harlow es paciente y seductora y jodidamente fascinante. En el fondo de la mirada le veo algo que nunca había visto, una profundidad que normalmente oculta, como si esta noche se hubiera quitado una armadura. No puede ser simplemente por el alcohol, porque ya la he visto bebida. No puede ser simplemente porque quiera sexo, puesto que también nos hemos acostado ya.

Cuanto más me mira Harlow, más me parece que el corazón se me ha convertido en una lancha hinchable que se llena poco a poco de aire. Siento más y más presión en el pecho. Estoy seguro de que se ha puesto más brillo de

labios en el baño; la boca le resplandece roja cuando sonrío un poco.

—¿Vamos a pelearnos?

Estas palabras me sacan del trance. La cojo del brazo y tiro de ella hacia el dormitorio que hay justo a mi izquierda.

En la habitación no hay nada salvo un montón de ropa de cama, una cómoda baja y unas cuantas cajas de cartón en un rincón.

—¿Quién demonios tiene una habitación vacía en un piso como este? — digo, acercándome al ventanal que cubre de pared a pared y de suelo a techo. El piso tiene tres habitaciones y es el doble de grande que mi casa de Vancouver, con unas amplias vistas del puerto y, a lo lejos, lo que me parece que tiene que ser Coronado.

—Era la habitación de Ruby —dice Harlow, apoyándose a mi derecha en la pared—. London heredó este piso hace unos años. Ruby se marchó hace apenas un par de semanas, justo después de que Lola se mudara aquí. Consiguió unas prácticas increíbles en «London».

La miro confuso. Sobre todo borracho.

—¿Ruby... y London?

—Ruby se ha ido a vivir a Londres, Inglaterra —me dice más despacio—. Sí, ya lo sé. Su compañera de piso era London; se mudó a «London». Da para muchas bromas. Esto parece cosa de Abbott y Costello. —Se aparta de la pared, da dos pasos hacia mí y mira las aguas por la ventana—. Buscan a un nuevo compañero de piso, así que si sabes de alguien que quiera escapar del régimen opresivo de Canadá...

—¿Tú no quieres venirte?

—Me gusta tener mi espacio. Me gusta vivir sola.

Asiento. A mí también me gusta vivir solo. Mi ciudad natal es bastante pequeña; a veces me gusta imaginar que puedo cerrar la puerta y alejarme, pero ni siquiera a mil seiscientos kilómetros de distancia consigo realmente dejar de pensar en todo lo malo que sucede en casa. Noto el teléfono como una pesa de plomo en el bolsillo. Lo saco para dejarlo encima de una caja de cartón. Harlow me ve hacerlo y me imita; saca el suyo del bolsillo de la falda de denim deshilachada y lo pone boca abajo junto al mío.

Avanzo un paso y se vuelve de cara hacia mí. Cierra los ojos cuando le paso

la mano por el cuello hasta el pelo.

—Es un puto sueño como hueles.

—¿Sí?

Afirmo con la cabeza, pero no lo ve porque sigue con los ojos cerrados.

—Dame la ropa interior.

Sin artificios, sin prolegómenos, y ni siquiera se sobresalta.

He puesto las preocupaciones a buen recaudo encima de una caja de cartón, a un metro de distancia, y tengo delante una chica suave y cálida para lograr que todo lo demás se esfume. Me mira brevemente, se levanta la falda, se saca las bragas y me entrega un puñadito de encaje azul. Me lo meto en el bolsillo y me inclino a besarla.

También esto es nuevo. Más dulce, más honesto que los besos desenfrenados y los mordiscos de otras veces. La beso una vez, apenas un roce, y otra, gimiendo, porque me pasa las manos por el pecho hasta rodearme el cuello. Mueve los labios rítmicamente contra los míos: sin negociación física ni incertidumbre; Harlow me ofrece el labio inferior, me da golpecitos con la lengua y jadea ansiosa. Noto un leve sabor a cereza del brillo de labios y a los chupitos que nos hemos tomado en la cocina. No está completamente borracha, pero tiene las mejillas calientes por el alcohol, el cuerpo flexible y relajado. Estoy seguro de que podría doblarla como me diera la gana. Podría tenderla en el suelo, ponerme sus piernas en los hombros y follármela tan a lo bruto que los que están en el salón oyeran los golpes de mi piel contra la suya.

—¿Alguna vez piensas en follar conmigo? —le pregunto, besándole el cuello, bajándole un tirante y pasándole los labios y los dientes por la piel.

—Sí.

—Cuéntame.

—Es en lo que pienso cuando me masturbo —admite francamente.

—Entonces ¿piensas en mí cinco veces al día?

Se ríe y reprime un jadeo cuando le subo la falda hasta la cadera y la siento en la cómoda, le separo las piernas y me acerco. Ya la tengo dura y la calidez desnuda de su sexo en contacto con la tela de los vaqueros basta para que bufé en su boca, adelantando las caderas.

Se me pega y deslizo una mano para tocar la piel suave y resbaladiza entre

sus muslos.

«Joder.»

Respira con jadeos breves, perfectos, temblando contra mí. La tengo tan dura que no puedo hacer otra cosa para no desabrocharme la bragueta, sacármela y frotármela. En lugar de eso le paso los dedos por ese cuerpo tan increíblemente suave. Es la única mujer con la que he estado desde hace mucho. Cuesta no dejar que mi mente la tatúe instintivamente cuando beso su cuello, sus labios, su hombro. Y es fácil fingir que todo lo que hay fuera de esta habitación se ha esfumado o, al menos, ha quedado momentáneamente en suspenso. Ese alivio, aunque ilusorio, me provoca un escalofrío que me baja por la espina dorsal, donde se me enrolla. Esta chica me la pone muy dura; me la pone más dura que nadie que yo recuerde. Juro que aún noto el eco de hace casi dos meses de estos labios besándome la polla y de estas manos guiándome hacia su interior.

—¿Tienes idea de cómo me hace sentir esto? —Me aparto lo bastante para verme los dedos frotándole el clítoris en ascenso y descendiendo, más abajo, dentro. Es una puta maravilla el aspecto que tienen húmedos de ella—. Dios. ¿Desde cuándo tienes un coño tan dulce? —La miro a la cara. Tiene la mirada baja y se muerde con fuerza el labio viendo cómo la toco. Me atraviesa un pensamiento al rojo vivo—. ¿Anoche le dejaste a ese estúpido lamerte ahí?

Cierra los ojos, me empuja la mano y le beso el cuello. Su silencio es tan bueno como un sí y además me enciende el pecho. Luego recuerdo el aspecto que tenía esta mañana: como si tuviera ganas a la vez de follar conmigo y de pegarme.

—Dime que te gusta mi boca.

Gime.

—Me gusta tu boca —dice con un hilo de voz.

—Dime que te acuerdas de cómo te corriste en ella.

—Me acuerdo.

—¿Cuántas veces?

Su risa seca, parecida a una tos, se convierte en un quejido cuando le acaricio el clítoris con un movimiento circular, una y otra y otra vez.

—Muchas.

—Me acuerdo que te dije que gatearas por la habitación para conseguirlo.

—Capullo... —Me clava las uñas en el hombro.

—Pero lo hiciste. —Le beso el cuello, la mandíbula—. Y me encanta chupártela. Me encantan los ruiditos obscenos que haces.

Llaman a la puerta. El sonido irrumpe en la silenciosa habitación y los dos nos sobresaltamos. Apretada contra mí, Harlow se pone tensa y me sujeta el brazo para que no deje de tocarla.

—¿Finn?

«Joder.» Es Ansel.

—¿Sí?

—Es que... Bueno... Nos vamos, por si quieres que te llevemos en coche a casa de Oliver.

Prácticamente puedo sentir a Harlow esperando mi respuesta; noto el abrazo tenso de su cuerpo.

—¿Cuándo se irá Oliver? —pregunto, barajando las opciones.

—Se ha ido hace diez minutos. Va a pasarse por la tienda otra vez.

Gimo y, sin darme cuenta, aparto la mano de ella y la uso para enjugarme los labios. Sin embargo tengo los dedos pringados de Harlow. Ahora la huelo, la saboreo y estoy tan condenadamente excitado que aprieto la mandíbula involuntariamente.

Ella me mira, pero apenas le veo la cara porque las luces de la ciudad la iluminan a contraluz. Si no me marchó con ellos, tendré que tomar un taxi, y el negocio de la familia Roberts necesita todos y cada uno de los míseros cinco mil que tenemos en el banco, así que no creo que esta noche me convenga pagar treinta pavos por una carrera.

—Voy a irme con ellos —le digo.

—Ya lo sé. —No parece enfadada, ni siquiera decepcionada, solo... cansada.

—No vuelvas conduciendo a casa —le recomiendo—. Has bebido demasiado.

Parpadea varias veces y, cuando vuelve a mirarme a la cara, veo que el escudo con el que oculta las emociones vuelve a estar en su sitio.

—¿Crees que soy idiota? —dice, y la desilusión me enfría.

—No. —Recupero el móvil y me lo meto en el bolsillo. Curiosamente, tengo la ligera impresión de que esta noche ha jugado conmigo.

—¿Quieres que te acompañemos nosotros a casa?

Niega con la cabeza.

—Estoy bien.

—¿Nos veremos mañana? —Me inclino a besarla, pero aparta la cara y me empuja, medio molesta, medio juguetona.

—Vete, Sunshine. Las despedidas emotivas no entran en el trato.

Bien. Esta Harlow distante me resulta mucho más familiar. Me callo la gorra, le dedico un leve gesto de asentimiento y voy hacia la puerta.

Harlow

Empiezo a entender que, a pesar de su amabilidad ligeramente fría, Oliver es en realidad un hombre de negocios muy astuto. Se ha pasado meses buscando la mejor ubicación para su tienda hasta que la ha instalado en un local modernizado y luminoso de la Calle G, en Gaslamp, encajado entre un salón de tatuajes que está de moda y un bar.

Es un sitio increíble; incluso sin tanta gente ni la fila de creadores de cómics por lo visto famosos sentados a la mesa del fondo firmando libros lo seguiría siendo. Miro a Lola, de pie a unos pasos de distancia de mí, y noto que también ella está impresionada.

Me sobran los dedos de las dos manos para contar las veces que he estado en una tienda de cómics, pero pillo de inmediato que el diseño de esta es genial. Esperaba que hubiera pasillos estrechos abarrotados de estantes del suelo al techo llenos de libros y revistas de colores chillones, pero Oliver ha instalado expositores cúbicos, asimétricos y con paneles de varios tamaños para que parezcan las páginas de un cómic, a lo largo de las paredes. Están llenos de libros y cosas, pero queda mucho espacio libre para mesas en forma de montones de páginas curvadas hacia arriba donde se exhiben títulos destacados. Al frente, contra unas ventanas enormes, hay un sofá y un par de sillones de cuero rojo intenso a conjunto. Un espacio para la lectura.

—¿Y la gente no va a sentarse aquí simplemente a leer sin comprar nada? —

le pregunto a Oliver, que acaba de enseñarme la tienda.

Sin embargo, ya está saludando a un cliente. La tienda empieza a estar abarrotada. Quien me responde es Finn.

—Yo le he preguntado lo mismo.

Tiene la voz grave y débil, como si anoche se hubiera desgañitado. Percibo el eco de sus dedos sobre mí, el escalofrío de las guarradas que me dijo. La sensación no hace sino incrementarse cuando lo oigo aproximarse un paso más.

Me vuelvo y lo miro a los ojos. Espero un poco de incomodidad después del revolcón de ayer, pero me sostiene la mirada sonriendo. Hoy tiene los ojos más verdes que marrones y las pestañas más espesas, incluso más oscuras. Tiene los labios un poco hinchados, lo que me hace querer chupárselos, calmárselos.

¿Le doy un beso de tornillo estando borracha y eso le pone a cien? El universo es injusto.

Diría que los dos intentamos mantener la cabeza fría. ¿Estaré fracasando tan estrepitosamente como él? Se sumerge en mis labios por un instante antes de decir:

—Pero según Oliver a los fanáticos del cómic les gusta tener una copia impresa de sus títulos favoritos. Él quiere que la gente pase el rato, que descubra nuevos títulos, tal vez. Quiere que los principiantes se sientan cómodos tomándose el tiempo necesario para encontrar un cómic que quieran seguir.

Con esta explicación, creo que Finn acaba de usar más palabras de un tirón de las que había cruzado conmigo hasta el momento, en total.

—¿Te lo has aprendido de memoria?

—Sí.

—Tiene lógica. Me gusta.

Me quedo callada, esperando. Cierra los ojos y se aprieta el puente de la nariz.

—¿Estás bien, Roberts? —le digo—. Dejaste pasar una oportunidad buenísima.

Abre solo un ojo.

—Nunca volveré a beber.

Se me escapa la risa. ¿Finn el Invencible tiene resaca?

—Eres demasiado viejo para decir eso.

—Casi de mediana edad —conviene—. Bien podría escaquearme para ir a tomarme una cerveza para desayunar.

—¿Para desayunar? —Me aseguro de la hora cogiéndole la muñeca para consultar su enorme reloj sumergible—. Son casi las once.

—Esta mañana me ha costado un poco arrancar. Por lo de anoche —susurra gravemente, con una sonrisa enigmática.

Me mira así y me viene a la cabeza de inmediato su manera de acariciarme con los dedos por encima y por dentro. Sus palabras: «Dios. ¿Desde cuándo tienes un coño tan dulce?». Su cálido aliento en el cuello. Recuerdo el contacto de esa boca hambrienta chupándome el cuello, los hombros, su dureza a través de los vaqueros en mi entrepierna.

Y luego se fue. Por poco grito de frustración.

No debería ser tan fácil con él hoy. ¿Por qué es tan fácil?

—¿Llegaste bien a casa? —me pregunta tras una plácida pausa.

Miro más allá de él, un poco confusa por la discordante transición de imágenes mentales que su pregunta concita. Bellamy seguía despierta cuando volví dando tumbos a eso de las dos de la madrugada. Me la encontré sentada en la cocina, con la mirada perdida. «He salido. Solo quería... pasar una noche agradable —me dijo—. Pero me he sentido como una idiota. Incoherente, ¿sabes? Y ahora no puedo dormir.»

Inmediatamente me sentí culpable por salir y olvidarme de todo en la cocina de Lola, y con Finn, nada menos. Pero esta mañana mamá me ha echado otra vez después de desayunar, diciéndome que no me había visto quedarme en casa un sábado desde que era un bebé y que no podía perderme la gran inauguración de Oliver.

—Dormí en la cama de Lola un ratito y luego tomé un taxi —le digo a Finn, con una mirada incisiva—. Por lo visto es lo que hago siempre después de liarme contigo.

—Es verdad. —No me encuentra tan graciosa como me parece a mí que he estado.

Cuando mira por encima de mi hombro la tienda, aprovecho para echarle un buen vistazo. No le encuentro un solo defecto físico y soy lo bastante mujer para admitir que estoy completamente obsesionada con sus brazos. Son nervudos, duros, con la musculatura perfectamente definida. Quiero verlo cargando una gran red en la cubierta de su barco. Dios mío, sería un pescador porno magnífico.

—¿En qué estás pensando? —me pregunta.

Me sacudo la imagen y lo miro a la cara.

—Trato de decidir si comprarme un par de botas que he visto de camino hacia aquí.

Es una mentira, pero una que a él le resultará creíble. Es evidente que Finn se encuentra cómodo conmigo en el papel de compradora compulsiva y seguro que no necesita saber que le estaba adjudicando a él el de pescador picante número uno en la producción para la pequeña pantalla de *Limpiando la cubierta a bordo de Su Real Musculosidad*.

—Si dudas, cómpratelas —me espeta con acritud—. Se supone que es lo que tengo que decir, ¿no?

—No creo que debas tener opinión alguna acerca de la botas.

—¡Menos mal! —murmura, y cruza la sala hacia Ansel y Mia, que acaban de entrar.

Se ha ido sin ceremonias. Me alivia lo fácil que ha sido. ¿Ves? No hay necesidad de revivir el pasado ni de mantener una conversación tensa el día después una borrachera. Finn y yo ya tuvimos nuestra dosis más que suficiente con la conversación incómoda del día siguiente de casarnos y consumir el matrimonio.

Mia pasa junto a Finn y le hace un guiño cómplice antes de darme una taza de plástico con el logotipo de Whole Foods llena de una mezcla de zumo verde.

—Ansel quería ver de qué va la moda de los zumos —me dice—. Así que, claro, purista como es, va y compra medio litro de jugo de col rizada. En el coche parecía a punto de vomitar.

Miro la taza con suspicacia.

—La tuya también tiene plátano, mango y piña. —Me da un codazo amistoso

— He oído que elimina del organismo los efectos tóxicos de las decisiones turbias.

—En realidad, anoche tomé una decisión divertida. Señor, no puedo evitar disfrutar de ese cuerpazo —admito. Instintivamente, me vuelvo hacia donde está Finn, con Oliver y Ansel. Él me mira exactamente al mismo tiempo. Aparta los ojos en cuanto nuestras miradas se cruzan y los otros dos se inclinan a escuchar lo que les está diciendo. Evidentemente, la cosa va de sexo.

—¿Habló, anoche? —me susurra Mia—. Sé lo que te molesta que intente conversar.

—Habló un poco, nunca habla mucho, pero fue aceptable. En su mayoría dijo guarradas. —Me acerco más para decirle—: Pero no tuvimos sexo.

—Ya, lo suponía —dice, asintiendo—. En el coche Finn farfulló borracho algo sobre el calentón que llevaba todavía. ¿Dónde está Lola?

Me vuelvo hacia donde la he visto por última vez y le indico el lugar con la barbilla para que mire hacia el mismo sitio. Lola está enfrascada en un libro y no parece darse cuenta de que se está celebrando una verdadera fiesta, que la gente habla, saca fotos, que Joe No se lo enseña todo a los clientes y que todo el mundo felicita a Oliver por el provecho que ha conseguido sacarle a este sitio.

Estoy segura de que Finn ha convencido con éxito a los otros de que él y yo no nos acercamos al territorio de la Dinámica de Grupo Peligrosa cuando Ansel se acerca a Mia y le pasa un largo brazo por los hombros. La aprieta contra sí antes de inclinarse a darle un beso. Ella es tan pequeña y él tan alto que el efecto es bastante cómico; Mia prácticamente desaparece de mi vista mientras dura la escena.

—¿Necesitáis un poco de intimidad? —pregunto.

—Sería maravilloso, gracias. Échalos a todos —me responde él sin apartar los labios de los de Mia.

Riendo, le doy un empujón amistoso en el hombro y la sujeta para que no pierda el equilibrio. Mia se lleva dos dedos a los labios, mirándolo, ruborizada y un poco falta de aliento. Por un instante, solo un instante, deseo lo que ellos tienen con una intensidad dolorosa.

Inmediatamente desaparece.

—Estamos pensando en ir a almorzar —dice Finn detrás de mí y, ¡maldita sea!, ese leve ramalazo de calor me atraviesa el pecho. Mia se fija en mi cara para calibrar mi reacción. Lo tengo de pie, justo detrás, así que abro mucho los ojos para indicarle a ella que va bien, que estoy perfectamente.

—Solo llevamos aquí un cuarto de hora —le digo, volviéndome despacio. Despacio y sin alterarme—. ¿No deberíamos quedarnos un poco más?

Finn echa un intencionado vistazo a su alrededor.

—Esto está lleno. Los amigos vienen a estas cosas para llenar. Ahora no hacemos más que estorbar.

Debería marcharme con ellos, estoy segura de que sería divertido, pero lo cierto es que quiero estar en casa fingiendo no estar encima de mi madre.

—¿Te vas esta noche o mañana? —le pregunto.

—Bueno... —Echa un vistazo a Ansel, que con la cabeza ladeada pone la cara más graciosa del mundo, expectante.

Mia me mira con los ojos como platos, como si yo fuera una granada y Finn estuviera a punto quitarme el seguro.

Se rasca la mandíbula antes de contestarme.

—De hecho, me quedaré con Oliver dos semanas.

Las ideas se me amontonan como un mazo de cartas y continuamente tengo que pasar la de encima debajo del montón.

No tengo que obsesionarme con la intervención quirúrgica del lunes de mamá. No puedo pensar en la posibilidad de más escapadas sexuales con Finn. No quiero ir de compras. No quiero hacer surf. No quiero comer. Y el trabajo a tiempo parcial que tengo es una burla. Así que voy a casa de mis padres el sábado por la tarde, me pongo el traje de baño y me meto en la piscina a nadar hasta que se me reblandecen los brazos y las piernas. Al menos aquí estoy cerca pero sin estar encima.

Por lo visto papá ha tenido la misma idea. Termina el largo y sale a la superficie en cuanto me ve. Apoya los brazos en el borde de la piscina. El agua le gotea del pelo entrecano a la piel bronceada. Se pone las gafas en la

frente y cierra los ojos, alzando la cabeza hacia el cielo. Haría cualquier cosa para no tener que ver a mi padre tan preocupado.

Me siento y sumerjo los pies en el agua junto a él. Permanecemos en silencio mientras él recupera el aliento.

—Hola, Tulipán.

—Hola, colega.

Me meto del todo en la piscina sin climatizar, disfrutando del agua ligeramente fría en septiembre.

—¿Estás ahí? —le pregunto cuando salgo a la superficie.

Se ríe sin demasiada alegría, quitándose las gafas y lanzándolas a la toalla, que está a unos metros de distancia.

—La verdad es que no. —Todavía está sin aliento. Papá está en una forma increíble; tiene que haber nadado como un poseso—. ¿Y tú?

Me encojo de hombros. Por alguna razón, me parece que no tengo derecho a estar tan conmocionada por todo esto como papá. Al fin y al cabo, de los dos él ha sido siempre el más comprometido conmigo. La carrera de mamá llegó a su apogeo cuando yo tenía solo dos años y fue perdiendo empuje hasta que empecé la universidad.

Papá saltó a la fama durante mi segundo año de secundaria, el primero que ganó un Oscar. Me asombra lo tremendamente que nos quiere, pero sé sin duda alguna que mamá es su sol, su luna y sus estrellas.

—¿Has ido a la oficina esta mañana? —le pregunto.

Sonríe, porque se da perfecta cuenta de que es una táctica para distraerlo.

—Una hora, más o menos, pensando en si participar en el próximo proyecto de Sal. Así podría quedarme en casa hasta abril, al menos.

Salvatore Marin es un productor y director; el amigo más íntimo de papá y su colega de trabajo más frecuente. Sé que la cuestión del trabajo debe pesarle a papá: cómo conciliar su carrera estando al mismo tiempo aquí para mamá, en todos los sentidos. Papá nunca se queda mucho tiempo en ninguna parte, así que estoy segura de que la perspectiva de tener que irse ahora, de perderse un solo instante con mamá, tiene que ser para él aterradora.

—Suena muy bien. Ideal —me limito a comentar con desenfado.

—Creo que esta te gustará. —Sonríe de un modo que llevo tiempo sin ver,

con franqueza y picardía—. Va de una pandilla de tíos en un barco...

—Qué gracioso —lo salpico. Echaba de menos su risa y la facilidad con que sonrío, así que si chincharme con Finn, o con cualquier otro, se la provoca más a menudo, puede hacerlo siempre que quiera.

—Entonces ¿al final qué hiciste anoche?

Me sumerjo rápidamente para echarme hacia atrás el pelo.

—Fuimos a casa de Lola.

Lo noto mirándome, esperando. Está acostumbrado a enterarse de todo con pelos y señales.

—¿Y? ¿Fue divertido?

—Estuvo bien —respondo evasiva y lo miro con los párpados entrecerrados por culpa del sol—. Fue divertido, sí... Estaba Finn.

Enarca ligeramente las cejas.

—Finn, ¿eh?

Siempre he confiado en la cabeza de papá para ayudarme a superar el día a día, las frustraciones, las peripecias. Así que claro que sabe, aunque sin los detalles escabrosos, lo de mi viaje a Las Vegas. Nos conocimos en un bar, nos emborrachamos y nos casamos. Después de un rápido fundido en negro de la versión de la historia que le conté, le expliqué que por la tarde, al día siguiente, fuimos juntos a anular el matrimonio.

También sabe, sin embargo, que tomé un vuelo para hacerle a Finn una visita de menos de un día. Así que cuando le menciono el hecho de que estaba en la fiesta de anoche, estoy segura de que suma dos y dos.

—Me sirvió de distracción... —murmuro, y admito en voz aún más baja—. No pasó mucho.

Tiene chispitas en los ojos. Apenas logra reprimir el alborozo.

—¿Ha venido para la gran inauguración?

Asiento, evitando añadir que parece que Finn se quedará un par de semanas. No sé bien si estoy entusiasmada o molesta con la noticia. Como si no tuviera ya bastante en lo que pensar. ¿Ahora tendré que verlo cada vez que quiera salir con los amigos?

Papá me mira mientras hago dibujitos con el dedo mojado en el cemento seco. Nunca he tenido que esconderle mi interés por los chicos, lo que me agobian los dramas de las chicas ni el temor y la ansiedad que me causa la vida. A medida que he ido haciéndome mayor, nuestro trato ha sido que siempre acuda a él antes que a nadie para lo importante, que hará todo lo posible por no sermonearme, para no juzgarme ni entrar en lo que mamá llama su Furia Protectora Latina.

—Las distracciones son agradables, a veces —me comenta, mirándome.

El problema de que te eduque un hombre tan increíble es que resulta prácticamente imposible no comparar con él a todos los chicos que voy conociendo. Todos se quedan cortos.

Me encojo de hombros.

—Con todo lo que te está pasando, es una verdadera lástima que viva tan lejos.

Me vuelvo hacia él.

—Pasaré aquí un par de semanas.

Le da risa mi expresión huraña y sale de la piscina. El agua que le resbala por el cuerpo va formando un charco a sus pies y el sol se refleja en un centenar de gotas en el suelo.

—Mi hermosa y virulenta pequeña. Te adoro. —Recoge una toalla y se seca el pecho y los brazos—. Y te conozco —añade—. Apuesto a que estás pensando en todas y cada una de las razones por las que no deberías pasar tiempo con él.

—Claro que no debería...

Me hace un gesto con la mano para que calle.

—Ya sé que nunca pones nada por delante de la familia; te he educado para que así sea. Sin embargo, dentro de nada querrás estar en todas las citas, sentada cerca de tu madre cada segundo que puedas. Te conectarás para leer cualquier detalle que seas capaz de encontrar. La rondarás y le ofrecerás comida, un jersey, una película, regalos. Yo haré igual. Entre los dos conseguiremos sacar a tu madre de quicio. —Se agacha delante de mí—. Por favor —me susurra—, Tulipán, distráete mientras puedas. Diviértete un poco. Me das envidia.

Oliver vive en una diminuta casita estucada de una sola planta, en Pacific Beach, de color azul opacado y desteñido por la brisa marina y ventanas rojas desconchadas. La acera de enfrente está agrietada y es irregular; el césped es una mezcla de amarillo, verde y marrón. Al contrario que su nueva y rutilante tienda del centro de la ciudad, no tiene nada de particular, pero conozco la zona lo bastante bien como para adivinar lo que pagó por ella y que el hecho de poder subir al tejado al anochecer para ver la puesta de sol sobre el océano forma parte de su atractivo.

Después de nadar un rato he entrado en casa. Mamá y papá estaban en el salón, sentados en el sofá, muy juntitos, leyendo cada cual su libro en silencio.

Me he ofrecido a preparar la comida. No tenían apetito. Me he ofrecido a hacerles los recados. No tenían ningún recado que encomendarme. Así que me he quedado dando vueltas hasta que papá me ha mirado y me ha sonreído levemente, sin alegría.

Mamá va a necesitarme, pero hoy no me necesita. No necesita a nadie más que a su hombre y ahora mismo a él le hace falta ser todo su mundo.

He ido en coche hasta casa de Oliver sumida en la confusión, con el piloto automático, tratando de no replantearme lo que voy a hacer. Mi padre, básicamente, me está diciendo que disfrute de Finn, aunque no lo haya dicho con esas palabras exactas. ¿Por qué no? No es precisamente que las expectativas de Finn y las mías no se correspondan.

En total hemos pasado quizás un día entero juntos, desnudos casi todo el tiempo. Antes de este fin de semana, nuestra conversación más profunda tuvo lugar cuando me presenté en su casa y me dijo que me tomara algo de lo que había en la nevera mientras él iba corriendo a comprar condones.

Sonrí: la aldaba es un robot R2d2. Golpeo dos veces con él la puerta.

La casa está en silencio y a mi alrededor el viento del océano azota las altas y esbeltas palmeras. Por fin oigo pasos justo al otro lado de la puerta, que se abre.

Finn se quita un paño de cocina del hombro y lo usa para secarse las manos. Va sin camisa y los vaqueros le cuelgan de las caderas dejando al descubierto la cinturilla negra de sus bóxers.

—Hola, Barbie Pelirroja.

En un abrir y cerrar de ojos paso del alivio a odiar este momento. Me siento vulnerable y al borde de las lágrimas, pero Finn no demuestra ninguna empatía. El Finn borracho es algo anómalo, tan melifluo y tan bromista. El Finn diurno es eficiente y brusco, bueno para pescar, follar y, al parecer, lavar los platos.

—¿Sabes qué? —le digo, mirando mi coche estacionado en la acera—. Esto no ha sido buena idea.

—Espera. ¿Has venido a verme a mí, no a Oliver? —Se acerca un paso más.

—Sí...

—¿Has venido a terminar lo que empezamos anoche?

Le doy la espalda dispuesta a marcharme, porque no tengo ni idea de cómo responder a una pregunta tan directa. Quiero decir que... Sí, he venido para eso, pero para algo más, no solo para enrollarme. Lo que quiero tener con Finn es esa clase de sexo que me absorbe y me hace perder la cabeza. No quiero jugar al gato y el ratón, no quiero hablar del asunto. Solo quiero hacerlo.

Percibo la ironía en su voz cuando me habla.

—Si eso es lo que quieres, solo tienes que pedirlo, Harlow.

Quieta, mirando la calle, respiro profundamente varias veces. Pasa un coche con el chasis tan bajo que casi toca el asfalto. Noto en los pies la vibración de los graves del estéreo a todo volumen. El vehículo reduce la velocidad y el hombre sentado en el asiento del acompañante alza hacia mí la barbilla.

«El siguiente friki al que conocí fue Red...», rapea Too \$hort en el coche, con la voz distorsionada a través de los altavoces. Cuadro los hombros mirando a los chicos, cuya atención pasa de mi cara a mi pecho.

«La llevé a la casa y me la chupó...»

El del asiento del acompañante sonrío lascivamente al oír el verso y enarca las cejas mientras suena el siguiente, como para preguntarme si es verdad que el sexo me vuelve loca. El coche para en medio de la calle, con el motor al ralentí, como si el conductor estuviera esperando a que yo salte y me una a su fiesta. Quiero ir hacia mi coche, pero me siento atrapada entre estos individuos y el arrogante mamón que tengo detrás.

Finn sale de la casa y, quitándose el trapo del hombro, se acerca hasta adelantarme un poco mirando a los del coche.

—¿Qué coño están mirando? —Refunfuña entre dientes.

Ya no me importan los tipos del coche. Aparte de mi padre, ningún hombre se había erigido hasta ahora en protector mío. Los chicos a los que estoy acostumbrada simplemente fingirían no haber visto el automóvil o me susurrarían ansiosos que volviéramos a entrar. A mi lado, Finn es tiarrón. Nunca he visto su piel al sol, pero el sol lo ha visto a él mil veces. Soy alta, pero él es mucho más alto y casi el doble de ancho. Tiene el pecho bronceado y voluminoso, sin tatuajes, con alguna que otra pequeña cicatriz. Un desgarrón aquí, un corte allá. Está imponente en esta calle llena de jóvenes surfistas y macarras escuálidos.

El coche da un ruidoso acelerón y se aleja calle abajo.

—Estos gilipollas no sabrían ni por dónde empezar contigo —suelta tranquilamente, echándome un vistazo. Veo la misma expresión en su mirada que tenía anoche, de posesividad, de interés, de hambre, como si yo no fuera como había creído y eso, tal vez, le gustara.

Tengo el corazón desbocado y, con la descarga de adrenalina, deseo incluso más que antes entrar con él y permitirle ocuparse de todos y cada uno de mis pensamientos.

—De acuerdo, sí. He venido para terminar lo que empezamos.

Se queda pensativo. Por primera vez me doy cuenta de que no lleva gorra. Le veo los ojos al sol, se los veo realmente, sin sombra ni a la luz difusa que se filtra por la gruesa tela azul marino. Me gusta el modo que tiene de estudiar las cosas, sobre todo a mí.

Tiene los ojos mucho más inteligentes que la boca.

A modo de ejemplo:

—Una chica como tú no vale los problemas que da —dice con una sonrisita.

Dios mío. Menudo cretino. Pero las chispitas de los ojos me indican que está más que contento de que esté aquí y, la verdad sea dicha, si le apetece que me crea una diva mientras sea capaz de hacerme olvidar durante un rato...

—Ya.

—Podemos acostarnos, está bien. Eso sí, solo si tenemos claro que no habrá más.

Suelto una carcajada.

—He venido por sexo, no para practicar ningún ritual de profunda vinculación afectiva.

Me hace un gesto de bienvenida con el brazo, indicándome que encabece la marcha para entrar en la casa.

La vista tarda unos segundos en acostumbrármeme a la penumbra que reina en contraste con el sol radiante de fuera. Finn cierra la puerta y se apoya en ella con los brazos cruzados. Me alejo. Noto el pulso acelerado en el cuello y trato de serenarme mientras finjo examinar la habitación. Lo inesperado del ambiente que me rodea me pilla desprevenida y me olvido momentáneamente de que estoy nerviosa.

La luz entra por las ventanas orientadas hacia el mar, dibujando sombras oblicuas en el suelo de madera de acacia de la sala de estar y del pequeño comedor. Los muebles son de aspecto *vintage*, pero restaurados y sorprendentemente bien coordinados.

El sofá y las sillas son de varios tonos de azul. Una gran otomana tapizada con motivos aztecas hace las veces de mesa de centro. Hay unas cuantas fotografías enmarcadas en una mesa rinconera, junto al sofá, y una pequeña urna con bambú helicoidal en una impresionante mesa de comedor de madera de varios tonos, hecha de pedazos de madera clara y oscura intercalados; los lados largos son lisos, pero los cortos, irregulares, producen un llamativo efecto artístico.

—Oliver me sorprende —le digo—. Esto no parece un apartamento de soltero.

Finn se ríe.

—Es pulcro.

Echo un vistazo al trapo que lleva al hombro.

—Estás lavando los platos.

Encoge apenas un hombro.

—También soy pulcro.

—Entonces ¿el guarro es Ansel? —le digo, sonriente. El corazón me late con tanta fuerza que casi oigo el zumbido de la sangre. Echo en falta la

facilidad con la que estuvimos hablando después de tomar tequila.

Frunce el ceño, así que se lo aclaro.

—Alguno de vosotros tiene que ser desordenado... según mi estadística completamente sexista.

—De hecho, es el peor obseso de la limpieza que he conocido. La guarra es Perry. Adiós a tu teoría.

—Claro que es una guarra. Es la Bestia.

Finn se queda callado. Es imposible saber lo que piensa por su expresión. No espero precisamente que se ponga a criticar a una de sus mejores amigas, por espantosa que pueda ser.

—¿Por qué sigues aquí? —le pregunto finalmente—. Tenía entendido que jamás te saltas un turno de trabajo.

Se pasa una mano por los labios y la barbilla, sosteniéndome brevemente la mirada.

—Por lo visto siempre estás tú cuando me salto la norma.

—Eso no es una respuesta.

—Por negocios.

—¿Por negocios?

—Sí —Avanza despacio dos pasos hacia mí—. Y tú, ¿por qué estás aquí?

—Creo que ahí fuera te lo he dejado claro.

—Sé para qué has venido, pero no por qué lo has hecho.

—Mi... —Callo de golpe. He cambiado de idea acerca de contarle lo que hago aquí en realidad. Es demasiado duro. Demasiado—. Solo quería salir de casa.

Frunce el ceño y parece a punto de hacerme más preguntas pero, en lugar de eso, se me acerca un paso más y balancea las manos de lado a lado.

—Finn... comprarme unos zapatos... Finn... comprarme unos zapatos —dice.

—Has ganado tú, supongo.

Cede a la sonrisa con la que ha estado luchando.

—Por qué yo, dime. Tienes a todos los niños ricos de la ciudad esperando a tenerte entre sus sábanas.

El calor se extiende por mi torrente sanguíneo y él acerca la mano y juguetea con un tirante de mi vestido.

—Ninguno es bueno —admito.

—Oh, ¿en serio? —No parece en absoluto sorprendido.

—Nunca había estado con un hombre que me hiciera correrme. Sin mi ayuda.

Ignoro la petulante inclinación de sus labios cuando le digo esto. Trato de ocultar al menos cómo tiemblo interiormente, desesperada por la sensación de sobrecarga que me produce al tocarme. Aunque quizá debiera notarlo. Tal vez así hoy querría superarse a sí mismo.

—Entonces, que quede claro —le susurro—. Te estoy usando para tener sexo.

Finn me rodea con los brazos y los ojos se me cierran, mis sentidos se agudizan anticipando el primer contacto. Me sujeta con suavidad el pelo, apenas rozándome la nuca con los dedos, me lo retuerce y me lo sujeta con el puño.

—Pues empieza por besarme.

Me sostiene la cabeza por el pelo. Aunque lo intento, no logro acercarme más a él.

Lo intento de nuevo, pero me impide moverme, sonriendo sombríamente en mis labios. Cierro los ojos y le acaricio el vientre desnudo. Tiene la piel increíblemente cálida. El pecho es duro y suave, los pezones reaccionan bajo mis palmas; deja escapar un silbido agudo cuando se los araño y me suelta el pelo. Me resulta familiar, pero no: esta vez el sexo no es apresurado ni estamos en un espacio reducido, no es ebrio ni espontáneo.

Es intencionado y tenemos toda la tarde.

Al menos, eso creo. La incertidumbre acerca del negocio que tiene aquí cosquillea en mis pensamientos, pero el cosquilleo se evapora cuando le pongo las manos en el cuello y le acaricio los labios con los míos. Con un gemido, me imita y luego introduce la lengua. De repente, está enfebrecido. Me empuja hacia atrás y me da la vuelta. Nos tambaleamos por el pasillo, nos golpeamos contra la pared y él se detiene, apretando todo el cuerpo contra el mío.

—Anoche quería comerte el coño —me dice al oído—. Todavía quiero. Te quiero salvaje, retorciéndote encima de mi cara. ¿Qué te parece?

Me parece un excelente plan.

Finn se aparta y tira de mí por el pasillo. Cuento tres dormitorios, pequeñísimos los tres. El suyo es el último y está en la zona de la casa que da a la calle. Casi no tiene muebles, solo una cama de matrimonio de Ikea contra una pared y una cómoda a juego contra la opuesta. La maleta está junto a la puerta del armario.

Sin el sol que entra por las ventanas, esta parte de la casa es fría. Entramos y nos quedamos quietos, separados por apenas unos centímetros. Su calidez aumenta y refluye con cada una de sus pesadas respiraciones. Prácticamente jadeo con el corazón desbocado.

Casi nunca me siento intimidada, y estaré condenada si alguna vez dejo que un hombre tenga la sartén por el mango, pero si hay un macho alfa en esta habitación, no soy yo. Finn se echa el trapo al hombro y aparta los ojos de mi boca para mirarme el cuello, y más bajo. Los pezones se me endurecen bajo el fino vestido y él se humedece los labios, canturreando.

—Esta vez voy a atarte —me dice, bajándome un tirante. Me pasa los labios por el cuello y me pregunta—. ¿Te apuntas?

Parpadeo. Me ha pillado un tanto desprevenida. ¿Debería? Nunca me han atado. Si he de ser sincera, sin embargo, no me sorprende que Finn quiera hacerlo. En Las Vegas, y luego en Canadá, fue rudo y tierno por igual. Me dio unos azotes, me sujetó las manos por encima de la cabeza y me detuvo al borde del orgasmo para volver a penetrarme, besándome con tanta ternura que grité al correrme. Y luego me hizo llegar otra vez con la boca.

La primera noche que pasamos juntos, solo lo hicimos una vez antes de quedarnos sopa, pero lo hizo durar tres horas. A Finn le gusta mandar y ahora voy a dejar que lo haga.

—Puede que sí.

—La última vez, cuando te presentaste sin avisar, te follé y punto. Hoy quiero disfrutar de esto. A menos que tengas que irte a otra parte.

Niego con la cabeza, cerrando los ojos. Es tan agradable simplemente dejarlo todo en sus manos. Ignorar todas las preocupaciones y dejar que me ate, que me coma, que me folle hasta que no pueda caminar. No lo conozco lo suficientemente bien como para confiar en él, pero mi cuerpo sí que confía en

este hombre.

—¿Eso qué significa? —me pregunta con leve ironía, agachándose para mirarme a los ojos.

—No —le respondo, abriéndolos, con la voz ronca. Me aclaro la garganta —: No tengo que irme a ninguna parte.

Asiente. Va hacia el armario y saca un trozo de cuerda roja del estante superior.

—¿Tienes una cuerda en el armario? —le digo, con la voz aflautada.

—No he querido dejarla en la furgoneta, por si alguien me la robaba. —Me sonrío—. Es una cuerda muy bonita.

Estoy segura de que pocos en Pacific Beach encontrarían «muy bonita» una cuerda en la trasera de una furgoneta, pero no puedo echárselo en cara. Me alegro de que no tenga que dejar la habitación para ir a buscarla.

Entonces me fijo en ella y no me parece una cuerda de las que se usan en un barco. Es suave y tiene un brillo sedoso.

—¿Llevas un cordón de seda en la trasera de la furgoneta? ¿Debería hacer una búsqueda en Google sobre ti, Finn?

Se ríe un poco y tira el cordón al pie de la cama.

—Estaba seguro de que te tendría desnuda durante mi estancia aquí. —Alza la barbilla, indicándome sin palabras que lo haga, que me desnude.

—Estás muy seguro de ti mismo.

Enarca las cejas como diciendo: «¿Y bien?». Se quita el trapo del hombro y describe un círculo a mi alrededor mientras me subo el vestido y me lo quito. Cuando me bajo las bragas y me las saco, noto un roce de tela detrás de los muslos.

Y después un golpe en el mismo sitio.

Jadeo y me vuelvo a mirarlo, boquiabierto. Me ha azotado con el trapo, como un puto adolescente en la cocina. El azote me arde y soy más consciente de lo frío que está el ambiente de la habitación.

—Ven aquí —me ordena, ignorando mi cara de asombro.

—No irás a azotarme con un trapo de cocina, ¿verdad?

—Tienes razón, no lo haré. —En cuanto doy un paso hacia él vuelve a golpear, rozándome apenas la cadera—. Voy a provocarte con esto.

—¿Y qué ha sido de solo desnudarme y...?

Vuelve a darme, esta vez en la parte superior de los muslos.

—Tú has venido a buscarme, a mí, no a un crío con la picha corta de Del Mar. Y yo hago esto como me da la gana. —Se le suaviza la mirada—. No voy a dejarte con las ganas, preciosa. Yo no haría eso.

Exhalo un suspiro entrecortado y asiento. Que haga lo que quiera... Para eso he venido. Cierro los ojos, dejándome arrastrar por la sensación de ebriedad que me invade cuando lo tengo tan cerca. Su presencia es todo cuanto percibo en la habitación.

Toma entre los dedos un mechoncito de mi pelo y los desliza hacia las puntas, tirando suavemente.

—Mírame.

Parpadeo mirándolo con los ojos muy abiertos, centrándome únicamente en el arco de su labio inferior, en su sonrisita irónica, esperando la próxima instrucción.

—Bésame el cuello —me susurra, y eso hago. Me pongo de puntillas y apoyo los labios en el punto donde le late el pulso. Es un pretexto, tal vez, para saber el efecto que le causo y si la sangre le galopa como a mí cuando estamos tan cerca. Sin embargo, tiene el pulso regular y lento, dum, dum, dum, al tacto.

—Lámeme. —Me pasa los dedos por el cuello y la gargantilla. Me aprieta el cuero cabelludo y me agarra del pelo con ambas manos.

Le paso la lengua apenas rozándole la piel y gime. El sonido es profundo, ávido. Sabe a sal y aire, como si el mar lo hubiera abrazado cuando era pequeño y no lo hubiera soltado.

—Acuéstate. —Me suelta el pelo, pero sin apartar los ojos de mí. De repente me acuerdo de que Finn es diez años mayor que yo. Debo parecerle una cándida que se asombra por todo. ¿Tendrá idea de la falta de experiencia que tengo con amantes como él?—. Voy a atarte y te besaré un rato ese coñito. Quiero oírte decir mi nombre cuando te corras en mis labios.

Retrocedo hasta la cama y me desplazo hacia el centro. Me he criado en la playa, así que estoy acostumbrada a estar en biquini delante de la gente, pero Finn y yo solo lo hemos hecho a oscuras. Me resulta un poco raro estar

completamente desnuda y él medio vestido, gateando en una cama a plena luz del día.

Me pongo de rodillas, esperándolo, pero él meneaba la cabeza.

—Acuéstate. Cierra los ojos.

Lo miro con suspicacia.

—¿Quieres o no? —me dice en voz baja y profunda.

Antes de hacer lo que me pide, miro la gastada botonadura de sus vaqueros, desteñida y suave por el paso del tiempo y ahora deformada por lo que hay debajo. Siempre se ha asegurado de que esté lista y sé que eso estamos haciendo, pero la difusa amenaza del pánico persiste y me impacienta la necesidad que tengo de perderme en algo más que mis propios pensamientos.

Él ve en qué me estoy fijando y se pasa el canto de la mano por la gruesa línea del pene.

—Enseguida lo tendrás —me dice, agarrándose—. Recuétate.

La almohada es dura pero la colcha es suave y cálida en contacto con la piel desnuda. Entre mis piernas, el colchón se hunde cuando Finn sube desde el pie de la cama, pasándome las palmas por las espinillas.

Finn me pone todo el cordón rojo sobre el torso y se lo enrolla en la mano. Me lo pasa hasta la mitad por debajo del cuerpo y cruza ambos extremos por delante. Me rodea con él una mano, me lo enrolla en el brazo y me lo pasa por encima del pecho hasta el otro lado. Lo envuelve alrededor de mi otro brazo y me ata para sujetarme ambas muñecas pegadas a las caderas. En el centro, justo por debajo del ombligo, ata un complicado nudo, muy bonito. Le observo hacer todo esto. Está concentrado y pone cuidado en no apretar demasiado el cordón. Diría, además, que le encanta lo que ve. Cuando termina, suspira y me acaricia las caderas y el vientre, el pecho y el cuello.

—No tenía ni idea de que fueras aficionado a esto —le susurro.

Se encoje un poco de hombros pero no me responde. Tengo los pechos separados por una «X» que me cruza el esternón. El cordón es suave pero fuerte; noto cómo me aprieta la piel del torso.

—¿Te aprieta demasiado? —me pregunta, describiendo circulitos con un dedo alrededor del pezón.

Reprimo un jadeo.

—No.

—¿Te gusta?

Por el modo en que lo dice, noto que le preocupa. Por el temblor de su mano, la intensidad con que me mira y el bulto de su pene dentro de los vaqueros sé que esto le gusta, y mucho, pero que le importa que yo también lo disfrute.

Joder, sí que lo disfruto. Tener los brazos pegados a los costados no me importa tanto como creía que me importaría. Y soy absolutamente consciente de todo: del tacto sedoso del cordón cuando me contoneo un poco mientras me estudia, del aire frío en los pechos, de cómo me late el pulso en el cuello, en el pecho, en la entrepierna.

Había olvidado lo ásperas que tiene las manos, encallecidas por el trabajo constante: ásperas y tan grandes que con los dedos abiertos me cubren buena parte de las piernas cuando las sube hasta la cara interna de los muslos y me las separa.

Me resisto y emite un sonido gutural, imponiéndose a mí con facilidad y meneando la cabeza. No me mira a la cara. Me está mirando la entrepierna.

Me precio de ser una mujer bastante progresista (siempre estoy dale que te pego con lo de que me siento cómoda con todo y probándolo todo), pero hasta ahora todo ha sido en teoría. A los veintidós años, jamás había tenido un amante tan experto como para ir despacio e inmovilizarme bajo su atenta mirada. Nunca había estado con alguien tan confiado como para permanecer quieto y tranquilo mirándome. Desde luego, nunca me habían atado. Además, nadie me había saboreado como está haciendo Finn, ni siquiera el Finn a quien creía conocer.

Se me planta hincado de codos entre los muslos y me los besa mirando hacia arriba el cordón rojo en contacto con mi piel.

—Estás increíble.

Le susurro que gracias con la voz ronca, observando embelesada cómo se inclina con la boca abierta. Y, Dios, me lo creo.

Gime una fracción de segundo antes de tocarme y, cuando lo hace, es como si una bomba estallara dentro de mí. Algo parece soltarse con el húmedo recorrido de su lengua. Me echo hacia atrás, con los brazos rígidos,

arqueándome sobre el colchón para acercarme más. Ahora sé que he estado esperando esto no desde anoche, que lo he estado esperando cada segundo desde la última vez que sentí su lengua en la entrepierna. Tiene la boca cálida y fuerte. Me besa ahí como si me besara la boca, con besitos y suaves lametones que me arrancan el primer grito, y gruñe, empujando la lengua dentro de mí y... pierdo la cabeza.

Finn siempre ha estado al borde de la rudeza y está claro que quería tener el control las otras dos veces que hemos estado juntos, pero esto... Esto es distinto. No solo por el cordón que me sujeta los brazos o por el modo en que me sujeta debajo de él. Es porque siento que hemos entrado en otro ámbito. Antes se trataba simplemente de un polvo esporádico o dos, solo era sexo. Esta vez, sin embargo, es como si se fuera quitando capas para enseñarme una faceta suya hasta ahora oculta.

En lo que dura un parpadeo soy consciente de lo ruidoso que es chupando y de lo ruidosa que soy yo, gritando y farfullando su nombre y otras cosas, pero no puedo aferrarme a ser consciente de mí misma. No puedo porque con su gemido reverberando en mí y la forma en que utiliza el nudo del vientre para tirar de mí rítmicamente hacia su boca estoy llegando ya, con tanta intensidad que explota en forma de calor y humedad y maldita y pura felicidad que me resbala por cada centímetro de las piernas. Noto la piel enrojecida, cargada de electricidad, y oigo mis gritos roncros que resuenan en la habitación casi vacía. Finn sigue trabajando diligentemente con la boca en mí, pero jadeo mientras me enfrío, con las piernas flojas y temblorosas. Quiero juntarlas, pero me sujeta por los muslos y me lo impide, manteniéndomelas abiertas sobre el colchón.

Gruñe un «no» y pasa un brazo por debajo de mí para abofetearme la cara exterior del muslo.

Ya he ido demasiado lejos para que me extrañe. Cuando apoya la mano abierta donde acaba de pegarme y describe lentamente con la palma áspera círculos suaves mientras canturrea, quiero inmediatamente otro golpe por la forma en que se funde en un delicioso calor bajo su dulce caricia.

Finn me está mirando, con los labios suavemente apoyados en mi clítoris, mirándome la cara concentrado. Se aparta solo lo suficiente para susurrarme.

—Dime qué te ha parecido.

¿Se refiere a la azotaina o al orgasmo que me ha hecho perder la sesera o al modo en que apenas puedo moverme después de haberme hecho contraer hasta el último músculo? Da igual, porque la respuesta es la misma.

Parpadeando, abro la boca, juntando mentalmente las palabras, despacio. «Una puta pasada.» Antes de que pueda pronunciarlas, sonrío y empieza otra vez con los enloquecedores besos, los lametones y tirando del nudo. Me olvido de las palabras y todos mis pensamientos se alejan. Empujo hacia él, acercándole las caderas a la boca.

Noto la cara caliente, las mejillas sonrojadas. La cuerda me hace cosquillas en la piel cuando tira de ella hacia arriba y hacia abajo a un ritmo que coincide con sus lametazos. Tengo los pezones duros, doloridos, y quiero que sus dedos los encuentren, que su boca los encuentre. Lo quiero en todas partes a la vez. Me siento pesada y desesperada, todo mi mundo está enfocado en dónde me toca y dónde no.

Debo haber dicho algo porque su voz me llega a través de la bruma.

—Eso es —murmura tiernamente—. Joder, mírate.

Pero es a él a quien estoy mirando. Tengo su cabello suave entre las piernas y sus ojos, esos putos ojos me están mirando, esperando. Dobla un dedo dentro de mí y ladea la cabeza para seguir chupando. No hace falta más. Arqueo la espalda y grito, hecha pedazos otra vez dentro de su telaraña de cordón de seda.

Me siento como chocolate fundido vertido sobre la cama y gimo bajito cuando Finn me pone las manos en el vientre y deshace con cuidado el nudo.

—Puede que notes un cierto hormigueo cuando te lo quite. —Me besa donde estaba el nudo. Me ha dejado una marca parecida a una flor—. Tendrás la piel irritada.

—Vale —digo, suspirando. Y así es. Cuando me quita el cordón de los brazos, deshaciendo la complicada atadura, noto cómo el aire me roza las marcas de la piel, pero es solo un segundo, porque enseguida Finn me pasa la lengua por ellas, lamiéndomelas, besándomelas, calmándome allí donde

parece que tengo la piel irritada.

Es abrumador lo agradable que me resulta y lo dulce que es conmigo. Ya tengo las manos libres, así que le acaricio los hombros y el cuello y me llevo su cabeza al pecho mientras lame y chupa las marcas del cordón que tengo bajo las tetas.

Finalmente se mete un pezón en la boca y lo bordea con la lengua.

—¡Qué bien, joder! —murmura, y cambia al otro pecho, pasándome los dedos por las marcas que se van borrando.

Cuando llega a las muñecas me las ata otra vez por encima de la cabeza.

—¿Vale? —me susurra.

—Sí.

Así atada, puedo seguir con los brazos como los tengo o abrazarle el cuello. De momento me quedo como estoy y disfruto de la sensación que me produce la colcha en la espalda cuando Finn me agarra de las caderas y me arrastra hacia el pie de la cama.

Me pone una mano en la entrepierna y usa dos dedos para dibujar una «V», acariciándome el clítoris antes de penetrarme. Repite este movimiento una y otra vez.

—Eres condenadamente cálida. —Se inclina a besarme la cadera.

Se aparta y retrocede unos pasos para que pueda ver cómo se baja los vaqueros y los bóxers y los aparta de una patada. Saca un condón de la caja que tiene en el cajón superior de la cómoda, pero no se lo pone todavía.

Se sube a la cama y se me sienta a horcajadas en el pecho. Encima de mí es como fuego. El calor que emana de su piel no se parece a nada que haya experimentado antes. Tengo la sensación de haber desarrollado terminaciones nerviosas adicionales en las partes del cuerpo que han estado cubiertas por el cordón.

Me pone una mano en la nuca y se sujeta el pene con la otra.

—Bésame.

Cuando le toco con los labios la punta del pene, cierro los ojos al oír cómo gime. Me encanta la turgencia del glande, su sabor. Se lo lamo y abro más la boca cuando se desliza más profundamente dentro. La mete y la saca mientras juego, humedeciéndosela lo suficiente para que pase con facilidad entre los

labios.

—¿Te gusta mi pene en la lengua? —me pregunta, con la voz ronca.

Asiento con la cabeza y abro los ojos. Veo en su cara una expresión que nunca había visto: de febril adoración, como si no hubiera visto nada tan asombroso en la vida.

—Nunca me he corrido en tu boca —me dice en voz baja—. Lo he pensado, pero he acabado siempre queriendo otra cosa.

Se aparta y, para demostrar lo que acaba de decir, se me sienta en las caderas y abre el envoltorio del condón. Se lo pone desenrollándolo hasta la base del pene. Si esto fuera una película, la rebobinaría para ver estos tres segundos una y otra vez. Me gusta cómo mira hacia abajo mientras despliega el látex, sujetándose y acariciándose distraídamente los testículos. Gime apenas mientras se desplaza por encima de mí hasta quedarse de pie al pie de la cama.

—Rodéame la cintura con las piernas y pégate a mí.

Hago todo lo que me pide porque lo único que sé es que quiero que Finn me penetre ahora mismo. Sostiene el pene recto y apoya una palma en el colchón, detrás de mí, para introducir el glande.

Y sacarlo.

Meterlo.

Observándome con la boca entreabierta y la mirada intensa, lo saca de nuevo.

Gimo, arqueando el cuello y hundiendo la cabeza en el colchón, con la mandíbula apretada.

—Me gusta verte tan impaciente —me susurra, inclinándose a besarme la clavícula—. Ni te imaginas el aspecto que tienes ahora mismo, goteando sobre mí.

Sabe que no puedo hablar. De hecho no creo que espere una respuesta por mi parte. Empuja, entrando centímetro a centímetro y estirándose para acariciarme el clítoris con el pulgar.

—Eh... No llegues aún —murmura.

Pero cuando retrocede y apenas respira antes de volver a entrar, sé que ha empezado. Se entrega a fondo, con recios empujones acompañados de sonidos

animales. Me agarra con esas manos tan grandes, manteniéndome firme mientras me folla con toda el alma.

Disfruto de este hombre diciéndome que espere.

—Espera. Todavía no, Harlow. No te corras sin mí. Te he dicho que esperes. Estoy a punto. Estoy jodidamente a punto.

La saca cuando ya casi he estallado en mil pedazos y la desliza otra vez dentro.

—¿Vamos allá? —me susurra al oído.

—Sí. Sí por favor, por favor —ruego, y me doy cuenta de que lo estoy haciendo al segundo, quizás al tercer «por favor», y a él le encanta, lo sé, porque se ha vuelto loco otra vez. Por un instante vertiginoso, me asalta el recuerdo de que hay algo más importante que esto. Aprieto los párpados y recupero la sensación de que no hay nada más en el mundo que Finn y la forma en que me hace sentir.

El pensamiento racional se desvanece tan rápido como ha surgido y grito cuando me penetra, embistiendo y embistiendo y embistiendo hasta que me corro. Me tiene agarrada por el culo con una mano para atraerme hacia sí, con los labios en mi hombro y la polla tan metida dentro que no creo que supiera hasta ahora que podía sentirme tan llena.

Finn se sacude, con el cuerpo en tensión, gimiendo pegado a mi piel. Noto cómo se crispa dentro de mí, el latido de su corazón entre ambos, ¿o es del mío?, ni siquiera lo sé ya. No tengo ni idea de dónde termina él y empiezo yo.

No estoy segura de cuál de los dos está más agotado. Finn ha hecho todo el trabajo, por encima y dentro de mí, empujándome y tirando de mí hacia donde ha querido; sin embargo, estoy completamente exhausta. Me pesan las piernas, tengo los huesos como de goma. Dormiría durante días.

¿Que por qué he venido? Por esto exactamente.

En algún momento Finn me ha desatado las muñecas y me ha acariciado las marcas levemente enrojecidas con el pulgar.

—Estas desaparecerán en cosa de una hora, seguramente —me dice, estudiándolas, con un dejo de remordimiento.

Asiento con la cabeza, cierro los ojos, cuento hasta diez y me levanto. Empiezo a vestirme, notando sus ojos clavados en mí desde la cama.

—Dios mío, Harlow. No hace falta que te vayas pitando —me dice, con la voz espesa y soñolienta. Fuera, el cielo crepuscular es de un color lavanda oscuro—. Oliver no volverá hasta tarde.

—Tengo que... —digo, indicando de forma imprecisa hacia el norte, hacia casa.

Me observa hasta que me he vestido por completo, asintiendo, antes de dar una palmada en la cama, con fuerza.

—Harlow, no te marches corriendo. —Se sienta en el borde del colchón—. Quédate. Deja que... Joder, no sé. Que te prepare un baño o... Simplemente, quédate. Ha sido intenso. ¿No lo ha sido?

Lo ha sido. Ha sido tan intenso que de repente me replanteo todo lo que me ha traído hasta aquí.

Recojo mis cosas para irme, porque no sé bien si estar con Finn es un modo de escape u otro nuevo motivo de obsesión.

Finn

El semáforo se pone verde y bajo de la acera para cruzar la calle rodeado de una pequeña multitud. Con el teléfono contra la oreja, escucho a mi hermano Colton enumerar una lista de cosas que habrá que reparar, la mayoría antes de que los barcos puedan salir de puerto.

—¿Y estás seguro de que el fallo es del cableado? —insisto. Se me encoge el estómago y necesito una aclaración—. ¿Sabes si es del cableado en sí, o has revisado el cuadro de los fusibles? —Lo oigo suspirar y me lo imagino quitándose la gorra y usando la visera para rascarse la coronilla. Estamos a martes y lleva trabajando todo el fin de semana en esto. Estoy seguro de que está reventado.

—Revisé el cuadro yo mismo mientras Levi estaba en la timonera con un medidor. Cambiamos los fusibles fundidos y otra vez se fueron a la mierda en cuanto le dimos al interruptor.

—Menuda putada.

—Y que lo digas.

—¿Qué plan tienes? —indago, poniéndome a la sombra de un toldo de lona rojísimo. El sol está alto a esta hora del día y las aceras desiertas y muy escasas de sombra.

—Tengo que cambiar un montón de cables y encontrar el modo de conectarlos a las líneas averiadas. No será rápido.

—Madre mía. Tendría que estar en casa, no nada menos que en la maldita California.

Me apoyo en el muro de un edificio de ladrillo, tratando de entender exactamente cómo ha pasado esto. Este año ha sido una cosa detrás de otra. Eso sumado a una larga sucesión de años de pesca escasa y falta de dinero, pero, bueno, aquí estoy, en la puta California.

Sin embargo, Colt no está de acuerdo.

—Alto —me dice—. Aquí lo tenemos todo controlado. Te necesitamos ahí, planeando el siguiente paso. Nos hemos visto en situaciones peores. De esta también saldremos.

Tardo unos segundos en hacerle la pregunta que más temo.

—¿Cuánto tiempo vas a necesitar?

Exhala ruidosamente y casi lo oigo calcular mentalmente.

—Tendré que desatornillar y sacar los paneles del suelo de la cabina del timón —me dice—. Un par de días, por lo menos.

Podría ser mejor. Podría ser peor, sin duda. Calculo cuánto dinero perderemos estando en dique seco.

—¿Has revisado el motor? —pregunto.

—Hemos hecho una revisión a fondo.

—¿Y? ¿Igual? ¿Peor?

Duda antes de responderme.

—Un poco peor.

—Joder. ¿Cuánto aguantará?

—Según el informe, al menos seis meses. Pero decía lo mismo hace seis meses, Finn. Y seis meses antes de eso, también. Solo hay un dos por ciento más de virutas en esta muestra de aceite que la última vez. Yo diría que al menos tenemos un año, fácil. Para entonces habrá terminado la temporada de pesca y estaremos bien. Podemos hacerlo.

—Está bien —le digo, y me aparto del edificio.

Paso por delante de varias tiendas, restaurantes y bares. Las aceras se van llenando a medida que me alejo. El sol de San Diego cae a plomo y noto el calor a través de la camiseta negra y la tela de los vaqueros. Colton tiene razón; hemos estado en situaciones peores. No tenemos que pulsar el botón

nuclear todavía. «¿Qué coño hago aquí, pues?»

—Entonces ¿estás listo para la reunión? —me pregunta, con un asomo de ansiedad.

—No parece que haga falta que lo esté.

Su risa nerviosa me llega a través de la línea.

—No descartemos la opción aún, ¿de acuerdo, Finn?

—Lo sé, Colt. Solo te tomaba el pelo.

Pero no. De hecho no. Quiero que mi negocio siga como siempre y la opción de Los Ángeles, como la he estado llamando, no es una opción.

—¿Cuándo va a ser? —me pregunta, como si no tuviera la fecha grabada a fuego en el cerebro. Como todos nosotros.

—La semana que viene. —Me apoyo en un edificio, frotándome la cara—. ¿Por qué habré venido con tanta antelación? Podría estar allí arreglando esa mierda y...

Gime.

—Dios mío, ¿quieres dejar de preocuparte? Pasa tiempo con Ansel y Oliver. Diviértete. ¿Te acuerdas de lo que es divertirse, Finn? Y por nuestro bien, por favor, echa un polvo antes de ir a L. A.

De milagro no tropiezo cuando me dice esto, porque tengo los abdominales doloridos por el maratón de sexo con Harlow de la otra tarde.

—Todo esto te estará esperando cuando vuelvas. ¿Lo pillas? ¿Ir de juerga?

A mi derecha hay un gran edificio de ladrillo venido a menos; miro por las ventanas cuando paso. Me veo reflejado en la calle concurrida y me paro en seco. Porque allí, sentada a una mesa, con el ceño fruncido, concentrada en su portátil, está Harlow.

La recepcionista me sonrío cuando entro desde un pequeño podio. Es sexy, genial, a lo *pinup*. Parece perfectamente a sus anchas tendida sobre el capó de un agresivo coche *vintage*.

Lleva el pelo morado corto, sujeto con pasadores a los lados; luce un piercing en el labio y otro en la nariz; toques de tinta de colores le cubren ambos brazos. Estoy tentado de llamar a Colton de vuelta; esta chica es

exactamente su tipo.

—Estaré allí —le digo con una sonrisa, y señalo hacia donde Harlow está sentada, sola, enfrascada en la pantalla, mirando ausente lo que sea que esté mirando.

De vez en cuando coge el teléfono, desliza la información por la pantalla y lo vuelve a dejar.

La recepcionista me devuelve la sonrisa y me indica por señas: adelante. Me entrega un menú y me hace un guiño antes de que me aleje. Dentro el ambiente es oscuro y benditamente fresco. En octubre en Vancouver hace un frío tremendo. En San Diego parece que el verano acabe de empezar. Un verano perpetuo. No es de extrañar que aquí todo el mundo sea tan despreocupado.

Elegantes almohadones y divanes negros adosados a la pared conforman zonas de descanso en la parte frontal del restaurante, mientras que mesas y taburetes muy gastados ocupan la parte trasera. Parece más un club que un lugar en el que comer una pizza.

Harlow está en una mesa larga de madera, en un rincón. Hoy lleva una falda amarilla y tiene las piernas bronceadas estiradas, con un par de sandalias marrones de tiras largas, descansando en el taburete de enfrente. Se ha recogido el pelo con un nudo a la vez desenfadado y complicado, y cuando me acerco a la mesa, estoy más que contento de verle lo que parece ser un chupetón en el hombro.

—Hola, señorita Vega —le digo.

Mi voz la sobresalta y alza la cabeza. Su sonrisa se desvanece, reemplazada por una expresión de sorpresa... y tal vez de rechazo.

—Finn.

Me fijo en cómo aparta el portátil cuando me siento frente a ella.

—Por favor —me espeta con sequedad—, siéntate.

—¿Sabes? Me parece que te he visto poner los ojos en blanco cuando lo has dicho. A eso lo llamo yo talento.

Una camarera se acerca a nuestra mesa. Veo que Harlow se está tomando un vaso de té helado.

—Tomaré lo mismo. —Miro de reojo a Harlow, que me está observando.

—¿Te vas a quedar?

—¿Por qué no? Es un sitio muy chulo.

Me responde con un bufido, con el cuello sonrojado pero, por lo demás, fingiendo que no la ató y que no me la follé hace tres días, y vuelve a mirar el teléfono.

—¿A qué hora tienes que volver? —le pregunto.

Ella niega con la cabeza.

—No tengo que ir a ninguna parte.

Finjo mirar la hora.

—No quiero entrometerme pero...

—Me cuesta creerlo —me interrumpe, hablando entre dientes.

—... pero ¿no trabajas?

—Sí —dice ella, más para la pantalla que para mí.

Sigue con la mirada baja y el pequeño colgante que lleva se balancea ligeramente con cada exhalación. No puedo evitar recordar su aspecto tendida de espaldas, con solo ese collar sobre el esternón y mi cordón alrededor.

«Céntrate, Finn.»

—Entonces ¿no tendrías que estar en la oficina o almorzando con otras chicas?

Cierra despacio el portátil con teatralidad.

—Hoy no.

—¿Por qué?

Es evidente que mis preguntas la irritan, lo que, no puedo negarlo, despierta todavía más mi curiosidad.

—Porque hoy no trabajo. Mi madre no está bien. Estaba mirando unas cosas.

—Y, cuando trabajas, ¿qué haces exactamente?

—Soy becaria en la NBC.

Vuelvo a fingir mirar la hora, más exageradamente esta vez, porque a la una y media de la tarde de un martes está sentada en una pizzería delante del portátil y jugando con el móvil.

—A tiempo parcial —me especifica, y añade—: Trabajo doce horas a la semana.

«¿Doce?»

Como no parezco impresionado, se molesta.

—¿Qué? —me espeta.

—¿Y no te pagan?

—Be-ca-ria —me dice despacio, como si así fuera a entenderlo mejo—. Quiero trabajar en la industria del cine y por alguna parte hay que empezar. La NBC es de aquí.

—Ya veo. Entonces, tomas café y cosas así.

—De vez en cuando.

—Eres hija de una famosa actriz y de un peso pesado de Hollywood pero haces de humilde chica de los recados. ¿Eso no te fastidia?

No lo digo del todo en serio. Es decir, tengo curiosidad, pero en realidad, es muy divertido chincharla.

—No es lo único que hago —se defiende, y luego lo reconsidera y me sonrío con sorprendente autodesprecio—. La verdad es que sí, que les encanta cargarme con el trabajo duro precisamente por ser mi padre quien es. He trabajado en sus platós de rodaje desde que tengo uso de razón y probablemente sé más sobre hacer películas que la mayoría de las personas con las que trabajo ahora. Pero papá siempre me ha dicho que lo primero que tengo que aprender en el trabajo es a ganarme el respeto con humildad, así que supongo que eso estoy haciendo. No siempre será así.

«Vaya.» Eso no me lo esperaba. Resulta un poco inquietante lo mucho que se parece a lo que diría mi padre.

—Así que fuiste a la universidad y te graduaste en...

—Comunicación.

—Comunicación, ah. ¿Y eso qué es, como graduarse en Twitter y Facebook? Frunce los labios, estudiándome juguetona.

—¿Has oído hablar de Twitter?

Estoy tentado de hacerle la peineta.

—Bueno, ¿qué haces por el centro? —me pregunta, metiendo el sofisticado portátil plateado en su todavía más sofisticada funda—. ¿Tienes aquí tu misterioso negocio?

—He venido a comer algo y a hacer unas cuantas llamadas —le respondo, leyendo el menú—. ¿Por qué? ¿Se te ocurre alguna otra idea para pasar el

rato? A mí se me ocurren unas cuantas, seguro que sí.

—Bueno, esto es el Basic y, como ya estás aquí, considero mi deber como ciudadana de San Diego pedirte que te quedes a comer. La comida es buena y tienen cerveza.

—La cerveza me hará más fácil almorzar contigo, indudablemente.

Oigo su jadeo, pero no me da tiempo a esquivar el puñetazo en el hombro.

Harlow estaba en lo cierto.

—¿Acabo de comerme una pizza con puré de patatas? —le pregunto, cogiendo la cerveza.

—Pues sí. ¿No es la mejor que has probado?

Cerca está de serlo, creo, pero no se lo digo. Me he zampado media pizza de mozzarella, puré de patatas y beicon. Harlow está a punto de terminarse su mitad.

—Estaba buena.

—¡Buena! —repite ella, meneando la cabeza—. ¡Menudo entusiasmo!

—Me deshago en elogios si la situación lo merece.

—¿Por ejemplo?

—Recuerdo que te dije lo mucho que me gustaba tu coñito.

Abre mucho los ojos y ahí está, eso es lo que estaba esperando. Provocar una reacción en Harlow, ya sea de conmoción, de abandono o de ira, me despierta un instinto básico en el pecho. Sé que eso me convierte en una especie de hombre de las cavernas, pero es agradable y nos encanta a los dos. Realmente no estoy interesado en psicoanalizarme.

—Hablando de lo cual, ¿por qué te marchaste tan de repente el sábado? Doy unos masajes estupendos en la espalda.

No se esperaba esta contundente honestidad, estoy seguro, porque parpadea un par de veces, sin palabras, antes de recuperar el aplomo.

—Porque fue intenso. Y solo quería echar un polvo.

—¿Qué vas a hacer con esa libido cuando me vaya de la ciudad?

—Masturbarme más —dice, encogiéndose de hombros antes de tomar un buen bocado de su porción.

Me río. Realmente me gusta estar con ella.

—Así que te especializaste en comunicación y tu padre es un gran director de fotografía. ¿Qué más debería saber de ti?

—¿Has olvidado nuestro trato, Finn? Deberías saber que me gustan los orgasmos. No te esfuerces.

—Vamos, Pelirroja.

—Está bien. —Se limpia las manos con la servilleta antes de dejarla en la mesa—. Tengo una hermana, Bellay.

—¿Es mona?

Harlow me mira con desagrado.

—Tiene dieciocho años, depredador.

—Era para Levi, mi hermano. Madre mía, qué susceptible.

Ella se encoge de hombros, riendo.

—Es preciosa, pero está como una cabra.

Enarco una ceja.

—La puta genética, ¿eh?

—¡Ja!

—¿Va a un instituto de por aquí?

Vuelve a encogerse de hombros.

—Va a una escuela de arte. Estoy segura de que no es más que una tapadera para una operación a gran escala de tráfico de marihuana.

—¿En serio? —Abro unos ojos como platos. He oído historias acerca de California, pero...

—No. Lo digo en broma, tranquiliza a la DEA canadiense. Pero el programa de estudios no me inspira ninguna confianza. Estoy segura de que el título le servirá poco más que para ser mejor candidata a trabajar en un Burger King.

—¿Sigues viviendo en casa de tus padres?

Achica los ojos.

—Tengo veintidós años, Finn.

—Pero tus padres están aquí y tú eres una becaria sin sueldo que trabaja doce horas a la semana trayendo cafés. Perdona que haya tenido la descabellada idea de que dependes de ellos para vivir.

—Tengo un fondo fiduciario. —Menea la cabeza, señalándome con la pizza

—. No pongas esa cara de sorpresa.

—Lo que me sorprende es que lo admitas.

—¿Debería sentirme mal porque mis padres fueron responsables con el dinero y yo lo he sido invirtiendo en bienes inmuebles de California y me he comprado un apartamento?

—¿Tengo que felicitarte por saber gastar bien el dinero de tus padres? —le pregunto entre risas.

Ella se inclina hacia delante.

—Tiene gracia que me tengas por una mentecata rica, pero si yo soy una mentecata tú eres un leñador estúpido.

—Pescador.

—¿Qué?

—Soy pescador, Harlow.

Se humedece los labios.

—Es... lo... mismo... joder —refunfuña, separando las palabras—. Puede que mi trabajo no sea muy glamuroso, pero lo hago muy bien. Soy la mejor conseguidora de café del mundo.

Me echo a reír.

—Eres la monda.

—Y tú un pedazo de carne sexy.

Inclino la silla y me balanceo sobre las dos patas traseras, mirándola mirarme. Es la chica más atractiva que he visto jamás. Sorprendentemente, es posible que sea también la más inteligente.

—Ya lo sé.

—¿Y tú, qué? ¿Tienes hermanos? Chicos, ¿no?

Asiento con la cabeza y cojo el vaso para tomar un gran sorbo.

—Colton y Levi.

—¿Trabajáis juntos?

—Sí, con mi padre. Tuvo un infarto y una apoplejía hace unos años, así que no está tan activo como antes, pero sigue dándonos guerra.

—¿Y tu madre?

Niego con la cabeza.

—Murió cuando yo tenía doce años. De cáncer de mama.

Se le demuda el rostro. Se lleva el té helado a los labios y toma un sorbo con mano temblorosa.

—Dios mío, Finn, me... —Cabecea, inspira profundamente y cierra los ojos —. Es desgarrador.

—Sí. Fue hace ya mucho —le respondo. ¿Qué otra cosa puedo decir?

Aparta la cara y por primera vez me doy cuenta de que parece agotada.

—¿Por qué estás tan decaída? —le pregunto—. ¿Has tenido agotadora sesión de Facebook en tu día libre?

Está a punto de darme una respuesta ingeniosa, estoy seguro, pero suaviza la expresión.

—Solo consulto algunas cosas —me dice.

—¿Los mejores zapatos para la próxima temporada?

—Algo así.

Madre mía. Harlow miente fatal.

Pero si no se sincera, creo que no debo presionarla, en cualquier caso. Dios sabe que tampoco quiero poner las cartas de mis problemas sobre la mesa.

—Venga —le digo.

Me mira con el entrecejo fruncido.

Me levanto, tendiéndole la mano.

—Vámonos.

Estamos sentando una costumbre. Volvemos a estar en el pasillo de Oliver, con las manos en el pelo y la boca en todas partes. Su cuerpo es cálido; su piel suave huele condenadamente bien.

Esta vez Harlow lleva la iniciativa y recorre el pasillo a trompicones hacia mi habitación.

—¿Y Oliver? —me pregunta, apartándose de mí justo lo suficiente para mirar a su alrededor y aguzar el oído. En casa no hay nadie. Tiene los labios escocidos y las mejillas sonrosadas. Se le ha deshecho el moño y tiene unos mechones sueltos en la cara y sobre los hombros.

—Todavía no está en casa —le digo, y me la acerco de nuevo a la boca.

Arrastramos los pies por el suelo de madera. ¿Me dará tiempo de follármela

aquí, inclinada sobre el sofá o con las manos apoyadas en la pared, con sus gritos resonando en las habitaciones silenciosas?

—Pero no estoy seguro de cuándo volverá —puntualizo—. ¿Crees que podrás ser rápida? —Le paso el pulgar alrededor de un pezón y gime.

—Bueno, no he venido hasta aquí para ser rápida.

Yo tampoco quiero que lo sea. De hecho, estoy empezando a desear haber ido a su casa. En algún lugar podremos tomarnos nuestro tiempo como hicimos el otro día.

Llegamos a mi habitación. Cierro la puerta y corro el pestillo.

—Túmbate en la cama —le digo.

Harlow se aleja con un último beso y, sorprendentemente, hace lo que le pido. Se quita con teatralidad los zapatos y se sube a la cama. Cruzo la habitación y me quedo de pie a su lado, mirándola a los ojos mientras me desabrocho el cinturón.

—Quítate la ropa.

Harlow asiente en silencio y los dos empezamos a quitárnosla: primero las camisas, luego su sujetador y mis vaqueros. Se desviste despacio, no como una *stripper*, sino como si, para disfrutar de cómo me como con los ojos la piel que va descubriendo, quisiera prolongar el momento. Tiene unos pechos magníficos, nada caídos y turgentes. Tengo las manos grandes y me las llenan. Con los pezones rosados se me hace la boca agua. Tiene que acostarse para quitarse la falda contoneándose. Me acerco y la agarro para tirar de ella y bajársela hasta los pies.

—Me pregunto qué aspecto tendrías con los tobillos atados en alto —le digo.

Me llevo una pierna suya al hombro y le planto un beso en la pantorrilla. No ahora, quiero decir. Oliver puede llegar en cualquier momento y para hacer eso quiero provocarla, tomármelo con calma hasta que los dos perdamos la cabeza por completo. Sin embargo, gracias al recuerdo de la última vez, con la sugerencia basta y Harlow abre unos ojos como platos, con la respiración agitada.

Con un brazo apoyado junto a su cabeza, le meto un dedo de la otra mano en las bragas.

Jadea y profundizo más, añadiendo otro dedo y describiendo círculos con el pulgar alrededor del clítoris.

—Mira qué húmeda estás —le digo—. Simplemente por haberte quitado la ropa. Apenas te he tocado y estás a punto de correrte en mi mano.

Harlow resopla, como si no fuera capaz de decidir si asentir o si negar, pero sigue meciendo las caderas, ávida de mis dedos. Le beso las costillas y voy subiendo. Me llevo un pezón a la boca y se lo chupo hasta dejárselo húmedo y resbaladizo. Jadea cuando uso los dientes para mordisqueárselo primero y luego morderse.

—Más —gime con la voz ronca, y paso al otro pezón, chupando y mordiendo. No quiero hacerle daño, porque de eso no va ni ha ido nunca la cosa, pero quiero dejarle como recordatorio leves molestias que la pillen desprevenida—. Más, Finn.

—Ponte boca abajo —le digo, agarrándola por las caderas para darle la vuelta. Las braguitas de encaje son diminutas. Se las bajo hasta quitárselas para dejarla completa y esplendorosamente desnuda ante mis ojos—. Joder. Qué culo. —Le estrujo las nalgas, sin saber siquiera qué mirar. Se las aprieto más, con cierta rudeza, y se las acaricio con las palmas repetidamente para prepararla para lo que vendrá—. Parece que recuerda que tenía planes para él.

Tiene el cuerpo entero en tensión, prácticamente vibra con todos los músculos a la expectativa. Le paso una mano por la cadera y subiendo hacia la zona lumbar, arañándole la piel. Llevo las uñas cortas, pero emite un ruidito y oigo perfectamente su respiración, bastante rítmica y controlada, pero levemente temblorosa.

—¿Alguien te ha azotado alguna vez, Pelirroja?

Menea la cabeza contra la almohada, negando, con algunas greñas sueltas de pelo oscuro sobre la espalda.

—Solo tú.

Intento no pensar demasiado en el ramalazo de orgullo que siento cuando me lo dice y apaciguar este cálido retortijón de hombre posesivo.

—¿Quieres que lo haga? —le pregunto.

Asiente, pero eso no es lo que quiero, así que alzo una mano y le estampo un cachete en el trasero, solo lo bastante fuerte para llamarle la atención.

—Dilo, Harlow.

—Sí... Sí.

Vuelvo a hacer lo mismo. Esta vez el contacto de la palma con su piel es más violento.

Harlow jadea, apretando las sábanas con el puño, y alza las caderas, acercándose a mí. Pidiendo más.

—¿No te había dicho que te daría lo que te hace falta? —le digo, y descargo otra vez la mano, en el otro lado.

Su grito es más fuerte, más desesperado. Le doy dos golpes más, hasta que tiene la piel caliente y enrojecida. Gime cuando le calmo la piel acariciándosela. ¿Había pensado siquiera alguna vez en esto? ¿Tenía idea de cuánto le gustaría?

No cabe duda de que Harlow Vega se corre con una leve paliza, ni de que yo disfruto a lo grande de ser quien se la propina. El modo en que me deja hacerle esto tiene algo que me pone a cien. Sabe que puede recuperar el control en cualquier momento, pero me parece que no quiere. Me parece que necesita dirigir otra cosa.

Al décimo golpe, Harlow está tan húmeda que rezuma. No estoy seguro de haber sido jamás tan duro con nadie. Ha hundido la mano entre las piernas y se acaricia la piel resbaladiza.

—Te gusta —le digo—. Siente esto. —Me estiro para tocarla donde ella misma se toca. Uno mis dedos a los suyos y... joder. Necesito un condón ahora mismo.

Me incorporo y saco la caja que guardé apresuradamente en el cajón de la cómoda. Harlow se tumba boca arriba y me observa fijamente mientras me enfundo el condón.

Me pongo encima de ella y le subo los brazos para que alcance el cabezal de la cama.

—No te sueltes, ¿vale?

Asiente en silencio y veo cómo se agarra, tan fuerte que los nudillos se le ponen blancos.

Apoyo en ella la punta del pene y lo muevo atrás y adelante antes de empezar a empujar.

—¿Crees que serás capaz de estar callada? —le pregunto, calibrando su expresión sin dejar de moverme—. Oliver puede llegar en cualquier momento. No puedes hacer ruido. ¿De acuerdo?

Mira hacia abajo. Le acaricio la piel. Asiente.

Cojo la almohada y le levanto las caderas para colocársela justo bajo el culo.

—Así está bien —le digo, empujando más y más, entrando más y más, mirando cómo desaparezco por completo dentro de ella.

Se muerde el labio inferior y gime.

Cariñosamente, le pido que calle.

—¡Qué hermosura! —le digo, viendo cómo se le balancean los pechos con cada embestida de mis caderas. Le pongo una mano en el esternón para mantenerla contra el colchón y admiro el color de mi piel, morena y áspera, en contraste con la suya, suave y dorada. Fuera ruge un motor. Lo reconozco. Es del coche de Oliver. Lo oigo acercarse por la calle y parar en el camino de entrada.

Los jadeos de Harlow, aunque suaves, siguen siendo demasiado fuertes, así que cojo las braguitas, hago con ellas una bola y, después de besarle los labios, se las meto en la boca.

Cierra los ojos como si me lo agradeciera verdaderamente y gime... y basta casi para que me corra.

—Te he dicho que silencio, Pelirroja. —Le separo todavía más las piernas y sitúo su cadera para no rozarle el clítoris con la pelvis mientras me la follo.

Gime otra vez. Es un sonido profundo de desesperación. Me dan ganas de follármela más a lo bestia porque quiero oírlo otra vez.

—No hay duda de que esto te gusta —le susurro al oído—. Apuesto a que crees que luego no seré capaz de dejar de pensar en esto, en cómo me mojas la polla. —Le chupo el cuello, con cuidado, para que la piel se le enrojezca pero sin dejarle marca—. ¿Sabes que a mí también me gusta? Casi me has hecho llegar antes de estar dispuesto.

Con un gemido ronco ahogado por la tela me aprieta la cintura con las rodillas, haciendo palanca para atraerme más hacia sí, para tenerme más dentro.

—¿Podrías estar más húmeda? —le digo—. ¿Vemos si consigo ponerte más húmeda cuando te corras?

Asiente impaciente.

Oigo a Oliver fuera, riendo y gritándole algo a un vecino. Le subo todavía más una pierna a Harlow y le doy otro cachete en el culo. Grita y se me pega. Está sonrojada, con los pezones duros y la carne de gallina.

—Oliver entrará enseguida. ¿Te parece que vas a poder estar callada? Haré que lo disfrutes mucho, si puedes.

Asiente y me entrego a tope, con los brazos temblorosos y el cuello tenso, conteniéndome. Veo cuándo ocurre. Harlow abre mucho los ojos antes de cerrarlos, con una lágrima resbalándole por la mejilla del esfuerzo para no hacer ningún ruido.

Basta para que la siga, descontrolado. Me inclino, casi doblándola con mi embestida. Solo una más antes de llegar y tener que ahogar los gemidos contra su piel.

Cuando puedo moverme, cuando deja de parecerme que el corazón se me saldrá del pecho, me aparto y me deslizo cuidadosamente fuera de ella antes de atar el condón. La abrazo, besándole los dedos, las muñecas, las comisuras de la boca.

—Lo has hecho muy bien. —Le planto un beso en el hombro y le acaricio el cuello con la nariz para decirle roncamente al oído—: Lo has hecho puñeteramente bien, dulzura.

Harlow

No tengo ni la menor idea de cómo me sentiría tres días después de que me extirparan los pechos, pero dada la importancia que tienen en mi cuerpo, me imagino que haría exactamente lo que lleva haciendo mi madre desde el lunes: dormir y llorar.

Y no hay nada, literalmente *nada*, que pueda hacer ninguno de nosotros para que se sienta mejor. Mamá nunca ha sido particularmente presumida, pero su trabajo dependía claramente de su físico. Aunque a los cuarenta y cinco años difícilmente vayan a darle un papel de dependienta en biquini y aun cuando las revistas destacan su valentía y su fortaleza, detesta no tener ya lo que sin duda era un precioso par de tetas. Además, y eso que mamá es dura de roer, sé lo dolorosa que es la recuperación de la cirugía.

Salió del hospital el miércoles por la mañana, y papá, Bellamy y yo nos pasamos casi todo el día sentados con ella en la cama, viendo reposiciones de *Ley y Orden* mientras duerme. El jueves por la tarde todos estábamos de los nervios, sin ducharnos y lanzándonos puyas.

Ya sé lo que pasaría si alguna vez estuviéramos los cuatro encerrados en un refugio antiaéreo: habría un asesinato. El gorjeo incesante del teléfono móvil de Bellamy pone a papá de un humor homicida. Mi hermana no para de decir que hace mucho calor en la habitación.

—Si vuelves a ofrecerme algo de comer una sola vez más, te lanzaré el

mando de la tele a la cabeza —me dice mamá—. Perdona, cariño —añade.

¡Menuda panda de malhumorados para ser una familia que nunca discute en serio!

Al final papá nos lleva a las dos al salón.

—Chicas, os quiero mucho —nos dice, poniendo una mano en mi hombro y otra en el de Bellamy—, pero, por favor, marchaos de esta casa. Haced vuestra vida un par de días. Os llamaré para teneros al tanto.

El problema es que no es tan fácil. Detesto la sensación morbosa e irritante que tengo desde que le dije a Finn el martes, mientras comíamos, que mi madre se va a morir. No puedo hablar con nadie de ello y, si pudiera, decirlo en voz alta solo me haría sentir que estoy reconociendo la posibilidad de que ocurra o, incluso peor, provocando de alguna manera que esa posibilidad se materialice. Tengo mucho tiempo libre para pensar; mi empleo a tiempo parcial no me absorbe lo suficiente, puedo pasar ratos en la playa, mientras que mis amigos tienen el horario saturado desde que se levantan hasta que se acuestan. Todos, o sea, todos menos Finn.

Bellamy se marcha. Me quedo de pie en el camino de entrada de la casa de mis padres tratando de rehacerme. Literalmente recojo los pedazos y los devuelvo a su lugar. Enderezo la espalda. Me hago un moño desordenado con el cabello, todavía húmedo. Me aliso la parte delantera de la camiseta y los vaqueros. A sonreír.

Voy a quedar con todos en el Fred's, y no aceptaré un no por respuesta.

—No —dice Lola, y de fondo suena un estruendo metálico—. Esta noche no puedo. Tengo que terminar estos paneles. Y Mia ha dicho que ella y Ansel se quedarán porque él se va mañana y no volverá hasta dentro de unas semanas.

—Estoy hecha unos zorros, Loreley Louise Castle.

—¿Me llamas por mi nombre entero?

—Después de ducharme ni siquiera me he peinado, llevo una camiseta Hello Kitty tetuda de Bellamy porque me dejé toda la ropa en casa, y el Latin Lover —Lola y Mia conocen bien a papá— me ha echado de casa hasta nuevo aviso. Así que mueve el culo hasta el Regal Beagle.

—De acuerdo —suspira.

Fred Furley abrió el Fred's en 1969, a los veintisiete años. Ahora tiene setenta y dos, se ha casado, y divorciado, seis veces, y ama a mi madre seguramente casi tanto como mi padre. Celebré mi vigésimo segundo cumpleaños en su bar, y el señor Furley solo me permitió tomarme un par de chupitos. Quizá por eso volví a casa sobria y sin compañía. Desde entonces se ha relajado un poco, pero le sigue gustando hacer el papel de figura paterna, posible causa por la que me siento tan cómoda en el bar. Además, es mucho mejor quedar ahí que en una cafetería porque... hay alcohol.

Tardó unos siete años en entender por qué mi padre llamaba al bar el Regal Beagle, pero el nombre se le quedó aunque el señor Furley no tuviera nada que ver con el chico del *Three's Company*. Él es tranquilo, está bronceado, se cuida y me da casi todo lo que le pido.

Como en la noche de las chicas de los jueves.

Ansel y Mia han recogido a Lola y a Finn de camino y llegan sobre la misma hora a la que Joe No tropieza, se baja de su bicicleta de playa y la sujeta de cualquier manera a la pared del edificio.

—¿Dónde está Olls, Ollie, Olzifer? —Pregunto sonriendo tontamente.

Lola retrocede, estudiándome.

—¿Ya estás borracha?

—No... Solo... un poco rara. —Y es cierto. Me siento algo inestable, como si al parar de moverme fuera a romperme y la locura a derramarse en la calle como un charco de aceite—. Seguramente estaré mejor cuando me emborrache, de hecho.

—Oliver se reunirá aquí con nosotros —dice Ansel. Es el único que no me mira como si el pelo me ardiera y estuviera empapada de nitroglicerina.

Finn me está mirando con los ojos ocultos por la visera de la gorra.

—¿Estás bien, Pelirroja?

Asiento.

—No —digo. Lo cojo del brazo y aprovecho la oportunidad para tocarle el abultado y sexy bíceps—. ¿Sí? Supongo. Ha sido un día raro.

—Eso he oído —dice, llevándome adentro.

El señor Furley restauró el interior del Fred's hace unos años, pero por la

insistencia de mi madre dejó la decoración casi igual que antes; solo puso mesas y sillas nuevas, reservados nuevos, lo repintó y cambió el suelo. Como he dicho, Fred ama a mamá. Otra razón más para adorar este lugar: tenemos nuestro propio reservado en un rincón del fondo con un cartel de RESERVADO que mantiene a la gente alejada en nuestra ausencia. La verdad es que el Fred's rara vez está tan lleno como para que intenten quitarnos la mesa, pero el detalle me hace sentir una chica VIP.

Saludamos al señor Furley, pedimos la bebida y nos dirigimos en grupo al reservado. Finn nos sigue, inseguro.

—Esto es como un ritual —dice, escogiendo sentarse al otro lado de la mesa en vez de a mi lado.

—Quédate el tiempo suficiente y te acostumbrarás a la rutina. Aunque, es un poco complicada. —Contando con los dedos, enumero los pasos—: Entrás en el bar. Pides lo que te dé la gana cuando Fred se acerca. Luego vienes a esta mesa.

Asiente despacio.

—Caminar, pedir, caminar.

—Buen chico.

Finn me sorprende tocándome la barbilla con el pulgar y el índice y mirándome con dulzura antes de volverse hacia Ansel.

Las bebidas llegan y decidimos pedir algo de comer; luego Lola y yo nos acomodamos en la mesa. Hace poco firmó un contrato con Dark Horse para una serie de cómics, y mi primera respuesta, pre-Google, fue: «¡Me alegro mucho por ti!».

Mi siguiente respuesta, post-Google, fue una mierda. Aunque eso pasó justo después de volver de Las Vegas, a veces me cuesta creer el gran cambio que supondrá en su vida. Dentro de pocos meses, la prensa se pondrá manos a la obra: le harán unas cuantas entrevistas, hará un par de visitas a boutiques y entonces su criatura, *Razor Fish*, para quien lleva dibujando personajes desde que puede sostener una cera, será lanzado a lo inhóspito.

Mientras hablamos, Finn, apoyado en el reservado, escucha nuestra puesta al día.

Lo miro de soslayo.

—Tienes el vaso vacío.

Lo agita, observando el hielo que chapotea en el líquido.

—No, todavía me queda un poco.

—Vaya, pues el mío es el único vacío. —Se lo doy con cara de inocente.

Se ríe mientras lo coge.

—Di que lo carguen en mi cuenta —le sugiero mientras se acerca a la barra. Me echa una mirada de desaprobación.

—Entiendo.

Lola enarca las cejas.

—Calma, señorita Vega.

—¿Harlow Vega? —pregunta Joe No, frunciendo las cejas rubias.

Asiento, llevándome una aceituna a la boca.

—Harlow Vega —repito, con la boca llena.

—¿Tus padres querían que fueras a la universidad o planearon que fueras directa por un tío?

Chasqueo la lengua, chupándome los dedos.

—Cuidado, Joe No. Se te ve la erección.

—¡Oh! —dice él, mirando a Lola—. Hablando de erecciones, me pone a cien que tu libro se publique y se venda como churros, y que luego en la Comic Con sea increíble. Te pavonearás con un modelito de escritora, una máscara sexy y mucha licra...

—¿Estás colocado? —le pregunta Lola.

Me doy cuenta de que es una pregunta retórica, así que me fastidia que Joe No responda.

—Bueno... sí.

—No me voy a tragar una banderilla de salchicha para enrollarme con un grupo de tetudas vestidas de Catwoman solo para demostrar que puedo juntarme con los frikis de los cómics.

Oliver escoge ese preciso momento para llegar y nos mira un tanto asombrado, con los ojos muy abiertos bajo las espesas cejas. La mira a ella y se le suaviza la mirada con evidente admiración. Su muda reacción me sorprende un poco. ¿El callado y dulce Oliver está encaprichado con Lola? Me cruzo con la mirada de asombro de Mia y sé que piensa exactamente lo

mismo. Juro por Dios que si no tuviera la cabeza tan hecha polvo ahora mismo haría lo que fuera para que estos dos estuvieran juntos.

—¿Y dejarías que un friki de los cómics disfrazado de Catwoman se enrollara contigo y se zampara contigo una banderilla de salchicha? —le pregunta Ansel, volviéndose hacia Oliver—. Teóricamente hablando.

—Calculo que los fans se quedarán patidifusos tanto si te zamparas la banderilla de salchicha como si no —se sale Oliver por la tangente, rehaciéndose.

Mia se aprieta la nariz y sacude la cabeza, mirando a Oliver. Apenas entiende su marcado acento australiano, lo que tiene gracia, teniendo en cuenta que se casó con uno cuya lengua materna no es el inglés.

—En cualquier caso los fans estarán contentos —traduce Lola taquigráficamente.

Recuerdo la primera noche que salimos con Oliver, después de que Mia y Ansel desaparecieran por el pasillo y nos quedáramos solas Lola y yo, mucho más borrachas que los dos desconocidos que teníamos delante. Después de una inspección más atenta, nos dimos cuenta de que Oliver tenía una flor negra dibujada en la mejilla.

—Siento curiosidad por la flor —le dijo Lola cuando él se sentó a su lado. Llevaba las habituales gafas gruesas, vaqueros rectos negros, camiseta oscura. Yo estaba casi segura de que no era un tatuaje facial... solo casi.

—Perdí *la puesta* —dijo enigmáticamente, y guardó silencio.

Tardé un poco en darme cuenta de que lo que había dicho en realidad era: «Perdí la apuesta».

—Quiero detalles —dijo Lola.

Y Finn los aportó alegremente. Por lo visto acababan de realizar una versión reducida del viaje en bicicleta a lo largo y ancho de Estados Unidos en el que se habían juntado hacía seis años.

—El trato fue que quien tuviera que cambiar más veces las ruedas se tatuaría una flor en la cara. Oliver aquí presente, no puede evitar tratar una bicicleta de carretera como si fuera de montaña. Me sorprende que sus ruedas no parezcan tacos.

Oliver se encogió de hombros. Tuve claro que le importaba un rábano llevar

una flor tatuada en la cara. No se proponía impresionar a nadie, desde luego.

—¿Te llaman Ollie? —le preguntó Lola.

Oliver la miró completamente estupefacto de que alguien pudiera apodarlo así. Habría dado igual que le hubiera dicho si lo llamaban Garth o Andrew o Timothy.

—No —negó rotundamente, y lo único fascinante fue el modo en que su acento hacía sonar todas las vocales en una sola sílaba.

Lola frunció el entrecejo con su expresión única de ligera irritación y se llevó a los labios la copa iluminada con luz LED.

Suele vestir casi completamente de negro y tiene el pelo negro y reluciente. Lleva un piercing, un brillantito, en el labio, pero ni siguiera así ha conseguido tener verdadera pinta de militante feminista del Riot Grrrl. Es demasiado delicada para eso, con esa piel de porcelana, tersa, perfecta, y esas pestañas, las más largas que yo haya visto en mi vida. Eso sí, cuando decide que eres imbécil, ya da igual lo que pienses.

—La flor te pega —le dijo, ladeando la cabeza para observarlo con atención—. Además tienes unas manos bonitas, un poco blandas. A lo mejor deberíamos llamarte Olive.

Él soltó una carcajada seca.

—Y una boca preciosa —añadí—. Dulce, como de mujer.

—Oh, ¡que te den! —Rio, con ganas esta vez.

No sé cómo, esa noche todos pasamos de ser unos completos desconocidos a ser amigos íntimos y a estar casados. Pero Lola y Oliver fueron la única pareja que no consumó el matrimonio. Incluso entonces, Lola estaba convencida de que a Oliver no le interesaba en absoluto.

Ahora estoy casi segura de que se equivocaba.

—¿Dónde está Finn? —pregunta Oliver, acomodándose en el reservado. —
¡Eh, Joe! —saluda luego a Joe No.

—Paseando a Miss Harlow —le respondo.

Me mira extrañado, como si no entendiese mi alusión a la película *Paseando a Miss Daisy*.

—Ha ido a buscarle una copa a Harlow —vuelve a ejercer de traductora Lola.

Oliver asiente satisfecho, mirando hacia la barra antes de volverse hacia mí.

—Sé amable con mi chico —me dice con un guiño, pero en un tono que me indica que no bromea.

—¿Porque es delicado? Por favor —me burlo—. Solo lo uso porque tiene un pene enorme y es sorprendentemente hábil con la cuerda. No te preocupes por sus delicados sentimientos masculinos.

Oliver gime, tapándose la cara.

—Es más de lo que quería saber —me responde.

En ese preciso momento, Lola grita:

—¡Alerta de exceso de comunicación!

—Para que aprendáis a no sermonearme.

Me miran, sonrío y añado:

—¿Cómo va la tienda?

—Bien. Mucha gente. Creo que irá bien si sigue así, ¿verdad?

Veo que Mia se inclina hacia Ansel, que se ríe mientras repite más despacio lo que acaba de decir Oliver.

—¿Tengo que hablar más despacio, Miii-aaa? —dice Oliver, arrastrando las vocales para imitar exageradamente el acento estadounidense.

—¡Sí! —le grita ella.

—¿Cómo va el rincón de lectura del frente? —pregunto—. ¿Atrae a muchos novatos?

—Eso creo. —Le roba la cerveza, intacta, a Mia—. Necesito hacerme una idea de quiénes serán mis clientes habituales.

—¿Cuánto tardas en poner al día a alguien que lleva ahí horas? —le pregunto, apoyando la barbilla en las manos.

Se ríe, meneando la cabeza.

—El escaparate es enorme. Creo que no lo pongo al día nunca.

—A algunas chicas les gusta.

Él se encoge de hombros, sonriendo al posavasos con el que juega, sin mirar a Lola ni una sola vez.

—A lo mejor la primera vuelta la da Oliver por el almacén —tercia Ansel y, oh, es mi favorito.

Mia se inclina a decirle algo al oído. Su felicidad es lo que mejor me

distrae de mis preocupaciones. También puede ser que el alcohol ayude. Estoy muy contenta por ella. Contenta de que su chico esté aquí más de un día y medio, como suele estar. Viene cada dos semanas, pero es una mezcla, de vértigo cuando llega y de constante temor a otro adiós cuando se vaya.

—Se os ve muy bien juntos —comento, inclinándome a besar a Mia en la mejilla.

—¡Imagina cómo se nos verá mientras tenemos sexo! —exclama Ansel desde el otro lado de la mesa— ¡Es irreal!

Gurruño la servilleta de cóctel.

—Te has pasado —le grito.

—Es mi súper poder.

—¿Y el mío, cuál es? —le pregunto.

Ansel se apantalla la boca con las manos y grita para imponerse a la música.

—¿Tomar chupitos?

Indica con la barbilla el chupito que por lo visto Finn me ha puesto delante. A pesar de la noche loca en casa de Lola y London y de la espectacular borrachera que pillé en Las Vegas, no suelo beber más que un par de combinados. Sin embargo, creo que Ansel tiene razón: cuando me emborracho, lo hago a conciencia. Me llevo al colete la copa, saboreando el dulce y el amargo y luego el vodka ardiente que caldea la ruta hacia mi estómago.

Me levanto con un rugido.

—Estoy borracha y voy a bailar —anuncio. Señalo a Finn y le digo—: Tú, ven conmigo.

Niega con la cabeza.

—¡Oh, vamos! —gimo y le acaricio el pecho. Qué maravilla, tan robusto y tan fuerte; los pectorales se le tensan cuando lo toco. Y ahora estoy que me salgo por él.

Los jueves hay noche de chicas en Fred's y ponen música para bailar porque a nosotras, las chicas, nos gusta bailar. Además, me gusta Harlow *la Borracha*. Esa no tiene ningún problema, en cambio la Sobria podría ser demasiado orgullosa y rechazar el tímido y femenino gesto de mendicidad. Dale un poco de licor, sin embargo, y empieza la función.

—Por favor —le susurro, estirándome para besarle el cuello—. ¿Por favor,

por favor con Harlow desnuda como colofón?

—¿Siempre es así? —pregunta Finn a mis amigas sin dejar de mirarme. Me observa la boca y parece a punto de cargarme al hombro y llevarme así los siete kilómetros que hay hasta casa de Oliver.

—Prácticamente con cualquier tío al que conoce —miente Lola—. Es agotador localizarla en sórdidas habitaciones de motel de Tijuana.

Finn frunce el ceño. Le arañó el pecho como sé que le gusta y noto su temblor en las manos. Mira hacia la pista de baile.

—Pues estoy seguro que ahí habrá algún otro con el que podrás bailar.

Lo estudio un instante, con la esperanza de que no se me note en la cara la desilusión.

—Seguro que sí.

Le hago un gesto con la barbilla a Mia, que tira de Ansel para que salga con ella del reservado. Los tres vamos hacia la pista casi vacía, donde, a pesar de la predicción de Finn, no hay más que media docena de personas: una pareja de edad que baila como si fuera un lento una pieza rápida y un grupito de chicas cuyos DNI creo que convendría comprobar.

De este bar me gusta todo: los asientos de terciopelo raído, las arañas cursis y los tragos fuertes, pero sobre todo la música. Cuando salimos a la pista, el DJ, que resulta que es el nieto recién inventado de veintiún años de Fred, Kyle, me hace un gesto de asentimiento y pone una canción de graves potentes.

No me hace falta pareja de baile, solo tengo que moverme. Alzo los brazos, sigo el ritmo y cierro los ojos. Me encanta esta canción, el bajo pulsante y la letra obscena. Ansel y Mia intentan bailar conmigo en grupo, pero deciden que me da igual estar o no rodeada de gente, porque se vuelven el uno hacia el otro y se mueven como un perfecto par de caderas, enlazando brazos y sonrisas.

Dios mío, qué bien están juntos. Desde luego Mia es una bailarina fantástica. Ha nacido para esto. Pero Ansel se mueve como si controlara todas y cada una de las células de su cuerpo. Estoy muy contenta y tremendamente triste a la vez. No soy una persona triste. He tenido una vida fácil, desbocada, disfrutando de una aventura tras otra. ¿Por qué me siento como si el pecho se me estuviera llenando despacio de agua fría?

Unas manos cálidas me abrazan las caderas y el vientre, tirando de mí hacia

un cuerpo sólido y ancho.

—Hola —me susurra Finn.

Igual que si hubiera tirado de un tapón, la sensación de frío me desciende hasta más abajo de las costillas y estoy rodeada únicamente por el irreal calor de Finn. Me aprieta contra sí, apenas balanceándose con la música. Me vuelvo entre sus brazos y bailo pegada a él, dejándole sostenerme. Siento la necesidad básica, la más básica de todas, de follar. De aparearme. De tenerlo dentro de mí.

—Me estaba volviendo loco viéndote bailar. —Se inclina. La sombra de sus labios me roza el lóbulo—. Maldita sea. ¡Qué preciosa eres!

Me pongo de puntillas para poder hablarle al oído.

—Ven a casa conmigo —me oigo decir, con la voz quebrada al principio.

Por suerte Finn está sobrio y puede conducir mi coche. Le digo por dónde ir a mi casa. Aparte de eso, nos quedamos mirando por el parabrisas, sin decir nada. Me alegro de que no hablemos. Me distraería de la sensación que me produce tener su mano en el muslo, con el canto apretándome la cadera y los dedos en la cara interior, más íntima. Es como si hubiera arrojado el ancla por la borda y me mantuviera aquí encallada.

—¿Estás bien, Pelirroja?

Me gusta que me llame así, como si hubiera puesto su marca en una parte de mí.

Asiento.

—Bien, solo...

—¿Solo estás sufriendo la crisis de los veinticinco? —me dice, sonriéndome. No es una sonrisa burlona, así que aparco mi actitud. Por lo visto parezco tan necesitada de distracción como estoy.

—Sí.

—No quiero parecer... —Aparta la mano de mí el tiempo suficiente para enjugarse la cara, dejándome en la piel una sombra fría con la forma de sus dedos. Luego vuelve a ponerla donde antes y consigo respirar de nuevo—. No era mi intención parecer condescendiente. Es que recuerdo que a los

veintitantos estaba muy cabreado. ¿Por qué no lo tenía todo resuelto?

Asiento. Temo que la voz se me quiebre por la emoción si trato de hablar.

—Fue por esa época cuando papá y Colt me obligaron a hacer el viaje en bicicleta.

—¿Estás contento de haberlo hecho?

Asiente, pero no dice nada, y le indico que doble a la derecha por la avenida Eads. Paramos en un hueco delante de mi edificio y él apaga el motor.

—Sí —dice, mirándome y entregándome las llaves—. Me alegro. Pero la vida es siempre complicada. Simplemente no la vemos como la veíamos antes.

Me sigue hasta el ascensor de la portería, enarcando las cejas pero sin decir nada. Lleva las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros, la vieja gorra calada hasta las cejas.

—¿Estás muy borracha?

Me encojo de hombros.

—Bastante.

No le gusta la respuesta, pero, una vez más, entra conmigo en el ascensor sin decir nada y me observa apretar el botón del cuarto piso.

—Que haya vuelto a mi casa no significa nada —le digo—. Podría haber ido igualmente a casa de Oliver otra vez. Esto está más cerca.

No me hace el menor caso.

—No tienes compañera de piso, ¿verdad?

—No.

—¿Te gustó lo que hicimos el otro día?

—¿Con cuerda o sin? —le pregunto, apoyándome en la pared del ascensor que va subiendo despacio. Juraría que me llega el calor de su cuerpo desde un metro de distancia.

Sonríe y se humedece los labios.

—Con y sin. Pero me parece que me refería a con.

—¿Quieres decir que no estás seguro?

Las puertas del ascensor se abren y me indica que salga primero.

—Llevaba mucho tiempo sin hacer eso con una chica —dice, detrás de mí.

Estoy a punto de responderle, porque me pica la curiosidad. ¿Va a darme más de eso? Sin embargo sigue hablando.

—Y después te marchas siempre de una forma... No es precisamente fácil entenderte.

—Dios mío, Finn. —Me paro delante de mi puerta y me vuelvo a mirarlo—: ¿Esto no va solo de joder? ¿Qué hay que «entender»? —Mi intención es ser un poco frívola, un poco burlona, pero lo digo despacio y farfullando, con voz de beoda.

Me quita las llaves refunfuñando y abre la puerta del piso.

Cuando entramos las deja en la mesita de la entrada y echa un vistazo a su alrededor. Mi piso tiene dos habitaciones y un gran espacio diáfano con vistas a un par de edificios y al mar.

—Caray —murmura—. Buena inversión.

Riendo, le doy un empujón en la espalda, obligándolo a avanzar un paso hacia el salón.

—Voy a preguntarte una cosa que me hará parecer un cretino.

—Por una vez...

—¿Cómo es esto de criarse sin tener que preocuparse nunca por el dinero?

Le sonrío y dejo que se cueza un momento en la pregunta que acaba de hacerme. Porque... vamos.

—¿Por qué crees que siempre hemos tenido dinero?

Echa un vistazo al piso y luego me mira, enarcando las cejas para ilustrar lo que piensa.

—Cuando mamá empezó en televisión, recuerdo que mis padres iban tirando —le explico—. Ella viajaba para los rodajes. Papá se quedaba haciendo peliculitas indie y cosas así en el patio trasero de su amigo. No estuvieron mejor económicamente hasta que empecé en el instituto. —Me encojo de hombros, sosteniéndole la mirada—. Cuando papá ganó el primer Oscar, la cosa despegó. Pero eso fue cuando yo ya estaba en primero de la carrera.

Asiente, y el silencio se prolonga un incómodo segundo.

—Voy a usar tu baño —dice por fin. Mira hacia el fondo del pasillo antes de volverse hacia mí para echarme un vistazo de la cabeza a los pies—. Tú tómate un vaso grande de agua, una tostada y un par de ibuprofenos o algo

parecido. No me acostaré contigo hasta que estés serena.

Me da la espalda sin esperar mi reacción a su tono mandón y se aleja por el pasillo. Asoma la cabeza dentro del baño antes de entrar y cerrar la puerta con un leve chasquido.

Porque es una buena idea, no porque Finn me haya dicho que lo haga, porque de hecho tengo que reprimirme para no gritarle, voy a la cocina por agua, comida y dos ibuprofenos.

Oigo el grifo y la puerta del baño abriéndose.

—¿Dónde guardas la ropa de deporte y lo de surf? —vocifera desde el pasillo.

—¿El qué? —le pregunto, con la boca llena de tostada.

—La tabla no... Lo que... —Lo oigo abrir la puerta del armario del pasillo y decir bajito—: Ah. Aquí está.

Me bebo el agua de un trago y lo veo llegar a la cocina. El corazón se me acelera. Con los hombros llena el umbral y me siento curiosamente intimidada. Es extraño, porque me gusta. Me gusta que me dé un poco de miedo, que esté un poco fuera de control. Me gusta eso de que haya irrumpido en mi vida y lo haya sacado todo de contexto.

Lleva en la mano un elástico de sujeción enrollado.

—¿Cómo es que sabía que buscabas algo así? —le pregunto.

—Tal vez por la sutileza con que antes te he preguntado acerca del cordón.
—Me agarra del brazo y me lleva hacia el salón.

Trastabillo un poco y me observa, quitándose la gorra y mesándose el cabello.

—¿Te acordarás de esto?

Es turbador lo mucho que me afecta su voz. Es áspera y me recuerda un buen whisky añejo raspándome la garganta, su calidez en la sangre. No creo que pueda seguir fingiendo no estar completamente obsesionada por Finn Roberts.

—Seguramente —murmuro, poniéndome de puntillas para besarle la mandíbula.

—No veo el momento de que me supliques que empiece. —Levanta un poco la barbilla y se humedece el labio inferior—. Y no veo el momento de que me supliques que te deje parar.

Recupero la sobriedad para poder disfrutar de la sensación de tenerlo dentro.

Indica con la barbilla mi ropa.

—Quítate eso —susurra.

Me quito la camiseta, los zapatos y los vaqueros. Él observa cada movimiento, desenrollando distraídamente el elástico de sujeción nuevo. Lo compré hace un par de semanas para transportar la tabla de surf porque el que uso se está deshilachando, pero al infierno. Para esto también sirve.

—Esto no será tan suave —dice, señalando el elástico, aunque espero que también se esté refiriendo a cómo va a follarme.

Cuando estoy desnuda, se acerca y se inclina a besarme. Me encanta su sabor, esta noche un tenue sabor de cerveza y menta.

—Dime que quieres esto —canturrea.

—Por supuesto que lo quiero.

Cuidadosamente, me rodea el torso con el elástico, por encima de los pechos y hacia la espalda. Me lo pasa por encima de los hombros y me lo cruza sobre el esternón para llevarlo de nuevo hacia la espalda. Una vez enmarcados ambos pechos, me guía las manos hacia la espalda y me las sitúa sosteniendo el codo opuesto en cada palma. Me ata los brazos antes de anudar el resto de la cuerda sobre la columna vertebral, justo por debajo de los omóplatos.

Tengo los pechos enmarcados por el elástico cruzado sobre el esternón y los brazos atados a la espalda. Finn me mira de una manera...

Me siento como una puta reina.

Él me aprieta los pechos, con los dedos tan abiertos que me doy cuenta de lo grandes que tiene las manos. Siento que he encontrado mi lugar y ahora estoy hambrienta. No creo que jamás haya querido que alguien fuera tan desinhibido conmigo como quiero que él sea.

Me pasa la punta de la lengua por el labio inferior.

—Te gusta que sea un poco rudo, ¿verdad? —me dice, como si me leyera el pensamiento.

Asiento con la cabeza. Estoy ávida. Anhele llegar al límite, al instante justo antes de caer donde sé que llega el alivio y él se lo da todo a mi cuerpo. Pero

sé que me hará esperar y tiemblo de anticipación.

—¿Quieres que sea un poco rudo? —me pregunta. Me sostiene el rostro en las manos temblorosas—. ¿O quieres que sea bestial?

—Bestial.

Inhala, con las aletas de la nariz dilatadas, y su aroma me hace sentir tan impaciente como el fuego.

Finn cruza los brazos, se sube la camiseta y se la quita antes de desabrocharse rápidamente los pantalones y bajárselos junto con los bóxers. Me mira la cara, los pechos, estimando mi reacción mientras se desviste frente a mí. Retrocede un paso y se sienta despacio en el sofá, haciéndome un gesto con el índice para que me acerque.

—Ven a sentarte en mi regazo.

Me aproximo, me siento a horcajadas en sus muslos y él me estabiliza sujetándome por la cintura.

—¿Estás bien? —me pregunta con la voz ronca.

Cuando asiento, sube las manos por mis costados y me sujeta los pechos. Me los chupa y me los lame, moviendo los dedos hacia arriba, por encima de ellos, hasta apretármelos.

Como tengo los brazos atados, tira de mí mientras sube las piernas para acostarse y apoyar la cabeza en el brazo del sofá. Me coloca con las piernas abiertas contra su boca. Me mece, gime y gruñe. Sigue hablando mientras me lame, diciéndome que le gusta, que tengo buen sabor. Diciéndome que me gusta a mí, que está seguro de que voy a correrme. Estoy acalorada, temblando. Él apenas se mueve, solo susurra, besa y lame y, no sé cómo... no sé cómo solo con su aliento y el calor, con la presión de su lengua en el clítoris... Empiezo a sudar por el esfuerzo de mantenerme en posición vertical. Los ojos como lenguas de fuego, aleja las manos de mis pechos para coger el elástico de detrás de mi espalda, sosteniéndome y tirando más de mí hacia él.

No puedo asir el sofá. No puedo agarrarme a él. No puedo concentrarme en nada, en nada en absoluto, y es muy agradable simplemente dejarse ir. Entregarlo todo. Me retuerzo de intenso placer, con las piernas muy separadas, el cuerpo tan hambriento que quiero más presión y más humedad y más de él. Con todo el peso encima de él o sostenida por sus brazos llego con tanta

intensidad que me tiemblan las piernas y arqueo la espalda bruscamente, gritando. Tal vez haya gritado: no sé nada aparte de que me siento como si hubiera explotado, como si me hubiera fundido y me hubieran recompuesto.

—Buena chica —dice él—. ¡Qué bien, joder! ¿Te gusta esto? ¿Te gusta? Eres como caramelo en la boca, puñeteramente dulce. Húmeda, tan dispuesta. ¿Ahora quieres que te folle?

De alguna manera la última pregunta penetra en mis pensamientos y me arranca una respuesta.

—Sí, por favor... ya.

Me pone las manos en las caderas y me pasa la boca por el vientre, los pechos el cuello; se sienta y me devuelve a su regazo.

—Espera, espera, espera —gime cuando el pene se le cuela entre mis piernas. Gimoteo, lo quiero dentro, quiero sentirlo libre y palpitando en mi interior.

—Estoy casi listo —susurra Finn, sacándose un condón del bolsillo de la cadera y abriéndolo rápidamente.

Jadeo. Noto el sudor en el cuello y entre los pechos. Siento el aire fresco en la frente, en el vientre. Tiemblo pegada a él, intentando concentrarme en algo, pero no puedo. Finn es maravilloso, con el pecho ancho, todos los músculos en tensión, la piel resbaladiza de sudor mientras se pone el condón.

—¡Dios mío! —gimo cuando me besa un pecho y me chupa el pezón, ronroneando.

Nunca había sentido tanta desesperación. Estoy atada, él es enorme, puede hacer lo que quiera pero... mira lo cuidadoso y lo centrado que está, mira cómo me lleva al orgasmo y me habla y me elogia. En el fondo tengo la leve sospecha de que, en este momento, la avidez que siento no es de escapar de la realidad.

Es avidez de él.

—Vamos —gimoteo.

Se afianza poniéndome una mano en el muslo y sujetándose la polla con la otra.

—Vale, estoy listo, estoy listo. Ven. Ven aquí.

Me ayuda a bajar, lo recibo en mi interior y ¡Dios mío! Tardo un montón en

tenerlo dentro por entero. Tiemblo con cierto desenfreno, deseosa de cabalgarlo, pero me mantiene donde estoy, sujetando el elástico de la espalda con una mano y mi pelo con la otra. Lo tengo tan dentro, tanto... Juraría que le noto el pulso, que saboreo su necesidad de corcovear dentro de mí.

Gime y balancea mínimamente las caderas.

—No hagas ningún ruido —murmura junto a mi cuello—. Tus ruiditos me harán llegar antes de estar dispuesto.

Tengo que morderme el labio para estar callada. Me recompensa por el esfuerzo con un beso. Con las manos abiertas abarcándome las caderas y el trasero, me alza y me hace descender, vuelve a alzarme y me mantiene en esa posición e inicia un movimiento de vaivén rítmico e implacable. No deja de hablar. No es lo que dice, realmente, porque la mitad de las veces soy incapaz de procesar nada. Es el sonido de su voz. La riqueza de su voz, lo consoladora que resulta. Expresiones como «bonita» y «bueno» y «fuerte» y «voy a perder la cabeza» se filtran a través de una bruma de placer.

Lo único que puedo pensar, una y otra vez, es: «Qué maravilla. Qué maravilla». Me obliga a mirarlo a los ojos, o al menos me siento obligada, aunque no creo que en realidad me haya dicho que lo haga. Pero la forma en que me mira... esa forma intensa y obsesiva, tierna y adoradora. No puedo apartar los ojos, no quiero.

No recuerdo haberme corrido nunca así, sin poder localizar la sensación, sin poder determinar dónde empieza, ni siquiera lo que dura. Intento estar callada, lo intento con toda el alma, pero se me escapan los gritos incluso cuando noto el sabor de la sangre en el labio. Me doy por vencida, gritando y tirando de las ataduras mientras la pura dicha me invade.

Finn gruñe, empujando fuerte y rápido, y luego brama, tirando del elástico de mi espalda y empujándose profundamente en mí mientras se corre.

Disminuye la velocidad hasta detenerse, abrazándome y gruñendo «joder, joder, joder» en mi cuello con cada exhalación hasta mucho después de haberse corrido. Los poderosos brazos le tiemblan por el esfuerzo, húmedos de sudor. En la vida me había sentido tan abrumada por alguien.

Me doy cuenta de que voy a llorar solo una fracción de segundo antes de notar las lágrimas resbalando por las mejillas.

Sigue con la cara contra mi cuello; la respiración lentamente se le va normalizando.

—Harlow, no te muevas. No puedo... dame un segundo.

No creo que pudiera aunque quisiera. No quiero separarme de él nunca más.

Me acaricia el hombro con los labios y me amasa despacio los muslos, el culo, la espalda. Me levanta con cuidado y se quita el condón, lo anuda rápidamente y lo deja en el sofá, junto a nosotros.

Y luego me afloja el nudo de la espalda.

—No —digo, con la voz estrangulada.

Me mira, me ve las mejillas húmedas de lágrimas y cree que lloro porque no quiero que me libere. Ni siquiera sé por qué lloro. Estoy simplemente agotada, y si ya no puedo tenerlo dentro de mí necesito estar atada, y si no puedo estar atada, necesito otra forma de saber que, en este momento, soy suya y que me cuidará. Que se encargará de todo y lo arreglará porque yo no estoy segura de ser capaz.

Finn me seca la cara con los pulgares.

—Debo desatarte, cariño, no puedes seguir atada.

«Tengo la sensación de que es lo único que me mantiene de una pieza», pienso.

—Lo sé —dice.

Oh, Dios. Lo he dicho en voz alta.

—Shhh, ven aquí. —Me desenvuelve como si fuera un regalo, pasándome la yema del índice por cada surco que el elástico me ha dejado en la piel, y luego me coge en brazos como si no pesara nada. No tengo huesos, ni músculos, soy solo piel, lujuria y sangre. Me lleva a mi habitación.

—¿Esta? —pregunta al final del pasillo.

Asiento y entra. Tira de las sábanas con una mano, me acuesta y me tapa. Me da pánico que se vaya, pero no se va. Se acuesta conmigo, me acuna, me pasa una mano tranquilizadora por el costado, la cadera, el vientre, suaviza las marcas del elástico en mis pechos con sus manos tiernas y ásperas y me besa el cuello.

—Necesito escuchar que estás bien —me dice con la voz ronca—. Dime que no te duele.

—Estoy bien. —Trato de inspirar hondo, pero tengo la respiración entrecortada—. Pero no te vayas.

—No creo que pueda. Estoy... Esto es fuerte también para mí. Yo... lo he olvidado.

Duermo poco, pero no me despierto ni una sola vez de noche. Ni para beber agua, ni para ir al baño, ni siquiera para darme la vuelta y encontrar un trozo fresco de sábana. Cuando abro los ojos, el sol está alto y Finn y yo estamos exactamente como estábamos cuando nos quedamos dormidos.

Aún no se ha despertado, pero su cuerpo sí. Me hago unas cien promesas, de zapatos nuevos, de helado para el desayuno, el almuerzo y la cena, de un baño por la tarde, para levantarme en lugar de ponerlo de espaldas y metérmelo dentro, simplemente para comprobar si me mira de nuevo como lo hizo anoche.

Me levanto, sin embargo, porque me aterra no haber pensado en primer lugar en mi madre, en si todavía necesita que la lleve a su cita más tarde o en cómo habrá dormido esta noche. Así debería ser. No para siempre, pero Dios, por lo menos durante las primeras semanas que mi familia, mi centro, mi universo, me necesita.

Me estoy preparando el café y deambulo por la cocina cuando Finn entra, con los calzoncillos que habrá recuperado del suelo del salón. Ni siquiera he echado un vistazo por allí porque no estoy segura de soportar ver el elástico tirado en la alfombra.

Se frota los ojos, se me acerca y me besa el cuello.

Para no derretirme me pongo rígida y noto su risita en la piel.

—Yo también estoy perdiendo un poco la cabeza —admite.

—Solo lo hice... —empiezo a explicarle, y él se aparta y me mira, con esos ojos que se vuelven más inescrutables mientras escucha—. Una cosa es querer distraerse, pero no necesito otra obsesión.

«Demasiado honesta, Harlow.»

Pero él ya está asintiendo. Incluso parece un poco aliviado.

—Lo respeto —dice, soltándose las caderas y alejándose. Así es

exactamente como necesitaba que se desarrollara esta conversación, pero aun así... pica un poco. Finn le quita hierro agregando—: Estoy en el mismo barco, por así decirlo. Y anoche, dejaste de ser un polvo fácil.

Sirvo dos tazas de café y sonrío por encima del borde tomando un sorbo de la mía.

—No tendremos ningún problema en volver a caer en nuestra rutina de ex cónyuges antagónicos —digo, mintiéndonos a ambos.

Frunce el ceño.

—Cierto.

6

Finn

Cualquier duda que pudiera tener sobre el éxito de la tienda de Oliver, como que la afluencia masiva del día de la apertura fue más suerte que otra cosa, se esfuma en cuanto entro en el local el viernes por la tarde.

Por lo visto hay muchos ratones de biblioteca en San Diego.

La campanita de la puerta tintinea cuando entro. Me paro en seco, mirando con los ojos como naranjas la tiendecita abarrotada de gente. Y no hay solo niños y hípsters chiflados como Oliver, sino también hombres trajeados y madrazas, gente de todas las edades.

—Madre mía.

—Sí, ¿eh? —Me vuelvo hacia la derecha siguiendo la voz.

Joe No está en la caja. Se aparta los mechones rubios de la cara antes de coger un cúter y abrir con él una de las muchas cajas de cartón que tiene detrás.

—Creía que trabajar en una tienda de cómics consistía en venir a pasar el rato, leer un poco, puede que salir un rato a tomar el aire —dice. Cabecea y sigue sacando con mucho cuidado el contenido de la caja antes de plegarla y pasar a otra—. Pero tío, en este sitio uno no para.

—Ya veo —digo, impresionado—. No tardarías mucho en echarle un vistazo a la mercancía, ¿no?

—¿Yo? —dice, y niega con la cabeza otra vez—. No leo cómics. Puede

sonar extraño, pero me confunden un poco.

Observo su cresta rubia con rastas, la mirada medio drogada y vidriosa, la camiseta blanca que evidentemente ha lavado alguna vez con algo rojo. Este chico se hizo piercings en la polla. No sé si me sorprende que los cómics lo sobrepasen.

—¿No lees mucho?

—Ficción, principalmente —admite—. Algunas biografías. Filosofía, si tengo tiempo. Libros de viajes. Algo de novela romántica de vez en cuando —añade.

Veo un libro de bolsillo manoseado debajo del mostrador y enarco mucho las cejas. Estoy completamente seguro de que no es de Oliver.

—¿Wally Lamb? —le pregunto—. ¿Es tuyo?

Joe No se ríe.

—Sí, el mejor libro que he leído sobre superar el odio hacia uno mismo y el perdón. Encontrarse a uno mismo.

«Vale.»

—Estoy... sorprendido.

Joe No se encoge de hombros antes de ir por otro montón de cómics.

—Además, fue una elección del Club del Libro de Oprah, para que sepas. Lo que dice Oprah...

—Cierto —le respondo—. Y, ¿dónde está Oliver?

—La última vez que lo he visto, estaba en la parte de atrás. ¿Quieres que vaya a buscarlo?

—No, no. Está bien. —Miro a mi alrededor por un momento, meditando si debería hacerle saber a Oliver de que estoy aquí o si debería pirarme y tratar de pillarlo luego. Lo que tendría que hacer es volver a casa y aclararme las ideas; por lo menos llamar a mis hermanos. Ya habrán cambiado buena parte del cableado a estas alturas, pero tengo el corazón encogido, la sensación de que ese será el menor de nuestros problemas cuando empiecen a desmontar paneles y a mirar más a fondo el barco.

Me reuniré con los tipos de Los Ángeles dentro de unos días y apenas he pensado lo que debo preguntarles, ni siquiera he pensado si tenemos otra opción aparte de decirles que sí. La incapacidad de pensar con claridad sobre

el propósito del viaje es exactamente la razón por la que Harlow tenía razón y por la que debemos frenar y tomarnos con más calma lo que sea que estemos haciendo.

Mierda. Harlow.

Suspiro dejándome caer en el sofá que Oliver ha colocado en la parte delantera de la tienda. Estar con ella ya no tiene nada que ver con aquel cómodo «acuerdo». Si Harlow no se hubiera lanzado y dicho que tenemos que controlar esto, tendría que haberlo hecho yo. Ayer por la noche la vi desmoronarse entre mis brazos; incluso el más despistado se habría dado cuenta de que eso no fue trivial para ninguno de los dos.

¡Señor, estuvo tan jodidamente perfecta! Nunca he conocido a nadie como ella, tan tozuda como yo y, sin embargo, dándomelo todo, permitiéndome desmontarla caricia a caricia.

Saco el teléfono móvil y veo que tengo un mensaje sin leer, pero no llego a tocar con el dedo el cuadro de texto. Debería leerlo, lo sé. Y soy un hipócrita de campeonato al insinuar que Harlow está en un momento de su vida en el que todavía no ha entendido nada, porque aquí estoy, con treinta y dos tacos, tan confundido e inseguro como ella.

—Parece que le estás dando mucho al coco, Hércules. No vayas a lesionarte.

Doy un respingo al escuchar su voz y el corazón se me acelera de emoción.

—No te he visto entrar.

Se toma un segundo para pasar detrás del mostrador y poner a cargar el teléfono. Luego se sienta a mi lado en el sofá, con un muslo pegado al mío.

—¿Vas al trabajo? —le pregunto.

—¿Has utilizado notas mentales para usar la palabra «trabajo»? —me dice, mirándome con una sonrisita.

—Sí, claro.

—Pues sí, voy al... —Comillas con los dedos—. Trabajo. —Me coge el brazo, mira mi reloj—. Tengo media hora antes de presentarme para entregar una bandeja de pastelitos para una reunión y enviar unos cuantos faxes.

«Entonces ¿qué haces aquí?», quisiera preguntarle, pero me muerdo la lengua, sabiendo que me llevaré una decepción si la respuesta es cualquier

otra que no sea: «Porque quiero verte, tonto del culo».

Es un poco rara esta versión de Harlow: formal y vestida con una falda negra ajustada, tacones, camisa de seda naranja y la melena peinada y alisada cayendo a su espalda. Está graciosa y encantadora, serena, completamente distinta de la Harlow que veo en la cama, la que me suplica que le dé azotes en el culo, más y más fuertes. Y aunque parezca que soy yo el que dirige, claramente quien me ha estado utilizando ha sido ella, usando mi cuerpo para olvidarse de sí misma y correrse. Me preocupa un poco que me guste tanto la idea de ser el único que conoce la versión desenmascarada de esta chica preciosa, gloriosa.

—Ya que nos dedicamos a eso de ser solo amigos —le digo—, puedo decirte que hoy estás jodidamente guapa, Pelirroja.

Pestaña, momentáneamente sorprendida, antes de sonreír.

—Gracias.

—Porque la última vez que te vi tan temprano parecías recién salida de la cama de otro —digo, ignorando el hecho de que la he visto esta misma mañana.

Ella no me corrige y... bueno, vale. Creo que los dos sabemos que esta conversación es una mina terrestre, una que es mejor evitar.

—No estoy en uno de mis mejores momentos, de modo que voy a pasarlo por alto y a darte la razón. Definitivamente, no habrá otro Toby Amsler en mi futuro. Me estoy quedando sin dedos, así que a partir de ahora seré más exigente en el proceso de selección.

—¿Quedándote sin... dedos?

—Sin dedos, sí —dice, poniéndome las manos delante de la cara y moviendo los diez dedos—. Es una decisión completamente personal y que puede abordarse de muchas maneras, pero siempre he dicho que no quería sexo con más chicos de los que se pueden contar con los dedos de ambas manos. Ya he gastado ocho, así que no tengo margen para más errores.

Tardo un segundo en entender que eso significa que Harlow solo se ha acostado con ocho hombres.

O mejor, que Harlow se ha acostado con siete hombres aparte de mí.

Y.. no me aclaro. Por un lado, me sorprende un poco. No es que tuviera

alguna idea preconcebida sobre este asunto, pero Harlow consigue que los demás crean que su vida sexual es algo que evidentemente no es.

Por otro lado, me considero un tipo más bien progresista y, siempre y cuando no estés engañando o hiriendo a alguien, deberías poder amar, casarte o follarte a quien te dé la gana. Sin embargo, por hipócrita que sea, oyendo a Harlow hablándome de los otros chicos con los que se ha acostado se me hace realmente difícil quedarme aquí sentado y asentir.

Y Harlow, que por alguna razón parece percatarse de todo cuanto hago, lo nota.

—Eh. Vaya, vaya. ¿Qué pasa aquí? —Me pone un dedo en la frente y aprieta con fuerza—. Estás frunciendo mucho el ceño. ¿Me estás juzgando, con esa cara?

—¿Qué? —le digo—. No estoy poniendo ninguna cara. —Estoy realmente contento de no poner ninguna porque la que pone ella da un poco de miedo.

—Sí que la pones. ¿Me estás tildando de puta, Señor Bueno con la Cuerda de Descabelladas Habilidades Orales?

—De ninguna manera. Nunca llamaría a nadie así.

—No te creas que solo porque dejo que me la metas tienes derecho a juzgarme por lo que he hecho o he dejado de hacer. Me gusta el sexo, igual que a ti. Y voy a tirarme a quien sea o a cuantos quiera, la regla de los diez dedos puede irse a freír espárragos. Solo porque la sociedad preferiría que yo...

—Harlow. No estaba diciendo eso. Diez dedos. Está bien.

—Ah —escruta mi cara y parece darse cuenta de que soy sincero. Relaja la frente—. Bueno.

—Bueno —repito.

—¿Qué tal tú? —me pregunta.

—¿Qué tal yo?

—¿Cuántos dedos te quedan?

Me inclino hacia delante y miro a mi alrededor para señalar el hecho de que estamos sentados en una tienda abarrotada.

—No creo que este sea el mejor lugar para mantener esta conversación, Pelirroja.

—Bien, ¿qué más podemos hacer? Me sobran veinte minutos, y ya que no

estamos follando...

—Sí —digo, y apoyo la cabeza en el respaldo del sofá—. Ese plan tenía mucho más sentido justo después de habernos acostado. Estaba un poco menos tenso.

—¿En serio? —Harlow se acomoda en el sofá, levanta las piernas largas y las apoya en mi regazo—. Y hablando del tema, perdona que me abatiera anoche encima de ti —dice, y siento una presión en el pecho.

Puede que Harlow estuviera atada con un elástico anoche, pero fue como verla florecer, y realmente no quiero escucharla disculparse por ello. No estoy seguro de haber visto antes algo tan auténtico. En cuestión de horas, todo pasó de ser una manera fácil y sin complicaciones de desahogarnos a ser cualquier cosa menos sencillo. Me gusta Harlow, mucho. ¿Debemos decidir no acostarnos juntos nunca más? Follar es un asco.

—No tienes por qué disculparte —le digo y, sin darme cuenta, le pongo una mano en la rodilla y le doy un apretón. Noto la piel tibia en la palma y me muero por mover los dedos, subir por el muslo, empezar a disfrutar los dos otra vez.

Joder.

Trato de alejarme de ella, pero me sujeta la mano y me la estudia con indiferencia.

—No —murmura—. Solo digo que lo siento si hice cosas raras.

—No las hiciste —le aseguro.

Me mira y parece reprimir una carcajada.

—Gracias, qué efusivo.

Asiento con generosidad.

—Para eso están los amigos, ¿verdad?

—Entonces ¿es eso lo que somos? —pregunta—. ¿Amigos?

—Indudablemente amigos, puede que algo más. No lo sé. Al fin y al cabo, hemos estado casados.

—Fueron las mejores doce horas de mi vida, para ser sincera —dice, imitando a Scarlett O'Hara, y estira las piernas sobre mí. Noto el temblor de los muslos en la mano—. Desde entonces los días no han sido más que una burda imitación.

Oliver sale de la trastienda con un montón grande de libros.

—Buenas. Me alegro de verte, amigo.

Se me pasa por la cabeza que sigo sentado con las piernas de Harlow en el regazo y la mano descansando un poco demasiado cómodamente en su muslo. Salgo de mi ensueño y me encuentro con la mirada de Oliver. Me sonrío con complicidad, así que por lo visto también se ha dado cuenta.

—Tío —dice Joe No, saliendo del baño con un montón de cómics. Los sostiene para que Oliver los vea. Intercambian una mirada significativa—. Mira lo que he encontrado.

Oliver gime, pero me doy cuenta de que, sorprendentemente, no los coge.

—Otra vez no.

—Otra vez —confirma Joe No.

Sigo con los ojos a este último mientras deja con precaución los cómics en el mostrador de cristal.

—¿Son de la Mujer Maravilla?

—Sí. Cada puta vez que limpio el baño. Siempre son de la Mujer Maravilla.

Harlow se pone de pie e, inmediatamente, noto la ausencia de la tibia piel en la palma. Cuando Oliver asiente, dice:

—Quieres decir que van ahí a...

Oliver asiente de nuevo, coge una caja vacía y, usando una grapadora, empuja dentro el montón mancillado.

—¿No hay nada sagrado?

Harlow se inclina a fisgar en la caja.

—Bueno, ¿quién puede culparlos?

Mira los tres pares de ojos abiertos como naranjas. Los tres la estamos mirando fijamente, boquiabiertos.

—¿Culparlos por...? —Empieza Joe No, y deja la pregunta en suspenso.

—¡Oh, vamos!

Coge un ejemplar de *La Mujer Maravilla* del estante, impoluta y todavía envuelta en plástico. En la tapa de este en particular, la Mujer Maravilla está sentada a horcajadas en un caballito de mar gigantesco, con el lazo de la verdad suspendido sobre ella, mientras un hombre montado en una especie de moto de agua trata de dispararle con un arma. Todo esto sucede supuestamente

bajo el agua, aunque no me molesto en discutir cómo podría nadie enlazar a otra persona apenas a un metro del fondo del océano ni cómo, para empezar, un láser, o lo que se suponga que es, funcionaría en este contexto.

—¡Miradla! —dice Harlow—. Hasta yo estaría un ratito a solas con la Princesa Diana.

—¿Sabes que su verdadero nombre es Princesa Diana? —me pregunta Oliver, y juro por Dios que parece un perro cuyo amo lo ha llamado al porche a cenar.

Se encoje de hombros.

—Claro que lo sé.

Oliver me mira con fuego en los ojos, y dice:

—Finn, si no te vuelves a casar con esta mujer me caso yo.

Harlow se va poco después. Antes nos da un beso en la mejilla a cada uno y yo finjo que no me molesta que todos recibamos el mismo trato. Finalmente me voy también, con la idea de reunirme con Oliver más tarde esta noche. Cojo el camino más largo de vuelta a casa, pensando que un paseo por el puerto me vendrá bien. Entonces recuerdo el mensaje sin leer del móvil. La llamada perdida de Colton. Parece que Harlow es una excelente distracción incluso cuando no estamos en la cama.

Al final, me paso lo que queda de tarde yendo hasta la costa y volviendo a casa después de ponerse el sol, solo treinta minutos antes de Oliver. Registro la nevera y los armarios. Saco un paquete de pasta y un puñado de verduras del cajón. El teléfono me observa fijamente encima de la encimera.

Hago lo posible por no mirarlo. Empiezo a preparar la cena y vacío el lavaplatos. Miro un rato la tele y hasta voy a recoger el correo de Oliver para que el aire fresco me aclare la mente. No lo hace.

Tenso e incapaz de aguantar más, lanzo los sobres a la mesa y echo mano del teléfono, decidiendo que es el momento de ser un hombre y afrontarlo. Me digo que podría ser una buena noticia. Mi hermano me hubiera llamado y hubiera vuelto a llamarme si algo realmente malo hubiese ocurrido, ¿no?

Primero reviso el correo electrónico. Hay un aviso del banco, un vídeo

estúpido que me ha enviado Ansel y un correo confirmando la reunión en Los Ángeles para el lunes a las diez de la mañana. Esto último no contribuye precisamente a aliviar la sensación de amargura.

Finalmente paso a los mensajes, abriendo el único reciente de Colton.

«Estamos JODIDOS —dice—. Estamos completa y absolutamente JODIDOS. Me voy a emborrachar.»

La cocina está llena de vapor de la olla de pasta que hierve al fuego, cuando el sonido de una puerta que se cierra llega desde el pasillo.

—¡Cariño! ¡Estoy en casa!

Deambulo entre la encimera y la isla, con el alma en los pies, cuando escucho a Oliver dejar las llaves y limpiarse los zapatos en la puerta.

Colton no me ha respondido cuando le he devuelto la llamada, pero Levi sí. Tal y como decía el mensaje, Colton está en alguna parte, borracho como una cuba, y con toda seguridad follando con una de sus conejitas, lo cual explica por qué no ha tratado de llamarme otra vez.

Según Levi, una biela del primer motor se ha partido y ha perforado la caja. Los daños son insalvables. Peor aún, porque la tensión extra en el segundo motor ha hecho que la muestra de aceite esté llena de virutas de metal, lo que significa que estamos a apenas semanas de que falle por completo. Hace unos días sabíamos que estábamos en una situación difícil, pero creíamos que aguantaríamos otra temporada.

Ahora sabemos que estamos, tal como dijo Colton, realmente jodidos.

Hemos reinvertido casi hasta el último centavo en el negocio familiar y, sin ingresos, apenas nos sobra algo para cubrir gastos durante los próximos seis meses. No podemos botar el barco hasta que lo arreglemos y no tengo ni idea de cómo vamos a hacerlo.

Oliver cruza la habitación, baja el fuego y va a lavarse las manos en el fregadero.

—¿Estás bien, amigo? —dice, mirándome con preocupación.

—Sí. Preparando la cena.

Lo que tengo en la punta de la lengua es: «Estoy jodido. Mi futuro y el futuro

de toda mi familia acaba de esfumarse y... ah, por cierto, ¿qué tal la tienda?».

No puedo decir eso. Sin embargo, necesito hablar, lo sé, oírme decir lo que está pasando y escuchar a otra persona diciéndome que no es tan grave como parece, que al final todo se arreglará.

En definitiva, necesito que alguien me mienta.

Normalmente, Ansel sería el mejor candidato para eso. Es estúpidamente optimista, y consigue que cualquier situación, por negra que sea, parezca un oportuno golpe de suerte. Por desgracia, en este momento ni siquiera está en el mismo país que yo y no puedo llamarlo para robarle el poco tiempo libre que tiene para cargarlo con mis problemas. Descartado.

La siguiente opción lógica sería Perry, porque se aburre y siempre ha sabido escuchar. Pero, Dios mío, no puedo. Sé que no debería tomar partido, pero incluso yo estoy furioso por lo que les hizo a Ansel y Mia. Todos hemos dejado de hablarle. También descartada.

Oliver ya tiene bastante con la tienda recién abierta y estando todo el día de pie. Lo último que necesita es que yo le suelte que mi negocio está acabado justo cuando el suyo arranca.

Para ser sincero, no quiero contárselo a ninguno de los tres. No es que crea que les daría igual, es que no quiero que se preocupen. No quiero que sepan lo canutas que las estoy pasando.

Oliver, que no tiene ni idea de lo hundido que estoy mentalmente, se acerca a un cajón y saca una tabla de cortar.

—¿Tú y Harlow, qué?

—¿Harlow? —respondo distraídamente y con más acritud de la pretendida—. Entre Harlow y yo no hay nada.

—Claro que no, pero he visto lo acaramelados que parecíais hoy los dos.

Incluso con la que está en marcha consigo poner los ojos en blanco.

—Es un grano en el culo —le digo.

Menuda mentira. Con la mayoría de las mujeres, la novedad de una cara bonita se habría desvanecido y estaría listo para pasar página.

Pero con Harlow... Me gusta más y más con cada conversación.

—¿Seguro que estás bien?

Me vuelvo y me encuentro con la mirada inquisitiva de Oliver.

—Sí. ¿Por qué no iba a estarlo?

Se encoge de hombros. Parece a punto de estrangularme, pero es una expresión que desaparece en un abrir y cerrar de ojos. Ni siquiera sé si ha estado ahí.

—No lo sé, en realidad. Es que... Nunca me has dicho lo que haces aquí. ¿Todo bien en casa?

—Estupendo. He venido para reunirme con unos inversores. Con la idea de hacer algunas mejoras durante la temporada baja.

Veo un destello de alivio en su rostro.

—Finn, eso es genial. Míranos, mira nuestras vidas. Todo va de perlas, amigo.

«Cierto.»

Miro por la ventana. En realidad, solo hay una persona con la que quiera hablar en este momento.

—Escucha —le digo, apagando el fuego—. Acabo de recordar que le prometí a mi padre que lo llamaría esta noche. ¿Te importa cenar sin mí?

Si Oliver sospecha algo, no me lo echa en cara. Es un buen amigo.

—Claro que no. Creo que llamaré a Lola, a ver si quiere salir. ¿Volverás?

Cojo la billetera de la mesa de la cocina y me la guardo en un bolsillo trasero.

—No estoy seguro. Guárdame un plato y ya lo calentaré si vuelvo. Tengo que hacer esta llamada, en serio.

Oliver asiente, se sirve un plato de comida y me dice adiós con la mano.

Tengo el teléfono en la mano incluso antes de haber llegado a la puerta.

Harlow

Estoy fregando el suelo. ¿Por qué, si hoy venía la señora de la limpieza a casa de mis padres, estoy fregándoles el suelo?

Porque parece que no puedo concentrarme ni siquiera en las tareas más nimias y se me ha caído al suelo una cacerola llena de enchiladas.

Papá entra, mira los pantalones rasgados y la vieja camisa de franela suya que llevo y luego la fregona manchada de rojo y el manchurrón de salsa en el embaldosado blanco, y no dice ni una palabra. Va hasta la nevera, la abre, coge un yogur para mamá y me besa la coronilla cuando se marcha.

Tomo un par de decisiones en los siguientes veinte segundos. Primera: necesito otro trabajo.

Hay una pequeña posibilidad de que me ofrezcan unas prácticas remuneradas a tiempo completo en la NBC que empezarán en enero. Sin embargo, hablar brevemente con Finn de mi situación actual me ha hecho darme cuenta de que estoy perdiendo el tiempo. Allí soy una inútil y no una mujer que se respeta a sí misma del siglo XXI sin otra responsabilidad en este mundo que trabajar doce horas a la semana.

Segunda: no me puedo tirar a Finn ni puedo tampoco pasar cada segundo que tengo libre en casa de mis padres.

La realidad, sin embargo, es que la enfermedad es un asunto bastante miserable y solitario. Mamá no nos quiere merodeando por casa. Si quiere

estar con alguien es con papá. Ha llegado la hora de volar del nido.

Tercera y quizá la más importante: tengo que decidir qué voy a comer ahora que he hecho añicos el Plan A en el suelo de la cocina.

Estoy a gatas, fregando lo que queda de la mancha en las juntas de las baldosas, cuando llega a mi teléfono un mensaje de un número desconocido.

«¿Lista para tomar una birra o dos?»

Achico los ojos leyendo la pantalla en la cocina oscura.

«¿Quién eres?» —respondo.

«El chico con el que estabas fantaseando.»

«¿Se refiere al Coronel Sanders, el mismo del pollo frito?»

La respuesta llega inmediatamente.

«Haz otro intento.»

Río mientras escribo:

«¿Ethan?»

Le doy a enviar y rápidamente escribo:

«¡No! Jake, ¡lo siento mucho!»

La respuesta de Finn llega después de aproximadamente un minuto:

«Qué graciosa.»

Finn y yo intercambiamos los teléfonos en Las Vegas hace unos tres meses y curiosamente estoy contenta de que no los hayamos usado hasta ahora.

«¿Vamos a un bar de leñadores?», le pregunto.

«Creo que la palabra que buscas es “pescadores”.»

«Lo que sea. Me impresiona que envíes mensajes de texto», le respondo. Miro cómo voy vestida y me da vergüenza. «¡A la porra!», decido luego.

«Esto es perfecto. Voy vestida como tú.»

«En veinte minutos estaré ahí.»

Subo las escaleras corriendo, me despido de mis padres con un beso y salgo de casa. Me subo al coche con la esperanza de que Finn llegue cuando haya vuelto a mi apartamento. No quiero que sepa que no estaba en casa. No sé por qué, en realidad, quizá sea porque ahora mismo, y sorprendentemente, Finn Roberts es mi refugio; me siento mejor simplemente estando con él. En parte eso se debe a que nunca me pregunta cómo estoy, cómo está mi madre, si va tirando.

Es muy luchadora.

Ella es muy guapa.

Tan joven.

No puedo imaginar cómo debe de ser esto para vosotros.

Curiosamente, Finn es el único que podría imaginar cómo es esto para nosotros pero es un alivio no tener que afrontarlo cuando estoy con él.

Llego a casa en un tiempo récord; los dioses de los semáforos estaban de mi parte. Podría quitarme la ropa sucia, pero ni me molesto. Si no nos vamos a acostar, no me pienso arreglar.

Es tan caballeroso que me manda un mensaje de texto desde la acera diciéndome que ya está aquí. Me reúno con él en su camioneta.

—He olvidado cómo se llega a Fred's —dice, a modo de saludo.

—Vaya, pues hola. —Después de abrocharme el cinturón de seguridad le digo—: Gira a la derecha por Prospect y luego a la izquierda por Draper.

—Ah, sí. —Maniobra para salir y sigue mis indicaciones—. Creo que lo recordaré a partir de ahí.

—Sobre todo teniendo en cuenta que está en Draper —digo, con una sonrisa atrevida.

Pero no me devuelve la sonrisa. En realidad, Finn parece perdido en sus pensamientos. Busca una emisora de radio y deja sintonizada la NPR, así que, en vez de conversación, tenemos una reposición de Terry Gross entrevistando a Joaquin Phoenix para hacernos compañía. Tamborilea con los dedos sobre el volante en un semáforo en rojo, mirando por su ventanilla, lejos de mí.

—¡Esto de no tener sexo seguro es mucho más estimulante! Estoy súper contenta de que estemos bien simplemente pasando el rato. —Me inclino hacia delante para verle bien la cara, pero ni siquiera sonrío.

—Solo quería salir un poco —murmura de manera enigmática.

Oliver vive a una manzana de la playa. Finn podría fácilmente «salir» y hacer un centenar de cosas en lugar de llevarme a Fred's, donde ya fuimos hace unas noches.

Aparca frente al bar y, como siempre, me indica por gestos que encabece la marcha. El señor Furley me saluda cuando entro y le dice a Kyle que saque a patadas unos cuantos «culos de niño de la mesa reservada para Harlow».

—¿Cómo se atreven a sentarse ahí? —siseo, bromeando.

—Los chicos de hoy en día —me dice, pasando un trapo por la barra—. Son una panda de pequeños mamones. ¿Cómo está Madeline?

—Aguantando. —Me estiro sobre la barra y le beso la mejilla sin afeitarse antes de coger los dos botellines de cerveza que me pasa—. Gracias *encantooo* —le digo, imitando a Bogart.

Le doy una cerveza a Finn y le hago un gesto para que me siga hasta nuestro rincón. Limpio unas cuantas cáscaras de cacahuete de la mesa y me dejo caer en nuestro reservado.

—Seguro que lo tienes en el bote —dice Finn, sentándose también y mirando al señor Furley, que sigue detrás de la barra.

—Sí. Es el mejor. —Tomo un buen trago de cerveza, viendo a Finn hacer lo mismo. Dios mío, adoro su cuello bronceado, definido, la ligera sombra de la barba de tres días bajando desde la mejilla y por la mandíbula...

Me aclaro la garganta. «Nada de sexo.»

—Y bien, ¿qué te cuentas?

Finn se encoge de hombros y clava los ojos en la televisión más cercana. Están retransmitiendo un partido de los Padres de San Diego.

Al principio el silencio es cómodo: tengo mi cerveza, él tiene la suya. Él tiene a los Padres, yo tengo una pareja de adorables ancianos bailando de maravilla en la pista de baile. Pero cuando van a sentarse a su mesa, siento el peso del silencio sobre nosotros. No tengo la sensación de que Finn me haya pedido que nos veamos para sentarse únicamente a ver el béisbol.

—Entonces ¿Oliver trabaja esta noche?

Parece que no me escucha.

—¿Quieres que pida algo para comer? Estoy hambrienta.

Otra vez, parece completamente perdido en sus pensamientos. La música está más bien alta, pero yo no susurro precisamente. Nunca susurro.

—Creo que iré a la cabina, a ver si Kyle quiere enrollarse conmigo en la pista de baile. —Nada—. O me lo follaré encima de la barra. Un poco de marcha en la trastienda con él, a lo mejor. —Me inclino hacia él—. Y, obviamente, «trastienda» es un eufemismo.

—¡Hala! —dice Finn, apartando los ojos de la televisión. Por fin una

reacción.

—Bien, entonces ¿qué pasa? —le pregunto—. Para tomarte tranquilamente unas cervezas podrías haber venido con Oliver.

—Solo quería pensar.

—Eso podrías haberlo hecho solo o haciendo jogging por la playa. Así que es evidente que necesitas hablar. ¿Necesitas una interlocutora o hablar con una pared?

Finn me mira como si no tuviera ni idea de lo que le estoy diciendo.

—¿Necesitas que te ayude a pensar o solo quieres hablar sin que te interrumpa? —le aclaro.

—¿Eres capaz de hacer eso?

—Claro que puedo.

Finn se levanta de la mesa y, cuando voy a protestar, me hace un gesto con la mano para detenerme.

—Te lo voy a explicar. Quiero hablar de ello sin interrupciones, pero antes necesito otra cerveza. O tres.

Se aleja, así que le grito:

—Dile al señor Furley que me traiga unos cuantos buñuelos de patata.

Finn está medio pedo con la segunda cerveza cuando al fin empieza a hablar.

—Cuando te dije que estaba aquí por negocios, estaba diciendo la verdad. Sé que suena raro, porque nuestra pequeña empresa está en la isla de Vancouver.

Asiento. Que vaya a contarme el porqué de la larga duración de su estancia en San Diego me da vértigo. Que me lo cuente me hace sentir especial, aunque no pienso dejar que lo note. Pongo cara de póquer, como una campeona.

—No es un negocio fácil, sin embargo. Si tienes un año malo, sales adelante, pero si tienes dos años malos, la cosa se complica. En un par de años malos, una gran empresa está acabada. Además, los barcos necesitan reparaciones... —Se pasa la mano por la cara y se termina la cerveza de un trago. Luego se queja entre dientes—: Sí, así es.

De repente, ya no siento vértigo.

Sé que no me dará los detalles de sus problemas empresariales, y así está bien, de hecho, porque sospecho que apenas le sería más útil que Kyle el DJ en esta situación. Me quedo callada, pero no solo por mi ignorancia, sino porque sé que no ha terminado. Sigo sin tener ni idea de por qué está aquí.

—Entonces, hace cosa..., no sé, quizá de un mes, me llamó una gente que decía tener una idea para... —Se calla y me mira largamente—. Para un show.

—¿Una exposición de pesca? —le pregunto.

—No —me responde, riendo—. Un programa de la televisión.

Oh.

«Oh.»

Apoyo los codos en la mesa.

—Y cuando dices «una gente» te refieres a...

—El Adventure Channel.

Abro los ojos como platos.

—¡Ostras, Finn! ¿Quieren hacer un programa sobre vuestro negocio?

—De papá, de Colt, de Levi y mío. Los cuatro chicos Robert.

—¿Y estás aquí para empezar las negociaciones? —Estoy impresionada. El Adventure Channel es importante. Finn indudablemente tiene una cara y un cuerpo hechos para la televisión, pero... no es precisamente cálido ni amable tampoco.

Niega con la cabeza.

—No. Mira, uno de nuestros barcos más pequeños se averió hace una temporada, pero antes de que nuestro barco principal, el *Linda*, se averiase también, no me tomaba esto muy en serio. Vine aquí porque mis dos hermanos quieren hacerlo, y no me parece bien tomar una decisión unilateral sobre este asunto sin sopesar todas las posibilidades. —Vuelve a frotarse la cara—. Hace cosa de una hora, sin embargo, me he enterado de que el *Linda* también está jodido. Quiero decir jodido de verdad. Puede que tengamos unos cinco mil dólares en el banco, y estamos hablando de una reparación que costará cien de los grandes. Quizá doscientos. Ahora tengo que considerar esto del programa o abandonar por completo la industria pesquera. Y no es lo que quiero, Harlow. Sería un circo.

—¿Has hablado con la cadena desde que estás aquí?

—Solo hemos intercambiado un par de correos electrónicos. Vine aquí mucho antes para asistir a la inauguración de Oliver. Además, a Colton le preocupaba que fuera a darme un infarto como a papá y me quería lejos. —Me echa un vistazo—. Voy a reunirme con ellos pronto. Me han enviado material de promoción.

Se me cae el alma a los pies cuando Finn habla de tener un infarto, pero su mirada juguetona y su comentario sobre el material de promoción me hacen sonreír.

—Material de promoción, ¿dices? Necesito verlo.

Con una mueca, saca del bolsillo trasero la cartera y, de esta, una foto doblada de la familia sentada en un barco atracado en el puerto.

—Aquí tienes una cosa que me han enviado. —Me la tiende—. También han diseñado un logo y camisetas.

—Caray —digo, mirando la fotografía. La iluminación es profesional, los colores intensos. Cada hombre de la foto representa el equilibrio perfecto entre rudeza y refinamiento—. Esto es la versión de pesca extrema de una foto glamurosa de JCPenney.

Me la arranca de la mano.

—Vale, se acabó.

Trato de recuperarla antes de que pueda devolverla a la cartera.

—Así que estos son tus hermanos, ¿eh?

—Sí.

Finn está en el medio, con su padre y el hermano más pequeño, Levi, a un lado, y el mediano, Colton, al otro. Está claro que les habían dado algunas indicaciones: el padre de Finn se muestra cordial, relajado. Levi está sonriente, es como un libro abierto, mientras que Colton mira atractivo a la cámara. Finn parece sensato y desengañado. Los cuatro hombres de la fotografía son completa y absurdamente atractivos.

—Bien, gracias por enseñármela. Puede tenga que ir a casa a masturbarme lo que queda de tarde.

—Sabes, si un chico dijera eso sería asqueroso.

—Oh, lo siento, Caniche. ¿El doble rasero te pone gruñón?

Se ríe con indiferencia.

—Eres un grano en el culo, Pelirroja.

—De modo que, el Adventure Channel te quiere básicamente para un programa de citas.

—No. Se supone que consiste en echar un vistazo a nuestra vida de pescadores y...

—¿Dice eso en la parte posterior de la Foto Glamurosa? —Le doy la vuelta, fingiendo mirar.

—Harlow...

—Finn... —Señalo la cara de la imagen—. Miraos, chicos. ¿Tú qué edad tienes? ¿Treinta y dos?

—Sí.

—Y Colton, ¿cuántos años tiene?

—Veintinueve.

—¿Y Levi?

Suspira.

—Veinticuatro.

—Apuesto a que en el contrato que te enseñaron hay una cláusula que te impide estar comprometido en una relación cuando empieza la grabación del programa.

Abre mucho los ojos.

—¿Cómo lo sabes?

—¿En serio? A mi madre le han ofrecido un papel en un *reality show* unas cuantas veces. Siempre hay algo acerca de las relaciones personales. Así que, ¿no te parece que este programa consistirá en realidad en filmar tus bíceps marcados en el barco y luego dejarte sin camiseta y ligando con tus alumnas?

—No me estás ayudando. No quiero hacerlo. —Me roba unos buñuelos de patata—. Pero mis hermanos creen que será una aventura. Por lo visto no entienden hasta qué punto les cambiará la vida. Colt nunca se acuesta con la misma. Y Levi... Te juro que creo que es virgen.

Miro al bombón rubio de la fotografía.

—Vale, estás colocado. Si este tío no folla lo que quiere y más, entonces no hay Dios, ni Papá Noel ni Conejo de Pascua.

Hace un gesto de desdén con la mano.

—Lo que tú digas, pero no creo que podamos hacer buena televisión. —Su argumento es tan flojo que hasta él se da cuenta. Le da vergüenza la cara de asombro que pongo y aparta la mirada.

—Estás de broma, ¿no? —le pregunto—. ¿Un tío bueno mujeriego, un tío bueno virgen y el que está más bueno de los tres y demasiado ocupado para el amor? Esto es el sueño erótico de cualquier productor de televisión. Este programa prácticamente se escribe solo.

—Nos lo están poniendo en bandeja —dice, transigiendo—. Dos temporadas para empezar, me han comprado la camioneta como gesto de buena fe, nos repararán los dos barcos principales y nos darán uno nuevo.

Suelto un silbido.

—Vaya. Así que estás molesto porque un importante estudio de televisión quiere darte un montón de dinero. Pobrecito. ¿Por qué no lo atrapas al vuelo?

Me mira, y ahora el incrédulo es él.

—Me gusta la vida que llevo, Harlow. No es cómoda, y siempre estamos en apuros, pero la escogí por una razón. Me gusta mi casita a la orilla del mar y trabajar en el barco y bromear con mis hermanos. Me gustan los días en los que conseguimos una gran captura. Esos días hacen que todos los de escasez sean completamente insignificantes. —Deja de mirarme y pasa una uña por un surco de la mesa—. La idea de que venga un equipo y nos filme las veinticuatro horas del día, tres días por semana, me da náuseas.

—¿Qué piensan Oliver y Ansel de todo esto? —le pregunto.

—No lo saben.

—¡Sé algo que ellos no saben! —me jacto.

Se encoge de hombros.

—Me cuesta hablar de esto con mis mejores amigos. Tengo que decidirme, pero puede que dentro de dos años mire atrás y piense: «¿Por qué tomé esto en consideración siquiera?».

No quiero meditar acerca de esto con quienes seguirán formando parte de mi vida, por si no me doy cuenta hasta después de lo patético que es todo esto. ¿Tiene lógica?

Así que no espera que yo forme parte de su vida durante los próximos dos años. Vale. Esto me ha dolido. Me llevo la cerveza a los labios, mirando hacia

otro lado.

—Tiene mucha lógica.

—Mierda —murmura, al parecer dándose cuenta de cómo ha sonado lo que acaba de decir—. Sabes a qué me refiero.

Y, honestamente, lo sé. Yo tampoco le he hablado de mi madre. No necesito el apoyo de Finn y me gusta que estar con él sea simplemente cómodo para mí. Puede que a él le guste eso: a la larga, mi opinión no importará mucho.

Me sacudo la indignación y le sonrío.

—Sé que ahora seguramente te parece un giro de ciento ochenta grados en tu vida, pero podría ofrecerte oportunidades que jamás te has planteado. Daría a conocer tu empresa y...

—O convertirnos en el hazmerreír.

—Y van a daros un barco —prosigo, ignorando su comentario—. No sé nada de pesca industrial, pero apuesto a que cuesta tanto como una casa en La Jolla.

—Más o menos —me confirma—. No sé. Ni siquiera estoy seguro de que pueda llegar a considerar mío el barco que nos compren, tampoco. Es, literalmente, venderse. Pero no te has largado muerta de risa, así que supongo que no es tan descabellado que me lo esté pensando.

—En mi opinión estarías loco si no lo hicieras.

Asiente y presta atención de nuevo al partido. Esta vez, estoy segura de que no dirá nada más.

Finn

Compruebo la dirección que Harlow nos ha dado cuando dejamos la calle. El restaurante está lleno, y resoplo mientras recorro el aparcamiento.

—Parece que hoy no es nuestra noche —le digo a Oliver, bastante seguro de que, si mis ojos no me delatan, mi horrible actuación lo hará—. Supongo que es mejor que volvamos a casa. Ya probaremos otro día.

Dirijo la camioneta hacia la salida, pero me detiene poniéndome una mano en el brazo.

—Ya están todos aquí, así que busca sitio. De todos modos, es demasiado tarde para un cambio de planes —me dice, mirando por la ventanilla. Luego añade—: Gracias a ti.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que he tardado más de una hora en sacarte de casa y que parece que te arrastre al dentista en lugar de acompañarte a una noche de cena y humor cuestionable con tus mejores amigos.

—Eso no es verdad en absoluto.

Es completamente cierto.

—Ansel ha cogido un avión para sorprender otra vez a Mia y quiere vernos. Y a pesar de lo que dijiste anoche, has estado mal toda la semana.

—Estoy bien. Simplemente, me resulta raro estar fuera con todo lo que está pasando en casa —digo, y me encojo de hombros con desenfado, por si acaso.

«Tranquilo, Finn. Estate quieto. No evites mirarlo a los ojos.»—. No estoy acostumbrado a tener tanto tiempo libre, eso es todo.

Suena de fondo la radio, una canción pop. Oliver la apaga. El chasquido del dial reverbera en la furgoneta y finjo mirar por el parabrisas buscando un hueco para aparcar.

Me mira de un modo que no me gusta. Oliver me conoce bien y me arrancarían los brazos y me daría una paliza si se entera de que he hablado de esto con Harlow antes que con él.

—Soy tu mejor amigo, Finnigan. No me mientas, ¿vale?

Voy a responderle pero se distrae porque ve un hueco justo delante.

—Eh. Ahí. Justo ahí.

Aparco en el hueco y apago el motor, con un suspiro de alivio. Supongo que vamos a entrar.

Estoy bastante seguro de no haber parecido nunca tan culpable. Jamás. Me siento como un criminal paseando tranquilamente por la casa en la que ha robado.

Como era de esperar, Harlow me ha puesto a parir y ha hecho lo que ahora sé que le va: bromear y usar el sarcasmo para quitar hierro a la situación. Pero el modo en que me ha mirado cuando le he explicado por qué no podía contar nada a Ansel, a Perry, ni siquiera a Oliver, ha sido como un puñetazo en el pecho.

Me las he arreglado para quitármelo de la cabeza hasta más tarde, con los ronquidos de Oliver resonando en el pasillo y yo completamente desvelado, mirando el techo oscuro, pensando: «¿Debería decírselo? ¿Está mal mantener a mis mejores amigos al margen y abrirme tan fácilmente a Harlow?». Hasta ese momento, no había pensado mucho en Harlow y en mí. Ella ha sido muchas cosas: una aventura salvaje, una distracción y finalmente una amiga, pero ahora nada de eso parece suficiente.

Y joder, esta noche no quiero enfrentarme a ella, porque no solo no tengo ni idea de en qué punto estamos ni de lo que siento ni de cómo deberíamos relacionarnos, sino que ahora me guarda este enorme secreto. Un secreto que

no puedo revelar ni a mis mejores amigos.

Tendría que habérselo contado a Oliver.

Jamás tendría que haber metido en el ajo a Harlow.

¿Y si se dan cuenta de que les oculto algo?

¿Y si a ella se le escapa algo?

«Joder.»

El restaurante es oscuro y bullicioso, tanto que pienso si no podría escabullirme en algún momento y desaparecer sin que nadie lo note.

A pesar de los reservados abarrotados que llenan el pequeño local, dentro hay por lo menos veinte grados menos de temperatura que fuera. Por eso solo ahora me doy cuenta de que estoy sudando, porque el aire fresco me hace cosquillas en la frente húmeda y en la nuca. «¡Dios mío, Finn. Contrólate!»

Los oímos antes de verlos. Por encima del barullo de voces y de la música y del tintineo de los cubiertos, la risa de Harlow llega hasta la puerta. Harlow no calla nunca.

—Es lo mejor que he oído nunca —grita Ansel, partiéndose de risa.

No esperas que un abogado de veintiocho años haga eso, pero se trata de Ansel y, bueno, te equivocas. A medida que nos acercamos la inseguridad hace presa en mí y noto que tengo la boca crispada.

—Parece que han empezado sin nosotros —me grita Oliver por encima del hombro.

Me limito a asentir siguiéndolo hacia la mesa tratando de aparentar que no estoy a punto de vomitar.

Están todos sentados en un reservado amplio del fondo. Ansel está en un extremo, con los largos brazos apoyados en el respaldo del asiento y se inclina hacia delante, sonriendo, para oír lo que dicen al otro lado de la mesa. Mia está a su lado, Lola a la derecha de Mia y, no por primera vez desde que la conozco, ensimismada, garabateando algo en una servilleta. Harlow, con los ojos muy abiertos y expresivos le cuenta algo a Ansel, que se ríe. Otra vez.

—¿Lo estáis pasando bien? —dice Oliver, parándose junto a la mesa—. Se os puede oír desde fuera. —Todos se vuelven hacia él, y luego hacia mí, antes de saludarnos.

Todos menos Harlow.

Ella me sostiene la mirada durante los cinco segundos más largos de mi vida antes de volverse hacia Oliver.

—Por fin —dice, con una sonrisa ligeramente demasiado radiante. ¿Nerviosa, quizá? ¿Se siente culpable?

—¿Has...? —empieza a decir.

—¿Qué era eso tan gracioso? —la corto, e inmediatamente me dan ganas de pegarme.

Todos me miran, cada uno con una cara distinta de: «¿Qué coño...?».

Lola alza la cabeza y me doy cuenta de que aunque parece no prestar atención, no se pierde ni una palabra.

—Harlow contaba esa vez que fuimos a nadar desnudos y nos quedamos encerrados fuera. Decidimos que ella era la que tenía que entrar por la ventana del piso de arriba. Desnuda.

—Oh —le digo, demasiado horrorizado por mi propia reacción: no puedo quitarme de la cabeza la imagen de Harlow, desnuda, escalando una pared, una ventana... lo que sea.

Ella me mira con los párpados entornados y Ansel como si acabara de aparecer con la ropa interior por fuera de los pantalones.

—Bien —dice Oliver—. Voy al baño, pídemme una hamburguesa si vienen, ¿quieres?

Cuando Oliver se va, mis únicas opciones son quedarme aquí de pie como un idiota o sentarme al lado de Harlow.

Con un suspiro, me armo de valor y me siento en el reservado, procurando dejar al menos unos centímetros de distancia entre nosotros. Lola y Mia se ponen a hablar de... algo, y Harlow se inclina hacia mí.

—Baja un poco los humos, Finnick —me susurra. En cualquier otro momento le diría exactamente dónde puede meterse sus motes. Pero ahora me conformaré con no perder los papeles.

—¿Qué? —pregunto, fingiendo confusión—. Tenía curiosidad.

—¿Curiosidad? Parecías a punto de huir del escenario de un crimen. Estás nervioso y... —Se fija bien en mi cara—. Madre mía, ¿estás sudando?

—Estoy bien —le digo. Me seco las manos con la tela de los vaqueros y me recuesto, exhalando con fuerza—. Simplemente es que, ¿sabes?, todo esto me

da un poco de mal rollo.

—¿Por qué? No habrás pensado que he dicho algo, ¿verdad?

Parece un poco ofendida, de hecho, así que le respondo rápidamente.

—¿Qué? —le digo, probablemente con demasiada precipitación—. No. Qué va. Solo me preocupa que, ya sabes, que puede que no sepas poner cara de póquer.

—¿Cara de póquer? ¿De qué coño hablas?

—Siempre te inmiscuyes. He pensado que se te podía haber escapado algo.

Antes de que pueda responder, o darme un codazo en los huevos, Oliver vuelve a la mesa, llena los vasos de todo el mundo y se deja caer en el asiento del fondo del reservado, empujándome hacia Harlow.

Me enderezo y murmuro una disculpa pero ella sacude la cabeza y ríe, acercándose y susurrando tan bajito que tengo que cerrar los ojos para concentrarme en sus palabras.

—Tengo noticias para ti, Finn. He fingido los orgasmos durante seis años antes de acostarme contigo y tengo más secretos de los que te caben en esa cabezota vacía, así que, si uno de los dos va a revelar ese gran secreto tuyo del festival de citas conmigo, no seré yo.

—No es un fes... —Callo e inspiro profundamente antes de coger la cerveza—. Da igual.

Me estoy comportando tontamente y, sin embargo, no me relajo. Porque ahora, no solo estoy esperando a que Harlow meta la pata, sino que la miro tan de cerca que no se me escapa nada. Estoy seguro de que estoy mirándola como una especie de asesino en serie, pero el asunto es que ella no se da por aludida. En absoluto.

Una camarera aparece en algún momento y toma nota. Estoy tan ensimismado que no tengo ni idea de lo que he pedido hasta que regresa y me pone delante una ensalada enorme. Maravilloso.

Joe No pasa a saludar y se hace con una cerveza, llegando incluso a gatear por debajo de la mesa para aparecer al lado de Harlow y sentarse pegado a ella.

—Siéntate si quieres —le dice ella con una sonrisa, y lo rehúye.

Tiene el muslo contra el mío y tengo que esforzarme para mantener las

manos donde todos puedan verlas, y muy, muy lejos de donde están ansiosas por ir.

—¿Vigilando la línea? —me pregunta Joe No, señalando mi plato con una patata frita enorme que le ha quitado a Lola.

—Ya no es tan joven —dice Harlow. Y sigue sin mirarme. Hace un gesto de asentimiento dirigido a Oliver—. Entonces ¿cómo va lo de la Mujer Maravilla? —le pregunta, sonriendo mientras corta el bistec—. ¿Ha mejorado la cosa?

Yo también querría un bistec.

Oliver niega con la cabeza y apura la cerveza.

—No preguntes.

Ansel, que hasta el momento ha tenido una determinada parte de la cara pegada a Mia, toma repentinamente la palabra.

—¿Qué es lo de la Mujer Maravilla?

—¡Dios mío! —dice Lola—. Tengo una cosita para la Princesa Diana, ¿verdad?

Harlow suelta una carcajada y Ansel se pone rojo hasta las orejas.

—Yo...

—Tengo que reconocérselo —dice Harlow, alcanzando un aro de cebolla—. La Mujer Maravilla solo demuestra que tiene el éxito asegurado.

—Estoy hecha un lío —dice Mia.

—Eso es porque Ansel trata de sacarte el alma por la boca chupando como una especie de dementor —dice Harlow y luego susurra hacia mí—: Es un personaje de Harry Potter, Sunshine. Hay que actualizarse.

Oliver explica la situación y Ansel se pone incluso más rojo si es posible.

—¿Alguien habrá tenido sexo ahí dentro? —dice Lola, y todos nos volvemos hacia ella—. ¿Qué? Solo digo un encuentro de mirones rodeados de porno para ratones de biblioteca. —Se encoge ligeramente de hombros—. Lo entiendo.

—Claro que lo entiendes —dice Harlow con socarronería.

—Bueno, yo no practico sexo en ese baño —apunta Joe No—. Puede que en el sofá...

—¡Nadie practica sexo en mi tienda! —exclama Oliver, y luego, casi como

una ocurrencia tardía, agrega—: Y no os hagáis ideas, porque eso os incluye a todos vosotros.

—Gracias a Dios que no hay cámaras ahí detrás —agrega Joe No—. ¿Imagináis las cosas espantosas que filmarían? Entra gente de lo más extraña. Sería un *reality show* nauseabundo.

Me atraganto con la cerveza y toso tanto que parece que se me vaya a salir un pulmón por la boca.

La mesa entera se sacude y todos levantan los brazos y las copas caen como fichas de dominó. La cerveza espumosa lo empapa todo.

—¡Madre mía! ¿Estás bien? —me pregunta Mia.

Vuelvo a toser y noto la mano de Harlow palmeándome la espalda y describiendo pequeños círculos.

—Recobra la compostura, tío —murmura.

Asiento con la cabeza, cogiendo una servilleta para limpiarme la pechera de la camisa.

—Está bien —les dice a los demás—. Solo se le ha ido la cerveza por el lado equivocado.

Cuando por fin me recupero, me siento y tomo un sorbo con cuidado, evitando mirar a los ojos a los otros. Como un psicópata.

Me concentro en la sensación de Harlow pegada a mí, en lo natural que eso me parece. Sigo esperando que se meta conmigo o que haga alguna broma a mi costa, pero tiene cara de póquer; fría y tranquila, apenas me mira. Trato de decidir si lo hace a propósito o no; ¿de verdad no me mira o simplemente no me está mirando tanto como hace normalmente?

Me las arreglo para golpearle el brazo «sin querer» una o dos veces, apoyo la rodilla en la suya. Incluso me las arreglo para pinchar con el tenedor un trozo de su bistec. Nada.

Y, cuanto más la miro, más quiero que ella me mire, que me hable, que me prefiera a todos esos otros gilipollas. Me gusta cómo habla con todos, prestando atención únicamente a la persona a la que se dirige, sin exagerar ni que parezca que flirtea. ¿Por qué iba a hacerlo? Es seguramente la más guapa del restaurante. No le hace falta cazar a nadie.

Pero... me ha cazado a mí, me recuerdo. En Las Vegas, hasta la Columbia

Británica y también aquí. Joder, quiero presumir de esto con alguien, con quien sea.

Y quiero que flirtee conmigo, solo un poquito.

El móvil de Joe No vibra y él deja el reservado, insistiendo en que tiene que irse. Todo el mundo lo sigue poco después. Noto que Harlow lleva cerca de una hora sin mirar el teléfono, pero cuando lo hace cambia visiblemente de actitud. Tiene los hombros rígidos y estoy seguro de que se ha quedado pálida.

Apenas ha bebido, pero cuando los demás van hacia el coche o vuelven a casa andando, ella se queda.

—¿Te llevo a algún sitio? —le digo.

Enarca una ceja y me río.

—No me refiero a eso —le aclaro—. Olls y yo hemos venido juntos; ¿quieres que te acompañemos a tu piso?

—Pues sí. Sería estupendo.

Ha cambiado por completo de actitud, pero no le hago preguntas. Se pone el bolso al hombro y nos sigue hasta la furgoneta. Insiste en sentarse en el asiento trasero y dejar que Oliver vaya delante.

Vamos en silencio. Instintivamente, los ojos se me van a su reflejo en el retrovisor. No la veo muy bien, solo con los destellos de luz cuando pasamos bajo las farolas o mira el teléfono, pero es una belleza. Una de las veces la pillo observándome y no puedo hacer otra cosa que apartar la vista y concentrarme en el tráfico para no matarnos a todos.

No tengo ni idea de cómo me ha pasado, pero me gusta Harlow Vega. Mucho. La respeto. Quiero llegar a conocerla. Quiero follar con ella por razones que no tienen nada que ver con pasarlo bien ni con mi necesidad instintiva de liberar semen.

Estoy realmente jodido.

Paramos delante de su edificio demasiado pronto y me apeo, le abro la puerta del coche y la ayudo a bajar.

—Gracias —me dice.

Asiento.

—Gracias a ti, por escucharme y por guardar el secreto.

—No importa. Nos vemos, ¿vale? —dice. Nos da la espalda y añade,

volviendo solo la cabeza—: ¡Adiós, Oliver!

Oliver saca la cabeza por la ventanilla, se despide también y ella se aleja por el sinuoso camino de entrada hacia el edificio iluminado.

Harlow Vega alejándose, una de las imágenes que más me gustan. Y, desde luego, la que usaré cuando esté en casa.

Oliver y yo volvemos a casa. Nos damos rápidamente las buenas noches y cada uno va a su habitación. No pierdo tiempo. En dos zancadas recorro el pasillo hasta la mía y cierro la puerta al entrar. Ni siquiera pienso, no puedo caminar hacia la cama, ni siquiera hacer lo respetable y llegar a la ducha. Me apoyo en la madera y me ocupo del cinturón. No pienso con claridad, tenso los músculos mientras lucho con la bragueta y me bajo los vaqueros lo suficiente para cogerme la polla.

El alivio es tan instantáneo que siseo; tengo que dejar de mover la mano y recordarme que Oliver está en el otro extremo de la casa y que las paredes son de papel.

Si cierro los ojos todavía noto la presión del muslo de Harlow contra el mío, el calor que irradiaba a través del denim, el roce de su cabello cuando se me acercaba. Me lleno los pulmones y suelto el aire, liberando la mente y conjurando cada pensamiento obscuro o lascivo que he estado tratando de acallar desde que decidimos ser solo amigos.

Fantaseo acerca de que las cosas han sido un poco diferentes esta noche.

He ido al bar a tomar un trago y ella me ha seguido y me ha dicho que me reuniera con ella en el baño. Tal vez me la he follado en un compartimento del baño, desde atrás, con las piernas abiertas y sujetándole ambas manos con una de las mías. Podría haberla azotado así, solo lo suficiente para ver la huella de mi mano florecer en su piel y ponerla tan húmeda que se corriera sobre mí.

El sudor me pica en la frente y me baja por la espalda. La camisa se me pega a la piel; me la quito y la dejo caer a mis pies.

El sonido de mi mano agitando la polla es obscuro. El tintineo del cinturón es frenético en la casa, completamente silenciosa. No sé cómo me la pone más dura, de la punta me gotea fluido preseminal que me facilita el trabajo porque

me deja la mano resbaladiza.

Pienso en la última vez que follamos y en lo increíble que estaba atada, en lo que deseaba estarlo. ¿Las cuerdas le dejaron una marca, una suave abrasión cutánea que incluso después de irme seguía allí? ¿Se las apretaría para que le dolieran lo bastante para recordar lo que habíamos hecho, cómo se había sentido atada, sabiendo sin embargo que yo la cuidaría?

El orgasmo me pilla desprevenido y emito un sonido ahogado, mordiéndome el labio para estar callado mientras un entumecimiento novocaínico me va invadiendo. Llego al final del orgasmo con la piel resbaladiza mientras me la sacudo con perezosa lentitud. Me las arreglo para recoger la camisa y limpiarme la mano antes de dar los tres pasos que me separan de la cama y echarme en ella de bruces.

No abro los ojos hasta la mañana siguiente.

Harlow

Estoy de mal humor, desesperada, estoy perdiendo la cabeza, y ni siquiera me molesto en negarlo. Estar con Finn, incluso si se comporta como un completo idiota como en la cena de esta noche, borra cualquier otra preocupación, y estar atrapada con él en esa furgoneta casi me hace perder el juicio. Oler su jabón, el limpio aroma de su sudor. Notar sus ojos en mí todo el camino, echando vistazos una y otra vez al espejo retrovisor.

Cuando me deja en casa, me siento en el sofá, pensando en nuestra noche juntos, aquí mismo, antes de quedarnos dormidos semidesnudos. Después de todo, Finn no está aquí para llevarme hecha un guiñapo a la cama y hacer la cucharita toda la noche como un campeón.

Por la mañana, rompo la rutina por segunda vez en dos semanas y voy a Starbucks, donde me topé con Finn el primer día que pasó en la ciudad. Os lo anticipo: no estaba.

Y ahora estoy parada delante del Downtown Graffick, con la esperanza de que Finn pase la mañana aquí con Oliver. Por desgracia, a través del escaparate veo a Oliver en el mostrador, pero no a Finn. «Maldita sea.» Debería haber ido a su casa de Pacific Beach para verlo, ya que, evidentemente, he dejado atrás el orgullo.

Pero ¿qué estoy esperando? ¿Que de algún modo, entre la semana pasada y ahora, nuestra situación se haya vuelto lo bastante conveniente para empezar

una relación? Él vive lejos, en Canadá. Yo estoy en San Diego.

Mi madre se está sometiendo a un tratamiento agresivo contra el cáncer y el negocio familiar de Finn se hundirá a menos que se inscriba en un *reality show* televisivo que estipula que no puede tener novia.

Pero el resto de los obstáculos, los que yo creía que eran importantes hace solo unas semanas, incluida nuestra tendencia a discutir y su actitud dominante de macho, ya no me parecen relevantes.

Nos hemos amansado juntos, hemos encontrado una especie de paz sencilla, placentera. Además, me encanta esa perversión suya de la cuerda. Me encanta que tenga tan arraigado el trabajo con las manos y con cuerdas, que se sienta ávido de incorporarme a su mundo, envolviéndome literalmente en él.

Oliver mira por la ventana, me ve y me hace señas de que entre. Ahora tendré que entrar y fingir que estoy buscando a Lorelei porque, ¿qué hago si no en una tienda de cómics? He sido amiga de Lola el tiempo suficiente para defenderme con referencias básicas de la cultura pop, pero Oliver sabe que si distingo a Hellboy de cualquier otro personaje de cómic es gracias únicamente a la colección de camisetas de Lola.

Tomo una profunda bocanada de aire para armarme de valor: si estoy aquí, evidentemente la busco a ella.

La campanita tintinea cuando empujo la puerta.

—¡Estás aquí, Lola!

Lola levanta la mirada del libro que está leyendo en el rincón delantero y ríe. Oliver le da el cambio a un cliente y le agradece su compra antes de mirarme.

—Hoy está en Los Ángeles.

—Vaya... —murmuro—. Me has pillado. —El pulso se me acelera pensando en Finn yendo solo a Los Ángeles para reunirse con los importantes ejecutivos de televisión. Tiene más instinto que la mayoría de las personas que conozco, pero siento una punzada de irritación porque no me ha pedido que lo acompañe para darle apoyo moral.

Uf, estoy de mal humor.

Desesperada.

Estoy perdiendo la cabeza.

—¿Hoy no trabajas? —me pregunta Lola.

—No —le digo, dejándome caer en el sillón que tiene al lado—. Cambié de horario porque mamá empieza hoy con la quimio, pero luego papá me dijo que vaya a verla mañana.

—¿Qué haces, genio de la informática? —pregunta Oliver, entre risas.

Alzo la cabeza, sorprendida.

No me daba cuenta de que podía oírnos y, por un segundo, me da pánico haber mencionado la quimioterapia de mamá.

Pero Oliver no parece en absoluto sorprendido. O no lo ha oído, o Lola ya se lo ha contado y sabe que no puede hacerme preguntas sobre eso.

Me pregunto si se lo habrá contado a Finn. Pero, en tal caso, ¿Finn no me lo habría preguntado?

—Análisis estadístico y reconfiguración de datos —miento, siguiéndole la corriente—. ¿Qué hace Finn en Los Ángeles?

—No sé —dice.

Con su acento, suena una «r» al final de cada palabra acabada en vocal. Eso me encanta.

Frunce el ceño.

—No suelta prenda sobre lo que está haciendo allí. Finn siempre ha sido uno de esos misteriosos tipos melancólicos, pero no sé. Se lo tiene muy callado, realmente.

¡Toma ya!, sé algo que Oliver no sabe. Él conoce a Finn mejor que casi todos. Hemos hablado un poco de su trabajo y su familia, pero lo que ha hecho en el dormitorio es un absoluto misterio para mí, y cuanto más deseo verlo, más detesto la idea de que haya estado con montones de chicas, haciendo lo que hicimos en casa de Oliver y en mi sofá... cosas que me han hecho ver que a mi modo de entender el sexo y la intimidad se le ha caído un velo opaco que ni siquiera sabía que estuviera ahí.

Y aquí estamos, en la tienda, sin él. No dejaré escapar esta oportunidad de indagar. Ni hablar.

—Entonces ¿no sabes qué hace Finn aquí desde hace semanas? —Decido empezar despacio, hablando solo de temas «profesionales»—. Porque parece que básicamente es él quien se ocupa de la empresa familiar.

Oliver asiente.

—Su madre murió cuando tenía doce años, ¿sabes? Luego, al cabo de unos años, su padre tuvo un infarto y un ictus, así que Finn se puso al mando de la nave.

Literalmente.

—Entonces debe costarle mucho salir con alguien. —Glups. Adiós a mi lento y sutil plan.

Lola resopla a mi lado, pasando una página del cómic, sin levantar la vista, y Oliver mira dubitativo.

—Sé que Finn me lo contaría —le aseguro—. Si se lo preguntara.

Oliver me estudia un momento, acariciándose la barbilla con el pulgar.

—Entonces, pregúntaselo.

—No quiero que sepa que quiero saberlo —le digo, poniendo cara de Capitán Obviedad—. Es evidente, Oliver.

—Vosotros dos estáis liados —me dice, riendo.

—¡Ah! Porque somos los únicos que tenemos secretos, ¿a que sí? —Miro de reojo a Lola, que sigue leyendo a mi lado, distraídamente.

Oliver pone cara de *touché*.

—Está bien.

¡Casi ha admitido abiertamente que siente algo por Lola! ¡Estoy maravillada!

—Además —le digo, haciéndome un moño en la coronilla—, puede que no lo conozca como tú, por supuesto, pero todos sabemos que es un pescador que no hace más que trabajar, así que solo tiene tiempo para follar con mujerzuelas canadienses que conoce en el Moose N' Brew del pueblo.

—No folla con mujerzuelas —dice Oliver, ligeramente ofendido.

«Bingo.»

—¿Solo con las habituales de los muelles, entonces?

Oliver frunce el ceño.

Entrelazo los dedos en la nuca, sonriéndole.

—Me lo pones muy fácil —le digo.

Se pone a clasificar recibos.

—No puedo creer que estuvieras casada doce horas con él, que fueras a

Canadá a follártelo y que hayas estado tonteando casi dos semanas aquí con él sin haber hablado de nada de esto.

—Ya no tonteamos —le digo.

Alza la vista, sorprendido.

—Lo hacíamos demasiado bien. Nos desconcentraba más de la cuenta.

Y ahora es cuando sé que Lola ha hablado con Oliver de mi madre: su mirada se vuelve un poco compasiva, se suaviza un poco.

—Está bien. Lo siento, Harlow.

—No lo sientas. Se pondrá bien.

—Conociendo a tu madre, sí. Se pondrá bien. —Se inclina a coger algo detrás del mostrador y hago lo que puedo para no lanzarme por encima del cristal para abrazarlo por parecer tan seguro de lo que dice. Ha visto a mi madre tres veces desde que se mudó a San diego, en una barbacoa, en la fiesta oficial de bienvenida de Mia y en el cumpleaños de Greg, el padre de Lola, pero sé que a los dos los une un lazo tácito. Se entendieron inmediatamente.

—No he hablado de eso con nadie más que con las chicas —le digo con intención.

Se levanta y asiente, haciendo el gesto de cerrarse los labios con una cremallera.

—De todos modos —le digo—, cuéntame más sobre la novia estable de Finn.

—Eres implacable. No tiene novia. Aunque te diré que una relación estable le va mucho más que los polvos esporádicos que prefieres tú.

Lo que ha dicho no cala en mí inmediatamente. ¿Prefiero eso? ¿Un rollito con condón de como máximo dos citas? Supongo que ha sido así. Mi relación más larga duró cuatro meses; los que estuve saliendo con Jackson Ford en la universidad. Realmente nunca despegó, sin embargo, en parte porque duró lo mismo que el verano que estuve en Grecia con papá mientras rodaba y porque estar con Jackson era tan interesante como leer la parte posterior de una botella de champú. Siempre he pensado que quería una relación, pero la mayoría de los chicos no dan la talla en cuanto abren la boca.

Lola me da un codazo.

—¿Por qué tratas de encontrar una razón por la que no podáis estar juntos?

—Porque es horroroso —miento.

Suelta un bufido, riéndose.

—Tiene la constitución de un hombre que trabaja con las manos, el sentido del humor más ácido que un pomelo y lo que lo excita en el mundo es hacerte llegar al orgasmo. ¡Qué pesadilla!

Lola es la voz de la razón para mí.

—Eres una capulla.

—Solo me dices eso cuando soy la voz de la razón.

—Sal de mi mente, bruja. Y no me cabrees —le digo—. Te compraré ropa interior una talla pequeña en Navidad para que odies la vida.

—Ahora que lo pienso —tercia Oliver, rodeando el mueble de la caja registradora y apoyándose en él para estar frente a nosotras—, en realidad no eres el tipo de Finn, así que probablemente es mejor que hayáis dejado de tontear.

—¿Qué? —exclamo, descartando la indiferencia en favor de la pataleta—. ¿Por qué?

—Buenos, eres un poco tocacojones.

Abro la boca para protestar, pero Lola me asesta otro codazo, más fuerte esta vez.

—Además —prosigue Oliver—, Finn no tontea, aunque lo haya dicho. Solo he conocido a una de sus ex novias, Melody, y...

—Perdona —lo interrumpo, alzando una mano—. ¿Melody?

Enarca las cejas como si estuviera demostrando uno de sus argumentos y me muerdo los labios para no decir nada más.

—Estuvieron juntos durante unos años, justo después del viaje en bicicleta. Era amable, muy tranquila... —Ladea la cabeza con una mueca para sugerir que yo no lo soy.

—Pero ya no están juntos —le recuerdo.

—No.

—Así que a lo mejor no le gustan calladas. A lo mejor le gustan las charlatanas pelirrojas medio irlandesas medio españolas y luchadoras que le echan en cara que sea tan mandón.

—Bueno, de todos modos da igual, me parece —dice Oliver con una

sonrisita.

Mando un mensaje de texto a Finn cuando llego a casa: «Regal Beagle esta noche. Lola, Oliver, Joe No y yo. ¿Vienes?».

Me quedo mirando fijamente el teléfono por lo menos un minuto, esperando su respuesta, pero nada. Finn es de los que normalmente se olvidan incluso de que tienen móvil hasta que se vacían los bolsillos por la noche, me parece, pero últimamente lo consulta cada dos por tres, así que espero que responda rápido.

Una hora más tarde, sigue sin responder.

Escribo: «¿Cómo te ha ido? Estoy impaciente por saberlo».

Tampoco responde. Puede que esté conduciendo. A lo mejor la reunión ha sido larga. Puede que esté firmando contratos en un escritorio enorme. Lola y Oliver me recogen en su Nissan y los miro desde atrás mientras charlan sobre la tienda y la próxima presentación de uno de sus cómics favoritos. ¿Cómo es posible que no vean que son perfectos el uno para el otro?

Quiero decirlo a gritos y escuchar la reverberación de mis palabras en coche, pero la certeza de que moriré decapitada por Lola me impide hacerlo.

Cuando llegamos al bar, casi arranco la portezuela de las bisagras para saltar a la acera y respirar una gran bocanada de aire libre de la sobrecarga de ternura entre Lola y Oliver.

Luego el corazón se me para, porque veo estacionada detrás la camioneta de Finn. La ha limpiado, probablemente lo hizo antes de ir hasta Los Ángeles, y no hay nadie dentro. Debe de haber entrado ya en el bar... y no ha respondido a mis mensajes de texto.

Lo he buscado todo el día, lo sé, pero es en este momento, ahí fuera, mirando su tremendo vehículo y encantadísima de que lo lavara antes de ir a esa reunión, que me doy cuenta de que estoy enamorada. Realmente enamorada. Sabía que me gustaba y que me gustaba el sexo con él, pero nunca me había sentido así por un chico. Siento anhelo, miedo, esperanza y el hormigueo del deseo.

—¿Qué demonios te has puesto?

Me vuelvo y veo a Finn de pie en la puerta del bar, con una sonrisa torcida y el ceño fruncido de un modo que indica cierta preocupación, a pesar de lo cual el repaso que me da me pone la piel de los brazos de gallina. Lola y Oliver lo esquivan y se escabullen dentro.

Sigo el camino de sus ojos y me miro el pecho.

Llevo una camisa sin mangas de seda azul marino, con pajaritos de colores bordados a mano y vaqueros pitillo desteñidos. He tardado casi una hora en arreglarme para esta noche, aunque solo bajo tortura conseguiría que lo admitiera.

—Perdone, señor. Es una camisa preciosa.

—Es de pájaros.

—¿Me vas a dar lecciones de moda? Usas la misma gorra de béisbol sucia todos los días y solo tienes dos camisetas —le digo entrando detrás de él y yendo hacia nuestro reservado del fondo.

—Al menos no son de pájaros. —Me alcanza un vaso de agua de la mesa antes de coger su cerveza. ¿Ya estaba aquí y se ha instalado en nuestro reservado? La niña que hay en mí chilla de emoción—. Además, por si no te has dado cuenta, hoy no llevo camiseta.

No, definitivamente no. Mentalmente estoy en un baile erótico con este hombre, pero finjo estudiarlo tranquilamente. Lleva pantalones negros con raya y camisa blanca abotonada con un discreto estampado de rombos grises.

—¿Te parece bien? —me pregunta en voz baja, burlándose pero también en serio.

—¿Podemos pasar a un tema de conversación más interesante, por favor? Por ejemplo, al de por qué vas vestido así.

Desvía la mirada por encima de mi hombro hacia donde están Oliver y Joe No, a eso de un metro y medio de distancia.

—Esta noche no.

—Pero ¿ha ido bien?

Se lleva la cerveza a los labios lanzándome una mirada de advertencia.

—¿No vas a decirme nada? —le susurro—. ¿Nada de nada?

—No.

Ojalá un indignarse y patalear funcionara con Finn, pero sé que no. Y me

gusta la forma en que me mira. Aunque... ahora no se está fijando en la camisa sino en el nacimiento del pelo.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Esta noche tienes el pelo muy... muy rojo.

—Me he puesto un poco de tinte en polvo de los que se van con el lavado — admito, acercándome a la luz para que lo vea mejor—. ¿Te gusta?

—Creo que tienes algo en la frente.

Me desinflo, mojo el pulgar en el agua del vaso y me limpio la zona hacia la que apunta.

—Santo Dios, Finn Roberts, no entiendo cómo te las arreglaste para salir con esa Melody más de una semana. —Paso de que haya enarcado las cejas por el comentario y sigo hablando—: Se supone que tienes que decirme que estoy guapa y fingir que me acaricias la cara para eliminar con sutileza los restos de tinte.

—No se supone nada —arguye con una sonrisa enigmática. Apoyándose en el tabique del reservado, añade—: No soy más que un amigo al que le gusta señalártelo si estás siendo ridícula. ¿Tinte, Harlow? ¿En serio?

—A veces a las chicas nos parece que necesitamos un poco más de algo, ¿vale?

Se pone serio y mira hacia la pequeña pista de baile.

—Tú no. Estás mejor a primera hora de la mañana.

Contengo el aliento. Sé exactamente a qué mañana se refiere; a la única que nos despertamos juntos, en mi cama, haciendo cucharita. Todavía me parece notar su calidez.

—Bueno, pues me sorprende que no hayas hecho ningún comentario sobre las marcas de las arrugas de la almohada en la cara y el mal aliento matutino.

—Tenías marcas de arrugas de la almohada en la cara y el pelo hecho un desastre. —Baja la voz para añadir—: Pero estabas perfecta.

Estoy demasiado atónita para hablar y trato de deshacer el nudo que se me ha hecho en la garganta. Tengo la sensación de tener el corazón diez veces más grande de lo normal.

Tose y sé que he estado callada demasiado tiempo cuando cambia el tema.

—¿Quién te habló de Melody?

Tomo un sorbo de agua.

—Oliver —consiga articular finalmente—, pero fue completamente contra su voluntad. Le apunté con un mosquete.

Finn asiente y toma otro trago de cerveza. Kyle pone música, a pesar de lo cual seguimos en nuestra pequeña burbuja, de pie, a unos metros de donde están sentados nuestros amigos, en el reservado.

—Solo sé su nombre y que era callada —reconozco—. ¿Me contarás cosas de ella?

—¿Por qué quieres saberlas?

—Probablemente por la misma razón que me preguntaste si Toby Amsler se acostó conmigo.

—¿Que quieres saber?

—¿Vive cerca de tu casa?

Asiente.

—Íbamos al mismo instituto y empezamos a salir unos meses después de graduarnos. Sus padres son los panaderos del pueblo.

—¿Estabais enamorados?

Se encoge de hombros.

—Yo era una persona muy diferente en aquellos tiempos. Cuando empezamos a salir abandoné los estudios para pescar con mi familia. —Lo reconsidera y añade—: Yo la amaba, claro.

—¿Todavía la amas?

—No, pero es una buena chica.

Sé que la pregunta se me escapará quiera o no parecer interesada en el tema.

—Una buena chica que todavía se acuesta...

—No —me interrumpe en voz baja. Me mira a la cara, repasando mi expresión—. Melody y yo cortamos hace cinco años. Está casada y tiene un hijo. —Cuando ve la cara que pongo me susurra—: No hay nadie en casa, Harlow. Te lo prometo.

Trago saliva de nuevo, asintiendo.

—Y tú estuviste con otro la noche antes de estar conmigo —me dice, esta vez en voz alta.

«Mierda.»

—¿Sabes lo que me enloquece eso? —me pregunta.

Honestamente, ni me lo imagino. Rompió con Melody hace cinco años y todavía me gustaría arañarle la cara. Esta situación es absurda. Me estoy poniendo en ridículo.

—Sé que no hay nada entre nosotros, que somos simplemente amigos —dice—. Y no es porque el sexo no fuera estupendo, Harlow. Antes de estar contigo en Las Vegas, habían pasado dos años. He estado con cuatro mujeres aparte de ti, siempre en una relación seria, así que esto me resulta extraño. Te lo contaré todo, ¿vale? Sé bien lo que es estar desesperado por saber hasta el último detalle. Pero pregúntamelo a mí, no se lo preguntes a mis amigos. Prefiero que descubramos cosas el uno del otro, ¿vale?

¿Qué es esta avalancha de emociones? Me siento aliviada y culpable, extasiada y superada por la necesidad de besar su boca perfecta.

—Es que no quería que supieras que quería saberlo —le digo, encogiéndome de hombros.

Se ríe, llevándose la cerveza a los labios.

—Sociópata —me espeta antes de tomar un buen trago.

—¿A cuántas has atado?

Traga y me mira. Estoy segura de que la pregunta le ha acelerado el pulso. Veo cómo le late la vena del cuello.

—A todas —admite, con la voz más ronca de lo habitual.

Mi sangre se transforma en mercurio turbulento y tóxico.

—¿A todas?

—Sí, Harlow. A mí... me gusta. —Agacha la cabeza y se toca la nuca, mirándome con las pestañas bajas—. Pero estoy bastante seguro de que la mayoría solo lo hicieron porque querían estar conmigo, no porque les gustara también.

—¿Le gustó a alguna?

Él asiente.

—A la primera, tal vez.

—¿Cómo se llamaba? —No puedo evitarlo. Las preguntas me salen antes de poder pensar.

Se aleja un poco de la mesa y lo sigo.

—Emily.

—Pero ¿no estás seguro de que le gustara?

Qué raro es estar aquí, en Fred's, con nuestros amigos sentados en el reservado, a pocos metros de distancia, manteniendo sin embargo la conversación más íntima que hemos tenido.

—Sinceramente —me dice en voz baja—, no lo sé. Quiero decir, a ella eso le iba, claro, pero me encantaría saber cómo recuerda esa noche ahora, a toro pasado. Se mudó lejos después de la graduación, pero estuvimos juntos poco más de un año antes de eso. Yo solo... —Deja de mirarme—. El único sitio donde teníamos cierta privacidad era en el bote de remos de mi padre, en el muelle. La tercera vez, le robamos cervezas al suyo. Yo solo jugaba con ella y con la cuerda, y así fue que... —Calla. Finalmente añade—: Sí.

Asiento y tomo un sorbo de agua. Creo que sé lo que me está diciendo: que ver a su novia así le complació y dio forma a lo que le gusta ahora. Pero realmente no necesito volver a escucharlo hablar de esto.

—La mañana que te vi en Starbucks... —dice.

Espero a que continúe, pero no lo hace.

—Sí. ¿Qué?

Se encoge de hombros, mirándome de un modo que significa «tengo que sacártelo».

—Sé que te habías acostado, pero no parecías especialmente relajada.

—Ah, bien. Su madre nos despertó —le digo—. En persona. La noche anterior había sido el segundo peor polvo de mi vida.

Suelta una carcajada, encantado.

—¿Con quién fue la primera?

—Con el primero. Ahora sé que la tenía pequeña, pero dolía. Te juro que ahora que lo recuerdo... ¡Mi virginidad tomada por una zanahoria baby!

—¿De qué estáis hablando? —Lola saluda, sonriéndole a Finn—. Impresionante, ¿verdad? Pobre Jesse Sandoval.

—Nuestra chica es poetisa —coincide Finn.

«Nuestra chica.» Se me calma un poco la punzada que todavía siento cuando recuerdo que Finn me contó lo del programa de televisión porque no quería compartirlo con «gente más permanente» en su vida.

Oliver sale del reservado para unirse a nuestro pequeño círculo.

—Entonces ¿esta noche nos quedamos de pie? Normalmente a Harlow le gusta sentarse y lanzarme cosas desde el otro lado de la mesa.

Me río porque es cierto.

—Es que tienes unos reflejos de Cocodrilo Dundee, tremendos.

—Soy un ninja. —Se sube las gafas de montura gruesa hasta el puente de la nariz en un gesto de empollón que nos hace reír a todos—. Y ya sabes lo que me gusta tu limitado bagaje cultural en lo que a Australia se refiere.

—Me estoy esforzando.

Detrás de él, Joe No sigue sentado en el reservado, colocadísimo, bailando en el asiento y mirando a un grupo de colegialas que hay en la pista de baile.

—Oliver, tú y Joe No deberíais ir a bailar con esas chicas.

—¿Por qué no debería Finn? —me plantea Oliver con una sonrisa de complicidad—. También está soltero.

Niego con la cabeza.

—Lo está, pero mira, va de traje. Sería como *Una noche en el Roxbury* y todos estarían avergonzados de él.

Finn no solo se negará a bailar, sino que, si sale a esa pista, la cavernícola que tengo dentro me advierte que será conmigo y con nadie más. Al menos hasta que se marche.

De repente, el pánico me atenaza la garganta. ¿Finn se marcha mañana? Ya ha asistido a la reunión con la gente de Los Ángeles. ¿Significa eso que volverá a casa?

Riendo, Oliver mira hacia la pista de baile, pero no antes de echar un vistazo a la reacción de Lola.

—Esas Sheilas son pequeñísimas.

—¿Te refieres a muy niñas? —le pregunto, tratando de verlas mejor. Las chicas tienen veintitantos, es evidente—. ¿O a muy bajas?

—Muy bajas.

—Mírate —le comenta Lola, frunciendo el ceño—. Mides más de un metro noventa. Por estadística, acabarás con alguien de menos de un metro sesenta.

—Eso me ha dolido —dice Oliver, sonriéndole.

—Si no vas a bailar, tráeme una cerveza —le digo yo.

—Lo haría, pero me he quedado de piedra.

Le doy un empujoncito amistoso.

—Llévate a Lola, también. Necesita otra copa.

Lola protesta diciendo que no la necesita, pero lo sigue de todos modos. Los observo alejarse. Lola es alta, pero él la supera y se inclina hacia ella mientras camina, como atraído por un imán.

Me pregunto si Oliver se da cuenta de lo que significa que Lola lo haya hecho uno de Los Suyos. Es un club muy exclusivo integrado por Mia, el padre de Lola, mis padres, yo y ahora Oliver.

—Nunca lo intentaré —dice Finn a mi lado, y cuando lo miro me doy cuenta de que quiere decir que Oliver nunca intentará que pase algo con Lola—. Está convencido de que a ella no le interesa.

—No estoy seguro de que le interese, pero más que nada es porque Lola no sabe nada de chicos y solo piensa en el trabajo.

—Mmm.

Me vuelvo enteramente hacia él.

—Está bien. Estarán un rato en la barra. Joe No está alucinando y seguramente ni siquiera oye la música. ¿Puedes relajarte? Dime. ¿Cómo te ha ido?

Finn se pasa una mano por la cara y suelta el aire, echando un vistazo alrededor para asegurarse de que nadie puede oírnos.

—Me han gustado. Quiero decir, había un par de idiotas en la sala que han preguntado por nuestra vida sentimental y con qué tipo de mujer salimos.

«Nuestra.» Me hincho de satisfacción, pero me ignora.

—Pero los dos que producirían el programa son bastante perspicaces. Han hecho los deberes, conocen la industria y... —Suspira—. Me han gustado. Me gustan sus ideas. No me ha parecido tan horrible.

—Entonces ¿por qué pareces tan abatido? —Me duele un poco el corazón. Me doy cuenta viéndolo luchar con esto, de que yo sinceramente solo quiero que sea feliz.

¿Desde cuándo me preocupa tanto su felicidad *versus* mis orgasmos? Lola no es la única que ha incorporado a alguien a su círculo íntimo. Finn es oficialmente uno de Los Míos.

—Porque es más fácil oponerse radicalmente. Esta mañana, estaba convencido de que se trataba solo de asistir a una reunión y escuchar la propuesta.

Ahora sé que esto sería posiblemente mucho más fácil que la alternativa, que es perder el negocio familiar y quedarnos sin nada.

No quiero ponerme demasiado dramática, pero empiezo a pensar que sé cómo se siente alguien que se está ahogando. Mamá ha pasado el primer día de quimio, un tratamiento cuyo objetivo es matar el cáncer un poco antes que al enfermo, y todo lo que tengo son unos cuantos mensajes de texto de mi padre diciéndome que se encuentra bien. Finn se enfrenta a la que es posiblemente la decisión más difícil de su vida. Acabo de reconocer que es uno de Los Míos, y soy incapaz, una vez más, de ayudar a ninguno de los dos a pasar por esto.

Es un asco, porque sé que lo que nos haría sentir mejor a ambos en este momento es un revolcón desnudos en mi cama. Sin embargo, cuanto más me doy cuenta de que siento verdaderamente algo por él, más sé que no puedo llevarlo a casa esta noche. Finn sería el primero con el que podría acostarme pudiéndolo también amar. Uf.

Se encoge de hombros, hundiendo las manos en los bolsillos.

—Eso es todo, más o menos.

Estoy un poco aturdida y trato de respirar, de centrarme en la conversación. Ya perderé los papeles luego.

—¿Cuándo vuelves a casa? —le pregunto como si nada, aunque estoy preocupada.

Se encoge de hombros.

—Dentro de un par de días.

Se me clava una espina en el corazón.

—Vaya...

Me mira, deteniéndose en mi boca.

—¿Estás admitiendo que me echarás de menos, Pelirroja?

Le hago la peineta, sin responderle.

Finn

Harlow se presenta radiante a primera hora de la mañana siguiente con una bandeja con tres tazas de poliestireno en una palma y una bolsa de papel blanco en la otra.

—¡Buenos días, Sunshine! —me saluda alegremente, empujándome hacia la sala de estar—. He traído el desayuno.

—Son las siete de la mañana, Pelirroja —refunfuño, siguiéndola y rascándome la mandíbula. Hace dos días que no me afeito, voy descamisado... tiene suerte de que me haya puesto los pantalones—. ¿Qué haces aquí?

—Vamos a hacer una lluvia de ideas. —Entra en la cocina y se vuelve para susurrarme—: ¿Oliver sigue en casa?

La vieja casa todavía está fría. Noto el frío de las tablas del suelo en las plantas de los pies descalzos.

—Está en la ducha.

Al menos, eso creo. En casa, me levanto antes del amanecer para ir a los muelles, pero esta vida de playa me ha echado a perder y satisface mi tendencia natural a trasnochar. No creo haber dormido hasta las siete desde hace veinte años. Estoy esperando a que Oliver se vaya para llamar a mis hermanos y contarles mi reunión con los productores.

Dejo de pensar por completo en mis hermanos en cuanto me doy la vuelta y veo a Harlow inclinada sobre el lavaplatos, con ese culo perfecto enfundado

en los pantalones ceñidos de yoga.

Ajena a mi escrutinio, se pone a abrir las puertas de los armarios.

—¿Platos?

Cruzo la cocina y me pongo justo detrás de ella, estirándome por encima de su cabeza para sacar un montón de platos amarillos del estante.

Harlow se queda inmóvil, agarrada al borde de la encimera antes de relajarse y apoyarse en mí.

—Aquí tienes —le digo, inclinándome a decírselo en el pelo.

Huele muy bien y noto su culo contra la polla. Tengo que alejarme antes de que se dé cuenta de que se me está poniendo dura y de que voy caliente como un crío de diecisiete años. Retrocedo, cojo un taburete de la pequeña isla y rodeo las patas con los pies descalzos.

Ella también tarda un poco en recuperarse. Sonrío mientras deja los platos torpemente y abre la bolsa de papel.

—Te falta un poco el aliento, Pelirroja.

Me lanza una mirada asesina.

—¿Sobre qué vamos a intercambiar ideas, pues? —le pregunto, haciendo rodar una naranja por la encimera. Instintivamente, el estómago me protesta cuando mete la mano en la bolsa y saca los rollos de canela más grandes, más apetitosos y con más glaseado que he visto en la vida.

—Sobre tu situación —susurra con teatralidad, y me aparta de un manotazo cuando trato de coger un poco de glaseado.

—¿Mi situación...?

—Barcos de ensueño del Pacífico. Atento, Finneus.

Pongo los ojos en blanco.

—Sabes que no se llama así.

—Porque nunca me han pedido que les dé ideas.

—Me encanta que me traigas comida, pero ¿no podríamos haber hablado más tarde? Cuando salga el sol, ya sabes.

—El sol ha salido.

—Apenas.

Ignorándome, Harlow saca un café de la bandeja y lo deja con un rollo de canela frente a mí.

—Pienso mejor corriendo —dice, y se sirve uno—. Tengo un millón de ideas para ti.

Me inclino a tomar un bocado de la pasta caliente y pegajosa, y juro por Dios que levito.

—Mierda, esto es lo mejor que he probado en mi vida.

Sin pensarlo, me levanto y rodeo la isla. Le cojo la cara entre las manos y le planto un beso en la boca.

La intención es que sea rápido, que sea un pequeño gesto de agradecimiento entre amigos, pero el jadeo de sorpresa de Harlow se transforma en un suave gemido y me apoya las palmas en el vientre desnudo. El calor me sube por las venas y siento cada punto de contacto entre nosotros: sus pechos contra mi pecho, sus manos en la piel, sus labios moviéndose contra los míos.

Me alejo con un suspiro tembloroso y Harlow se aclara la garganta.

—Sabes a canela —susurra, lamiéndose los labios.

—Bueno, buenos días.

Volvemos la cabeza hacia Oliver, apoyado en una jamba con los brazos cruzados. Se rasca la mejilla, lanzándome la mirada más petulante que he visto.

Dejo caer las manos y retrocedo un paso.

—Solo le agradecía el desayuno a la señorita Harlow.

—Me ofendes, Finn. La otra noche te preparé la cena. Habría apreciado al menos una palmada en la espalda. Ya veo cómo eres.

—Sí, ya —le digo, volviendo a sentarme.

Oliver va directo hacia la comida y Harlow le da su café y la bolsa blanca.

—Tengo que disculparme por adelantado, porque ningún hombre podría resistirse a esto —dice, y me dedica un gesto de asentimiento—. Pero gracias, nena.

—Se inclina y besa la mejilla de Harlow.

—Hay uno para Joe No —dice ella.

No sé por qué, pero viéndolos así a los dos es como si me estuviera desentumeciendo lentamente. Así es como debería ser por la mañana todos los putos días.

—Dile que me debe un baile privado en Fred's esta noche.

Gimo, pero Oliver se ríe.

—Lo haré. Sed buenos, niños.

Los dos lo vemos salir de la cocina y nos sentamos en silencio, escuchando cerrarse la puerta principal y, al cabo de un momento, oímos su Nissan despertando a la vida y alejándose por la calle.

Harlow lleva su plato y el café a la isla, se sienta a mi lado en el taburete y enlaza sus pies con los míos.

—Tienes un aspecto deplorable —me dice, mirándome la boca como si quisiera chupármela.

—Tú también. —Le miro las tetas perfectas, firmes y deseables bajo la camiseta de correr—. Casi siento vergüenza ajena.

Ladea la cabeza, enseñando el cuello bronceado y largo.

—¿Estoy horrible?

—Repugnante. —Me adelanto a limpiarle una manchita de glaseado del labio inferior.

Me mira cuando me meto el pulgar en la boca y chupo el azúcar. Aparto la mirada, tratando de mantenerme sereno. Así no es como seguimos vestidos y siendo solo amigos. Así es como termina con el culo al aire en el sofá, recibiendo azotes y follando hasta la hora de la cena.

Es muy extraño estar con ella así, comiendo en amistoso silencio, y que parezca tan... normal. Tengo que recordar esto: el sexo con Harlow es increíble, pero que seamos amigos tampoco está tan mal.

—Gracias por el desayuno —le digo, limpiándome la boca con una servilleta.

—No hay de qué. Como te he dicho, pienso mejor cuando corro, y para desgracia de mi culo de medio latina, la panadería está justo al final del mejor sendero para correr de La Jolla. Ahora volvamos al motivo de mi visita: resolver tu problema.

—Aprecio la intención, pero no necesito que...

—Cállate. Tengo ideas.

Es evidente que Harlow ha tomado una decisión, así que decido darle el gusto. En lugar de decirle que no se moleste, que probablemente ya lo he pensado todo, me acerco y arranco un trozo del centro de su rollo de canela y

me lo llevo a la boca.

Frunce el ceño.

—Era el bocado mejor. Eres una amenaza.

—Mmm —digo con la boca llena, disfrutándolo.

Ella gira el taburete para mirarme.

—¿Qué hay de los turistas? ¿Podrías pasear a la gente en tu barco?

Me ayudo a tragar con un sorbo de café.

—Ni hablar.

—¿Por qué?

—Los barcos de pesca son peligrosos, Pelirroja. Se caen cosas, los sedales se enredan, la gente tropieza. No quiero de ninguna manera a un montón de idiotas deambulando por mis barcos.

—Está bien —dice ella—. ¿Y buscar inversores?

—¿Crees que no he pensado en eso?

—Tiene que haber alguien que...

—La única razón por la que la gente presta dinero es para ganar más dinero. La industria pesquera no se va a recuperar de la noche a la mañana —le explico—. El desarrollo, el cambio climático, las enfermedades, todo tiene un impacto y, por lo que se ve, la cosa está lejos de mejorar. No puedo pedir un préstamo si no tengo la esperanza de pagarlo.

»La realidad que se me hunde como un peso en el pecho es que nunca volverá a ser como antes. Mis hermanos y yo nunca llevaremos la vida que mi padre llevaba y su padre antes que él. Es muy frustrante. Si fuera inteligente me iría; vendería todo lo que pudiera, repartiría el dinero y empezaría de nuevo en otro lugar. Pero se trata de nuestra maldita historia, es algo por lo que mi familia ha luchado, por lo que se ha sacrificado, por lo que papá trabajó desde que perdió a mamá. Eso me impide irme.

—Bien —dice ella—. Tiene lógica, supongo. ¿Qué me dices de pescar otras cosas, entonces?

—Ya lo hacemos. Pescamos salmón rojo, rosado y de cebo, arenque, fletán, crustáceos —digo, y luego, viendo su cara de desilusión, me callo.

Me siento culpable. Evidentemente le ha dedicado tiempo a esto y me estoy cargando sus ideas una detrás de otra. Pero, típico de ella, no la disuado.

—Pues a lo mejor tenemos que ser creativos.

—Que ser creativos, ¿eh?

—Sí, vamos a ver... —Se inclina hacia delante, con las rodillas contra las mías, tocándome levemente la parte superior del muslo. Todavía voy sin camisa, y juro que noto el calor de su cuerpo, que soy consciente de tenerla cerca de mí. Y me pregunto si tiene idea de eso o si soy el único capaz de estimar con precisión, al milímetro, la distancia que nos separa.

—¿Qué me dices de las camisetas?

Pestaño.

—¿Camisetas?

—Sí, tu propia colección de ropa. Imagina un anuncio estupendo contigo y tus fornidos hermanos. Estás de pie en el centro, con una camiseta ajustada...

—Ahora te estás metiendo conmigo, ¿no?

—Puede que un poco —reconoce, dándome un golpecito en la nariz con el índice—. Es que estás tan mono por la mañana. —Se sienta recta antes de proseguir—: Pues imagina esto: tú, músculos y una flecha apuntando hacia abajo con las palabras CEBO Y APAREJOS ROBERTS impresas.

—Apuntando hacia abajo —repito, para estar completamente seguro.

—Sí.

—Hacia mi polla.

—Sí.

Cierro los ojos e inspiro profundamente. Cuento hasta diez.

—Pelirroja, cariño —le digo, acortando la distancia que nos separa todavía un poco más—, te prometo que he pasado más tiempo pensando en esto de lo que puedes imaginar. He pensado en todo.

—¿Todo?

Asiento y me llevo el café a los labios.

—¿Y en vender esperma?

Me atraganto.

—¿Qué? —farfullo, tosiendo.

—Esperma, semen, proteínas temblonas, jugo del amor, salivazo de pinga. Loción fa...

—Harlow.

—¿Qué? Has dicho «en todo».

—Porque... —empiezo a decir, pero cabeceo—. Un momento. ¿Ibas a decir «loción facial»?

Asiente.

Sacudo la cabeza para quitarme la imagen de la cabeza.

—¿Por qué demonios iba a donar esperma?

—No puedo creer que preguntes eso. ¿Te has mirado en el espejo? ¿Has visto a tus hermanos? ¡Menudo acervo génico! Dios. Si fuera una solterona de las que viven en Golden Hill, en una vieja casa victoriana, compraría...

La beso otra vez.

No es mi intención... En realidad, eso es mentira. Lo es. Pero no pretendo que dure tanto como dura. Las palabras de Harlow se pierden en mi boca cuando le paso los labios por los suyos y cierra los ojos y el aliento deja sus pulmones con un suave suspiro.

Me bajo del taburete y me inclino hacia ella, con una mano en su cabello y la otra en su mandíbula. Abro la boca y le lamo la lengua. La abrazo fuerte, como sé que quiere que la abrace. Muevo hacia abajo el pulgar para apretarle la garganta, solo lo suficiente para hacerle saber que la tengo.

Harlow me agarra las caderas, se levanta y se pega completamente a mí. Me arde la piel allí donde me la toca con las yemas de los dedos; me araña y recorre la cinturilla de mis pantalones. Es como si la sangre del cerebro me bajara. Repentinamente solo pienso en Harlow: dónde puedo tocarla, qué puedo probar, si le importa que la tienda aquí mismo, en esta encimera y me la folle hasta que ninguno de los dos pueda pensar más.

Pero no. Y aunque estoy seguro de que me odiaré cuando esté solo masturbándome y preguntándome en qué carajo estaba pensando cuando me he apartado, lo hago. Retrocedo un paso y trato de no pensar en la forma en que ha invadido cada uno de mis putos sentidos, en cómo noto todavía la presión de su cuerpo a pesar de que ahora nos separan unos cuantos centímetros.

—Todavía sabes a canela —dice, arrastrando las palabras.

—Tú sabes más que bien. —Sé que estoy tentando al destino, pero me inclino un poquito y recalco mis palabras con otro besito en la comisura de la boca, en la mandíbula.

—No íbamos a volver a hacer esto, creía yo —dice, porque está tan confundida sobre qué diablos estamos haciendo como yo.

—No vamos a hacerlo —le confirmo, con un breve gesto de asentimiento.

—Entonces ¿por qué me has besado?

—Me he visto obligado —le digo, y le planto otro beso en la punta de la nariz—. Era la única manera de que dejaras de cosificar a mis hermanos. Era ofensivo. —Sonrío.

Ella estalla en carcajadas, salvando la distancia entre nosotros para apoyar la cabeza en mi hombro.

—Está bien, ya no hablaré más de los hermanos calientes de Finn. Lo prometo.

Nos quedamos así un momento, sus labios contra mi hombro desnudo, mi rostro en su cabello, antes de que Harlow tome conciencia de sí misma. Se endereza y noto su ausencia de inmediato. Dejo caer los brazos y la miro volverse hacia la encimera y recoger los platos.

—O sea, que volvemos al punto de partida.

Metó las manos en los bolsillos y me apoyo en los talones.

—Me temo sí.

Harlow lo deja todo limpio y ordenado antes de coger sus llaves.

—No te preocupes, Finnigan. Soy un genio y no me rendiré. Lo resolveré.

—Harlow, no necesito que...

—¿Otra vez, Finn? —me dice con dulzura—. Cállate. No seas tan terco y deja que alguien se preocupe por ti unas horas, ¿de acuerdo?

No estoy seguro de qué responder, así que permanezco mudo mientras ella se pone de puntillas y me besa más que fugazmente en la mejilla.

—Te tengo.

Yo pensaba que mi padre era la persona más luchadora que conocía.

Cuando tenía ocho años, estaba despierto y caminando horas después de someterse a una cirugía mayor de espalda para reparar dos discos rotos. Cuando tenía nueve, pasó un invierno pescando en las costas de Alaska y perdió la punta de tres dedos: se los aplastó entre dos nasas de acero para

pescar cangrejos. Volvió al año siguiente. Cuando perdimos a mamá, se dedicó a trabajar y a veces pasaba dieciocho horas seguidas en el barco.

Y cuando tuvo el infarto, el verano que cumplí diecinueve, y los médicos le dijeron que nada de barcos, insistió en presentarse el día que le dieron el alta para asegurarse de que no estábamos haciendo nada mal.

Me temo que Harlow Vega es como él.

Dos días después de los rollos de canela y de oír eso del «salivazo de pinga» de sus labios (no estoy seguro de si dejaré de estar horrorizado alguna vez), mi teléfono vibra en la mesita de noche. Faltan horas para que amanezca y el cuartito de invitados de casa de Oliver todavía está completamente a oscuras. Estiro el brazo para cogerlo, derribando una botella de agua y no sé qué más, y me quedo mirando la pantalla con la vista nublada. ¿Le ha pasado algo a mi padre, a Colton o a Levi, al barco?

«Ponte guapo. Estaré ahí dentro de media hora. Harlow.»

Un vistazo al reloj me indica que no son ni siquiera las cinco de la madrugada. Por un momento me planteo mandarle un mensaje diciéndole dónde exactamente puede meterse la media hora. Necesito volver a dormirme. Necesito hablar con Colton y Levi. Necesito averiguar qué coño estoy haciendo con mi vida.

Dejo caer el móvil en el colchón, con la mirada perdida, tendido boca arriba. El corazón me late en el pecho y me paso la mano por el esternón, notando el latido acelerado en la palma. Noto el estómago ligero y pesado al mismo tiempo y aunque la idea de apagar el teléfono y dormir tres horas más me parece fenomenal, me engaño si creo que podría hacerlo.

Harlow vendrá a recogerme dentro de media hora y, sin importar lo que tuviera que hacer esta mañana, algo me dice que los dos sabemos que estaré fuera esperándola.

Y como un crío con un enamoramiento de patio de escuela y sin responsabilidades, ahí estoy. Cuando el coche de Harlow se detiene en el camino de entrada exactamente veintinueve minutos después, ya estoy sentado en el porche, con dos tazas de café humeante en las manos.

Se apea y cruza la hierba húmeda hacia mí, vestida con vaqueros y una camiseta azul de manga larga desteñida, el pelo recogido en una coleta alta, una sonrisa deslumbrante y sin rastro de maquillaje.

Estoy bastante seguro de que nunca ha estado más guapa.

—¿Listo? —dice, deteniéndose justo delante del porche.

Parece mucho más joven, inocente, y si la reaparición de esta sensación de desplome en el estómago indica algo, no pienso con claridad.

—Ni remotamente. —Miro su atuendo de nuevo. Se ha vestido de un modo bastante desenfadado. Enarco una ceja—. Parece que por una vez coincido contigo en vestimenta.

—Estás perfecto.

«Tranquilo, Finn.»

Le ofrezco un café a Harlow, que me mira enarcando las cejas.

—¡Qué caballeroso!

Ignoro la pulla. No quiero obsesionarme más con la conversación «de cinco minutos» que he tenido conmigo mismo sobre si sería raro, o si le permitiría a Harlow saber lo que pienso si le preparaba una taza de café. Estoy loco.

—Entonces ¿adónde vamos? —digo en cambio.

Me da la espalda y abre la marcha hacia el coche.

—De pesca —dice, subiendo y poniendo en marcha el motor.

Miro hacia arriba desde donde estoy, tratando de encajar mi metro noventa en el asiento delantero de su deportivo.

—¿Qué?

Mira por el retrovisor y sale a la calle marcha atrás antes de contestar.

—Me he dicho que estamos aquí y que debes estar más que harto de hacer lo que los demás quieren. Además, estoy segura de que echas de menos tu hogar. Así que, ¿por qué no darte un poco de lo que tienes en casa aquí? —Malinterpreta mi aturdimiento, porque rápidamente agrega—: Quiero decir, sé que no será lo mismo, pero créeme, Sunshine, será divertido.

Y, está bien. Me he quedado sin palabras. Justo cuando creo que tengo a Harlow calada, hace algo para desmentirlo.

—Gracias —consigo decir, y me ocupo rápidamente del café.

—Y a lo mejor encontramos algunos árboles que puedas talar o algo así —

agrega, y se muerde el labio inferior para no sonreír.

—¿Hay incluso árboles en el yate de ensueño de Barbie?

Con esto volvemos a la normalidad. El pecho ya no me pesa y la tensión en constante evolución entre nosotros ha vuelto al nivel normal.

—¿Alguna vez has pescado? —le pregunto.

Canturrea mientras pone el intermitente y se incorpora al otro carril.

—Un par de veces, en el norte, con mi padre. Pesca de río, no en el mar. En realidad nunca he atrapado nada.

—Por eso se llama pescar, no atrapar, Pelirroja. Unas veces tienes suerte y otras no.

—Bien. —Se rebulle en el asiento y apoya el codo en la puerta, retorciéndose el extremo de la coleta—. Seguro que esto será diferente de un día de pesca habitual, también. Supongo que no holgazaneáis en una tumbona mientras alguien os trae sándwiches y cerveza.

—¡Oh, no!

—Entonces dime, Finn. ¿Qué hacéis? ¿Lanzáis el sedal de varias cañas y a esperar?

—Algunos lo hacen.

—Pero vosotros no.

Niego con la cabeza.

—El *Linda* es un cerquero, así que pescamos con redes.

—Con redes, claro. —Hace una pausa, mirándome—. Espera un momento, ¿quién es el capitán de tu barco?

—Soy yo, Einstein.

Me lanza una sonrisa descarada.

—¿Puedo llamarte Capitán?

—No.

—¿Puedo ser yo tu patrón? ¿Me limpiarás las cubiertas?

Me río cuando se contonea en el asiento.

—Has perdido la puta cabeza.

—Solo intento usar tu lenguaje, Huckleberry. —Se incorpora a la autopista y me echa un vistazo una vez situados en el carril rápido—. Está bien, tenemos camino por delante antes de llegar a Point Loma. Es hora de que me instruyas

en el arte de la pesca en la isla de Vancouver.

Observo el paisaje: el borrón de la autopista, las casas que pasan, las palmeras. El cielo está empezando a iluminarse y es muy tranquilo estar así, aquí fuera. Me doy cuenta de que quiero hablarle a Harlow de la vida en el barco. Me gusta hablar con ella, y el tiempo que pasamos juntos es prácticamente el único en que no me preocupo por una úlcera.

—Primero tenemos que estar encima de los peces —empiezo, repasando con el pulgar el emblema de lujo del salpicadero—. Así que localizamos un banco en el agua. Luego lanzamos las redes y lo rodeamos. Cuando los peces están rodeados, ceñimos el fondo y los peces quedan atrapados dentro. Básico, pero hay mucho que hacer además de eso. Cuando no estamos pescando, alguien tiene que comprobar la línea de flotación y las plomadas, asegurarse de que no haya agujeros en las redes, verificar la alimentación del esquiife y del resto del equipo eléctrico e hidráulico. El esquiife que usamos para tirar de las redes funciona impulsado por el motor auxiliar. Por eso tenemos que tener ambos motores en buen estado y por eso es tan devastador cuando uno falla. —Hago una pausa y la miro de nuevo, seguro de que está en baba. No lo está—. ¿Sigues escuchándome? Esto es un milagro.

—Bueno, no es como tuitear u ordenar papeles en la NBC —bromea—, pero me fascina lo que haces todo el día. No te cortes. Si quieres añade los detalles, como la forma en que hacéis todo eso sin camisa y con el mar rociándoos los músculos para que brillen al sol. Solo para ayudarme a hacerme una idea.

—Lo tendré en cuenta.

—Supongo que las jornadas son bastante largas, ¿eh?

—Empiezo a trabajar cuando hay luz, pero cuando no hay. Normalmente me despierto antes de que el sol salga, sin alarma, pero te juro que aquí mi reloj interno es un desastre. Bueno —digo, sonriendo—, a menos que estés en el porche al amanecer para despertarme.

Continuamos así un rato mientras el hermoso paisaje pasa volando y, antes de darme cuenta, Harlow estaciona en un aparcamiento y apaga el motor.

—Mira, el sol ha venido a saludarnos.

Miro por el parabrisas y señalo la embarcación con motor diésel de trece

metros atracada en el puerto.

—¿Hoy iremos en ese?

—Así es, Capitán.

La reprendo con la mirada, en broma.

—¿Estás lista para que te dé una lección, Ginger Snap? —le digo luego.

Ella se ríe y deja caer las llaves del coche en el bolso.

—Estoy lista para lo que sea, Sunshine.

Harlow

El barco es descomunal, pero Finn sube a bordo como si fuera un botecito de remos. ¿Es mi imaginación o parece más alto en cubierta? Lo miro fijamente mientras habla con el capitán, frotándome distraídamente el labio inferior, recordando el roce burlón de sus dientes cuando me besó en Oliver's hace dos días.

Juro que el pulso no se me ha desacelerado desde entonces, porque no fue un simple beso, fue una confesión. Ese beso me dijo que no soy la única que se ha mudado al Territorio de los Sentimientos. Tengo en la cabeza un montón de ideas raras: si los dos sentimos algo, ¿trataremos de convertir esto en una relación?

Finn rebatió cada idea que tenía para rescatar su negocio, pero si se apunta al programa de Adventure Channel, entonces, de acuerdo con el contrato, no podemos estar juntos. Y si rechaza participar en el programa de televisión, lo más probable es que pierda el negocio familiar y no esté de humor para empezar una relación.

Mientras el motor tose y nos aleja del muelle hacia mar abierto, estoy hecha un lío, el cuerpo me arde por esta versión de pescador caliente de Finn (que, me recuerdo con emoción, es el Finn de todos los días), y no tengo ni idea de cómo manejar una caña con un carrete tan grande como la que saca para mí.

Me la entrega en silencio, dándome una palmada condescendiente en la

cabeza, y nos quedamos juntos escuchando las normas de seguridad con otra docena de turistas reunidos en cubierta. Esperaba que Finn se alejara mientras o que se escabullera disimuladamente para echar un vistazo al barco, pero parece fascinado, ya sea porque ve cómo se maneja profesionalmente la pesca deportiva o simplemente porque está enamorado de la pesca, no lo sé. Pero me encanta que no esté actuando como si esto no estuviera a su altura. Está emocionado incluso por este pequeño viaje de medio día.

Cuando el capitán Steve termina su discurso, buscamos un lugar en una esquina de la popa del barco y Finn trabaja en silencio, con el viento azotándole el jersey de lana. Prepara nuestras cañas, ajusta mi sedal y mi carrete, y luego se va, diciéndome que espere. Al cabo de un momento regresa con un par de botas en una mano y una gorra de béisbol con el logo del barco en la otra.

—Se pone complicado —dice. Me da las botas y me acomoda la gorra en la cabeza, pasándome con cuidado la coleta por la abertura posterior—. Eso es —susurra cuando me la suelta. Fija la mirada en mi boca, como si estuviera decidiendo si besarme otra vez. Un parpadeo y esa mirada ha desaparecido—. ¿Lista?

—¿Lista para darte una paliza pescando? —le pregunto, calándome la gorra hasta las cejas antes de ponerme las enormes botas—. Puedes apostar a que sí. Se ríe, cabeceando.

—Está bien, has oído todo lo que ha dicho el capitán, pero como estoy seguro de que estabas pensando en mí desnudo o en comprar un nuevo tinte de pelo, voy a recordártelo: en este barco se captura fletán y lubina. El fletán puede llegar a ser bastante grande, pero no te preocupes. —Me dedica una sonrisa triunfal—. Te ayudaré a traerlo.

—Que sepas que voy a clases de kickboxing —le digo, haciéndome la ofendida—, y que hago surf.

—Vale, pero no estarás tirando del pez con las piernas. —Me agarra un bracito y me lo sacude como un ala de pollo antes de sacar mi caña del soporte y lanzar el sedal al agua. El cebo del extremo se hunde con un chapoteo y Finn sonrío devolviéndome la caña—. Ponla en el soporte. Se te cansarán los brazos luchando contra el agua mientras nos movemos.

Hago lo que dice y lo veo lanzar el sedal. Se le ve muy feliz y no sé si quiero que hasta el último espectador de Estados Unidos vea esta expresión en su cara en un enorme televisor HD o que su alegría siga siendo privada.

—¿Crees que detestarías tener una cámara enfocándote mientras haces esto?
—le pregunto.

Se encoge de hombros.

—No tanto como la idea de que el programa no sea verdaderamente un programa de pesca.

—¿Y si lo fuera? ¿Y si pones esa condición?

Se quita la gorra y se rasca la cabeza con el meñique.

—Sí. No lo sé.

Creo que ninguno de los dos quiere pensar en ello, porque nos quedamos callados contemplando el agua y las aves y, más que nada, mirándonos.

Casi como si los peces intuyeran que Finn los sacará de su miseria más rápido que yo, atrapa tres antes de que piquen en mi caña: dos lubinas y un fletán enorme. Mentiría si dijera que me molesta que me esté machacando. No hay nada mejor que ver a Finn subir un pez de dieciocho kilos a cubierta.

Eso no es del todo cierto. El sexo con Finn en esta misma cubierta sería mejor... pero no mucho más. El sol calienta en mar abierto y se ha quitado el jersey; verle los antebrazos bronceados mientras tira y enrolla el sedal... podría provocarme un orgasmo espontáneo.

—Se me hace raro irme, aunque solo haya pasado aquí un par de semanas — dice, ajeno a mi mirada lasciva, devolviendo el sedal al agua. Despejo la niebla de mi lujuria por Finn y me dispongo a escuchar lo que quiere decirme. Me parece, viéndolo hoy, que no quiere nada más que volver a su vida en el mar.

—¿Raro? ¿En qué sentido?

—No creo que me guste no poder verte siempre que quiera —me responde, para mi sorpresa.

No me esperaba esto en absoluto. Esperaba que dijera que echará de menos el clima del sur de California o los increíbles burritos o salir por ahí con

Oliver y Ansel.

Lo que más deseo es sujetarle la cara y besarlo como nunca he besado a nadie.

—Anoche me masturbé pensando en ti —le digo en cambio.

Se parte de risa.

—¿Eso hiciste? —consigue decir por fin.

—Exactamente.

Cuando se endereza, veo un ligero rubor en sus mejillas a la sombra de la gorra de béisbol. Esto es nuevo.

—Yo también —admite.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Estuve increíble?

Se vuelve a mirarme.

—Me la chupaste como una campeona, Pelirroja.

—En persona también lo haría —le digo, alzando con orgullo la barbilla.

Recoge medio metro de sedal.

—Lo harías.

Siempre había esperado enamorarme y estar nerviosa o inquieta o abrumada. Nunca creí que enamorarme de alguien me haría sentir aún más cómoda conmigo misma. Quiero decirle «creo que te amo» porque sospecho que emitiría un gruñido de simpatía y estaría de acuerdo en que es un mal momento.

Le miro la mandíbula, la barba incipiente, el largo cuello moreno y los brazos que me transmiten una curiosa sensación de seguridad que no sabía que anhelaba. ¿No lo sabía? ¿No es eso lo que ha sido mi padre hasta hace poco, no solo mi interlocutor sino también mi roca, mi protector? Sé que siempre he querido que, para estar conmigo, cualquier hombre cumpliera esa expectativa.

Me duele el pecho porque me doy cuenta de que el tranquilo, apasionado y leal Finn es lo que siempre he querido encontrar.

Mira hacia el otro lado, hacia el agua, con los párpados entrecerrados, y me pregunto qué estará pensando. Hincha el pecho con una profunda inhalación y cierra los ojos al exhalar, con cara de estar tan roto como yo.

Sé que tengo razón cuando los abre y me mira. Y es aterrador, porque si hay algo que sé de mí, es que no soy voluble. Si alguien me llega al corazón, arraiga en él para siempre.

Justo cuando abro la boca para decir algo (no tengo idea de qué, pero la emoción me atenaza la garganta), la caña da un sacudida y la punta desciende bruscamente.

—Guau, bien —dice Finn, con chispitas de emoción en los ojos, acercándose a ayudarme con la caña—. Tienes uno.

Pescar con mi padre en los ríos del norte de California cuando era niña no me preparó lo más mínimo para sacar un pez del mar. Cuando se trata de una trucha de río de veinte centímetros, la boya se sumerge bajo el agua y con unos brazos flacos de doce años basta para atrapar con facilidad a la imbecil.

Tengo que usar toda la musculatura para enfrentarme a esta bestia. Tiro de la caña, rebobino el carrete unos centímetros, cada uno una victoria. A mi lado, Finn grita como si estuviera recogiendo un tiburón blanco. Dos hombres se nos acercan por detrás para animarme.

—¿Quieres que lo haga yo? —me grita Finn, para imponerse a los vítores.

—¡Joder, no!

Pero ahora sé por qué se ha quitado el jersey; estoy sudando. Maldigo el momento en que decidí que la pesca de altura era una buena idea. Pero cuando alcanzo a ver por primera vez el fletán en el extremo del sedal, su aleta dorsal, el tamaño que tiene... noto mariposas en el estómago.

—¡El mío es mucho más grande que el tuyo! —grito.

Finn se pone detrás de mí para ayudarme a tirar y se hace cargo del carrete al cabo de unos diez minutos, cuando la mano empieza a temblarme y se me entumece. Los dos sostenemos la caña, tiramos y tiramos y, finalmente, el fletán sale del agua, glorioso.

Aterriza sobre la cubierta, y esta parte me revuelve un poco las tripas, pero luego Finn lo levanta, hace algo tan rápido que apenas puedo verlo, y su vida se apaga. El pescado está helado del agua cuando me lo entrega y me indica que lo sostenga por las agallas para que pueda tomar una fotografía.

Es tan grande que tengo que usar ambas manos. Es el pez más grande que hemos capturado hasta ahora. La sensación es increíble, aunque no tan buena como la mirada de Finn cuando me enfoca con el móvil.

—Sostenlo en alto, nena —dice en voz baja, con los ojos brillantes de orgullo—. Déjame ver ese ejemplar.

Me tiemblan los brazos, porque pesa mucho, pero lo sostengo para que lo vea. Saca una foto y se pone a mi lado, coge el fletán y se lo da a Steve para que nos lo marque.

—¿Podemos comentar que acabas de llamarme «nena»? —le digo mientras se agacha para cebar el anzuelo otra vez.

Siento más que escucho su risita. Se incorpora y me besa la coronilla.

—No.

Hago todo lo posible para controlar la sonrisa ridícula que lucha por apoderarse de mi boca... como acabar con ella tapándomela con las manos. Estoy tan atolondrada que me pondría a cantar un popurrí de Disney aquí mismo, en un barco lleno de viejos simpáticos.

Cuando volvemos al muelle me excuso para ir al baño, pero lo que realmente necesito es llamar para preguntar cómo está mamá.

Hemos estado fuera toda la mañana y parte de la tarde, sin cobertura. Ha sido maravilloso y al mismo tiempo aterrador. ¿Y si ha pasado algo?

Papá responde al primer timbrado, relajado y tranquilo.

—Hola, Tulipán.

—Hola, colega. ¿Cómo está la reina?

—Bien —dice—. Hemos salido a almorzar.

—Entonces ¿va todo bien? ¿No hay complicaciones?

Papá suspira y me estremezco. Sé que estoy siendo maniática. Los médicos nos han dicho un montón de veces que la primera ronda de quimioterapia será relativamente fácil para mamá. Son las últimas sesiones las que resultan difíciles.

—Tienes que tranquilizarte —dice papá, y sé que sonrío, pero también que me lo dice en serio—. Esto va a ser largo.

—Lo sé, lo sé.

—¿Cómo ha ido la pesca?

—Ha sido increíble. Estoy enamorada.

—¿De la pesca o del chico?

Esta vez soy yo la que suspira.

—Puede que de ambas cosas.

—Bueno. Trae a Finn esta noche. Le he dicho a Salvatore que estaré disponible en abril, cuando empiece el rodaje de *Horizonte de liberación*.

Esta noche se celebra una fiesta organizada por el colega y buen amigo de papá Salvatore para celebrar el nuevo lanzamiento de la productora de Sal. *Horizonte de liberación* es su nueva criatura para los Oscar, el drama que papá me contó que se desarrolla en, redoble de tambor, un barco. Sinceramente, no me imagino a Finn en esa fiesta, una reacción que me pone de mal humor y hace que me rebele contra mis instintos. Si Finn es uno de Los Míos, le corresponde estar, conozca o no a los otros invitados.

Además, que papá se haya embarcado en un proyecto cuyo rodaje empezará dentro de seis meses me acelera el corazón. Es muy optimista con respecto a mamá.

Regreso al muelle y encuentro a Finn dando buena cuenta de una bolsa enorme de patatas fritas. Me ofrece una y cojo un puñado. No me daba cuenta de lo hambrienta que estaba hasta que he notado el delicioso aroma de vinagre y sal.

—¿Quieres ir a una fiesta esta noche? —le pregunto con la boca llena.

—¿Qué tipo de fiesta? —me contesta con la boca igualmente llena.

—De gente del cine. Lujosa. Con Martinis y aceitunas.

Se encoge de hombros.

—¿Serás mi pareja? —me pregunta.

Me meto en la boca otro puñado de patatas y asiento.

Sonríe y me limpia la sal de la barbilla.

—Claro que sí, Pelirroja.

Finn está arreglado y esperándome delante de casa de Oliver cuando voy a

recogerlo a las siete. Lleva la misma ropa que se puso para la reunión de Los Ángeles, pero esta noche le queda infinitamente mejor.

Está más relajado y es evidente que ha estado al aire libre todo el día.

El sol le sienta de muerte.

Se acomoda en el asiento del acompañante, refunfuñando acerca de lo pequeño que es el automóvil, y luego me mira.

—Caramba —dice—. Sal del coche.

—¿Qué? —Preso del pánico, me miro el vestido para asegurarme de que no me he manchado de zumo de naranja tomando un trago directamente de la botella justo antes de ir corriendo hacia la puerta.

—Quiero verte —dice, inclinándose por encima de mí para abrir mi puerta desde dentro—. Sal fuera para que te vea.

—Ah.

Salgo, me aliso el vestido y me pongo delante del coche. Finn no me sigue, solo se arrellana y me mira por el parabrisas.

—Madre mía —leo en sus labios.

—¿Qué? —le digo.

—Estás increíble —me responde.

Me miro el vestido. Es azul zafiro, el color que mejor me queda, con un corpiño ajustado y una falda acampanada justo por encima de las rodillas. Me he puesto unas sandalias doradas de tacón alto y un colgante: una sencilla flecha de oro que mi padre me compró por mi décimo octavo cumpleaños. Sinceramente, apenas me he molestado en arreglarme esta noche, así que me parece un tanto irónico que la noche del bar, cuando quería estar arrebatadora, Finn no parara de burlarse de mí y hoy que he tomado distraídamente zumo de naranja como una resacosa, impaciente por volver a estar con él, se quede sin palabras.

Cuando vuelvo al coche, inmediatamente me coge la cara y me mira un estremecedor segundo antes de plantar su boca en la mía. En cuanto se tocan, abre ligeramente los labios, exhala un débil «oh» y se acerca más. Toma mi labio inferior entre los suyos y cuando noto su lengua juguetona, listo.

Le estoy mesando el pelo y quiero mucho más. Estoy desesperada. Quiero sentirlo en cada centímetro de mí. Emite sonidos tan profundos y leves que son

como vibraciones que me llegan a los huesos, estremeciéndome, disgregándome. Soy una chica cuyas manos tiemblan, cuya sangre corre demasiado deprisa por las venas, cuyas piernas la sacan de su asiento y la llevan hacia él, que abate el respaldo del asiento con facilidad y estoy encima de él, con las piernas abiertas, en su regazo. Tira de mí hacia abajo, empujando hacia arriba, y grito cuando noto la presión de su gruesa polla en la entrepierna.

Cuando gime, el sonido pulsa un botón en mi interior que desata el frenesí. No me importa que estemos en el coche, en plena calle. Está todo tranquilo. Anochece. Podríamos estar solos en una isla. Me da igual donde estemos.

«Siéntelo, tómallo dentro y siéntelo. Ha pasado mucho tiempo.»

Va un paso por delante de mí. Se desabrocha los pantalones y se los baja. Noto la polla desnuda en un muslo; la piel de algo tan rígido es paradójicamente cálida y suave. Me aparta torpemente la ropa interior, sin siquiera molestarse en quitármela, buscando con los dedos y encontrándome mojada y ávida. Mis palabras ininteligibles le dicen dónde lo necesito.

—¿Estamos haciendo esto? —pregunta con la voz ronca.

Le digo que sí con la cabeza, impaciente, y se la sujeta para que me la meta. Todo sucede muy rápido, se hunde profundamente y jadeamos porque es estupendo.

Es fantástico.

Me sostiene la mirada y su expresión de alivio me hace sentir delicada y frágil como vidrio soplado. Me he perdido esto, lo necesito.

Creo que lo necesito a él.

Se sienta, me besa sin control, mojándome de saliva y gimiendo contra mis dientes mientras lo tengo dentro, con gruñidos de aprobación cada vez que me muevo hacia adelante y hacia atrás.

—Así. Oh, qué bien. Dios, nena, no puedo... —susurra.

Deja de hablar. Más besos, dientes rozándome los labios, la mandíbula, el cuello. Más palabras de necesidad.

—Es que, por favor... No puedo.

Con dos dedos me acaricia suavemente donde lo necesito. Se le escapa un quejido tembloroso y oigo mis hipidos, suplicando. Estoy tan cerca...

—Oh, mierda, allá voy —jadea justo cuando me estoy corriendo.

Echo la cabeza hacia atrás y grito (qué diferente es) al mismo tiempo que él grita, arqueándose en el asiento, penetrándome salvajemente. Tengo la sensación de que el orgasmo durará para siempre y lo beso y tengo sus manos en la cara y sus sonidos en la piel dentro de mi cochecito con las ventanas sin tintar, en la puesta de sol del verano indio.

Lo amo.

Lo amo.

Me acurruco contra su pecho, al borde de las lágrimas. Estar con él así de nuevo, aunque sea en el asiento delantero del coche, con la falda del vestido arremangada, me produce un alivio que apenas puedo asimilar. Qué robusto es su corazón latiendo contra mi oreja.

Finn se rebulle dentro de mí, su respiración temblorosa me alborota el pelo.

—Harlow —me dice en voz baja, y exhala fuerte.

—Lo sé —reconozco—. Mierda, ha sido increíble.

—No... —Me empuja los hombros para ponerme vertical y siento su presión, todavía duro, todavía dentro de mí—. Cariño, no hemos usado nada. —Tiene la cara muy cerca de la mía, con los ojos ansiosos, inquietos—. No llevo condón.

Con un gemido empiezo a apartarme, pero me detengo, reconsiderando cómo vamos vestidos. Realmente no quiero parecer Monica Lewinsky en la fiesta con este vestido azul.

—¿Me das un pañuelo de papel de la guantera?

Asiente, estira un brazo por detrás de mí y logra sacar uno. Es un momento tan normal y contrasta tanto con el polvo de hace un minuto que estoy un poco aturdida. En cuanto me muevo para separarme de él me toca la mandíbula con dos dedos.

—Eh, espera, espera, espera. Ven aquí —me susurra.

Me inclino, cerrando los ojos, y cedo a la sensación de fundirme con él mientras gime, con una mano en mi pelo para mantenerme cerca. Su lengua se desliza contra la mía, ahora con más suavidad.

El corazón me golpea el esternón por el esfuerzo y por la adrenalina del pánico.

—¿Estás bien? —dice contra mi boca.

Asiento con la cabeza.

—No puedo creer que hayamos hecho esto —le digo.

—Yo tampoco.

—Creo que deberíamos asearnos antes de ir a la fiesta.

Nos arreglamos la ropa y bajamos del coche. De nuevo en la puerta de entrada, saca las llaves de su bolsillo.

—¿Estás tomando la píldora? —me pregunta en voz baja, incapaz de mirarme a los ojos.

—No. —Trato de hacer los cálculos para saber en qué día estoy del ciclo (creo que tendré el periodo en cuestión de días), pero no quiero ni pensar en las posibles consecuencias del sexo sin protección que acabamos de tener. Quiero quedarme en el feliz lugar de dicha en el que me encuentro, con las piernas temblorosas y habiendo admitido por fin que estoy completamente loca por Finn Roberts.

—Todo irá bien —le digo, sin tener ninguna prueba de ello en absoluto. Simplemente me sienta bien decirlo y, en cuanto lo hago, estoy segura de que así será. ¡Irá bien! ¡Todo irá bien!

Asiente y entra, guiándome por el pasillo hacia el pequeño baño que hay junto a la habitación en la que ha estado durmiendo. Miro por la puerta abierta de la habitación cuando se detiene para sacar una toalla del armario del pasillo. Su maleta está abierta encima de la cama, llena de ropa cuidadosamente doblada.

—¿Te vas mañana?

—Quizá —me dice. Luego añade—: Bueno, probablemente no. No lo sé. — Me indica el baño para que vaya delante.

Abre el grifo del agua caliente y mantiene la mano bajo el chorro hasta que se calienta. Luego moja la toalla.

—Ven aquí.

Lo miro levantarme el vestido y cierro los ojos mientras me pasa la mano por la cara interna del muslo y hasta la cadera, antes de bajarme las bragas hasta las rodillas. Jadeo cuando me mete suavemente la toalla caliente entre las piernas.

—¿Bien? —me pregunta.

—Sí. —«Más que bien. Es como estar en el cielo»—. Es agradable.

Mete la otra mano debajo del vestido y me aprieta la cadera.

—Me refiero a ti. ¿Estás bien?

—¿Tú lo estás? —le pregunto a mi vez.

Me mira con una sonrisa sincera, frunciendo las comisuras de los ojos.

—Sí, estoy bien.

—¿Aunque esté embarazada?

—Sí. Lo resolveremos.

Trago saliva, asintiendo.

—Entonces yo también estoy bien.

Se pone serio.

—Dime que no ha sido solo sexo para ti —me exige.

Meto los dedos entre su pelo y lo atraigo hacia mí.

—Hace tiempo que no es «solo sexo». Creo que por eso quería que lo dejáramos. Nos están sucediendo demasiadas cosas, a los dos.

Baja la barbilla para mirarme y me la apoya en el ombligo.

—¿Intentaremos hacer esto de todos modos? Quiero decir... —Traga saliva, nervioso—. Te quiero realmente, pero con esto que hacemos ya no me basta.

Me muerdo los labios. Quiero descargar toda la angustia de las últimas dos semanas: la preocupación por mi madre, el hecho de haber usado a Finn para distraerme y haberme quedado tan prendada de él que me temo que quiero mucho más de lo que cualquiera de los dos podría manejar.

Y ahora me dice que él también lo quiere. Cierro los ojos, pensando en el programa de televisión, en la cláusula de que no tenga novia y en el objetivo apenas velado de encontrarle un amor en la pantalla. Ahora el camino más fácil, el de firmar para el programa, haría imposible una relación entre nosotros. Incluso si pasara del programa y se fuera a casa para tratar de salvar el negocio, nunca nos veríamos porque estaría trabajando incluso más de lo que trabaja ahora.

—Lo quiero tanto esto que me falta el aliento —dice, apretándome la parte posterior del muslo para que lo mire—. He tratado de concentrarme en todo lo que sucede en casa, pero no puedo pensar en otra cosa que en esto.

—Yo también quiero esto, pero... —le digo—, es que no estoy segura de que funcione.

Se pone de pie y me besa la mandíbula.

—Podríamos saltarnos la fiesta y te lo demuestro —dice, malinterpretando mis palabras a propósito.

—Por supuesto —empiezo a decir, pero me callo. Algo hace *clic*, como si se me abriera una cerradura mental. Hay una manera de salvar su negocio sin que tenga que hacer el programa, y la he tenido delante de las narices todo el tiempo.

Llegamos a la fiesta de la mano. Algo ha cambiado entre nosotros, y es tan dolorosamente tierno que quiero echarme en sus brazos cada vez que me mira o que me habla o que me pone la mano en la espalda y los dedos en la cadera, como si tuviera allí un asidero hecho especialmente para él.

Papá, que ha venido sin mamá esta noche, nos ve cuando entramos en la cocina y abandona el corrillo en el que está para acercarse a saludarnos.

—Tú debes ser Finn —dice, tendiéndole la mano—. Soy el padre de Harlow, Alexander Vega.

Solo dos de los chicos con los que he salido llegaron a conocer a mi padre, y tartamudeaban, angustiados todo el tiempo. En cierto modo, es comprensible. Por un lado, mi padre ha ganado dos Premios de la Academia, y es bastante conocido para ser director de fotografía. Además de eso, es alto, musculoso y perfectamente capaz de intimidar cuando quiere.

En este momento, seguro que no quiere. De todos modos, no importa, porque Finn —enorme en comparación— lo saluda con un firme apretón y una sonrisa confiada.

—Muchas gracias por invitarme —dice.

Mi padre le pasa un brazo por los hombros y lo lleva al centro de la habitación para presentarle a algunas personas. Con un gesto, me indica que me una a ellos, por supuesto, pero prefiero verlos saludar a los colegas de papá y hacer lo que nunca he visto que mi padre haya hecho con un chico al que he besado tanto.

Esta vinculación masculina es exactamente lo que necesito que se produzca esta noche.

Me voy a la cocina para tomar un trago y saludar a las hijas de Salvatore. Son seis y ocho años mayores que yo, pero aún viven con sus padres; Valentina y Ekaterina Marín son las dos «niñas» de la industria cinematográfica más mimadas que conozco, pero me conviene más ser amable con ellas que evitarlas, porque papá y Sal trabajan juntos en más de la mitad de los proyectos.

Doy un beso a cada una en la mejilla y sonrío. Esta vez Valentina huele a Chanel y Ekaterina a algo nuevo... a Infusion d'Iris de Prada, tal vez. La peor pelea la tuvieron hace dos años. Estuvieron tres meses sin hablarse y se acabó cuando una de las hermanas reclamó el Chanel N.º 5 como su perfume distintivo.

Así solía pensar Finn que era yo.

—Tu novio seguro que es «algo» —dice Valentina, indicando con el mentón a Finn.

Me sirvo un vaso de agua con gas.

—Sí que es «algo».

—Robusto —ronronea.

—Me encantan los obreros —agrega Ekaterina.

«Oh, ya estamos con esas.» Miro hacia atrás, hacia donde está Finn, y sé exactamente cómo lo ven a pesar de que lleva pantalones y camisa de vestir: simplemente no encaja. Es musculoso, en contra de la tendencia a la esbeltez de Hollywood, lleva el pelo corto y está de pie con las piernas abiertas, como si constantemente se estabilizara contra una ola entrante.

—Tiene un negocio de pesca en propiedad —les digo.

—¡Ooooh! —murmura Ekaterina con admiración.

Mi sonrisa forzada se vuelve sincera cuando su padre entra en la cocina y se inclina a besarme la mejilla. Puede que sus hijas sean insoportables, pero Salvatore ha sido como un segundo padre para Bellamy y para mí.

—¿Cómo está mi querida niña? —me pregunta.

—Me va estupendamente. Felicidades nuevamente por el nuevo negocio, Sibarita. Estarás emocionado.

—Lo estoy. También he tenido que irle detrás a tu padre para que subiera a bordo de *Horizonte de liberación*.

—Parece que ya lo has conseguido —le digo.

—Ahora solo me falta que trabajes para mí y el mundo será perfecto.

Inhalo profundamente.

—En realidad, Sal, quería hablarte de eso...

Finn me empuja contra la pared del pasillo de mi piso, refunfuñándose en el cuello por lo que tardo en encontrar las llaves. Hemos estado a punto de parar al borde de la carretera cuatro veces durante el corto trayecto de vuelta a casa, porque tenía su mano en el vestido, su boca en el cuello, sus dedos guiando los míos hasta su regazo cuando se ha sacado la polla, susurrando para que se la cogiera.

—Me pones a cien, Harlow. ¿Vas a chupármela cuando lleguemos?

Estaba a cien y la tenía resbaladiza cuando se la he acariciado, recorriéndola en toda su longitud. Se la he estado sacudiendo hasta que ha levantado las caderas del asiento y ha empezado a gruñir con cada pasada por el glande. Lo he estado tocando con una mano y conduciendo con la otra hasta que lo he llevado al borde del orgasmo, jadeante y rígido, y luego he aparcado frente a mi edificio.

Ha gemido, sujetándose la mano.

—Otra vez en el coche no.

El llavero metálico resuena en el pasillo cuando saco las llaves del bolso. Todavía aplastado contra mí, Finn me las arrebató, abre la puerta y me empuja adentro. Estoy de espaldas en el suelo una fracción de segundo antes de que el sonido de la puerta al cerrarse de golpe reverbera en el apartamento.

Finn se cierne sobre mí como un depredador inspeccionando su caza. Bajo la mano y agarro la gruesa e inflexible forma de su pene cubierta por los pantalones con la intención de terminar lo que había empezado en el coche, pero parece que ha recuperado el control y me la aparta.

—Cuando te conocí en el bar, en junio —dice, mirándose fijamente los labios, el pelo, el cuello—, te acercaste a mí y me miraste de arriba abajo

como si fuera un objeto subastado. Después te sentaste a mi lado y me dijiste: «Me encantaría un gimlet de tequila.» Fue como si derramaran despacio un líquido en ese asiento. ¡Eras tan jodidamente hermosa!

—¿Como un derrame de crudo?

Se pasa una mano por la cara y frunce las comisuras de los ojos esbozando mi sonrisa favorita.

—Exactamente. Sabía que nunca podría limpiarte.

Ambos nos reímos y luego se pone serio.

—No he sido capaz nunca de ser yo mismo con nadie, no del modo en que lo soy contigo. —Se inclina a besarme—. Pensaba que solo querías follar, así que solo pensé en eso. No se me ocurrió que encajaríamos así.

—A mí tampoco —admito con un hilo de voz—. Supuse que eras como cualquier otro y que perderías interés enseguida.

—Eso puede que sea cierto —dice, dándome besitos en la mandíbula—. Tal vez solo tarde un poco más.

Lo que me hace me encanta: sus labios en el cuello y sus dedos subiéndome con disimulo el vestido hasta las caderas.

—Tarda todo el tiempo que quieras —murmuro.

Me habla mientras me desnuda.

—¿Te ha gustado verme en la fiesta esta noche?

Uno de mis zapatos y luego el otro golpean el suelo.

—Sí. —De hecho, me ha encantado. No parecía del todo en su elemento, pero estaba contento de intentarlo por mí. Es lo que haremos el uno por el otro, lo sé. Intentaremos encontrar un terreno común donde convivir.

—¿Les has dicho que soy tu novio a las Kardashian de la cocina?

Me mete las manos debajo del vestido y me las planta abiertas en las caderas. Luego me agarra las bragas y me las baja. Muy, muy despacio para lo que deseo.

Busco el contacto con él.

—No me he referido a ti como tal, pero tus admiradoras parecían muy decepcionadas de que fueras precisamente eso.

Me hace girar lo suficiente para desabrocharme la cremallera del vestido.

—¿Les has confirmado que estoy pillado?

—Ya lo sabían —le digo, contoneándome para que pueda bajarme el vestido —. Lo han deducido por tu modo de mirarme —añado cuando estoy completamente desnuda y me mira como si fuera la cena de Acción de Gracias y las Joyas de la Corona y un póster central de Playboy todo en uno.

Resopla y se desabrocha la camisa.

—¿Por mi modo de mirarte?

—Sí.

Se quita la camisa y se me acerca, inmenso.

—¿Y cómo te miro?

Sus brazos tensan el algodón de la camiseta, que parece que apenas alcanza a cubrirle los bíceps, la anchura del pecho. La forma en que la lleva metida en la parte delantera de sus pantalones negros... Dios mío.

Me acaricia el vientre con una palma caliente y abre la mano sobre mis costillas.

—Pelirroja...

—Shhh, Caniche. Estoy teniendo mi momento Johnny Castle de *Dirty Dancing*.

—¿Eso es bueno o malo? —me pregunta, inclinándose a lamerme el cuello.

—Traje una sandía. ¿No es eso lo que le dice Baby a Johny Castle en la película?

Él se detiene y me mira antes de agacharse para olerme el aliento.

—¿Tan borracha estás?

—Por el amor de Dios, hombre, no estoy borracha. Desnúdate o ponme esa boca entre las piernas.

Espero que sea un buen chico y cumpla, porque ha sido muy bueno esta noche, pero me decepciona.

Se levanta, me agarra de la mano y tira de mí. Me abraza la cintura.

—No voy a follarte en el suelo —dice.

—Entonces ¿por qué me has tendido ahí?

—Estaba impaciente. Tal vez por torpeza.

Me río. Finn no tiene nada de torpe, pero desde luego es muy impaciente.

Me lleva por el pasillo a mi habitación, pasando por delante del armario del pasillo sin prestarle la más mínima atención

—¿No me vas a atar esta noche?

Sacude la cabeza.

—Pero me gusta.

Oigo su risita.

—A mí también me gusta, pero no quiero hacerlo cada vez que estemos juntos.

—Te acariciaré todo el cuerpo —le digo, como si fuera una amenaza.

—De eso se trata. —Se vuelve, se inclina para besarme el cuello e inhala despacio, olfateándome.

Le saco la camisa de los pantalones.

—Entonces lo de la cuerda no es realmente *bondage*, es...

—A veces sí —admite en un susurro, chupándome la yugular—. Me gusta la libertad que me da para tocarte como quiero. Creo que ambos sabemos que soy un tipo controlador.

Me río y la risa se convierte en un gemido cuando me pasa la mano por el hombro y cruza mi pecho.

—Pero también me gusta dejar pruebas.

Me muerdo el labio, sonriendo mientras le desabrocho el cinturón, los pantalones y se los bajo.

—¿Pruebas?

Me mira la boca mientras aparta la ropa.

—Me gusta dejar marcas. Me gusta verte húmeda y que camines diferente por la mañana porque te he follado tan bien que las piernas no te obedecen.

Finn me pasa la lengua por el cuello, haciéndome temblar.

—El aspecto que tenías la mañana que te vi en el Starbucks... Nunca lo tendrás después de pasar una noche conmigo.

Respiro entrecortadamente cuando me chupa con fuerza el hombro, dejándome una marca.

—Me gusta ver lo que te hago —dice—, sobre todo a ti, porque sé cuánto confías en mí, y el hecho de saber lo bien que puedo hacerte sentir me enloquece. La cuerda es algo que manejo con mucha, mucha... —Me da un beso en la boca y luego me besa la mandíbula, la mejilla y me susurra al oído —: Comodidad.

«Oh.» Dios bendito. Me duele, me arde la piel. Juro que si me toca la entrepierna una sola vez estallaré como una bomba.

—Qué posesivo eres —murmuro, alzando la barbilla para que llegue mejor al cuello.

—Sí —conviene—. Eso soy, exactamente.

Mirándome fijamente, me guía hasta tenderme en la cama y se me pone encima. Es un gigante en la habitación oscura, un planeta que se cierne sobre mí. Acerca despacio la cabeza a mi pecho y me lame un pezón. Me chupa los senos y juega con ellos hasta que tengo los pezones hinchados y doloridos, enrojecidos y calientes.

—Así —susurra, inclinándose para lamer y chupar y tirar del pezón con los labios un poco más, hasta que la piel me brilla en la oscuridad—. Me gustan mojados y duros...

Se inclina de nuevo y me muerde justo debajo del pezón. Aprieta cada vez más, hasta que la única sensación que noto es la presión de sus dientes y un delicioso, delicioso ardor...

—¡Ah! —grito y, justo antes de que crea que me hará sangre, me suelta, me lame la mordedura y me la besa dulcemente.

—¿Te gusta? —ronronea pegado a mi piel.

«Mierda, no», estoy a punto de responderle, pero el dolor ha desaparecido dejando una sensación diferente a todo cuanto he sentido hasta ahora: una mezcla de ardor palpitante e intenso placer. Su mordisco ha dejado en mi pecho un pequeño punto de hambre insaciable. Quiero su boca en él, chupando, calmando y mordiendo más.

—Más —consigo decirle.

Los ojos de Finn brillan victoriosos por mi reacción. Le empujo la cara con las manos hacia mi pecho, con la espalda arqueada. Con mucho cuidado, me deja marcas con los dientes en los senos, formando un complicado dibujo alrededor de los pezones y en la curva inferior, en ambos lados y en la suave pendiente que baja hasta los pezones hinchados.

Besa centímetro a centímetro, lamiendo y chupando hasta que me brilla la piel y estoy a punto de gritar. Me guía la mano para que toque cada pequeña hendidura.

—Tócalas —me dice, arrastrando los dientes por mi hombro y hacia mi brazo—. Dime qué te parece cuando te lamo.

Los surcos me recuerdan las marcas de la cuerda, pero son más íntimos en cierto modo. Estas pequeñas marcas rojas le dicen a la habitación y al cielo y a la luna llena que hay fuera, por un breve instante, que le pertenezco. Mi cuerpo es suyo.

No quiero que desaparezcan, y sé que él tampoco quiere. Regresa al primer mordisco, marcándome en la piel que soy suya.

Necesito su cuerpo contra el mío, cubriéndome los pechos, para que su aliento en los pezones no me haga llorar, y quiero el paso húmedo y calmante de su lengua por las sensibles marcas de los mordiscos. Me siento agrietada, devorada y ahuecada, llena de un deseo tan intenso y profundo que noto lo cálida y suave que estoy debajo de él, lista para tirar de él hacia mí. Dentro de mí.

Me chupa con las manos ocupadas en otra cosa y oigo el crujido de una envoltura de condón y el sonido húmedo de su lubricante cuando despliega el látex enfundándosela.

—Dime si es demasiado —dice pegado a mi piel mientras se coloca. Luego presiona su pecho contra el mío y se desliza dentro de mí de un largo y suave empujón.

Puede que esté gritando, maldiciendo o suplicando, no lo sé.

Mi piel ansía la fricción pero la teme por igual. Es una tortura divina. Los mordiscos me laten y me arden. Tengo el pecho tan húmedo que Finn resbala sobre mí, gruñendo mientras entra y sale.

«Oh, Dios.» El roce de su piel en mis senos quema y duele, me da placer y me calma. Y, cuando levanta el pecho, necesito que vuelva a acercarlo. Tiro de él hacia mí y le ruego que vaya más rápido.

«Por favor...»

—Dime qué sientes —me dice, con la voz ronca.

—Siento... Siento... —Me palpitan los pechos con cada latido del corazón y los tengo tan sensibles que estoy segura de que podría pasarme la lengua por el pezón y...

Finn se inclina, me aplica la lengua plana justo debajo del pezón y la

arrastra hacia arriba justo cuando me penetra profundamente y comienza a follarme con esas pequeñas embestidas perfectas. Grito, agarrándolo.

«Siento que soy tuya.»

Su lengua alivia el ardor pero hace que me arquee, hace que suplique y suplique que mueva las caderas más rápido y que me humedezca los senos con la boca

y que...

por favor,

por favor,

por favor hazme llegar.

Resopla contra mi piel cuando me masturbo, jadeando. El resoplido es mitad risa, mitad gemido de emoción. Inmediatamente me sube los brazos y me inmoviliza, trabajando con las caderas y la boca hasta dejarme temblorosa.

La presión aumenta en mí, tengo la piel enrojecida y húmeda, y luego grito su nombre, consumida por el plateado latido del placer hasta que no puedo diferenciar ningún toque en particular. Es solo Finn sobre mí y el placer que me recorre y sus suaves y roncadas palabras de aliento.

—Eso es. Eso es. Oh, fóllame, estás llegando. Oh, mierda.

Es extraño perder la cabeza, pero es lo que él consigue que haga: en estos momentos de dicha salvaje, cuando acabo de correrme y se está perdiendo en mí, todo lo demás en el mundo desaparece.

Las estrellas pueden caerse, el océano puede apoderarse de la tierra y ni siquiera me daré cuenta hasta mucho después de que Finn mueva más despacio las caderas y me pase una mano por la pierna y por el costado, hasta que me coja la barbilla y me diga que nunca ha querido a nadie como me quiere a mí.

De hecho, si el mundo se acabara esta noche, sospecho que no nos enteraríamos hasta mañana. Finn se levanta de la cama solo el tiempo suficiente para deshacerse del condón y volver con una toalla húmeda para limpiarme el lubricante y hacerme las cosas más perversas con la boca.

Me lame, me mordisquea y gruñe como un animal salvaje. Me ha separado las piernas agarrándome un muslo con una mano y me acaricia con un dedo de

la otra. Entiendo perfectamente el depravado significado de la expresión «comérselo». Él lo está devorando.

Y luego, con los ojos fijos en todo mi cuerpo, desliza los dedos hacia abajo y hace algo tan inesperado que la única forma que tiene de saber que me gusta es que grito cuando me corro contra su boca con más intensidad que nunca.

Finn me besa el muslo, la cadera, el ombligo.

—Joder... —repite con la voz ronca.

Y luego tira de mí hacia abajo y me pone los pies en el suelo para doblarme sobre la cama.

—¿Aún estás dolorida, folladora obscena? —me pregunta en un susurro, abriendo con los dientes otro envoltorio de condón.

Giro la cabeza y lo miro por encima del hombro, levantando la barbilla en señal de desafío.

—No.

—Bien.

Cuando se coloca y empuja tan profundo que me desplomo en la cama, sé que me va a follar a lo bestia.

Es como en Las Vegas otra vez: pendenciero, con una palma en mi culo y la otra mano agarrándome tan fuerte la cadera que espero los pequeños hematomas con los que sé que me encontraré mañana. Pero por fin reconozco lo que fue en Las Vegas: ese no fue su extraño modo de follar «habitual», dominante y rudo. Fue Finn desatado, Finn desnudo conmigo, un extraño perfectamente emparejado. De repente, sé que con cualquier otra habría tenido cuidado esa primera noche, habría sido más lento, usado palabras más suaves, movido las caderas más despacio, pero que conmigo no pudo.

Solo pudo ser agresivo porque sentía lo mismo que yo: ese desatado azote de cuando conoces a la persona que te libera.

Finn baja al suelo conmigo acariciándome la columna resbaladiza de sudor y luego siento su pecho sudoroso contra la espalda cuando se me pega y entra en mí de nuevo e inmediatamente me cabalga rápida y suavemente, sujetándome los pechos con manos codiciosas.

Es insaciable: en el suelo, contra la pared, de vuelta en la cama con mis piernas sobre los hombros. Es así, bajo el firme toque de sus dedos, que me

corro gritando mientras me muerde un tobillo. Sé que está cerca de su liberación también, pero reduce las embestidas, tarareando contra mi pierna.

—¿Qué quieres que haga? —le pregunto, pasándole la mano por el pecho sudoroso y bajando las piernas.

—Esto es una puta maravilla —dice entre jadeos, inclinándose a besarme—. Quiero llegar, pero no quiero.

—No hay prisa —ronroneo, tirando de él para tener su pecho sobre el mío.

—Ya te he saboreado sin protección —admite en voz baja—. ¿Tienes idea de lo bien que me haces sentir sin este jodido condón? No puedo dejar de pensar en lo cálida y dulce que eres.

¿Cómo es posible que hubiera olvidado lo que hemos hecho en el coche? Una mezcla de anhelo y ansiedad me nubla el pensamiento.

—Es como si estuviera tratando de joder con esta cosa. —Se ríe en mi hombro y comienza a moverse de nuevo.

Recuerdo lo cálido, lo suave que era.

También yo quiero sentirlo.

Empujo su pecho para que salga de mí y le quito el condón.

—No, Harlow, no quería decir...

—Shhh, lo sé. —Busco la toalla húmeda en la cama y esta vez la uso yo para limpiarlo a él—. Ven aquí.

Me recuesto y sitúo sus caderas encima de mi cara. Me ha hecho muchas cosas, pero nunca se ha permitido terminar así.

De rodillas en el colchón, se desliza con cuidado entre mis labios y en mi boca.

—Joder —gime, apretando los párpados—. Vas a acabar conmigo.

Él da empujoncitos cortos al principio, hasta que está mojado y hambriento y tan duro contra mi lengua que no puedo evitar emitir ruiditos de desesperación a medida que va profundizando. No hay nada en este mundo que quiera más ahora que verlo comenzar a subir lentamente, con las manos apoyadas en la pared de la cabecera de la cama y el pecho estremecido con cada exhalación entrecortada.

—Aprieta. —Es un ruego ahogado.

Le paso las manos entre los muslos y le rodeo con una la base del pene y

con la otra le aprieto los testículos.

—Sigue haciendo eso y me correré en tu boca —me advierte.

Aprieto más y succiono con más fuerza.

Arquea la espalda, se hincha en mi lengua y llega con el gemido más caliente que he escuchado en mi vida. Se deja caer sobre mí, el sudor de su frente gotea en la almohada, junto a mi cabeza. Con las aletas de la nariz dilatadas me mira de un modo salvaje mientras lo lamo y lo beso.

Se aparta despacio y se sienta sobre los talones y encima de mí, recuperando el aliento.

—Dios mío.

Su polla descansa pesadamente en mi pecho y me siento completamente hecha polvo, en el buen sentido de la palabra. Estoy agotada, sudorosa, me siento como si no tuviera huesos y soy probablemente la mujer más satisfecha que haya habido en la historia de las relaciones sexuales.

Finn me inspecciona y se pone más serio. Me revisa cuidadosamente los pechos a la luz tenue que se filtra por la ventana del dormitorio. Recorre con los dedos las marcas de las mordeduras, casi desaparecidas.

—¿Estás bien?

—Sí.

Me cubre el pecho de besitos.

—Necesitaba esto esta noche —me dice.

—Yo también lo necesitaba —respondo precipitadamente, exhalando con fuerza—. Me asusta mucho.

—¿Estás bien? —me pregunta, cerniéndose sobre mí en la oscuridad—. ¿Necesitas más?

—Estoy estupendamente. —¿Podría hacerlo otra vez? ¡Madre mía!

Se inclina a besarme la punta de la nariz, como si pudiera ver todas mis facciones en la oscuridad.

—Bien.

A pesar de su hosquedad y de sus respuestas monosilábicas, Finn es un amante sorprendentemente generoso. Me estremezco un poco al darme cuenta de que lo excita más mi placer que mis caricias.

—¿Te han dicho alguna vez que eres increíble? —Me tiembla un poco la voz

por culpa de mi postmultiorgasmo. Pero, previsiblemente, se ríe y me planta un beso entre los pechos.

—No. —Se levanta para cruzar la habitación y entrar en mi baño a tomar un trago de agua.

—Bueno, pues para que conste, eres increíble, Sunshine.

Cuando regresa, el colchón se hunde y noto el increíble calor de su cuerpo detrás de mí, bajo de las sábanas.

Tiene cuidado de no empujarme. Se acurruca pegado a mi espalda, me rodea la cintura con su poderoso brazo y deja la mano plana sobre mi vientre, de un modo nuevo, posesivo y emocionante.

Finalmente respiro tranquila y estoy en ese delicioso punto, al borde del sueño, en que el mundo entero es perfecto.

—Eres tú —me susurra, y me besa el pelo.

«Eres tú.»

Y de repente, entro en una espiral mental, imaginando todas las cosas que puede haber querido decir con eso. Sin embargo, me lo explica enseguida.

—Quiero ser bueno contigo. —Me da la vuelta para que lo mire y me besa una vez antes de admitir—: Solo soy así de bestia follando por ti.

—Creo que acabo de darme cuenta —le susurro.

—Quiero decir que te amo a lo bestia —me aclara.

Siento que hasta la última gota de sangre del cuerpo se me agolpa en el pecho. La emoción crece y estalla en mis extremidades con una tremenda descarga de adrenalina y de alivio y un amor tan enorme que estoy mareada.

—¿Sí? —le pregunto, con una sonrisa tan tonta que doy gracias de que no pueda verme bien en la oscuridad de la habitación.

Pero su carcajada me dice que estoy equivocada y que me ve perfectamente.

—Sí.

Logro repetirlo, riéndome, con la firme presión de su boca contra la mía, dura y pendenciera, una vez más.

Finn

Me estoy acostumbrando a estar así: en la cama, pensando sin parar mientras miro al techo.

Pero lo que veo es nuevo. En lugar de la sombra de las palmeras en el yeso, veo el brillante reflejo nocturno de la piscina del patio de fuera. El barrio de Harlow es más silencioso que el de Oliver: no hay una pandilla de adolescentes jugando en el garaje de la esquina, ni un perro ladrando en el patio de al lado, ni pasan tantos coches a todas horas por la noche.

Es tan tranquilo, con el suave sonido de su respiración a mi lado, que imagino que si me empeño conseguiré escuchar el océano desde unas cuantas manzanas de distancia. La oscuridad es absoluta y Harlow lleva durmiendo una hora, con una pierna sobre mi cadera y prácticamente cada centímetro de su piel desnuda en contacto con prácticamente cada centímetro de la mía. Y cuando se mueve en sueños y se agarra más a la sábana en mi cintura, basta casi para que me olvide del silencio. Casi estoy tentado de despertarla y follármela otra vez.

Casi.

Nunca he sido un buen conversador. Nunca he sentido la necesidad de expresar con palabras todo lo que me pasa por la cabeza. Nunca me ha hecho falta como les hace falta a otras personas llenar el silencio con una charla superficial. Tengo la impresión de que Harlow es de las que mantienen la

conversación y se las arreglan para que hable incluso el menos comunicativo, pero nunca lo intenta conmigo. Puede ser más locuaz y más lista que casi todos los que conozco. Sin embargo, cuando estamos juntos, está a gusto con mi silencio. Está bien dejándome ser como soy.

Creía saber lo que éramos el uno para el otro, pero a pesar del estrés y la ansiedad de las últimas semanas, algo ha cambiado. Esto es una complicación que no esperaba pero, ahora que se ha presentado, lo quiero. Anoche fue la primera vez que realmente hablamos sobre lo que somos el uno para el otro, pero ¿decidimos algo, realmente? La quiero. Es todo cuanto sé.

Harlow murmura algo en sueños. Me pongo de lado y le aparto el pelo de la cara. Cuando estoy tan cerca de ella, me resulta fácil olvidar el montón de facturas que me esperan en el barco, las averías y el comienzo de la temporada que se acerca más y más con cada día que pasa.

Pero joder, tengo que irme a casa. Lo he estado posponiendo todo lo posible y allí me necesitan. Ese es mi lugar. Pero ¿cómo puedo irme ahora? Una sonrisa o un comentario inteligente por parte de ella y se me reordenan todas las ideas. Las inapropiadas, generalmente pornográficas, ocupan el primer plano, mientras que las más importantes, como la familia y la responsabilidad, quedan relegadas.

He intentado no pensar. He intentado quitar importancia a la forma en que el corazón me salta en el pecho cuando escucho su nombre. Trato de justificar las veces que pienso en ella, las veces que me pregunto qué estará haciendo y que me preocupo por si está bien. Pero no puedo más. No quiero.

Dios mío, nunca en la vida había pensado tanto en una mujer.

—¿Finn?

La miro. Parpadea, despertándose.

—Estoy aquí —le digo. Le beso la sien, la mejilla, le recorro el cuerpo con una mano, hasta la cadera.

—Te quedaste. —No es una pregunta, y noto el momento en que realmente se despierta y se da cuenta de que todavía estoy aquí, con ella.

Se incorpora y se me sube encima. Su silueta bloquea las luces de la calle que se filtran por la ventana oscura y todo lo que puedo ver es la forma de su cuerpo, sus pezones rosados.

—Me quedé para poder follarte de nuevo —le digo, y se ríe.

En realidad, estoy tan sorprendido como ella de estar todavía aquí. Me había prometido a mí mismo que esperaría hasta que se durmiera, me aseguraría de que estuviera bien y luego me iría a casa de Oliver. Lo tenía planificado. Está claro que soy un mentiroso.

Me acaricia el vientre. Ya tengo el pene duro entre sus piernas. Mece las caderas y noto que aún está húmeda por la forma en que resbala sobre mí.

—¿No vas a dormir más? —le pregunto, sujetándola por la cadera

Ella cabecea despacio, con sueño.

—He soñado contigo.

Trazo con los pulgares pequeños círculos sobre los huesos de la cadera y hacia el ombligo.

—¿Qué pasaba?

Ella se mece con un poco más de energía, intencionadamente.

—Esto.

Con cada balanceo se acerca más a la punta de mi pene, más y más cerca, tanto que se desliza dentro. Sin protección.

—Cuidado —le advierto, pero con poco entusiasmo en el mejor de los casos.

Harlow baja la cabeza y su pelo me roza el vientre, el pecho.

—¡Qué bien! —dice, conteniendo la respiración—. ¡Oh Dios, qué bien!

Sé que debería tomar el control, alejarla de mi pene duro y ávido, pero no puedo obligarme a hacerlo.

Una vez más.

Un segundo más.

—Espera —empiezo a decir, y siseo al notar el suave ascenso de su clítoris, cálido y resbaladizo—. Deja que me ponga algo, cariño.

—Solo un segundo —me dice, insistente—. Ah..., justo ahí. Justo ahí.

—¿Ahí? —digo, poniéndome la almohada detrás de la cabeza y viendo mi polla desaparecer una y otra vez entre sus piernas—. Joder, esto es una locura. Nena, ¿qué estamos haciendo?

Pero aunque digo esto alzo las caderas ayudándola a deslizarse sobre mí. Verla usándome así, usando mi cuerpo para correrse, me nubla el cerebro. No

consigo recordar ni siquiera por qué deberíamos parar. Hay suficiente fricción y estoy seguro de que podría correrme solo con esto, con los dos restregándonos como un par de adolescentes.

Harlow se echa hacia atrás y se estabiliza apoyándose en mis muslos. Este ligero movimiento, el mínimo cambio de ángulo la abre y permite a la punta de mi pene deslizarse dentro.

—Oh, mierda —le digo, agarrándola más fuerte para mantenerla quieta. Estoy acalorado, febril y hambriento. Sé que debería parar esto, pero tengo que luchar contra todos mis instintos.

Harlow gime y se hunde un poco más.

—¿Quieres que pare?

Asiento con la cabeza, pero se me escapa un «no». En realidad, suelto un montón de maldiciones, pero no estoy seguro de que Harlow preste atención a ninguna.

—¡Joder, qué bien! —dice, quejosa. Se endereza y se mueve para que salga de ella, pero la sujeto por la cintura.

—Dios. Espera. —Respiro hondo, de repente consciente del sudor en mis sienes, de la forma en que la sábana se me pega a la espalda. Tengo todos los músculos completamente en tensión, como alambres vivos a punto de romperse con el menor tirón. Siento que su cuerpo me pertenece—. Solo déjame... sentirte. Solo un segundo.

Y debo ser masoquista. ¿Por qué si no me torturo así?

La piel de Harlow está caliente por el sueño y noto el peso de sus piernas contra mí. No pasaré más de un minuto con ella mirándome, soñolienta y necesitada, sin protección.

Tardo un segundo en decidirlo. Rodamos los dos y me deslizo entre sus muslos. Separa las piernas, dobla las rodillas y me aprieta con ellas.

—Solo quiero sentirte —le digo de nuevo, tratando de ignorar la manera ansiosa en que asiente, lo mucho que está de acuerdo conmigo. Su boca es demasiado tentadora, con los labios húmedos y separados, y me inclino a saborearla—. Si tú quieres... puedo retirarme.

—¿Te... correrías... encima... de... mí...? —dice entre besitos.

Siempre ha habido cosas que me van, cosas que me excitan cuando pienso

en ellas pero que me guardo para mí, actos que son difíciles de plantear cuando una relación es reciente y no está consolidada. Quiero ser rudo, un poco guarro, romper tabúes. Quiero a Harlow entera, probar todo lo que ella quiera y ver las marcas de la cuerda y de los dientes y de mis azotes en su piel.

Me gusta que ella quiera esto tanto como yo.

—¿Eso quieres? —le pregunto, penetrándola más y gruñendo de placer—. ¿Quieres ver el semen en tu piel?

Harlow echa atrás la cabeza y se agarra a las sábanas. Se le balancean las tetas con cada embestida, el colchón chirría en la oscuridad; solo soy vagamente consciente de que hay vecinos al lado, gente en el piso de arriba y en el de abajo. Lo único que me importa es cómo me aprieta de dentro hacia fuera, el aspecto de su piel a la luz de la luna y los ruiditos que se le escapan con cada sacudida.

Estoy demasiado cerca y va demasiado rápido, pero no creo que a ninguno de los dos nos importe. Una chispa caliente me baja por la espina dorsal y el calor se asienta en la parte inferior de mi cuerpo. Noto que se me pone más dura. Le agarro las caderas con tanta fuerza que me da miedo de que mañana tenga magulladuras.

Y luego Harlow se corre, apretándome la polla y aguanto por los pelos, apretando los dientes, con el cuerpo muy tenso para mantener mi orgasmo a raya. Ella jadea, se deja caer incluso más, me clava las uñas en el pecho y me desliza los brazos por el torso, sintiendo cómo me muevo en ella. Con un gemido me retiro y me la sacudo deprisa. La mano es un borrón y estoy a punto de llegar al orgasmo, tan cerca que solo oigo estática. Su nombre está en mis labios y ojalá hubiera pensado en encender una lámpara para poder ver su cara mientras le rocío el vientre, las tetas, el cuello.

Harlow baja los ojos para ver cómo me corro en su piel. Se unta un dedo se lo pasa alrededor del pezón. Es una reacción instintiva, posesiva... y en ese momento sé que estoy completa y absolutamente colado por esta chica.

Caigo sobre el colchón hecho un guiñapo, con el corazón tan acelerado que tengo que hacer verdaderos esfuerzos para respirar, para controlar los brazos y las piernas.

—¿Te quedarás a pasar la noche? —me pregunta.

Alzo la cabeza el tiempo suficiente para mirarla.

—Sí, pero mañana desayuno con los chicos. No podré quedarme hasta tarde.

Harlow bosteza, buscando la camiseta tirada en el suelo para limpiarse.

—Yo tengo que recoger a mi madre, en cualquier caso —dice distraídamente—. Te despertaré antes de irme.

Asiento, le beso la barbilla y luego la mejilla, notando su acaloramiento en los labios.

—Te amo —me dice. Se le cierran los ojos.

Deben de ser casi las tres de la madrugada.

—Te amo —le digo, acercándola a mí, adaptándome a la forma de su cuerpo. Estoy muy cansado pero lo suficientemente despierto como para saber que algo va mal. Ojalá lo estuviera más para descubrir qué.

Harlow se marcha temprano como dijo que haría. Me despierta con besos y me invita a darme una ducha. Me la follo contra la pared del baño antes de meternos siquiera en ella.

Por la mañana San Diego huele como el océano, como la sal y el viento y algo penetrante que lo envuelve todo como una vieja manta. Huele tan igual que casa, que algunos días si cierro los ojos casi olvido dónde estoy, a más de mil quinientos kilómetros y una vida de donde se supone que debo estar. Es un poco desconcertante. ¿Aterrador, incluso? ¿Hasta qué punto empieza a gustarme y cuántas veces he pensado en no irme?

Una llamada de Colton cuando salgo de la ducha hace estallar la burbuja de Harlow en la que he estado flotando y me devuelve a la realidad.

Le envié un breve mensaje de texto después de la primera reunión con Adventure Channel: «Ha ido bien, tenemos mucho de lo que hablar, te lo contaré luego». Pero no llegué a hacerlo, ni esa noche ni a la mañana siguiente, esperando poder postergarlo el tiempo suficiente para decidir qué diablos deberíamos hacer todos el resto de nuestras vidas. Sigo sin tener ni idea. Por supuesto, cuando le devuelvo la llamada salta el buzón de voz, porque son las ocho de la mañana y está trabajando, así que le prometo llamar más tarde esta

noche para explicárselo todo.

Ahora solo tengo que decidir qué demonios les voy a decir.

Por un lado, me alegro de que mis hermanos estén tan ocupados que apenas hayan tenido un momento para preocuparse por la reunión ni para darse cuenta de que he estado evitando hablar de ella. En la vida había sido tan irresponsable.

¿Firmamos para el programa? ¿No firmamos? Las condiciones que nos ofrecen son geniales, el dinero es un regalo caído del cielo. Pero lo cambiaré todo: nuestra manera de vivir, la manera en que los demás nos ven. La manera en que nos vemos a nosotros mismos ¿Y qué hay de Harlow? ¿Cómo va a funcionar? Hasta hace poco, el impacto que podría tener sobre una relación potencial ni se me pasaba por la cabeza. Pero ahora me importa, joder. A menos que deje el negocio y a mi familia, no veo cuándo podré estar en California de una manera más permanente. Y, a menos que tenga una sorpresa aún mayor en la manga, Harlow no se mudará a Vancouver de momento.

Harlow a bordo de nuestro barco destartado... No creo que esté preparado para ver eso.

Estoy seguro de que me sentiría mejor si hablara con Ansel y Oliver. Me siento un poco culpable por no haberles dicho lo que pasa. La verdad es que últimamente no los he visto tanto como me hubiese gustado, por eso recorro las estrechas calles del Gaslamp intentando aparcar en doble fila la enorme camioneta y reunirme con ellos para desayunar.

Las aceras están bastante desiertas a esa hora tan temprana y la calzada llena de camiones de reparto. Unos cuantos tipos con ganas de estar sanos han salido a correr. Veo el coche destartado de Oliver cuando doblo por la Quinta andando hacia Maryjane's.

Los chicos están en un reservado del fondo. La pared está decorada con una colección de imágenes estilizadas de Mick Jagger y hay un televisor con un canal de música sintonizado justo al lado.

—Señoritas —les digo, y me siento al lado de Ansel—. Hace un día precioso.

—Finn —me saluda Ansel. Coge la taza que tengo delante y vierte en ella café caliente de una jarra que ha dejado la camarera.

—Hemos pedido lo tuyo. Lo más varonil en el menú.

Me río.

—Gracias.

Oliver está sentado frente a mí.

—Pareces menos malhumorado esta mañana. ¿Hay alguien en particular a quien debemos agradecerérselo?

—Buenos días para ti también, Olls.

Oliver se inclina hacia delante, se sube las gafas hasta el puente de la nariz y apoya los antebrazos en la mesa.

—Tienes razón, estoy siendo grosero. Buenos días, Finnigan. ¿Cómo estás?

A mi lado, Ansel se ríe.

—Estupendamente, gracias. ¿Cómo estás tú, Oliver?

—Estoy bien, estoy bien —dice, asintiendo—. Me he dado cuenta de que anoche no volviste a casa. De hecho, no has pasado mucho tiempo en casa últimamente. Empezaba a preocuparme. Un joven solo en una ciudad grande que no conoce, vagando por la calle toda la noche...

—Suena bien, me gustaría oír la historia —dice Ansel, y toma un sorbo de su café. Pero Oliver no ha terminado.

—Nunca has sido de los que se acuestan con alguien una sola vez, así que no puedo evitar preguntarme con quién pasas el tiempo.

—Estaba en casa de Harlow —admito—. Hemos estado, bueno... viéndonos.

Me salva del interrogatorio la camarera que nos trae el desayuno.

—Caramba. Desde luego es... varonil —digo, mirando el enorme sándwich de pan tostado con tocino y huevos fritos, cuya yema amarilla rezuma en el plato.

—¿Puede traerme más? —le pregunta Ansel a la mujer, sosteniendo en alto un pequeño cuenco blanco lleno de azúcar moreno—. Soy... —Se da golpecitos en los labios con el índice, buscando la palabra—. Eh..., esto..., *comment ça se dit?* Cuando te gustan las cosas dulces.

La camarera parpadea al menos tres veces, incluso se tambalea un poco. Estoy a punto de sujetarla cuando finalmente niega con la cabeza y vuelve a enfocar la mirada.

—¿Goloso? —pregunta.

—¡Sí! ¡Eso es, goloso! Y me encantaría ponerme más.

Se pone colorada y asiente, cogiendo el cuenco. Se aleja de la mesa para ir a buscar el azúcar moreno de Ansel.

—Dios mío, Ansel —dice Oliver.

—¿Qué?

—Le diré a Mia lo que has hecho —le digo yo.

Ansel añade un cuenco de moras a sus gachas de avena y nos mira a los dos, parpadeando inocentemente.

—¿Hecho el qué?

—¿Por qué no te la has follado encima de la mesa? —le pregunto—. No hubiera sido mucho más incómodo para nosotros.

—Seguramente ya está embarazada. —Oliver apunta con el cuchillo hacia la cocina—. Intenta explicarle eso a tu mujer.

—Apuesto a que le trae hasta el último cuenco de azúcar moreno del local.

—Muy agradecidos, los dos —dice Ansel con socarronería.

—¿Cómo está Mia? —le pregunto.

Me mira con la sonrisa más tonta que he visto jamás.

—Perfectamente.

—Uf —resopla Oliver, bajando el tenedor—. No le des pie. Lola dice que tuvo que advertírselo antes de pasarse. La última vez los oía desde el camino entrada de casa de Julianne.

Ansel se limita a encogerse de hombros, desagradablemente satisfecho de sí mismo.

—¿Qué puedo decir? Soy un amante bastante hablador y nunca sofocaría los gritos de satisfacción de mi mujer durante lo que posiblemente sea el mejor sexo que nadie haya practicado jamás. —Se inclina, nos mira a los dos a los ojos y repite—: Jamás.

Tanto Oliver como yo nos echamos a reír cuando nos damos cuenta de que, en algún momento del monólogo, nuestra camarera se ha materializado junto a la mesa y ha dejado un enorme cuenco de azúcar moreno delante de Ansel. No estoy seguro de lo que ha oído, pero a juzgar por el rubor de su cuello, muy intenso en las mejillas, supongo que lo suficiente.

—*Merci* —le agradece Ansel, sonriendo de oreja a oreja.

—De nada —murmura la pobre chica antes de volver a la cocina.

—Te odio —le dice Oliver.

—No odiarías a nadie si follaras un poco.

—Tiene razón —convengo.

Oliver toma un bocado de su desayuno, encogiéndose de hombros.

—Venga. Eres un tipo guapo y de éxito —le dice Ansel—. ¿Por qué no sales con alguien?

—¿Esto es *Sexo en Nueva York*? Por si no lo has notado, «Carrie», acabo de abrir la tienda. ¿Cuándo tengo tiempo de conocer a alguien?

—¿Quién es Carrie? —pregunto.

Ansel no me hace el menor caso.

—¿Bromeas? Solo he estado allí un par de veces, pero está plagada de calentorras excéntricas.

—Eh... En realidad no busco a nadie.

Ansel entorna los párpados.

—¿No buscas a nadie? Eso no tiene lógica. Tienes pene.

Oliver se ríe.

—Sí.

—Nunca has tenido problemas para ligar pero desde que llegué no te he visto con nadie más que con Lola. —Ansel se calla. Se queda con la boca abierta unos segundos antes de añadir—: Ah. Ya lo entiendo.

—¿Ah? —repito, mirándolos—. ¿Qué es lo que entiendes?

—Te gusta Lola.

Oliver niega con la cabeza.

—No, no. Solo somos amigos.

—Amigos —repetimos Ansel y yo al unísono.

—En serio. Me gusta. Pero no tanto. Es inteligente y divertida para pasar el rato, eso es todo.

Dios mío, qué mal miente.

—Estuvisteis casados —le recuerdo.

—Sí, pero, a diferencia de vosotros dos, yo nunca la he besado.

Ansel niega con la cabeza.

—Todos la besamos. Incluso tengo una foto en alguna parte que lo demuestra. Es la empollona más sexy del mundo.

—Que tú te hayas casado no implica que los demás necesitemos sentar cabeza. Mira a Finn.

—¿A mí?

—Por supuesto. Supongo, y no intentes negarlo, que has estado follando con Harlow todo el tiempo que has estado aquí y no estás dispuesto a proponérselo.

—Bueno... —digo, cogiendo el cuchillo y hurgando en la comida con renovado interés—. Quiero decir que... Puede que ya no seamos estrictamente solo amigos.

Ansel se pone la mano detrás de la oreja como si no me hubiera oído bien.

—*Comment?* —dice en francés—. ¿Qué?

—Me gusta. —Me acerco el tenedor a los labios y lo sostengo allí, agregando—: No solo me gusta.

—No te hagas daño a ti mismo —dice Ansel.

Resoplo e ingiero el bocado.

—Mierda, Finn —dice Oliver—. ¿En serio?

—Sí, en serio.

—Pero, espera. Te vas, ¿no? Es decir, sé que realmente no me has dicho lo que haces aquí, pero nunca he tenido la impresión de que fueras a quedarte para siempre.

—No lo haré. He estado estudiando unos negocios, pero tengo que volver pronto. No estoy seguro de lo que Harlow y yo vamos a hacer.

La mesa está en silencio y todos nos fingimos interesados en la comida, tratando de procesar la tremenda confesión que acabo de lanzar como una bomba.

—Vosotros estáis bien, ¿verdad? —le pregunto a Ansel—. Tú y Mia. Estando separados.

Mia y Ansel mantienen una relación a distancia desde hace varios meses y parecen aún más encaprichados que en Las Vegas.

Ansel se apoya en el respaldo con una larga exhalación. Así es como respira uno cuando está tan lleno de algo que cree que explotará si no lo deja salir.

—Las cosas van... —Se pasa la mano por la cara—. Soy muy feliz. Los días que pasamos separados son difíciles, por supuesto, pero cuando estamos juntos ni siquiera los recuerdo. Nada de eso importa.

Oliver traga y me apunta con el tenedor.

—¿Vosotros dos estáis pensando en tener una relación a distancia?

—No sé —admito—. Todavía no sé qué diablos estamos haciendo.

—Te gusta esto, ¿eh? —me pregunta Oliver—. San Diego.

—Sí, por supuesto. Pero al final tendré que volver. —Apenas he tocado la comida y la empujo con el tenedor. De repente, no tengo ganas de comer—. Quiero decir, al final no, seguramente dentro de un día o dos.

—Harás que funcione —dice Ansel—. Harlow no va a dejar a su madre precisamente ahora, pero...

Alzo la cabeza de golpe y lo miro con la misma inquietud que sentí anoche en el pecho.

—¿Por qué no va a dejar su madre?

—Bueno, tal como está... —Ansel se calla y mira nervioso a Oliver—. Mierda.

Oliver es una roca, normalmente es imposible saber lo que piensa, pero lo conozco mejor que nadie. Por la forma en que se rebulle en el asiento, se siente incómodo, seguro. Y luego todo encaja y antes de que ninguno de los dos diga algo, lo sé.

Harlow mencionando que su madre no se encontraba bien. El señor Furley preguntando por Madeline. Los ramalazos de desesperación de Harlow y su necesidad de escapar.

La madre de Harlow está muy, muy enferma. No tiene la gripe ni un resfriado persistente.

—Dios mío —gimo, tapándome la cara.

—Cáncer de mama —dice Oliver en voz baja—. Creo que en estadio... avanzado. La operaron hace un par de semanas y está con quimioterapia.

—¿En estadio tres? —aventuro.

Asiente.

—Suena bien. Por lo que sé, va bien por ahora.

No puedo hacer otra cosa que mirar fijamente el plato, con un dolor familiar

palpitando en el pecho. No estoy seguro de con quién estoy más enfadado: si con Harlow por ocultarme esto, por decírselo a todos menos a mí, o con todos los demás por guardar el secreto. ¿Yo se lo he dicho todo y ella ni siquiera ha podido decirme esto? Lo único que yo habría comprendido. Podría haberle ofrecido mi comprensión.

Dejo caer el tenedor en el plato y el sonido resuena en el restaurante, más fuerte que la canción rock de mierda que suena en el televisor, más fuerte que los otros clientes. Lo poco que he comido me pesa como plomo en el estómago. No estoy seguro si quiero vomitar o largarme de aquí.

—Finn —me dice Oliver, agarrándome el brazo—. Mira, no sé por qué no te lo ha dicho, ¿de acuerdo? Pero no era un secreto. Lo juro por Dios.

—Lo sé.

—Habrá tenido sus razones —dice Ansel en voz baja.

—Claro, gracias. Eso es muy reconfortante.

—Piénsalo bien antes de hacer alguna locura, ¿de acuerdo? Yo la he jodido bien con Mia... Escúchala.

Me levanto, saco la billetera y lanzo uno de veinte a la mesa.

—¿Adónde vas? —me pregunta Oliver.

Niego con la cabeza. Noto cómo me late el corazón bajo las costillas, oigo la sangre en mi cabeza. Lo siento en el alma por ella, pero estoy frustrado y confundido. ¿Por qué no me lo ha dicho? La cara me arde y no estoy seguro de si quiero buscar a Harlow y preguntarle qué demonios está pasando o si quiero salir a la carretera y conducir.

—Tengo que hacer unas cuantas llamadas —digo en cambio—. No he sido el mejor capitán ni el mejor hermano últimamente y tengo que ponerme al día. Están haciendo reparaciones y necesito comprobar algunas cosas. Ya hablaremos luego.

Harlow

Solo ha pasado una hora de mi turno de cinco en la NBC cuando me llama Salvatore. Dice que acepta mi propuesta. Le ha encantado mi idea. Además, formaré parte de la plantilla de su nueva productora.

—No deberías seguir ocupándote del papeleo en ese sitio —me ha dicho—. Tienes otros sitios donde estar, nena. —Y, por primera vez, he aceptado.

Estoy preparada.

Apenas me puedo concentrar en el enorme montón de carpetas que tengo que archivar, en qué copias estoy haciendo o de quién es el café que estoy sirviendo. Finalmente, hemos encontrado una solución que nos va bien a todos: podría salvar el negocio de Finn... y me permitiría estar con él mucho más a menudo.

Lo primero que hago el lunes por la tarde al salir del trabajo es enviarle un mensaje a Finn: «¿Estás en casa de Oliver?».

Veo que empieza a escribir y luego se para. Entro en el ascensor, salgo del edificio y voy hacia el coche mirando fijamente el móvil. Casi me estampo contra un poste telefónico y está a punto de atropellarme una bicicleta porque no miro por dónde voy.

Cuando estoy llegando a casa me llega su mensaje: «Sí».

«Vale. Voy hacia allí», le respondo, riéndome por lo mucho que ha tardado en escribir una palabra.

También tarda una eternidad en responder al timbre, aunque su furgoneta esté aparcada enfrente. Y cuando abre, está... mal.

Resentido, incluso.

—Hola —le digo, acercándome y poniéndome de puntillas para darle un beso. Me percató de que acaba de ducharse pero no se ha afeitado. Raspa y huele a jabón y café. Pero no se inclina hacia mí.

—Hola —retrocede, evitando el contacto visual, y me deja entrar.

—Estás de un humor de perros —murmuro, sentándome en el sofá de Oliver. Con el estómago encogido estudio su expresión, repasando mentalmente todo lo que he dicho y hecho en las últimas veinticuatro horas que pueda haberlo incitado a comportarse así—. ¿He hecho algo?

Resopla, encogiéndose de hombros.

—¿Pasa algo? —me pregunta.

No ha respondido a mi pregunta. Sin embargo las buenas noticias que tengo se imponen. Esté lo malhumorado que esté, tengo el poder de animarlo.

—He venido porque quiero decirte algo. Algo realmente estupendo, de hecho.

—¿Algo bueno? —dice, mirándome a la cara. Su expresión hosca se vuelve esperanzada—. ¿Es una buena noticia sobre tu madre?

Me quedo de piedra. No estoy segura de haberlo oído bien.

—¿Qué has dicho?

—Tu madre —repite—. ¿Es una buena noticia sobre ella?

—¿Cómo...? —Cierro los ojos. El alma se me cae a los pies. Todavía no le he dicho nada a Finn, lo que significa que se ha enterado por otra persona—. No. Yo... ¿Cómo has...? —Doy vueltas, intentando encontrar un punto de apoyo. ¿Quién se lo ha dicho y qué sabe? Ahora entiendo su mal humor—. Finn, iba a hablarte sobre eso, pero no es lo que...

Vuelve a tener una expresión rígida, con la mandíbula tensa.

—¿Te das cuenta de que tu madre tiene la misma enfermedad de la que murió la mía? Pensaba que a lo mejor querías confiar en mí porque, de toda la gente que te rodea, entiendo mejor que nadie lo que estás sintiendo. Además, ya sabes, porque me quieres.

Retrocedo, la ira me sube como vapor por el pecho.

—¿Me estás reprochando que no haya compartido esto contigo inmediatamente?

Cierra los ojos y se presiona la frente con los dedos.

—He estado pensando mucho en esto hoy, Pelirroja. Entiendo que no quisieras hablarme de esto al principio, lo entiendo. Pero después... —Niega con la cabeza—. Estaba hecho una mierda y realmente me ayudó tenerte a mi lado. A ti concretamente. Eso me ayudó a ver que lo que hay entre nosotros no es solo físico. Pero al parecer tú no necesitabas lo mismo de mí.

Voy a interrumpirlo, pero levanta la mano para detenerme.

—E incluso después de tener claro que era algo más, porque incluso antes de que dijéramos que había algo más entre nosotros ya sabíamos que lo había, no me contaste nada de esto. Sé lo que tu familia significa para ti, Harlow. Sé lo unidos que estáis. Entiendo por qué estabas tan hecha un lío al principio y que seguramente no querías pensar en ello cuando estábamos juntos. Entiendo eso. Lo que no comprendo es por qué anoche, o cualquiera de las otras veces que hemos estado solos tú y yo, entendiéndonos perfectamente, no pudiste... — Deja de hablar, pasándose la mano por la cara y sentándose en una silla frente a mí.

—Es que no he hablado de...

—No digas eso —me corta, ahora enfadado—. Todos los demás lo sabían. Ansel, Oliver, Lola, Mía. Todos lo sabían. Soy el único que se acuesta contigo, soy ese al que miras como si fuera alguien, y soy la única persona que no sabe que lo que te reconcome es tan malo que para empezar viniste a buscarme.

Quiero levantarme y acercarme a él, pero su lenguaje corporal me resulta tan poco familiar... Tiene los hombros encorvados, los codos apoyados en las rodillas, la gorra tan calada que ni siquiera le veo los ojos. Es como ver al Finn de hace semanas, cuando no era más que un desconocido con el que me había casado.

—Finn, lo siento. No te lo dije por ti. Es que...

Niega con la cabeza, suspirando.

—Yo entiendo lo que sientes, lo duro que es pasar por esto —me dice, después de lo que parece una eternidad—. Sé lo mucho que quieres proteger a

tu familia. Y... No lo sé, pensándolo bien, me doy cuenta de que a lo mejor habría hecho lo mismo que tú si esto me estuviera ocurriendo a mí. Solo me ha sorprendido, eso es todo.

—Estoy segura.

—Lo que pretendo decir es... —empieza, mirándome ansioso—. ¿Estás bien?

—Sí y no.

El silencio llena la habitación durante un largo y doloroso minuto. No sé qué más decir. Parece un buen momento para hablar por fin de lo que le está pasando a mi madre, para ponerle al día de lo más importante, pero los ánimos están mal. No quiero obligarlo a ser tierno conmigo ahora y desde luego no me apetece hablar de esto si va a seguir distante y silencioso.

Abandono el sofá y avanzo a gatas, con una sonrisa insegura en los labios.

—Eh —le digo, poniéndole las manos en las rodillas.

Me mira un momento, tragando con fuerza.

—Hola, cariño —susurra finalmente, abriendo las piernas para acogerme. Le acaricio los muslos, el vientre, el pecho, subiendo por su cuerpo hasta que puedo besar su mueca triste.

—No me gusta que esto se interponga entre nosotros —le digo y lo remato con otro beso—. Pretendía hablarlo contigo pronto, quizás hoy, pero anoche solo quería que fuéramos nosotros.

Asiente.

—Lo sé.

Despacio, con mis besitos, empieza a relajarse, y noto sus manos en las costillas y la espalda.

—Esto es importante mí, ¿vale? Por lo que estás pasando con tu madre es algo importante en mi vida. Puede que lo más importante. Si hacemos esto...

Cuando me doy cuenta de que va a dejar la frase a medias, tomo la palabra.

—Te prometo que hablaré contigo. Necesito alguien con quien hablar.

—De acuerdo.

Nuestros besos son cortos y suaves; Finn me ofrece solo la puntita de la lengua para humedecerme los labios. Pasa la mano de la espalda al vientre y entre las piernas, agarrándome por encima de los vaqueros cortos.

Con un gesto de dolor, me zafo de su firme sujeción.

—¿Te duele? —me pregunta, apartándose para mirarme.

—Estoy un poco dolorida. Me has montado como si fuera un caballo de rodeo.

Entre risas y con una serie de besos suaves y breves susurra:

—¿Quieres que te lo bese y lo haga mejor?

La cabeza de Finn entre las piernas y los recuerdos de la succión tibia y los gruñidos vibrantes y de las cosas que me hizo anoche me dan hambre de besos diferentes, más profundos que me entreguen su lengua y sus sonidos.

Con la otra mano me sujeta la nuca y me da exactamente lo que quiero: los besos profundos y exigentes de un hombre a punto de satisfacerme.

Presiona con la polla contra mi vientre y es una presencia que no puedo ignorar. Besándole el cuello le saco la camisa, mordisqueándole y chupándole el pecho cálido, el vientre, los huesos de la cadera. Se levanta cuando le desabrocho la bragueta y me ayuda a bajarle los pantalones.

Me encanta la sinceridad que hay entre nosotros, cómo me mira, fijamente, con los párpados cada vez más pesados, mientras le paso la lengua desde la base hasta la punta del pene, sorbiendo su dulzura.

—Joder, esto está genial —susurra.

Jugando, doy lametazos alrededor de la base y a lo largo, hasta el glande, humedeciéndoselo por todas partes para metérmelo en la boca todo lo hondo que puedo, chupándolo mientras mira con las pupilas dilatadas y los labios entreabiertos.

Lo suelto, sonriendo.

—Me gusta lo serio que te pones cuando te la estoy comiendo.

—Es algo que me tomo muy en serio. —Me frota los labios con el pulgar.

Se lo lamo y le lamo el glande, metiéndome ambos entre los labios, jugando con ellos con la lengua. Tensa los abdominales bajo mi palma.

—Vamos a la cama —me dice—. Quiero lamerte mientras me haces esto.

Me aparto y me levanto. Él se levanta también y se sube los vaqueros.

—Ven aquí. —Me atrae hacia sí.

Su beso es tan dulce que hace que literalmente me tiemblen las piernas. Me abraza la cintura y la espalda, envolviéndome con todo el cuerpo... Tengo la

sensación de estar escalándolo, abriéndome paso hacia arriba para poder rodearlo.

—¿Ha sido nuestra primera pelea? —me pregunta pegado a mis labios, sonriendo.

—Supongo —digo—. No ha estado mal.

—Oye —dice, retrocediendo para mirarme—. Dame las buenas noticias antes de que no desnudemos y nos olvidemos del mundo.

«Oh, es verdad.»

Trago saliva e inspiro profundamente. No sé por qué estoy tan nerviosa. «Esto es bueno», me digo. Sin embargo, es un gran acuerdo para ambos y lo deseo tanto que acaso puede saborearlo.

—Creo que he encontrado la manera de salvar tu negocio.

Se le escapa una breve carcajada y se aleja un poco más.

—¿Ah sí? ¡Adelante!

Dios, qué difícil es ahora que vuelve a ser desdeñoso.

Hago acopio de valor.

—Tuve una idea la otra noche en casa de Salvatore, pero no quería decirte nada hasta que él me hubiera dicho si podía funcionar.

Finn entrecierra los párpados.

—Mira, la nueva productora de Salvatore y de mi padre empezará a rodar una gran película en abril. La mayor parte de la historia tiene lugar en el agua, en un barco grande.

Continúa mirándome, sin reacción de ningún tipo. Se me encoge el estómago.

—Se me ocurrió que a lo mejor él podría arreglarte los barcos. Sería su modo de pagarte por utilizarlos como plató de rodaje en primavera. Y he aceptado trabajar con él en la productora, así que podría estar mucho contigo.

Asiente despacio, estudiándome.

—No estoy seguro de entender lo que me explicas.

—Te estoy diciendo que te he puesto en contacto con Salvatore y que él quiere pagarte por utilizar vuestros barcos para una película que se rodará durante unos cuantos meses. Pero lo mejor es que los necesitarán a horas intempestivas, como a medianoche y eso, así que podríais pescar por la

mañana y...

—¿Has ofrecido los barcos de mi familia a un equipo de rodaje sin comentármelo?

Se me eriza el vello, el pánico me atenaza.

—No se los he ofrecido, solo he querido valorar si sería una opción válida.

—Pero obviamente la propuesta ha tenido que pasar por muchas manos para que Salvatore te haya llamado personalmente y te haya dado su aprobación. Y todo sin que hayas hablado conmigo siquiera. —Se abrocha los pantalones—. Quiero asegurarme de que lo entiendo todo.

—Finn, yo...

Suelta una carcajada agria.

—¿Saben al menos cuánto costará arreglar los barcos?

—Bueno, primero arreglarán el *Linda*, para usarlo, pero al menos será una ayuda para ti, ¿no? Serán unos cientos de miles de dólares que podréis utilizar para levantar cabeza.

—¿Ya habéis negociado qué barcos reparar? ¿Y de dinero? —Finn abre tanto los ojos que veo por primera vez lo verdes que los tiene—. Harlow, tú nunca has visto mis putos barcos. ¿Estás hablando en serio?

La conversación es como un latigazo. Todavía noto la calidez y la forma de su pene en la boca. Las manos me tiemblan, los ojos me escuecen con la amenaza de las lágrimas.

—Finn, hasta ahora ha habido un par de conversaciones solamente. Saben que necesitáis arreglar los barcos.

Se pone colorado y tensa la mandíbula.

—Les hace verdadera ilusión trabajar contigo —me apresuro a añadir.

—En un par de conversaciones se pueden tomar un montón de decisiones. ¿Cuentan con ello?

Se me cae el alma a los pies.

—Creo que sí.

Se pone hecho una furia.

—¿Por qué no has hablado conmigo antes de acudir a Salvatore? —me pregunta, dándome la espalda y paseando por la habitación—. Se trata de mi empresa, Harlow, de mi vida, de mi familia. ¿Cómo sabías si esto nos

conviene? Estás aquí ordenando papeles y comprando donuts para los ejecutivos de la NBC del centro mientras yo trato de salvar el negocio que mi abuelo empezó cuando tenía dieciocho años, por el amor de Dios. ¡Mi padre, mis hermanos y yo dependemos de esto! Ni siquiera sé qué les has dicho a esos tipos.

—Te lo contaré todo —digo, siguiéndolo y poniéndole una mano en el brazo—. Cuando hablé con Salvatore en su casa...

—¡Oh, joder, Pelirroja! —me interrumpe, sin hacerme caso y volviendo a pasearse. Se quita la gorra y se pasa las dos manos por el pelo y por la cara—. Esto es un lío de narices.

La conversación me tiene en vilo. Intento decidir qué decir para dejarle claro que es algo bueno.

—Es un dinero que te permite reparar el barco principal —le recuerdo, esforzándome para que no me tiemble la voz—, y usarlo exactamente igual que has estado haciendo hasta que se averió. No tendrías que hacer el *reality show* para salvar los barcos. El negocio seguiría siendo solvente y podrías trabajar con tus hermanos y estar al frente del...

—¿Tienes idea de lo inocente que estás siendo?

Me lo quedo mirando boquiabierto. El corazón me martillea en el pecho, tanto que me noto el pulso en el cuello.

—¿Sabes qué? ¿Por qué no me llamas más tarde y hablamos del tema? Estás siendo un completo gilipollas.

Se vuelve para mirarme, estupefacto.

—¿Que yo estoy siendo un...? —Cierra los ojos, inspira profundamente y suelta el aire, abriéndolos de nuevo—. Sí, probablemente es mejor que te vayas.

Mia me quita de las manos temblorosas la tercera taza de café.

—Me parece que no te hace falta más cafeína, cariño.

Le ha robado un tiempo muy valioso a Ansel para venir a verme cuando estoy en «modo crisis». Apoyo la cabeza en los brazos, sobre la mesa, gimiendo.

—¿Soy una idiota? ¿Él es un idiota?

Lola muerde su madalena de arándanos.

—Los dos lo sois, creo.

—¿Puede alguien explicarme cómo funciona el cerebro masculino? Primero estaba enojado por lo de mamá, luego he estado a punto de hacerle la mamada su vida y después he tratado de salvar su negocio, y va y se pone hecho una furia. —Noto de nuevo la amenaza de las lágrimas—. ¿Qué demonios acaba de pasar?

—Bueno —me dice Lola—, básicamente has ventilado sus trapos sucios delante de un posible socio y le has ofrecido algo que no estás segura de poder darle.

Gimo.

—Dios, dicho así... Soy una idiota.

Lola hace una mueca de dolor, compadeciéndose de mí.

—Esto de Salvatore podría ser estupendo, Lola. Sí, era arriesgado, pero podría funcionar si dejara de comportarse como un cavernícola y lo meditara un poco. —Las miro a las dos y añado—: Por cierto, no podéis decir a Oliver ni a Ansel nada de esto. Finn todavía no se lo ha contado.

Lola asiente de inmediato, pero Mia se rebulle un poco en el asiento.

—Está bien —conviene finalmente—, pero espero que se lo cuente pronto porque los secretos entre Ansel y yo... se ha visto que no dan buen resultado.

—Ya lo sé, Terroncito. Siento ponerte en esta situación. —Me estiro sobre la mesa para ponerle una mano en el brazo—. Pero no olvidemos que fue tu locuaz marido quien le contó los detalles del cáncer a Finn antes de que yo tuviera ocasión de hacerlo, así que en cierto modo me lo debéis.

—Solo me abriré de piernas una vez esta noche para castigarlo —bromea.

Me río.

—Monstruo maligno.

—Ahora en serio. Ansel es mitad un Adonis, mitad un cachorrito. ¿Quieres que me enfade con él porque se preocupa por ti y olvidó que no debía hablar de tu madre?

Esa ceja ligeramente enarcada me dice que es una pregunta retórica.

Apoyo la frente en los brazos otra vez.

—No. Es adorable y dulce y yo soy una idiota por inmiscuirme en los asuntos de otra persona, como de costumbre. —Suspiro y añado—: Normalmente me da muy buen resultado.

—Lo que no entiendo es qué os traéis entre manos, vosotros dos —dice Mia—. Primero creía que simplemente os acostabais y luego que ya no. ¿Y ahora resulta que te tiene así? Detesto señalar lo obvio, Harlow, pero nunca habías abierto el gabinete de emergencia por un chico.

Lola asiente.

—Estaba bastante segura de que eras la primera mujer de la historia que llegaría a los veintidós sin sufrir una crisis por un hombre.

—Anoche nos dijimos que nos amamos —admito en un susurro.

—¿Qué? —gritan al unísono. Algunos clientes del café se vuelven a mirarnos.

—¡Dios, un poco de calma, locas! —les digo, riéndome a mi pesar. Están disfrutando demasiado con esto—. Al principio me sirvió para distraerme de lo que le está pasando a mamá y del trabajo de porquería que tengo y de todas esas cosas de la crisis de la juventud que a ninguna persona de más de treinta que se precie le importan. —Cojo una servilleta de papel y la rasgo en tiritas—. Luego empecé a pensar en Finn más que en cualquier otra cosa, y él tenía ese problema del barco, aunque no me enteré de los detalles hasta más tarde, así que acordamos dejarlo.

—¿Y? —me azuza Mia.

—Y luego me entretuve tratando de encontrar la manera de resolver su problema, y pasábamos mucho tiempo juntos porque vosotras estabais ocupadas con el trabajo o el marido o pasando del hombre que está enamorado hasta las trancas.

—Un momento, ¿qué? —pregunta Lola.

No le hago el menor caso.

—Finn es dulce y divertido y estoico hasta un punto completamente desconocido para mí y que valoro realmente, viniendo como vengo de la Familia en la que Todo se Analiza. Y está como un tren. Dios mío, chicas. Finn en la cama no es cosa de broma. No es un niño de mamá quejica de La Jolla, es un hombre criado para trabajar duro y no llorar por un padrastro. Finn

podría romperte la vagina y ser lo bastante hábil para reconstruirtela. —Me agarro la manga del suéter, bajando la voz aún más—. Me mira como si me adorara, pero luego se burla de mí, lo cual resulta que me gusta, y empiezo a considerarlo mi chico, ¿sabéis? —farfullo, y me da igual; lo estoy soltando todo—. Me mira como si tuviéramos un secreto, y lo tenemos. Mi secreto es que estoy colada por él. Y hoy ha sido un completo gilipollas.

Mia me acaricia el brazo y entrelaza sus dedos con los míos.

—Harlow...

La miro. Mia y Ansel llevan casados desde junio, pero hace poco más de dos meses tuvieron una bronca descomunal. Se hicieron tanto daño que se le notaba en la cara que temía haber arruinado lo que más quería en el mundo, incluso más que borrar el accidente que hizo añicos su sueño de bailar profesionalmente: su matrimonio.

Así que sé lo que dirá antes de que abra siquiera la boca.

—Tienes que arreglarlo —me dice simplemente—. Él está enfadado, tú te sientes herida. Pero, aunque parezca un tópico, a la larga nada de eso importa realmente. Simplemente habla con él.

Alzo la aldaba R2D2 y llamo a la puerta de entrada de Oliver, pero me noto en el pecho un hueco doloroso.

La camioneta de Finn no está aparcada fuera.

Oliver abre la puerta sin camisa, con unos pantalones cómodos demasiado bajos de cintura que le dejan al descubierto una cadera demasiado musculosa: es un chico al que me gustaría para siempre en la zona de amigos.

Evidentemente, acaba de ducharse; lleva el pelo mojado y despeinado, las gafas un poco nubladas. Incluso con el pánico atenazándome la garganta, me paro un segundo a pensar lo bueno que sería para Lola si se armara de valor y la invitara a salir.

—¿Esperas una llamada para quedar? —le pregunto, mirándolo fijamente a la cara.

Da un buen mordisco a una manzana y lo mastica con una sonrisita irónica. Por fin traga y me responde.

—Creo que los dos sabemos que no. —Se lleva la manzana a la boca y añade—: Simplemente me he vestido como para pasar el rato en casa, solo, como tú.

—Solo —repito—. ¿Finn se ha ido?

—Se ha marchado hace cosa de una hora.

—Se ha marchado a...

Oliver apunta hacia el norte.

—A Canadá.

Su acento australiano convierte la palabra en *quin-i-ú* y, aunque, lógicamente, sé lo que ha dicho, mi testarudo cerebro tarda un segundo en asimilar la confirmación de que Finn se ha ido de la ciudad sin despedirse de mí.

Se ha marchado sin darme un beso de despedida ni esperar hasta asegurarse de no haberme dejado embarazada con ese polvo suyo en el coche de niño. Ni siquiera me ha buscado. Menudo gilipollas.

Me pongo tan furiosa que me dan ganas de coger la puta manzana de Oliver y tirarla contra la pared.

—Anoche le dije que lo amaba —le cuento a Oliver, como si fuera asunto suyo. Como si quisiera saberlo. Pero me sienta bien explicar la tormenta que palpita en mis venas, el dolor y el fuego que dan ganas de gritar. Quiero la confirmación de que Finn es tan idiota como me parece en este momento—. ¿Y sabes lo mejor? Él me lo dijo a mí antes. Y ahora se ha ido sin decir adiós.

Si algo de esto sorprende a Oliver, lo disimula notablemente bien.

Es su súper poder, creo. Un friki de los cómics siempre tiene alguno, y el de Oliver es una cara de póquer tal que ni Dios sabría lo que está pensando. Lástima que el súper poder de Lola no sea indagar buscando información que no se le ha dado. A este paso serán como los de *Lo que queda del día*.^[4]

—¿Quieres entrar? —me pregunta.

Niego con la cabeza, abrazándome los hombros.

A casi veintiún grados estoy helada. ¿Es esto tener el corazón roto? ¿Como tener un clavo ardiente en el pecho y demasiado frío y no poder respirar profundamente y querer llorar en el hombro desnudo de Oliver?

Tener el corazón roto es un asco. A la mierda con él.

—Mira, Harlow —empieza a decirme, y tira de mí para darme un abrazo—. ¡Eh, nena, estás temblando!

—Me estoy volviendo loca —admito, apoyándome en él. ¿Cómo puede haberse marchado de este modo Finn?—. Oliver... ¿Qué demonios...?

Él se aparta y me mira. Baja mucho la cabeza. ¡Ostras, qué alto es!

—Conozco a Finn desde hace mucho —me dice—. Cuesta mucho que se enfade y aún más que demuestre que está enfadado. También estás molesta, lo sé, pero él apenas ha gruñido unas palabras. Me ha dicho que hablaremos pronto y hemos ido hasta su furgoneta. No sé lo que le pasa ni por qué se ha ido. De hecho no sé nada que pudiera hacerte sentir mejor. ¿Estás segura de que no quieres entrar?

Niego con la cabeza otra vez.

—¿No te ha contado lo que pasó?

Oliver se ríe un poco.

—Finn rara vez nos cuenta nada. Normalmente nos cuenta las cosas cuando ya lo tiene todo resuelto. Si le pasa algo y te lo confió, entonces no te mentía cuando te lo dijo.

—¿Decirme qué? Ah... —Se refiere al «te amo». Aggg. Derechazo en la tripa.

Se agacha un poco para mirarme a los ojos.

—Llámalo, ¿vale?

Finn

Hice un montón de cosas en San Diego que no eran típicas de Finn Roberts: dormir hasta tarde, ver la tele, comprar café de Starbucks, no trabajar sin parar quince horas al día. Pero esta, la de alejarme en coche mientras el sol se pone sobre el agua, es la primera sensación familiar que he tenido en mucho tiempo.

Oliver llegó a casa mientras yo hacía el equipaje y me miró con recelo desde la puerta.

—¿Quieres un poco de café para el viaje? —me preguntó.

—Sí, eso estaría bien.

Había cierta tensión entre nosotros y yo sabía que probablemente me habría hecho cien preguntas de haber podido.

También sabía que había cientos de razones por las que no iba a responder ninguna, así que cerré la bolsa y fuimos a la cocina y nos quedamos en silencio viendo cómo caían de la cafetera Keurig las últimas gotas en la taza.

—No puedes tomarte este —me dijo, alejándose de mí para echarle una cantidad de azúcar que ningún ser humano podría consumir de una sola vez.

—Claro que no. Es tu taza de Aqua Man. ¿Crees que quiero perder un ojo?
Me miró, sonriendo apenas.

—No, no puedes tomarte este porque el tuyo tardará unos minutos en prepararse y quiero poder hablar contigo antes de que te vayas.

—Ah.

—Sé que te traes algo entre manos. —Dejó la frase en suspenso mientras iba hacia la nevera y sacaba un cartón mitad de leche mitad de nata.

Sentí una punzada de pánico. Me preocupaba que Harlow al final hubiera decidido vengarse y se lo hubiera contado todo. Pero no; sabía que no lo había hecho incluso sin haber escuchado qué más tenía que decirme. Harlow puede ser un montón de cosas, entrometida, ingenua, impulsiva, pero no es en absoluto desleal.

Volvió y abrió el cartón y comprobó la fecha antes de continuar sin perder el hilo. Como si estuviéramos manteniendo una conversación informal después del trabajo, como si no me estuviera dando otra oportunidad para abrirme. Lo cual, por supuesto, no hice.

—Puedes hablar conmigo, ya lo sabes.

—Lo sé —le dije, agradecido de que Oliver nunca me presionara—. Gracias.

Y eso fue todo. Me dio el café y un largo abrazo que habría sido incómodo incluso para Ansel, y me fui.

Dejé atrás su barrio y me dirigí directamente a la I-5, sin mirar atrás ni siquiera una vez.

Treinta y tres horas y una horrible noche de hotel en vela después, estoy en casa. Me detengo en el camino de entrada. El sonido de la grava crujiendo debajo de los neumáticos es como una canción de cuna. Veo mi casa por primera vez desde hace semanas. Es extraño estar en casa y ver qué pequeño y raro parece todo lo familiar después de haber estado por el mundo lo que parece una eternidad.

Es ahora cuando me doy cuenta de lo diferente que es mi mundo del de Harlow. Mucho más tranquilo. En lugar de edificios amontonados, veo imponentes árboles de hoja perenne, aguas cristalinas y cielo; bandas de color que parecen infinitas. Estoy casi completamente rodeado de bosque, tanto que hasta el olor del agua, en la parte posterior de la casa, se ve eclipsado por el intenso aroma de los árboles y la hojarasca en descomposición de la parte

delantera. No hay tráfico, no hay ruido, y es perfectamente posible echar a andar y pasar días sin ver a nadie.

El aire es húmedo, todo está húmedo. Chapoteo en la hierba del camino, que necesita que la siegue. Después de semanas al sol de California, la temperatura me pilla desprevenido.

El mes que viene empezará la temporada de tormentas y en las pocas semanas que he estado fuera las hojas han empezado a cambiar de color y el suelo está lleno de pinaza naranja, roja y marrón. Subo al porche y busco la llave, apartando las hojas que se han acumulado en montoncitos alrededor de la estera. La cerradura gira con facilidad y la puerta se abre de par en par. La puerta mosquitera se cierra a mi espalda con un gemido y un chasquido.

Mi casa tiene solo dos habitaciones, pero está limpia y es cómoda. Sales por la puerta trasera, das unos pasos y ya estás al borde del agua. Conseguí comprarla uno de nuestros mejores años y ahora le estoy agradecido a Finn *el Sensible*, que pensó en el futuro y se compró una casa. En cambio, Colton *el Tonto* se compró un Mustang que consume mucha gasolina y una multipropiedad en Victoria.

El ambiente huele a rancio y a moho, así que dejo la bolsa y voy de habitación en habitación abriendo las ventanas para ventilar. Entra el frío, pero vale la pena. Casi al instante llena la casa el aroma de la sal y los pinos. Las cristaleras de la pared del fondo dan a una terraza desde la que se ven quilómetros de azul y verde; la franja de árboles es tan ancha que en algunos puntos cubre la orilla hasta el borde del agua.

Dejo las puertas abiertas y, con desgana, voy a la cocina a buscar algo para comer. Inmediatamente me doy cuenta del error que he cometido al no comprar algo cuando he pasado por el pueblo. La nevera está prácticamente vacía. Sin embargo, me las arreglo. Consigo una lata de sopa y unos cuantos melocotones que encuentro en la despensa. Evitaré el hambre hasta que pueda ir a la tienda mañana.

Las horas de trayecto, las ideas confusas que me rondan la cabeza y el no dormir lo suficiente me han pasado factura y me cuesta hasta llegar al dormitorio. Sin cerrar las ventanas, me quito la ropa y aparto las mantas. Por primera vez en mucho tiempo, me acuesto agradecido en mi propia cama.

La casa está congelada cuando me despierto. Pero está bien, aquí la vida es así y el aire cortante es exactamente lo que necesitaba para hacerme otra vez a la idea de pasar el día en el barco.

Una noche completa de sueño le ha dado a mi cerebro tiempo para reiniciarse después de lo que estuve pensando de camino hacia aquí. Me levanto de la cama y me preparo. Me siento bien porque ya sé qué hacer con el negocio. Ya tengo la respuesta. Es un alivio haber tomado una decisión, aunque siga teniendo un poco de acidez de estómago debido a los nervios.

Confío en mí mismo y en mis hermanos lo suficiente como para saber que caeremos de pie pase lo que pase.

Solo espero no estar a punto de arruinar nuestra vida.

Estoy en el muelle antes de las cinco. El aire salado me llena los pulmones y mi cuerpo se mueve en piloto automático, mis músculos recuerdan exactamente qué hacer.

Los chicos han estado ocupados. Han colocado tabloncillos nuevos en los lugares donde reemplazaron el cableado y los controles de la sala de máquinas funcionan debidamente. Todo el equipo está recogido, las redes reparadas y me siento orgulloso de mis hermanos.

—¿Finn?

Me vuelvo y veo a mi hermano menor, Levi, subiendo a bordo.

—Aquí —grito.

Él se orienta por mi voz y entra, con una humeante taza de café. Va vestido con una pesada chaqueta a cuadros y lleva un gorro de lana del que le asoman los rizos.

—Bueno, joder —dice. Deja la taza y me da un abrazo de oso—. Qué bien que hayas vuelto, forastero.

Por lo visto me he vuelto un blandengue en San Diego, porque cuando se aparta lo agarro y lo abrazo más fuerte.

—Gracias —le digo—. Gracias por ocuparte de los barcos. Lo habéis hecho bien. —Lo suelto, pero no antes de quitarle el gorro de la cabeza, enmarañándole el pelo rubio de chico guapo.

No ha perdido su sonrisa característica. Levi siempre ha sido el hermano sonriente, el bromista, y no me defrauda.

—Colt viene detrás de mí, pero podríamos escabullirnos para pintarnos las uñas si te hace falta.

—Vete a la mierda —le digo, riendo y lanzándole el gorro de lana.

Colton llega con la bolsa de papel enorme de su almuerzo en una mano y una manzana en la otra.

—Mira quién ha venido —dice. Me abraza con la misma fuerza que Levi y vuelve a ser como siempre, los Roberts en el bote, listos para comenzar un nuevo día. Excepto que este día empezará de un modo muy diferente.

—Pues bien —digo, quitándome la gorra de béisbol y frotándome la frente—. Creo que hoy no deberíamos salir del puerto.

Colton me estudia un momento.

—¿Por qué?

Miro hacia el muelle. Todavía no veo a papá acercándose al barco.

—¿Papá sigue en casa?

—Seguramente vendrá más tarde —dice Colton—. Sobre todo porque sabe que has vuelto.

—¿Qué pasa, Finn? —me pregunta Levi—. ¿Hoy no echaremos las redes?

Decido decírselo, aunque no esté nuestro padre. Me pongo la gorra y los miro a ambos alternativamente.

—Creo que me he dejado convencer.

Levi da un paso hacia mí.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que creo que deberíamos de apuntarnos. —Su expresión esperanzada me hace gracia—. Al programa.

Mis hermanos gritan entusiasmados y se palmean la espalda antes de abrazarme de nuevo.

—¡Joder, sí! —exclama Colton, y su voz resuena en el agua—. ¡Oh, es estupendo, Finn! Estoy muy contento.

—¿Imaginas lo que dirá la gente? —me pregunta Levi, aunque su sonrisa me indica que no le preocupa demasiado—. Nos van a poner verdes, estoy seguro.

—Sí, bueno, pueden ponernos lo verdes que quieran —le digo—. Podrás saludarlos desde el agua porque nuestros motores funcionarán.

—Les daré un puto beso, desnudo, sin llevar encima nada más que el

extracto de mi cuenta corriente —agrega Colton.

Levi se ríe.

—Estoy seguro de que lo harías.

Por un instante me limito a mirarlos, comparando a Levi y a Colton con los que dejé el día que fui a casa de Oliver. Las cosas tenían mala pinta, tal vez no me he dado cuenta de la mala pinta que tenían hasta ahora, viendo el contraste. Sonríen felices, jóvenes, esperanzados por primera vez desde hace años. El dinero no te da la felicidad, pero es muchísimo más fácil ser feliz cuando no estás preocupado por poner un plato en la mesa.

—Vamos —les digo, cogiendo un portapapeles que cuelga de un clavo cerca de la puerta. Hojeo los registros diarios—. Necesito hacer un balance de todo, así cuando llamemos podré decirles lo que hay que arreglar.

Levi me sigue hasta la timonera.

—Cuéntanos cosas de California —me pide.

—Lo que quiere decir es que nos hables del chochito —lo corrige Colton.

—Contrólate, Colt —lo regaño entre dientes.

Colton me mira con fingida inocencia. Es la mirada más cómica que he visto jamás.

—Ha estado bien. Ha sido genial ver a Oliver y Ansel y la nueva tienda. —Garabateo unas notas en las gráficas y añado la fecha de hoy. Luego empiezo una lista de las reparaciones necesarias por orden de prioridad—. He visto a Harlow —agrego, y lo lamento casi de inmediato.

—¿A Harlow? —repite Levi con júbilo evidente—. ¿La de la gabardina?

Levi se acuerda, claro. Debido a que el karma tiene un increíble sentido del humor, llegó a mi casa mientras Harlow subía su taxi. Disfrutó compartiendo esa información con toda la familia, evidentemente.

Alzo la vista del portapapeles.

—Sí, esa Harlow.

—Bien, tío. En tu caso yo tampoco habría contestado a mis llamadas telefónicas.

—Sí, sobre eso... —empiezo a decirle, pero Levi ya está sacudiendo la cabeza.

—Somos mayorcitos, Finn, podemos llevar la carga unos días. Te merecías

un descanso, hombre.

—Eso —dice Colton.

—De acuerdo, vale —digo, un poco abrumado. No estoy seguro de cómo responder—. Tenemos que desmontar un motor antes de poder hacer la gran llamada, así que manos a la obra.

Es como si nunca me hubiera ido. Trabajo de sol a sol, tomándome un descanso a la hora del almuerzo para llamar a los productores con mis hermanos y mi padre. Les digo, finalmente, que estamos dentro. ¡Qué agradable agotarme trabajando hasta que apenas puedo mantenerme en pie, demasiado cansado para preocuparme o para pensar siquiera!

La claridad mental sólo es una mierda en plena noche. Me despierto de un sueño demasiado real. Harlow, encima de mí, se ríe de algo que he dicho. No veo del todo su piel desnuda a la luz de la luna, y despertar sin haberla visto bien es como una espina clavada en las entrañas.

Me resulta más fácil quedarme acostado en la cama mirando al techo que arriesgarme a volver a dormirme y tal vez soñar de nuevo con ella.

No estoy seguro de si Harlow convirtió en imposible nuestra relación cuando habló a mis espaldas con Salvatore Marìn, o si lo he hecho yo hoy accediendo a hacer ese programa; sea como sea, tengo que reconocer que no hay futuro para nosotros.

Pese a lo que creía, ahora sé que nunca había amado a nadie y estoy empezando a darme cuenta de que no tengo ni idea de cómo superar esto. ¿Siempre tendré esta sensación de vacío en el pecho, como si hubiera dejado algo vital en California? Esa posibilidad me aterra.

Han pasado cuatro días desde que la vi, y quien diga que todo se vuelve más fácil con el tiempo puede irse a la mierda ahora mismo. Duermo mal, no como lo suficiente y estoy hecho polvo.

Me he ocupado de los flecos con Salvatore y puesto nuestro barco más pequeño en venta para que podamos centrarnos en los dos de mayor tamaño.

El programa manda un equipo de mecánicos que empezará a trabajar en el Linda dentro de más o menos una semana, pero me resulta imposible estarme quieto, sin intentar solucionar algo por mi cuenta mientras pueda. Soy el primero en llegar al muelle por las mañanas y el último en irme de allí. El miércoles desmontamos todo el motor y finalmente llegamos a la conclusión de que ese problema en concreto es demasiado grande para resolverlo nosotros.

Colton se pasa la tarde al teléfono, hablando con los productores y programando las reparaciones mientras ayudo a Levi a comprobar las poleas que vamos a usar. Papá está revisando las redes y comentando todas y cada una de las reparaciones cuando oigo una voz familiar.

—Permiso para subir a bordo, capitán Wanker.

Me asomo a la borda y veo a Oliver. Me sonrío.

—¡Mierda! —exclamo. Le indico por señas que rodee el barco y me quedo mirando cómo sube a bordo.

—¿Qué demonios haces aquí?

Mi primera reacción es de alegría, de entusiasmo por ver a mi amigo, que ha hecho un largo viaje para verme. La segunda, de carácter más físico, es de miedo. Me vine sin darle ninguna razón de por qué me iba y no me molesté en confirmar que había llegado a casa. Y acabo de tomar una decisión descomunal acerca del negocio familiar y todavía no les he contado nada a mis dos mejores amigos.

—¿Ha pasado algo? ¿Ansel y Harlow están bien?

Asiente con la cabeza.

—Están bien —me dice—. Simplemente, quería hablar contigo. —Me da un abrazo y luego se aparta y mira un momento a su alrededor—. Creía que no volvería a poner un pie en uno de estos —comenta—. Huele a puto pescado.

—Caramba.

Los dos nos volvemos. Colton, muy sonriente, viene hacia nosotros.

—Colton —lo saluda Oliver, estrechándole la mano. Me mira, lo mira y vuelve a mirarme—. Por lo visto eres tan feo como este de aquí, cabronazo. ¿Cómo estás?

—Bien. Estupendamente, de hecho. ¿Te has enterado de lo del programa?

Joder.

—¿El programa?

—Sí. El programa de Adventure Channel —remacha Colt sin darse cuenta—. Dos putas temporadas, Olls. ¿Puede creer...?

—Colt —lo interrumpo, con ademán de detenerlo—. Esperaba ser yo quien se lo contase a Oliver.

Mi amigo se vuelve hacia mí, sonriendo. Lo conozco desde hace el tiempo suficiente para saber que no sonrío precisamente porque se alegre por mí. La suya es la sonrisa de condescendencia que dedica a quienes confunden *Star Trek* con *Buck Rogers* o que no entienden la dinámica que se oculta en el triángulo amoroso compuesto por Lobezno, Jean Grey y Cíclope.

—Buen plan, Finn. Me gusta enterarme de las cosas directamente de la fuente.

Me rasco el cuello, observando cómo Colton pone al tanto del asunto a Oliver. No vuelvo a participar en la conversación hasta que oigo a Colton preguntarle cuánto tiempo va a quedarse.

—Me marcho mañana por la mañana.

Colton gruñe en señal de desacuerdo.

—¿Por qué un viaje tan corto? Podríamos aprovechar tu ayuda la semana que viene, cuando los mecánicos expulsan a Finn de los barcos.

—¡Qué gracioso!

—Oye, tengo que volver a la sala de máquinas. Reserva tiempo para tomarnos una cerveza esta noche, ¿vale? —le dice Colton, caminando hacia atrás.

Oliver asiente.

—Por supuesto.

—Estupendo. Me ha encantado verte, tío. Ya hablaremos esta noche.

Observamos a Colton mientras dobla la esquina y desaparece de la vista. Oliver es el primero en hablar.

—Me gustan tus hermanos —dice.

—Son buenos chicos. Han hecho funcionar esto mientras yo no estaba.

—¿Sabes quién no me está gustando?

—¿Ansel? —aventuro.

Suelta una carcajada.

—Vamos a dar un paseo, Finn.

Oliver baja al muelle y tras un momento de vacilación, preguntándose si podría volver a nado a casa, lo sigo. En apariencia, Oliver es tan tranquilo como cualquiera. Es de esas personas que se lo guardan todo dentro, que sólo se permiten expresar sus emociones en pequeñas dosis y con comedimiento. El hecho de que haya venido en avión hasta aquí para ver cómo estoy sin ni siquiera saber lo del programa... Creo que me espera una buena.

A pesar de que el sol está alto, el aire es punzante. El viento azota las embarcaciones y se vuelve más frío cuanto más caminamos. La sirena de un barco corta el silencio y Oliver se vuelve hacia mí.

—Supongo que todo esto del programa tiene algo que ver con por qué te fuiste. Y con lo que te tenía inquieto todo el tiempo.

Me quito la gorra y me peino con los dedos.

—¿Harlow te contó algo? —En parte casi desearía que lo hubiera hecho. Si Harlow ya se lo hubiera dicho, entonces no tendría que hacerlo yo. No me haría falta revelarle el secreto.

No tengo tanta suerte.

—No, en realidad ella dijo que debías contármelo tú. Y estoy de acuerdo.

El sonido del agua, de las pequeñas olas que rompen en la base del muelle, llega hasta nosotros, amplificando mi silencio. Debería habérselo dicho. Debería habérselo dicho a Ansel.

—Finn, sé que no eres muy comunicativo. Lo entiendo. Demonios, después de pasar tiempo con Ansel el parlanchín, incluso lo aprecio a veces. Pero te quiero, eres mi mejor amigo y no te habría dado tantas oportunidades para confiar en mí si realmente no me importara lo que te está pasando. Habla conmigo.

—No me gusta contar las cosas hasta que sé lo que voy a hacer.

—Lo entiendo —dice Oliver, asintiendo—. Pero dado que he venido hasta aquí para asegurarme de que estuvieras bien y me he enterado por tu hermano de que ya habéis firmado para un programa de televisión... —Gesticula para indicarme que no necesita terminar la frase.

Señalo un banco que hay al final del muelle y nos encaminamos hacia él en

silencio, incómodos. Nos sentamos y Oliver estira los brazos y los apoya en el respaldo, mientras que yo me inclino con los codos en las rodillas y la vista baja. El muelle es viejo y está gastado por las inclemencias del tiempo, pero juro que podría dibujar de memoria las vetas de la madera de cada plancha.

—Estos últimos meses las cosas no han ido bien —le explico—. Ha bajado la pesca y el precio del combustible está por las nubes. La gente lo pierde todo. Papá iba a hipotecar la casa. Estaba seguro de que yo también tendría que hacerlo. Y ya has visto mi casa, Olls. Sabes que no estamos hablando de un gran patrimonio. Estábamos en las últimas.

—Mierda —murmura Oliver.

—Pero hace un mes —prosigo—, vinieron a vernos unos ejecutivos de Adventure Channel. Querían rodar en el barco, documentar nuestro modo de vida y por lo que estábamos pasando. Hacer un documental sobre nosotros. Mi primera reacción fue pensar que nos estaban tomando el pelo. Cuando comprendí que iban en serio, dije que no, porque está claro que el objetivo del programa no es la pesca: somos nosotros, nuestra vida.

—La vida de cuatro candidatos disponibles, de cuatro tipos fornidos de Canadá.

—Exactamente —digo, frotándome la cara—. Pero ellos, tanto mis hermanos como mi padre, opinaban que teníamos que escuchar su oferta. Ya están cansados de luchar, ¿sabes?

Oliver asiente.

—Estuvimos hablando y se decidió que, puesto que yo era el único que se oponía, sería el que iría a Los Ángeles a reunirme con la productora para enterarme de todos los detalles. Luego tomaríamos una decisión entre todos.

—Vale —comenta Oliver—. A eso se debía tu visita.

—Cuanto más lo pensaba, más seguro estaba de que no quería hacer el programa. Incluso cuando iba en coche hacia San Diego lo sabía. No quería que se supiera por lo que está pasando la gente de por aquí. No quería que fuéramos el hazmerreír. Sin embargo, llegué a California y... se partió el eje de uno de los motores. Era una cosa detrás de otra. Así que o eso o lo perderíamos todo. Era imposible que una hipoteca nos sacara del apuro.

—Pero no me lo contaste ni se lo contaste a Ansel.

Asiento.

—No.

—Se lo contaste a Harlow.

Inspiro profundamente y miro el horizonte. Una gaviota nos sobrevuela en círculos antes de lanzarse en picado y hundirse en el mar.

—Sí —digo por fin.

—Debería cabrearme el que se lo contaras a ella y a mí no. Tu relación con Harlow duró, ¿cuánto?, ¿doce horas? Nosotros somos amigos desde hace más de seis años.

—Tienes razón. Pero Ansel y tú formáis parte de mi vida. Harlow era algo temporal.

Oliver enarca una ceja.

—Al principio —añado rápidamente.

—¿Por eso te resultaba más fácil hablar con ella? ¿Hablar con alguien a quien apenas conocía en lugar de hacerlo con quienes conoces desde que eres un tío hecho y derecho?

—¿No te parece lógico? No quería que supierais lo que pasaba hasta estar seguro de lo que pasaba. No quería que eso cambiara vuestra manera de verme.

—Eres un cabezota y un idiota orgulloso, Finn Roberts.

Me calo la gorra.

—No es la primera vez que me lo dicen.

—Así que lo que me estás diciendo es que te fuiste cuando te enteraste de que Harlow estaba haciendo lo mismo que tú.

Frunzo el ceño porque no entiendo a qué se refiere.

—Ella no quería hablarte de su madre y tú no querías hablar de los problemas del barco con nosotros. Los dos queríais mantener las cosas separadas.

—No —digo, cabeceando. Ahora lo entiendo. Cree que me largué de la ciudad porque Harlow no me había contado lo de su madre. Dios. ¿De verdad parezco tan insensible?—. No me fui porque Harlow no me hablara de su madre, Oliver. ¡Por el amor de Dios! Eso me dolió por mi madre y porque le conté a Harlow todos mis problemas, y porque la noche anterior nos

confesamos amor eterno. Pero si eso hubiera sido lo único que sucedió, no me habría largado sin más.

—Está bien. Es evidente que hay mucho más en juego y que Harlow es igual de hermética que tú.

Me froto los ojos con una mano.

—Me fui porque tenía que volver aquí. Y... —Hago una pausa, mirándolo—. Me fui porque estaba enfadado con Harlow, porque había tratado de encontrar una manera de salvar mi negocio sin consultarlo conmigo.

Oliver se aparta de mí, sacudiendo la cabeza en gesto de incompreensión.

—¿Qué?

Le explico que Harlow acudió a Salvatore Marin sin haber hablado conmigo primero. Que le contó detalles sobre mi vida que no le correspondía a ella compartir. Que le ofreció algo, concretamente acceso a mis barcos durante meses, cuando ni siquiera estaba segura de que yo pudiera dárselo.

—Entonces no te lo dijo porque no estaba segura de que todo fuera a salir bien, ¿no? —me pregunta Oliver, con amabilidad y curiosidad, como si simplemente quisiera saberlo, pero detecto su agudo láser al acecho—. No quería compartirlo contigo antes de que fuera una posibilidad real.

—Sí —le confirmo, cauteloso—. Eso diría ella, seguramente.

—Igual que tú no quisiste contarnos lo del programa de televisión antes de que fuera una posibilidad real.

Veo por dónde va, pero simplemente no tiene lógica.

—Oliver, la situación es desastrosa. Sí, debería habértelo dicho por cortesía, porque eres mi amigo. Pero Harlow debería habérmelo dicho porque era necesario que lo hiciera, porque es mi puto medio de vida. No es lo mismo una cosa que la otra.

Mira el agua y parece pensárselo un momento.

—Sí, lo entiendo.

No tengo nada más que decir.

—Vamos a tomarnos una cerveza. Te pondré al corriente de los detalles del programa.

Asiente, se levanta y me sigue por el muelle hacia mi furgoneta.

—¿Eres feliz aquí, sin ella? —me pregunta—. ¿Te sientes bien volviendo a

casa solo todas las noches?

Me río sin ganas.

—No demasiado.

—La consideras una verdadera gilipollas, supongo, por tratar de arruinar tu negocio. Qué gilipollas.

—Dios mío, Olls, no trataba de arruinarlo —digo con instinto protector—. Seguramente trataba de encontrar el modo de que nosotros... —Callo y me vuelvo hacia Oliver. Sonríe de oreja a oreja el muy...—. Vete a la mierda, Aussie —refunfuño.

Harlow

El martes me despierto e inmediatamente sé que tengo la regla, lo que, por supuesto, me alivia una barbaridad... Y, por supuesto, vuelve a cabrearme el que Finn se metiera en la furgoneta y se fuera al norte escapando del embrollo entre nosotros.

Una de las cosas que más me gustaban de Finn era que parecía tener en cuenta el trabajo, los amigos y la familia para todo. Al parecer, eso no era aplicable a la chica con la que había estado casado doce horas y a la que había amado por un día y quizá dejado preñada.

Pero recordarlo me deja claro por qué apreciaba eso de él: porque así me educaron a mí también. Cuida de ti misma. No dejes cabos sueltos. Soluciona tus problemas. Y, como mi padre me ha dicho en incontables ocasiones: «Preocuparse no es prepararse para nada.»

De modo que conduzco hasta la casa de mis padres al amanecer para volver a ponerme en contacto con ellos o, como probablemente diría mi padre, para ser una entrometida aprensiva.

Papá, ya despierto, toma cereales mirando por la ventana. Es su típico momento zombi de antes del café, así que subo corriendo al piso de arriba y me meto en la cama con mamá. No quiero obsesionarme tanto con mi propio drama que olvide por lo que ella está pasando; al fin y al cabo, sigue siendo una madre que necesita que la abracen.

Todavía no se le ha caído el pelo, pero ya estoy de luto por él. Heredé la piel aceitunada de mi padre, pero el cabello de mi madre, que ahora está desparramado sobre la almohada, tan largo y espeso como cuando yo era niña. El rasgo distintivo de mamá cuando estaba en la cima de su carrera era la melena. En una ocasión incluso rodó un anuncio de un champú, lo que a Bellamy y a mí nos encanta restregarle para reírnos de ella porque había mucho brillo y cabello revoloteando.

—Buenos días, Tulipán —murmura somnolienta.

—Buenos días, Pantene.

Se ríe, poniéndose boja abajo, con la cara hundida en la almohada.

—Nunca dejarás de meterte conmigo por ese anuncio.

—No.

—Sirvió para pagar la...

—La cámara que utilizó papá para rodar Enjaulado —termino por ella la frase—. La película que le abrió las puertas de la Universal para rodar Tallo de mimbre, con la que consiguió su primer Oscar. Lo sé. Sólo te estaba pinchando.

Pero ahí está el problema. El trabajo de mi madre pagó el de mi padre, que sacó adelante la familia, y en ningún momento entró en juego el orgullo, a pesar de que papá es uno de los hombres más orgullosos que conozco. Mi madre provenía de una familia rica de Pasadena. Papá, de un hogar pobre de España, era hijo de madre soltera. Nunca le importó que su carrera despegara gracias al dinero y los contactos de Madeline Vega. En cuanto hubo convencido al amor de su vida de que se casara con él, únicamente le importaron tres cosas: que mi madre adoptara su apellido, hacerla feliz y ganarse ambos la vida haciendo lo que les apasionaba.

—¿Por qué son tan idiotas los tíos? —pregunto.

Se ríe.

—Nunca te había visto molesta por un chico. Estaba preocupada.

—¿Te preocupaba que me gustaran las mujeres?

—No —dice, riéndose con más ganas—. Eso habría estado bien. Me preocupaba que fueras una devorahombres desalmada.

—Papá es difícil de igualar —le explico, hundiendo la cara en su pelo.

Además del aroma del champú y de la crema facial, noto un olor diferente, no desagradable, sino... diferente, de lo que la quimioterapia y todo lo demás le están haciendo a su cuerpo. No pasa una hora sin que piense en eso, pero en este momento me golpea como un puñetazo esta prueba de que mi madre está enferma y de que mi mundo ya no es como hace dos meses. Eso hace que eche de menos a Finn y la fuerza que me dio con tanta intensidad que, momentáneamente, me quedo sin respiración—. Me ha costado tomarme a alguien en serio hasta ahora.

—Hasta que has conocido a Finn, quieres decir.

—Sí.

Se vuelve hacia mí.

—¿Qué ha ocurrido?

Le hablo del sexo —por encima, naturalmente—, de mi necesidad de distraerme, de que él me distraía demasiado. Le hablo sobre los verdaderos sentimientos, de los te quiero. Ella ya está al corriente del posible acuerdo con Salvatore, pero al parecer no sabe cómo se llegó a él.

—Cielo —me dice, poniéndome la mano cálida en la mejilla—. Tienes buen corazón. Pero hay que empezar siempre una colaboración por el principio. Hice el anuncio para ayudar a tu padre, pero esa decisión la tomamos juntos.

—Entiendo que a Finn le molestara que no lo pusiera al corriente —le digo—, pero sigo sin comprender por qué no pudo recapacitar y darse cuenta de que era una solución buena, o al menos haber hablado conmigo de ella. No había siquiera un borrador de contrato con Sal. Le interesaba, nada más. Finn perdió los estribos.

—¿Qué crees que hubiera hecho papá si yo hubiera llegado a casa del rodaje de Pantene, le hubiera entregado un cheque y le hubiera dicho: «Ve a comprarte la cámara, cariño.»?

Hundo la cara en la almohada, con un gemido.

—Maldita sea.

—¿Qué maldición es esa? —pregunta papá desde la puerta, llevándose la taza a los labios para tomar un sorbo de café.

—Tu hija está aprendiendo las reglas que rigen una relación.

Papá resopla.

—Ya era hora.

—¿Ya habéis terminado de meteros conmigo? —pregunto, levantándome de la cama con un bufido a medias fingido—. Estoy muy ocupada y tengo cosas importantes que hacer.

—¿Hoy trabajas? —me pregunta papá.

Bajo ruidosamente los escalones. Sé por el tono en que lo dice que no cree que hoy trabaje.

Me detengo en el tercer escalón y le lanzo una mirada de odio que no puede ver.

—¡No! —le respondo, gritando.

—¡Llama a Finn! —grita en dirección a la escalera—. ¡Me cae bien!

La cuestión es que no quiero llamar a Finn. Quiero conducir hasta Canadá, darle una patada en las pelotas y volver a casa. Se está comportando como un bebé y, yéndose de la ciudad como lo hizo, ha hecho el ridículo. Tengo la tentación de enviarle un fletán de plástico, una copia en DVD de la última película de Salvatore y una caja de tampones en un sobre acolchado.

Dejo oficialmente las prácticas en la NBC. Seguro que nadie notará mi ausencia o que, si la notan, seré «la niña de Hollywood que no tolera ser la chica de los recados». Salvatore prepara una oficina para mí en su edificio de Del Mar, y cuando le prometo que seré la mejor chica de los recados que haya tenido, se ríe y me dice que eso es genial, pero que seguramente estaré en las oficinas de Los Ángeles con él al menos tres días a la semana, de modo que otro puede ocuparse de los cafés.

La noticia es una bomba: no sólo me ha dado un empleo, sino que seré su principal ayudante. He pasado de sirve-cafés de la NBC a mano derecha de uno de los principales productores de Hollywood. Mi padre ni siquiera pestañea cuando se lo cuento.

—Sabía que sólo era cuestión de tiempo —me dice en cambio, con esa sonrisa que me hace sentir como la estrella más preciosa y brillante del firmamento

Pero incluso con este cambio tan tremendo en perspectiva y una semana de

llamadas, contratos y eligiendo muebles de oficina..., una semana entera sin Finn se me hace extraña. He estado a punto de llamarlo mil veces, simplemente para contarle lo que he hecho durante el día o compartir con él la emoción de trabajar con Sal.

Pero en cuanto saco el teléfono del bolso y compruebo la ausencia de mensajes, llamadas o correos suyos, consigo reprimir el impulso de dejar que vuelva a entrar en mi vida.

Salvatore me habla de él durante la comida una semana después de que Finn se haya largado de la ciudad.

—Tu novio es bastante...

Lo señalo con el tenedor.

—Finn no es mi novio.

Sal levanta las manos en señal de rendición.

—Vale, vale, tu amigo, Finn, ¿así está mejor?, es un hombre con clase. Le preocupaba que la reparación del barco costara más que el valor de usarlo como plató y dijo que le era imposible trabajar con nosotros ahora, pero me propuso algunas buenas opciones y estuvo de acuerdo con ser nuestro principal asesor en Horizonte de liberación.

—¿Ah sí? —No sé si el corazón me retumba de euforia porque Finn se involucrará de algún modo en el proyecto y ha tenido la iniciativa profesional de llamar a Salvatore o porque me aterroriza perder el control cuando inevitablemente me tope con él.

—Iremos allí la semana que viene para ver unos cuantos barcos. — Salvatore alza la vista cuando el tenedor se me cae estruendosamente en el plato.

—¿La semana que viene? Pero si el rodaje no empieza hasta abril.

—Ahora trabajas para mí, Tulipán —me recuerda, utilizando mi apodo familiar para regañarme—. Te necesito allí. ¿Ir a Canadá te representa un problema?

—Evidentemente lo que nos está pasando a Finn y a mí no tiene nada que ver con esto. Perdona, Sal. Ha sido un lapsus. Estoy bien.

Adelanta la barbilla, como el Padrino.

—¿Quieres que le parta la cara?

—No, me dejarías hecha polvo si me quitaras la oportunidad de hacerlo yo.

Cojo un poco de sándwich, mástico y trago. Le oculto que en realidad la cara de Finn me gusta.

—Dios mío, espero que no te equivoque al meterme en esto —le digo—. Conozco el negocio, pero ¿estás seguro de no preferir a alguien con más...?

—Tengo la suficiente experiencia para ambos —dice, encogiéndose de hombros mientras arponea una judía verde—. Sabes cómo funciona esto. Te prepararé para ser exactamente lo que necesito que seas. Tienes agallas, eso me gusta, y te pondré al día. Cuesta mucho encontrar a gente como tú: leal, inteligente y con narices.

Me quedo un segundo mirándolo con adoración.

—Te quiero, ¿lo sabes?

—Sí, sí. —Toma un poco de té helado—. Entonces, ¿qué ha pasado con Finn?

Suspirando, dejo la servilleta en la mesa.

—No le conté que estaba hablando contigo de utilizar sus barcos para rodar una gran producción de Hollywood de millones de dólares. Se enfadó. Bla, bla, bla.

Alza de nuevo los ojos hacia mí, en parte divertido, en parte incrédulo.

—Estás de coña.

—Antes de que digas algo más, por favor ten en cuenta que todo el mundo me ha dicho que me equivoqué. Me siento como una auténtica imbécil.

La cara se le relaja y se encoge ligeramente de hombros antes de comer un poco de ensalada.

—Y luego, simplemente, se fue —le digo—. Y ésa es la razón por la que estoy enfadada. Me siento...

Él traga y termina la frase por mí:

—Una mierda.

—Sí.

—Bueno, podrás explicarle cómo te sientes la semana que viene. Lo llevaremos a almorzar. —Me mira a los ojos y bate las pestañas con inocencia.

«Joder.»

—En serio, Ansel —digo, acomodándome en el reservado del Great Maple para el desayuno de los sábados con la pandilla—. ¿Cuánto te cuesta venir en avión casi cada semana?

—Mucho —admite riendo. Los pornográficos hoyuelos se le marcan en las mejillas—. Pero en realidad este fin de semana he venido porque estamos buscando casa.

—¿Cómo has dicho? —pregunto, inclinándome hacia adelante para clavar los ojos en Mia.

—¿Que qué? —tercia Lola.

—¡El pleito del demonio se ha resuelto esta semana! —Chilla Mia, con una sonrisa tan radiante que puedo contarle los dientes—. ¡Ansel es oficialmente libre para buscar trabajo aquí y ya tiene una entrevista en la Universidad de California en San Diego!

—Hostia, ¡eso es increíble! —salgo del reservado y obligo a Oliver a levantarse para poder abrazar a Mia—. ¡Estoy muy contenta por vosotros chicos!

Lola se une al montón de las chicas y escucho a Ansel decir algo acerca de conseguir una cámara de video y sirope de arce.

Me aparto de la maraña, palmeo el brazo de Ansel y me aliso la camiseta.

—No me lo puedo creer. Vamos a estar todos juntos.

—Bueno. Casi —puntualiza Lola, poniendo cara de circunstancias.

—Es verdad. Todos menos Finn —digo, y me miran como si fuera una copa de cristal rodando hacia el borde de la mesa. Me río, muy fuerte; debo de tener todo el aspecto de una chiflada. El resultado es que la incomodidad aumenta—. Ya sé que ya no está aquí, desde luego —añado, simplemente porque la boca se me mueve y nadie acude al rescate—. Se fue sin decir adiós.

Lola resopla, acariciándome el hombro.

—Shhh, loquita.

Reprimo una carcajada.

—Parezco Glenn Close, ¿verdad?

—Un poco —me confirma Ansel, riendo.

—Fui a verlo el fin de semana pasado —dice Oliver.

Juro que oigo mentalmente el chirrido de los frenos de las lágrimas.

—¿Fuiste a ver a Finn?

—Sí. Me fui en avión, para averiguar qué demonios le pasaba. Como nadie me dijo nada.... —Me lanza una mirada incisiva, y acto seguido me guiña un ojo.

¿Veis? A esto me refiero con lo de la cara de póquer de Oliver. Nunca habría adivinado por sus reacciones de hace casi dos semanas que estaba tan preocupado porque Finn se hubiera ido que iba a dejar la tienda recién abierta en las manos cuestionablemente capaces de Joe. No para irse a Canadá a verlo.

Quiero decir algo para que parezca que no me duele tantísimo que otra persona fuera a ver cómo estaba Finn. Y, por cierto, todos me están mirando. Seguro que esperan que haga alguna broma y me alegre un poco... Pero no puedo.

Me he cansado de estar enfadada. Intentar permanecer enfadada es agotador y nunca se me ha dado bien. Echo terriblemente de menos a Finn, uno de Los Míos, y los celos de que Oliver fuera a verlo un fin de semana me sofocan.

—¿Estás bien? —me pregunta Lola con suavidad.

—De hecho, no —admito—. La semana que viene tengo que ir a Canadá a ver barcos con Sal y almorzaremos con Finn para agradecerle que sea nuestro asesor. Ya sé que verlo será incómodo y difícil, porque se le da de maravilla ser distante y profesional. Todo esto me entristece.

Dios, detesto lo sincera que me vuelvo cuando estoy destrozada. Es como si mis padres me hubieran entrenado con algún estímulo pavloviano para soltar la lengua en cuanto los sentimientos son demasiado intensos para disfrazarlos de sarcasmo.

—Por si te sirve de ayuda —dice Oliver—, cuando le dije que el día que se marchó de la ciudad pasaste por casa buscándolo se puso como tú ahora.

—¿Le contaste lo enfadada que estaba o lo triste que estaba? —pregunto—. Porque quiero que me imagine con una motosierra y unas botas para patear culos.

Oliver se ríe, negando con la cabeza y volviendo a su gofre.

—¿Te explicó por qué estaba enfadado?

—En parte —responde Oliver con la boca llena.

—Entonces fue un poco una reacción exagerada, ¿verdad? —digo, y noto en mi propia voz que ni siquiera yo estoy convencida de eso.

Ansel ataca su desayuno y me pregunta:

—¿Alguna vez te contó por qué dejó la universidad?

—Sí, por encima. Quiero decir que nunca hablamos en concreto de eso, pero sé que lo dejó para empezar a pescar con la empresa familiar.

—No exactamente —dice, bajando el tenedor—. Lo dejó para ponerse al frente del negocio familiar.

—Espera —digo, alzando la mano—. ¿Ya iba a la universidad? Yo creía que fue después del viaje en bici.

—No —dice Oliver—. Cuando tenía diecinueve años su padre sufrió el ataque al corazón y, un año después, un derrame. Colton tenía dieciséis años. Levi unos once, creo. Finn no tuvo más remedio que apechugar.

—Ahora su padre está mejor —continúa Ansel—. Pero sigue habiendo muchas cosas que no puede hacer. Finn ha dirigido la totalidad del negocio desde que era un crío. Un año, cuando Colton ya era lo bastante mayor para tomarse un descanso, se vino en verano a Las Vegas en bicicleta. Pero, aparte de eso, no ha estado fuera del agua más que durante este viaje a San Diego.

Asiento, levantando el vaso de agua. Me tiembla la mano. Quiero verlo ahora mismo, inmediatamente, quiero besarlo y ayudarlo y arreglarlo todo.

—A mí me gusta lo que intentaste hacer —dice Ansel—. Cuando hablé con él hace un par de noches me lo contó.

—¿Utilizó muchas palabrotas?

—Ninguna, en realidad.

Enarco las cejas, impresionada. Me vuelvo hacia a Oliver.

—Cuando lo viste este fin de semana, ¿te contó qué va a hacer con el negocio?

Oliver ladea la cabeza, pestañeando.

—Harlow....

Así que no me lo va a decir. Bien. Me arriesgaré; no me queda dignidad:

—¿Llegó siquiera a mencionarme?

Oliver se encoge de hombros.

—No mucho. Pero recuerda que estamos hablando de Finn. Normalmente

dice lo mínimo sobre aquello en lo que más piensa.

Me río. «Buena jugada, Australiano.»

Nuestro vuelo a Victoria aterriza a las cuatro de la tarde del lunes. Sal y yo vamos al hotel Magnolia en taxi, conversando sobre los planes para los próximos dos días: reuniones, ver barcos y más reuniones. El aire huele a mar, pero el olor no se parece al de casa. Es más pesado, más salado, en cierto modo, y el viento más fuerte. En comparación San Diego es una ciudad de playa tranquila y dócil. Este sitio está al borde del océano.

Me pone tan nerviosa estar aquí, tan cerca de Finn otra vez, que a pesar del sol de octubre estoy helada. La última vez que vine no sentía más que burbujas de champán en el estómago a causa de la emoción, y estuve sonriendo interiormente todo el viaje. Apenas me percaté de lo salvaje que es, de lo distantes que están entre sí las casas, ni de cuánta agua hay por todas partes.

Esta vez me doy cuenta absolutamente de todo. Incluso mientras hablamos del trabajo y Sal me da los nombres que quiero saber y me explica la clase de notas que necesita que tome durante este viaje. Me percaté de todo.

«Finn vive aquí», no puedo parar de pensar. Vive aquí, en este otro mundo, haciendo esta vida alternativa rodeada de verde y de azul zafiro oceánico. ¡El bar de Fred y el Starbucks y el centro Graffick están a un mundo de distancia de esto! Finn debió sentirse como en Tokio cuando vino a quedarse con Oliver. En un videojuego.

No puedo siquiera imaginarme cómo se sintió en Las Vegas.

Nos registramos y, mientras esperamos el ascensor, Sal echa un vistazo al móvil y emite un ruidito gutural.

—¿Qué?

Sonríe y me pasa su iPhone. En la página de Variety leo mientras entramos en el ascensor:

Adventure Channel firma con los hermanos Roberts

para *Pescadores*

Adventure Channel ha firmado —un hecho sin precedentes— por dos temporadas de un nuevo reality show sobre una familia de cuatro hombres, tres hermanos solteros y su padre, dedicados a la industria pesquera en la costa oeste de Vancouver. El programa, que cuenta con Stephen, Finn, Colton y Levi Roberts, será un «estudio sobre las responsabilidades familiares y la compleja dinámica que une a estos hombres en el amor y la empresa que juntos dirigen. Lo que atrajo a Adventure Channel es la historia de la cruzada de cada hijo tanto por mantener a flote el negocio familiar como para construirse una vida fuera del agua en la frecuentemente brutal industria pesquera del Pacífico Noroeste», según Matt Stevenson-John, productor ejecutivo. La producción corre a cargo también de Giles Manchego. El acuerdo se cerró el viernes, según el portavoz de Adventure Channel. El rodaje de *Pescadores* está previsto que empiece en primavera, cuando comienza la temporada del salmón. El estreno de los primeros episodios será el 1 de julio.»

—Vaya... —siento cada molécula de aire saliendo de mi pecho con esta sola palabra. Devolviéndole el teléfono a Sal, le digo con la voz tensa—: Han firmado.

—Eso parece.

Le había comentado a Sal que existía esa posibilidad, por lo que no le sorprende nada, pero no sé qué pensar. No sé qué decir. No sé por qué estoy sorprendida. Sin embargo, viéndolo así, escrito en nítida tipografía digital con una de las fotos promocionales que Finn tanto detestaba, me pilla desprevenida que esto me impacte como un puñetazo en el pecho.

No estoy segura de que las piernas vayan a sostenerme, así que me apoyo en la pared del ascensor.

—¿Estás bien?

—Es que... —Cierro los ojos e inhalo profundamente tres veces, tal y como

mi padre me aconsejó que hiciera cuando me sintiese agobiada. Oliver y Ansel probablemente lo sabían, y no me lo dijeron. Finn no me ha llamado. Me siento tan... insignificante—. No me esperaba que hiciera esto.

¿No me lo esperaba? ¿No intuía que estaba tentado de hacerlo porque sabía que era lo que su familia quería? Después de rechazar la oferta de Sal, ¿qué otra cosa podía haber hecho?

—Si quieres mi opinión, es una buena jugada —dice Sal, y lo conozco suficientemente bien para saber que escoge fingir no darse cuenta de mi colapso interno—. Por lo que he oído, el Adventure Channel invertirá una enorme cantidad de dinero en el programa. La familia de Finn recibirá un anticipo, por supuesto, pero también una tajada del merchandising.

Asiento fríamente. Es bueno. Es increíble, me repito una y otra vez.

Llegamos a mi planta y Sal me dice que nos encontramos mañana por la mañana a las ocho en la sala de reuniones del hotel.

—Estoy seguro de que encontrarás algo que hacer hasta entonces —me dice, mientras salgo y él se queda en el ascensor porque se aloja en la planta VIP.

—¿No tenemos ningún plan para esta noche? —Francamente, con esta noticia, lo único que quiero es que Sal me distraiga con su agudo ingenio y sus anécdotas de la industria del cine.

—Ceno con unos amigos —responde, despidiéndose de manera relajada con la mano.

Dispongo del tiempo suficiente para comprender que ha planeado esto a fin de que yo tuviera una noche libre.

—¡Idiota! ¿Has hablado con mi padre? —le espeto. Sal sonrío y las puertas del ascensor se cierran, a pesar de lo cual grito—: ¡No iré a ver a Finn! —En ese preciso instante un anciano me adelanta y aprieta el botón de bajada—. No iré —añado. Miro el número de mi habitación en el llavero y me alejo por el pasillo como un elefante.

Dejo la mochila y después de una rápida búsqueda en el móvil me voy inmediatamente a encontrarme con él.

La puesta de sol sobre el agua es indescriptible de tan bonita. Ojalá hubiera

alguien aquí conmigo para ver como yo que es fantástica. El cielo, naranja ígneo en el horizonte, se funde con un profundo azul lavanda moteado de nubes. El taxi me lleva por la costa, desde Victoria y pasando por Port Renfrew, hasta casa de Finn, en Bamfield, justo en Barkley Sound.

La cabeza todavía me da vueltas y en este momento quiero verlo más que cualquier otra cosa. Le pido al conductor que me deje en el muelle, sabiendo que, si queda algo de luz, Finn probablemente esté en su barco. Pero cuando miro la cantidad de barcos atracados en los embarcaderos, comprendo que encontrarlo será como buscar una aguja en un pajar.

Deambulo entre los embarcaderos, buscando el *Linda*, buscando a alguien que parezca saber dónde encontrar a Finn Roberts, futura estrella de Adventure Channel. Pero en el muelle reina el silencio. Estoy rodeada únicamente por los chasquidos de las cuerdas contra los mástiles y el sonido del agua que lame los cascos de los cientos de embarcaciones. Algunas están atracadas porque sus dueños no pueden permitirse salir con ellas. Es una idea que me hace bajar a la realidad.

—¿Necesitas ayuda?

Me vuelvo. Tengo delante la cara curtida por el sol de Finn con veinte años más. Conozco a su padre por la foto, pero también porque Finn es exactamente igual: un hombre que impone, ancho de hombros, con los ojos pardos de mirada firme.

—Usted debe de ser el señor Roberts.

Me da la mano, con expresión de curiosidad.

—Sí. ¿Y tú quién eres?

—Soy Harlow Vega.

Stephen Roberts se queda de piedra y abre los ojos como platos. Luego sonrío de oreja a oreja.

—Bueno, mírate —dice. Me coge las manos, me abre los brazos y me repasa de arriba abajo—. ¡Qué pedazo de mujer! ¿Él sabe que estás aquí?

—No tiene ni idea.

—Oh, apuesto a que voy a disfrutar con esto.

¿Alguien más disfrutará de esta reunión? Eso está por verse.

Me coge del brazo y me lleva por el puerto hasta que dobla a la izquierda

por un embarcadero largo y tambaleante. Llegamos al final y nos detenemos junto a un barco que lleva escrito «*Linda*» en la popa.

—Oye Finn —lo llama su padre—. Tengo algo para ti.

Una cabeza rubia se asoma a una esquina e inmediatamente reconozco al hermano más pequeño de Finn, Levi. Es tan alto como Finn, pero no tan ancho, y tiene una cabellera rubia enmarañada y una cara de bebé por la que seguro que los productores de televisión perderán la cabeza.

Levi me estudia un momento antes de estallar en carcajadas.

—¡Oh, mierda, Finn! ¡Baja!

Resuenan unas pisadas en las escaleras de la cabina y primero veo las botas altas de pescador y luego el torso cubierto únicamente por una camiseta empapada con manchas de grasa. Sostiene una herramienta en un trapo grasiento y tiene la camiseta tan mojada que le veo todas las curvas del pecho. Le veo los pezones. Le veo la línea de vello que desciende desde el ombligo hasta la... Dios.

«Universo, ¿te burlas de mí?»

Aparece su cara entonces, y me quedo sin aliento. Tiene una mancha de grasa en la barbilla y la cara bronceada brillante de sudor. Me ve enseguida. La cara le cambia en un milisegundo. La curiosidad relajada deja paso al tenso desconcierto.

—¿Harlow?

—Hola.

Mira a su padre y luego a Levi antes de volver a mirarme. Juro que cuando nuestras miradas se cruzan el corazón me late tan fuerte que tengo la tentación de comprobar si se me mueve la camisa. Parece dolido, y quiero saberlo: «¿Es por mí o te has hecho daño reparando el barco?»

—¿Qué haces aquí? —me pregunta, dejando con cuidado la herramienta en un barandal ancho. Usa el trapo sucio para limpiarse las manos, con escaso éxito.

—Trabajo con Sal. Tengo la noche libre y, dado que te fuiste sin despedirte de mí, he pensado venir a hacerlo por ti.

Cierra los ojos y se frota la cara con el antebrazo. Su padre silba bajito.

—Eso no me lo habías contado, Finn.

Finn le lanza una mirada asesina.

—Papá...

El viejo Roberts me besa en la sien.

—No lo sueltes, cariño —me susurra.

Me tiemblan las manos y tengo el pulso acelerado. Finn va por la cubierta hacia la estrecha pasarela que une el barco al embarcadero.

Baja y se acerca a mí despacio, como si fuera a desaparecer... o a golpearlo.

Parece aún más corpulento con sus pesadas botas, su musculatura conseguida tras horas de esfuerzo.

—No esperaba verte aquí.

—Me lo imagino. Yo no esperaba que te fueras tan repentinamente.

—No fue una marcha tan repentina. Sabías que me iría pronto, ¿verdad?

Me estremezco y aparto la mirada. Él se acerca a mí.

Deseo tanto acariciarle la cara y besarlo. Lo echo de menos y, a pesar de lo enojada que estoy porque se fue como lo hizo, lo amo. Me siento mal por haberlo traicionado y haber hablado con Salvatore por mi cuenta.

—He sabido lo del programa.

Asiente, quitándose la gorra y rascándose la cabeza.

—Sí.

—¿Estás bien? —le pregunto. Porque sí, sigo enfadada, y sí, sigo queriendo golpearlo con algo que le deje la voz dos octavas más aguda, pero, joder, lo amo y quiero que esté bien.

Se encoge de hombros.

—Supongo —murmura—. Todos los demás estaban muy a favor. Era lo más lógico. —Mira el barco y se vuelve hacia mí—. Hoy han venido unos de las noticias.

—Habrá sido una locura.

Una sonrisa aletea en sus labios.

—Sí.

Las gaviotas chillan a lo lejos y el momento es misteriosamente familiar, aunque sé que nunca hasta ahora habíamos estado así. Me siento tranquila aquí con él. Me gusta verlo así: cerca de su barco, sucio, probablemente hambriento. Se está limpiando una mancha del dorso de la mano. Me duele lo

mucho que deseo cuidar de él.

—Finn —empiezo, y él levanta la vista para mirarme a los ojos.

—¿Mmm?

—He venido porque la forma en que te marchaste fue realmente dura para mí. Creo que tenía que decírtelo. —Trago saliva y añado—: Pero lo que quería decirte sobre todo es que me siento realmente mal por lo que hice.

Enarca las cejas, pero guarda silencio.

—Nunca debería haber recurrido a Sal sin hablar antes contigo. No tendría que haberle ofrecido tu barco a nadie. Fue un error y lo siento.

—Está bien, pues —dice, asintiendo.

Cierro los ojos. Me duele el pecho, tanto que la cara se me contrae en una mueca.

Se ha cerrado en banda. Ha terminado conmigo.

—Solo quiero que sepas que no hice eso porque pensara que necesitabas mi ayuda. Lo hice porque es lo que hacemos en mi familia cuando amamos a alguien. No se trataba de salvarte, se trataba de encontrar el modo de salvarnos.

Traga saliva con dificultad, sumerge los ojos en mis labios por un segundo.

—¿Sí?

Asiento con la cabeza.

—Sí.

Esperaba que habláramos más. Esperaba que me diera algo más que esto, algo más que un puñado de palabras que me dejan sin ningún lugar al que ir. Está de pie como el muro de ladrillo de un callejón sin salida. Su postura me dice que no espere encontrar ninguna emoción en él.

Nos quedamos en silencio y él me mira de arriba abajo. Su escrutinio me hace tomar conciencia de lo que debe de parecerle mi ropa: vaqueros color crema, suéter azul marino, pañuelo rojo. Debe de ver en mí la viva imagen de una WASP preparada para una excursión náutica. Y sé que estoy en lo cierto cuando tuerce los labios en una sonrisa irónica.

—Aquí estás como un pez fuera del agua, Pelirroja —comenta.

Me arden las venas y respiro hondo, profundamente herida por su tono y su metro noventa y su habilidad para desconectar de sus sentimientos como si

tuviera un interruptor. ¿Cuál es mi problema? Que él era capital para mí. A partir de ahora no sé hacia dónde ir.

—Pensaba lo mismo de ti en la ciudad —le digo—, pero nunca te lo hubiera confesado. Me gustaba que destacaras. Me gustaba que fueras diferente.

—Harlow...

Me vuelvo, dispuesta a marcharme. Me detengo y miro hacia atrás.

—Antes de que me olvide —le digo—, no estoy embarazada. Gracias por preguntármelo.

Finn

—No parecía precisamente feliz cuando se ha ido —comenta Levi, apoyándose en el mamparo de la timonera y estudiándome mientras subo la escalera.

Con un gruñidito evasivo salto la barandilla. Noto el estómago como si me lo hubieran llenado de ácido de batería. ¿Qué diablos acaba de pasar? ¿En serio he dejado que Harlow se fuera?

¿He olvidado que podría haber quedado embarazada? ¿En serio? Ni siquiera entonces me parecía una posibilidad real, tal vez porque el temor quedó eclipsado por lo que nos confesamos, por la fiesta y las peleas subsiguientes.

Soy el mayor imbécil del mundo.

El simple recuerdo de esa noche, de cómo se me subió encima, de mis manos apartando ese trocito de encaje y la facilidad con que la penetré, lo rápidamente que perdimos la cabeza... me pone a cien. No sólo habíamos follado en el coche. Ya la amaba tanto que fui imprudente.

Mi hermano pequeño coge la sudadera y las llaves de la cubierta.

—¿Has hecho todo lo que hacía falta? —me pregunta.

No me río de milagro. Cada día se suman más cosas a mi lista de preocupaciones. Todavía estoy impresionado por la aparición de Harlow en mi barco y ya se ha ido. Estamos reparando el barco; Levi, Colton y papá

están encantados con nuestro plan, pero ¿tienen idea de cómo será nuestra vida dentro de cuatro meses, cuando el equipo de rodaje empiece a tomar imágenes de la zona y nuestras? Cuando empiecen a seguirnos por los sitios que solemos frecuentar. ¿Qué va a pasar cuando me preparen citas con mujeres si la única a la que amo acaba de desaparecer muelle abajo?

Soy el único que no ha firmado todas las páginas del contrato. Estoy de acuerdo en hacer el programa, claro. He estampado mi nombre en todas las páginas menos en una: no estaba de acuerdo con la cláusula de las relaciones personales. Eso se lo debo a Salvatore, también. Por lo visto no bastó para romper el trato, porque después de hablar con él la cadena envió el comunicado de prensa a Variety sin que lo hubiera hecho.

Mañana, los equipos de reparación empezarán un cambio de imagen radical del barco.

Podría irme, dejarlos y tomarme otro respiro mental, pero no lo haré. Estaré aquí todos los días, dando indicaciones, sacando de quicio a todos. Muchos de los chicos que han contratado son de por aquí y los habría llamado yo de haber tenido dinero para reparar el barco.

—¿Finn?

Miro a Levi cuando llega a la escalera.

—No seas idiota. Esa mujer es lo más bonito que he visto en mi vida y ha venido a buscarte, a ti.

Me restriego la cara y lo despido con la otra mano.

Estaba muy guapa, pero la belleza de Harlow no es lo único que me vuelve loco. Es su ferocidad, la franqueza de sus sentimientos; que es diez años más joven que yo, más joven que Levi, incluso, y aunque siempre me burlo de lo que ella considera «experiencia de la vida», se le da mejor arreglar sus problemas que a mí.

Me siento en la cama, con el agua de la ducha todavía goteándome del pelo, mojando el edredón. Es casi medianoche, pero no creo que pueda calmarme hasta que solucione esto. Suena un teléfono en algún lugar de San Diego y, al cabo de una eternidad, Lorelei responde.

—Este número es canadiense —dice a modo de saludo.

Si ella está va al grano, yo también.

—Harlow está todavía más enfadada conmigo, ¿verdad?

—La respuesta corta es sí —me dice tras un breve silencio.

La esperanza, espesa y cálida, me inunda.

—¿Y la respuesta larga?

—¿La respuesta larga? Sí, lo está.

—Gracias, Lola. Eso me ayuda mucho.

—¿Quieres que te ayude? Le ha costado mucho venir a verte hoy. Harlow no se molesta por las personas a las que no quiere. Algunos la consideran egoísta, pero es todo lo contrario. Irá hasta el fin del mundo por ti si te ama. Estoy bastante segura de que te ama y, por lo que me ha contado, le has dicho cinco palabras como mucho.

—Eso es bastante cierto.

Suelta un breve bufido.

—Eres un idiota —refunfuña.

Vuelvo a reírme y me paso el teléfono a la otra mano para secarme el pecho con la toalla.

—Sí, eso es probable, también. Tengo esa mala costumbre.

—Creo que a ella normalmente le gusta, pero no cuando se está poniendo en evidencia. Nunca había visto a Harlow pasar más de cinco minutos pensando en un chico. Y tampoco creo haberla visto tan triste.

Se me encoje el estómago y siento náuseas.

—¿Dónde se aloja?

—Ni hablar. Está durmiendo.

—No iré esta noche. Iré mañana. —No creo que el almuerzo de negocios con Sal sea un buen momento para que Harlow y yo nos besemos y arreglemos las cosas.

—Si vas y lo empeoras todo, te cortaré las pelotas mientras duermes.

—Lola...

El silencio de la línea dura diez segundos. Veinte.

—Lola, te juro que no voy a empeorar nada. La amo.

—Está en el hotel Magnolia de Victoria. Habitación 408.

Salvatore y Harlow ya están sentados cuando la camarera me acompaña a la mesa. Nunca he comido en el Mark del hotel Grand Pacific, pero tiene que ser algo así: como sacado de un catálogo brillante para los buenos turistas de Victoria.

Inmediatamente me doy cuenta de que Harlow no va a mirarme mucho durante el almuerzo. Cuando me ve detrás de la camarera, Sal se levanta a saludarme y ella lo imita a regañadientes. Le estrecho la mano y todos nos sentamos. Aparentemente, ni siquiera Sal espera que Harlow y yo nos saludemos.

Con el bloc de notas en la mesa, se dispone a desempeñar el papel de ayudante. Tal vez a cualquier otra persona pasaría desapercibida, aunque es físicamente deslumbrante y difícil de ignorar, así que lo dudo. Conmigo, es imposible.

Está increíblemente hermosa, tanto que se me hace un nudo en la garganta. Lleva la melena suelta, un suéter verde esmeralda, pantalones negros ceñidos y zapatos de tacón muy sugerentes. Dios. Quiero una foto suya con este conjunto pegada al techo.

Pero estoy aquí por negocios y realmente quiero ser asesor de la película. Mi cláusula de incompatibilidad con Adventure Channel no es aplicable a la asesoría cinematográfica, y todavía estoy tan aterrorizado por este futuro desconocido que me agarro a cualquier nuevo contacto. Además, en nuestra primera conversación Sal dijo que necesitaba a alguien que lo supiera «absolutamente todo de la pesca». No conozco a nadie por aquí más capaz que yo.

—¿Cómo va el barco? —me dice Sal para empezar la conversación.

Me da risa. Cuando llegué y lo vi con mis propios ojos... Fue deprimente.

—Está roto.

Se ríe, con una risa sincera y cálida que no esperaba. Se le ve profesional pero es sincero. Miro a Harlow de un modo distinto. Este tipo es auténtico, un hombre decente de Hollywood, y ha querido que mi chica sea su mano derecha porque sabe que ella también es auténtica.

—Mereces que te felicite —dice—. El programa tiene una pinta genial, Finn.

—Ya veremos —digo, eludiendo responder—. Será diferente, eso seguro.

Por un instante nuestras miradas se cruzan y me pregunto si Harlow sabrá lo que estoy pensando, que me importa un comino la cláusula de relaciones íntimas. Estoy comprometido, tanto si los productores lo saben como si no. Pero ella aparta los ojos, mira por la ventana y veo que tensa la mandíbula. Es posible que lo jodiera tanto ayer que ni siquiera cuando vaya más tarde a su encuentro lo solucione.

Espero estar equivocado.

La camarera nos llena los vasos de agua y nos deja tiempo para leer el menú. Sal y yo mantenemos una conversación informal acerca de la zona: el clima, los deportes, por qué sigo a los Mariners en lugar de a los Blue Jays (era el equipo favorito de mi madre), con qué frecuencia voy a los partidos (tan a menudo como puedo, que es casi nunca).

Harlow permanece en silencio, anotando la información útil, pero por lo demás distante, y Sal no la incita a participar.

Me pregunto cuánto sabe él sobre lo que pasó entre nosotros. Quiero llamar su atención, decirle sin palabras que no hemos terminado, que he recapitado y estoy dispuesto a hablar, pero apenas levanta la mirada.

La camarera vuelve para anotar nuestro pedido y está de pie tan cerca de mí que me roza el brazo con la falda. Me muevo en la silla para dejarle más espacio y Sal le hace un gesto a Harlow para que pida.

—Pediré para todos, en realidad —dice, y con el rabillo del ojo veo que Sal alza la vista sorprendido y complacido—. De entrante una ensalada César, de segundo pollo caprese y para beber té helado sin azúcar —pide, dirigiéndose a él.

Salvatore tiene chispitas en los ojos.

—Iba a pedir un bistec.

—No. —Le guiña un ojo—. Mila me dijo que nada de carne roja.

—Bueno, mierda.

—Él tomará sopa de almejas —dice, señalándome.

Joder. ¿Ni se le ocurre consultármelo?

—En realidad... —empiezo a decir.

—Y fletán de segundo —me corta, con una mirada de complicidad.

Me duele el alma al recordar ese perfecto día en el mar con ella.

—Y una copa de Chardonnay —añade.

Parpadeo. ¿Chardonnay?

A su lado, Sal suelta una carcajada.

Harlow entrega el menú a la camarera.

—Yo tomaré un bistec bastante crudo y un plato grande de patatas fritas —le dice y, echándome una mirada, añade—: Y una cerveza Stone IPA para bajarlo todo.

La camarera sonríe, sus ojos se deslizan hacia mí otra vez mientras recoge el menú y se va.

Harlow alza la mirada y crisca los labios viendo mi expresión.

—¿Un Chardonnay? —le pregunto.

Se humedece los labios y me dedica una dulce sonrisa.

—Pareces muerto de sed.

—Yo también iba a pedir el bistec. —Trato de reprimir una sonrisa.

—Bueno, puedes codiciar el mío mientras disfrutas tu fletán recién pescado.

Sal nos está mirando sin disimular que se divierte, con la barbilla apoyada en el puño.

—Al público le encantará veros a los dos.

—Eso no va a pasar, Salvatore —dice Harlow, todavía mirándome a los ojos.

—Podría pasar —le digo, incapaz de reprimir la sonrisa—. Había una página en particular en ese contrato que no firmé.

Pone cara de sorpresa, pero rápidamente disimula. Así que bien, supongo que Salvatore dejó al margen ciertos detalles de nuestra conversación, como que, tonto de mí, le dije que no me imaginaba estando con nadie más. Nunca. Harlow es para mí; lo gritaré desde la cima del monte Fairweather si hace falta.

—Bueno, con o sin cláusula de relaciones íntimas, no nos trataremos en absoluto hasta que admitas que ayer fuiste un completo idiota.

Sal ríe entre dientes y toma un sorbo de agua. Si Harlow se siente cómoda haciendo esto aquí, pues bueno.

Apoyo los codos en la mesa

—Ayer fui un completo idiota —le digo.

Harlow me estudia por un instante, deteniéndose en mi boca, mi frente, mis ojos. Luego mira la mesa y pasa el dedo por el borde del vaso de agua, pensando. Finalmente se encoge ligeramente de hombros. El momento perfecto se termina.

—Creo que tú y Sal deberíais empezar.

En lo profesional, la comida es un éxito. Sal tiene un millón de preguntas y puedo responderlas todas y darle información que seguro que ni siquiera se le había ocurrido pedirme. Firmo un acuerdo como asesor oficial de cinco cifras para ayudar de inmediato a diseñar el escenario y en ciertos aspectos de la película. Estoy un poco aturdido por el giro de ciento ochenta grados que mi vida ha dado en las últimas tres semanas.

En cuanto a Harlow, el almuerzo ha sido un fracaso. Ha llenado páginas de notas, parecía seguir todo lo que yo decía e incluso ha hecho unas cuantas buenas preguntas por su cuenta, pero después de nuestro breve rifirrafe del comienzo de la reunión, no ha vuelto a mirarme, en realidad.

Ha sido más de lo que me esperaba, sin embargo. Sinceramente, creía que me ignoraría por completo o al menos que la conversación no entraría en el terreno personal estando Sal presente. El hecho de que no pudiera evitar coquetear conmigo me da la confianza que necesito para ir a su hotel después de la cena.

Cuando me abren, creo que he llamado a la puerta equivocada y que Lola ha jugado conmigo, pero luego me doy cuenta de que la misteriosa mujer que ha respondido es Harlow con una túnica voluminosa, una toalla en la cabeza y la cara embadurnada de algo blanco que se está agrietando.

—¿Eso es una mascarilla facial? —le pregunto.

Ladea la cabeza, entornando los ojos. Así consigue que la mascarilla facial se le agriete por completo.

—¿Qué quieres, Finn?

¿Que qué quiero? La quiero a ella. Quiero que abra más la puerta, que me deje entrar. Quiero desatarle el cinturón de la bata, quitársela y besarla.

Quiero que volvamos a estar juntos y hacer que dure más de doce horas.

Pero antes...

—Quiero que te quites la mascarilla para que no parezca que la cara se te está cuarteando.

Con un suspiro, me cierra la puerta en las narices.

Me parece que el pasillo se alarga un quilómetro y me pregunto a cuántos les habrán cerrado la puerta en este lugar. Es un hotel bastante elegante. Supongo que a muchos.

Llamo otra vez con el puño.

Tarda en responder, como si se hubiera alejado y estuviera decidiendo si abrir o no.

Por fin abre y se va de inmediato al baño.

—Adelante. Siéntate donde quieras menos en la cama. No te pavonees, no te desvistas y no toques mi ropa interior.

Me acerco a la silla del rincón reprimiendo una carcajada.

—Me la quito porque es la hora de hacerlo, no porque me lo hayas dicho tú. Si no me pareciera que se me está rompiendo la cara, me la dejaría solo para fastidiarte, cretino.

Entra en el baño, cierra la puerta y oigo correr el agua de la ducha.

¡Dios!

Creo que me va a perdonar.

Sale al cabo de unos diez minutos, otra vez en bata, pero con la melena mojada suelta y la cara limpia. Me falta el aliento, como si verla hubiera cortocircuitado mis instintos más básicos: respirar, pestañear, tragar. Está preciosa.

—¿Has tocado la ropa interior? —me pregunta, yendo hacia la maleta.

Con esfuerzo, cierro la boca, inhalo y trago saliva para poder hablar.

—Sí. Me he frotado el pecho sudado con ella.

Resopla y me lanza una mirada asesina.

—No coquetees. Estoy enfadada contigo.

Mi sonrisa se desvanece.

—Lo sé.

Saca el cepillo del bolso y se cepilla la melena, mirándome.

—Aunque me cuesta seguir enfadada contigo si apareces así como vas.

—Eso es... bueno, ¿verdad?

Me miro la camiseta UW desteñida, los viejos vaqueros 501 y las gastadas Chucks rojas favoritas que llevo. No le encuentro nada de especial a mi vestimenta, pero Harlow me observa de un modo que hace que me sienta como si fuera de esmoquin. Se me afloja el nudo de la garganta.

—¿Así es más fácil? —me pregunta en voz baja, y agrega—: Me refiero a verme aquí, en un restaurante elegante o en un hotel lujoso con una mascarilla en la cara en lugar de tratando de encajar en tu barco.

El nudo se me hace de nuevo.

—Estaba furioso, Harlow, por eso me comporté como un idiota.

—Lo sé. Yo soy de las que perdonan inmediatamente. Si alguien que me importa me dice que lo siente, ya está.

—Yo no soy así —admito—. Cuando decidí que te había perdonado ya te habías ido.

Se lame el labio inferior con los ojos muy abiertos, vulnerable. Sé que no tiene ni idea de que me está mirando así, y me dan ganas de abrirme el pecho y dejarle ver lo rápido que me late el corazón.

Apoyo los codos en las rodillas, echando un vistazo a la habitación.

—¿Sabes que la única vez que pasé una noche en un hotel fue durante ese viaje a Las Vegas?

Se queda muy quieta, conteniendo el aliento.

—¿Ni siquiera durante el viaje en bicicleta?

—No. Algunos sí que lo hicieron, pero nosotros nos alojamos con familias de acogida o acampamos.

—Vaya... eso es...

—Así ha sido mi vida. Aparte de los dos años que pasé en la universidad, nunca he salido de aquí. Cuando te dije que parecías un pez fuera del agua fui un idiota, pero no quería decir que no me gustara verte allí, sólo que mi mundo es distinto, que no se parece al tuyo.

Deja el cepillo y apoya en el escritorio.

—No salgo a beber todos los jueves por la noche ni compro café en Starbucks todas las mañanas —le digo—. No me voy de vacaciones ni puedo

llamar a un amigo productor para que invierta una tonelada de dinero en arreglar mi barco.

—Ahora podrías, seguramente —comenta—. Tu vida va a cambiar por completo.

—Lo sé. —Vuelvo a apoyar los codos en las rodillas—. Supongo que eso es lo que te estoy diciendo.

—Que tienes miedo.

Me río, mirando la alfombra.

—Miedo no, quizá, pero piso terreno desconocido. Para eso hace falta confianza.

—No tienes que pasar por esto tú solo. Sé que metí la pata contigo, con lo de Sal, pero ¿confías en mí?

La miro y asiento.

—Confío en ti.

Me mira. Se le ha dulcificado la mirada.

—Completamente —insisto.

—Está bien. Pues me visto y me llevas a un bar de leñadores.

Se me para el corazón y vuelve a la vida mientras me siento derecho.

—¿Es que ya lo hemos arreglado todo?

Asiente.

—Así es. —Traga saliva y añade—: Te quiero. No hace falta que volvamos a discutir. Metí la pata, metiste la pata. Seguro que volveremos a meterla, pero la próxima vez será diferente.

Coge unos vaqueros, un suéter, bragas y un sujetador de la maleta y se dispone a entrar en el baño para cambiarse. Antes de darme cuenta ya estoy cruzando la habitación.

—No te vistas.

Harlow retrocede hacia la pared. Doy más despacio los últimos pasos hacia ella en el lapso de una ráfaga de un millón de latidos. Le veo el pulso en el cuello.

—Finn. —Apoya la cabeza en la pared, mirándome mientras me acerco tanto que estoy a sólo centímetros de ella.

—¿Me quieres? —Meto un dedo en el cinturón de la bata.

—Sí, idiota. —Se humedece los labios y se muerde el inferior porque, joder, sabe que me la pone dura—. Ya te lo había dicho. ¿Crees que eso desaparece al cabo de unos días, como un tatuaje temporal?

Riendo, aparto la gruesa tela de felpa para besarle la clavícula. Huele a champú y al suave aroma que no podría olvidar en un millón de años: aroma de madreselva y piedra cálida; el de Harlow y el mío.

Le aflojo el nudo de la cintura y le abro la bata. Gimo cuando veo su piel desnuda, dorada y suave.

Cierra los ojos y gime roncamente cuando llevo las manos de sus caderas a sus pechos y viceversa, atrayéndola hacia mí.

—Lo siento —digo con los labios en la cálida piel de su cuello—. Me alegro de que no volvamos a discutir, pero quiero decírtelo de todos modos. Siento haberme marchado de la ciudad, siento no haber hablado contigo ayer. Y lamento mucho no haber llamado para saber si estábamos embarazados.

Me aparta para mirarme a la cara.

—¿Si estábamos embarazados, los dos?

—Joder, Harlow, no lo hiciste sola.

Riendo, asiente.

—Yo también lo lamento.

—Nena, han sido dos semanas muy jodidas.

Se queda callada, con la cara pegada a mi cuello. Al cabo de unos segundos, hipa y vuelve a asentir sin pronunciar palabra. Entonces me doy cuenta de que está llorando.

Me aparto para mirarla, sujetándole la cara.

—Eh... no, no. Yo...

—Creía que habíamos terminado —me dice.

Le enjugo las mejillas con los pulgares.

—En el barco —prosigue—. Creí que ya no querías saber nada de mí. No sabía cómo iba a pasar página. Hasta ahora nunca he tenido que superar una relación.

—Yo no te habría dejado.

—Pero te fuiste. —Me mira y otros dos lagrimones le corren por las mejillas—. Te fuiste y no me hablaste y fue aterrador porque contigo me di

cuenta de que soy de esas mujeres que encuentran a su hombre y no hay otro para ellas.

Me da un vuelco el corazón y me quito precipitadamente la camiseta antes de atraerla hacia mí. Necesito su piel contra la mía, necesito que mi corazón esté lo más cerca posible del suyo, y ella se quita la bata y me abraza el cuello, buscando mi calor.

Todos consideran a Harlow una mujer fuerte con la que contar. Esta Harlow vulnerable es algo extraordinario. Acaba de decirme que siente lo mismo que yo siento, es decir, que he encontrado a mi chica y punto. No quiero joderla con ella.

—Nos lo contaremos todo —me promete, apoyada en mi hombro—. Y no me vuelvas a dejar así nunca más. Prométemelo.

—Te lo prometo. —Me aparto y la beso. Un toque en los labios.

Quiero que sea un beso leve, que selle una promesa, pero abre la boca y el sonido que sale de ella es un sollozo y un gemido y, joder, es lo más sexy que he oído jamás, porque es muy... puro.

Inmediatamente me pasa la lengua por los labios, los dientes, la lengua. Los ruiditos de súplica que emite me llenan la cabeza. Me acaricia el cuerpo y ejerce presión con la palma contra mis vaqueros. Yo ya iba a desabrochármelos, pero en contacto con su mano se me pone dura. La necesito tanto que es como si tuviera una cerilla encendida bajo la piel.

Me desabrocha y mete la mano en los calzoncillos. Jadea fuerte y me la agarra. Necesito los malditos vaqueros en los tobillos y sus piernas alrededor de mi cintura. Necesito su piel y sus sonidos y la fuerte explosión de su aliento en el cuello. Necesito su sabor en la lengua y...

—Ahora tomo la píldora —me dice entre besos salvajes y ávidos—. Empecé el día que me vino la regla.

—Joder... —gimo—. No hay combinación de palabras que suene mejor.

Se ríe, bajándome los vaqueros. Los aparto a patadas, tropezando con ella y empujándola contra la pared.

—Más tarde iré despacio —le digo, poniéndole una mano entre las piernas. Deslizo los dedos por su clítoris hacia la increíble humedad escurridiza que está diciendo: fóllame—. Luego me tomaré mi tiempo, pero es que...

—Deja de hablar —me interrumpe—. Lo sé.

La levanto y me rodea la cintura con las piernas. Se queda así, mirándome frotar el glande en ella. Arriba y abajo, apenas metiéndola, joder, joder, sacándola apenas.

—Mira esto.

Ella inspira con fuerza.

—Lo estoy mirando.

La leve entrega de su cuerpo cuando deo que entre y salga es una tortura deliciosa. Me tiemblan los brazos de lo mucho que quiero penetrarla, pero ella confunde la contención con el cansancio.

—Entiendo que este hotel es una novedad para ti, pero tiene cama.

Riendo, doy los dos pasos que nos separan de ella y la tumbo de espaldas, sin apartarme mucho para no perder la sensación de tenerla un solo segundo.

Me rodea las caderas con las piernas y tira de mí hacia abajo, guiándome dentro de ella lentamente. Tengo que parar cuando toco sus muslos con las caderas porque, sinceramente, me correría sin poder evitarlo.

Me está mirando a la cara, directamente a los ojos; estamos lo suficientemente cerca para compartir el aliento. Levanto ligeramente la barbilla y la beso. Es demasiado intenso, pero no puedo apartar la mirada. Nunca había sentido esto. Quiero decírselo, pero suena a tópico. Este sentimiento va mucho más allá de lo que pueden expresar unas cuantas palabras triviales como «nunca hasta ahora» y «nadie más».

—Estás preparada —le digo.

—Sí —me responde, y asiente con la cabeza. El labio superior le brilla porque en la habitación hace calor y tal vez también por esta tensión compartida, esta necesidad de moverse y profundizar y sentir. Estoy aterrado. Si retrocedo una sola vez más, me correré.

Harlow se retuerce debajo de mí, frotándose y follando, y me quedo quieto, tratando de aguantar, pero es una batalla perdida. No tardaremos mucho en llegar, los dos. La tengo tan dura que casi revienta. Ella está hinchada, caliente y jodidamente mojada. Por el rubor de su pecho sé que llegará en menos de un minuto si sigue frotándose así.

Clava los talones en la cama y se arquea mientras paso las manos por

debajo de sus hombros y hundo las manos en su cabello, pegando la cara a los húmedos mechones. Y luego, debajo de mí, cubierta por mí y llena de mí, Harlow me folla como nunca lo han hecho en la vida. Con las uñas clavadas en mi culo para mantenerme quieto, gira, se mece y me agarra con fuerza. Me succiona con la vulva, tan húmeda, tan buena. Jadea en mi cuello mientras se mueve y gruñe y se frota justo donde lo necesita, apretando y tirando de mi polla cuando la saco. Es agotadora, estoy muy dentro y me pega la boca a la oreja. Es como si estuviera empujando cada palabra, dándomela solo a mí.

—¡Qué bien! —jadea—. ¡Dios, qué bien!

Apenas puedo aguantar; solo espero oír el sonido su respiración acelerada y los ávidos jadeos que me indicarán que ha llegado al orgasmo.

—Llega —consigo decirle.

Ella hipa y gime, clavándome las uñas, y con una exhalación de alivio llega tan fuerte que tiembla en mis brazos, arrastrándome con ella al éxtasis. No puedo seguir quieto. Retrocedo y vuelvo a penetrarla, follándola con fuerza, con largos vaivenes urgentes, y empiezo a correrme. Grita con la boca pegada a mi cuello.

No quiero que se acabe. No quiero alejarme de ella. Sin embargo, por largas que tenga las piernas, pesa treinta y cinco kilos menos que yo, así que ruedo apartándome y me dejo caer a su lado en el colchón.

—Sabes lo asquerosos que son los edredones de hotel, ¿verdad? —dice, sin aliento.

Cierro los ojos, sintiendo todavía la calidez y la laxitud bajo la piel.

—¿Qué?

—La gente folla en los hoteles...

Le tapo la boca con una mano.

—Shhhh.

Se ríe bajo mi mano y me la lame y, joder, ya estoy encima de ella otra vez, haciéndole cosquillas y sujetándole los brazos por encima de la cabeza y chupándole la mandíbula y el cuello y los pechos. El alivio me golpea, como si el viento hubiera abierto de golpe la ventana y soplara sobre la cama: estoy aquí con ella. Es posible que no haya salvado el negocio como yo quería, pero no perderemos los barcos. Mi vida avanza y tengo a la mujer que amo desnuda

debajo de mí y todo irá bien.

De pronto dejo de pensar en todo esto porque hay algo de lo que no hemos hablado en absoluto.

—¿Cómo está tu madre?

Se queda quieta debajo de mí. Su mirada me dice que el mejor momento para preguntarle esto no es precisamente cuando tengo la cara entre sus pechos.

—Lo siento, te juro que no estaba pensando en el pecho de tu madre. Estaba pensando en lo aliviado que estoy y en que todo parece estar resolviéndose, y luego me ha venido a la cabeza lo que te está pasando. No hemos hablado aún de eso.

Harlow acerca mi cara a la suya y me besa tan profundamente que me tengo que alejar para tomar un poco de aire.

—Gracias por preguntármelo.

—¿Y bien?

—Vamos a vestirnos —me propone—. Podemos hablar de eso tomando una cerveza.

Se levanta y la sigo hasta el baño. Sentado en la tapa del inodoro, le acaricio las piernas y apoyo la cabeza en su ombligo mientras se pone loción en la cara y se sujeta el pelo en un moño desordenado. Ahora huele como antes, pero también a sudor fresco y sexo.

—Estás pensando cuánto me amas en este preciso momento, ¿verdad? —me pregunta.

—Sí. —Le acaricio la cadera y la cara interna de los muslos. Se estremece cuando deslizo en su interior el dedo corazón y la acaricio despacio.

—Joder. Esto está calentito —murmuro, besándole el vientre.

—¿Qué?

Alzo los ojos hacia ella.

—Estoy tocando el semen dentro de ti.

Se ríe.

—Eres un guarro —me dice, pero no se aparta ni puede ocultar el rubor del pecho ni la rigidez de los pezones.

—Me gusta —admito. «Quiero verlo.» Esto no lo admito todavía, aunque no

sé por qué. Tal vez porque si expreso lo que estoy pensando, sé que no saldremos de esta habitación en toda la noche.

Me peina con las manos.

—A mí también me gusta. Me gustan muchas cosas que no sabía que me gustaran.

Por un momento me pregunto si se refiere al sexo, a la cuerda o a otra cosa, a algo más importante.

Se aleja, coge una toalla y la pone debajo del grifo.

—Pero no te hagas ilusiones. Vamos a salir.

Hay un trayecto en coche de media hora desde su hotel hasta el bar de mi barrio, pero pasa volando. Lo que Harlow está pasando con su madre es casi idéntico a lo que viví hace veinte años. La diferencia es que ella tiene la madurez emocional necesaria para lidiar con eso mucho mejor que yo, y que ahora el tratamiento es mejor. A mi madre le diagnosticaron el cáncer cuando yo tenía diez años. Estaba aterrorizado de perder a mi madre pero al mismo tiempo enfadado por la responsabilidad que debía asumir por culpa de su enfermedad. Levi tenía cuatro años, y cuando mamá murió, dos años después, quedé a cargo de la casa los dos que tardó mi padre en recuperarse y dejar de esconderse haciendo turnos de dieciséis horas en los barcos.

Si pudiera volver atrás, haría exactamente lo mismo que Harlow, y sé por su tono dubitativo (¿va a casa lo suficiente o demasiado?, ¿qué necesitará su madre cuando empiece la segunda tanda de quimioterapia?, ¿cuánto tiempo resistirá su padre ser el único cuidador sin quemarse?) que necesita oírme decirlo en voz alta.

—Lo estás haciendo bien, Pelirroja. Si pudiera volver atrás, me gustaría manejarlo como tú.

Vuelve de golpe la cabeza hacia mí.

—¿En serio? —me susurra.

—En serio.

—Tengo miedo de que empeore.

Me detengo en el pequeño estacionamiento que hay detrás del Dockside y

apago el motor.

—Probablemente lo haga por un tiempo. Pero no tienes por qué pasar por esto tú sola —le digo, parafraseándola—. Sé que metí la pata cuando me fui de la ciudad, pero ¿confías en mí?

Harlow se inclina y me besa en la boca.

—Sí que confío.

Para ser martes por la noche, el bar está bastante lleno, y sé que es porque hace un tiempo increíble. Nada despierta más la sed que un día cálido de octubre, sin lluvia y de buena pesca.

Cuando entramos en el Dockside nos recibe una explosión de vítores y gritos de felicitación por el programa. Joder, esto sí que no me lo esperaba. He estado tan obsesionado por Harlow que había olvidado que nadie volverá a mirarme igual.

La llevo hasta la barra, fingiendo no ver que todo el mundo vuelve la cabeza cuando pasa.

Las preguntas que todos quieren hacerme me las hace el camarero, Nick, que se graduó un año antes que yo en el instituto, fue a Harvard y volvió porque no encontró un lugar más hermoso en el mundo para vivir.

—Finn, ¿quién es la invitada?

—Soy Harlow —se me adelanta ella.

—¿La hermana hace tiempo perdida de Finn? —pregunta Kenyon desde el extremo de la barra—. Por favor, di que sí.

—Soy la novia que ha pedido por correo —responde alegremente Harlow, con una mueca—. Me dijo que tiene un castillo. ¿Tiene un castillo?

—Lo siento, pequeña. —Kenyon se ríe—. Sólo tiene un programa de televisión y un montón de seguidoras.

—¿Tienes seguidoras? —me pregunta Harlow, mirándome.

Pido dos cervezas y una ración de cacahuets.

—Vamos. —La llevo hasta dos asientos libres del extremo más tranquilo de la barra.

Se sienta y se vuelve a mirarme.

—¿Ya tienes seguidoras?

—Kenyon es un liante.

—Así que las tienes...

—Hoy había unas cuantas chicas en el muelle cuando se ha sabido la noticia
—digo entre risas.

—¿Te refieres a esas chicas que están allí jugando a los dardos y mirándote?
—Hace un gesto con la barbilla, señalándomelas.

Me llevo la cerveza a los labios, mirando con disimulo hacia donde me indica. Hay media docena de chicas en edad de ir a la universidad mirándonos descaradamente.

—Sí. Son esas.

—Seguro que han leído entre líneas ese artículo de *Variety*. —Se bebe la mitad de la cerveza de un trago—. Apuesto a que este bar está a punto de tener mucha más clientela. Apuesto a que en este pueblo todos los negocios van a prosperar. Y apuesto a que esas chicas están tuiteando que estás aquí.

No me había planteado todo esto, que haciendo el programa ayudaríamos a otros. Sin embargo, no puedo concentrarme en ello, porque me mira de una forma... Tomo otro sorbo de cerveza, estudiándola.

—¿Estas celosa?

Se ríe.

—No. Acabas de correrte dentro de mí en menos de dos minutos hace aproximadamente una hora. Creo que te tengo bien pillado.

—Te quiero.

Harlow se apoya en la barra, mirándome.

—Vamos a hacernos un tatuaje a juego.

—¿Sí?

—Sí. Sirenas o cráneos. Tú eliges.

—¿Sirenas?

—Sí. Piensa en todas las que entablarán conversación contigo gracias a tu gran tridente.

Me froto la mandíbula, mirando sus labios perfectos. Las únicas marcas de su piel se las haré yo.

—No creo.

—Sería un anzuelo.

Suelto una carcajada.

—No pienso hacerme un maldito tatuaje como anzuelo.

Ella se queda callada. La sonrisa le curva los labios. Me dan ganas de besárselos y lo hago.

—Me haces feliz —dice.

«Mierda. Qué chica.»

—Tú también me haces feliz.

Se endereza y entorna los ojos.

—No habrá otra chica besándote en este programa ni en ninguna parte. ¿Citas? Vale. Pero tienen que ser hilarantes para hacer buena televisión. Luego te escabulles y vienes a verme y me dejas marcas de mordiscos en los muslos.

Casi me atraganto con un cacahuete.

—Harlow, ya te he dicho que no firmé esa cláusula. No saldré con otras mujeres en el programa. —La beso de nuevo. Ahora tengo ganas de eso, de la seda de sus muslos en mis dientes, de la forma de los mordiscos en esa piel suave y delicada. Me aparto y miro hacia el fondo de la barra para despejarme.

—¿No tendrás que hacerlo?

—Creo que están contentos de que hayamos firmado. No creo que Matt ni Giles vayan a presionarme porque quiera seguir soltero, en realidad. Creo que están enfocando los aspectos del negocio en mí y la parte romántica en Colt y en Levi.

—Bueno, ya, es que míralos.

—Harlow... —refunfuño.

Sonríe, humedeciéndose los labios.

—¿Quieres decir que no tenemos que ser discretos?

Niego con la cabeza.

—¿Es una locura que haga esto? ¿Seré un famosillo de tres al cuarto que cuando tenga cuarenta años se presentará a la audición para *Supervivientes*?

—Oh, vamos, eso será el año que viene. ¿No es un contrato de dos años?

—Sí.

—Al menos tendrás una esposa sexy.

—¿Has dicho esposa? —El corazón me late demasiado rápido. Me ha leído los pensamientos más profundos, los que requieren tomar decisiones, esos de

los que hay que hablar: compartir cama y hogar y una vida.

—Sí.

—Ya fuiste mi mujer, ¿recuerdas? —A pesar de todo lo que sucedió en Las Vegas, nada hay que me tome más en serio que la familia. Me bajo del taburete y ella me atrae hacia sí. Estoy entre sus piernas—. De modo que esta vez me estás haciendo una proposición seria.

—Es una predicción. —Me mira fijamente a los ojos—. Quiero tener hijos. Le beso la punta de la nariz.

—Me parece bien, pero no de momento.

—Tres —dice.

Niego con la cabeza.

—Dos.

—Entonces tendrán que ser los dos mejores del mundo, así que habrá que practicar.

—Todas las noches.

—Y todos los días.

Asiento con la cabeza.

—¿Volvemos a Las Vegas?

Me coge por la muñeca y mira el reloj.

—No tengo que ir a ninguna parte hasta mañana a las diez.

—Yo ni siquiera tengo que trabajar mañana.

Harlow deja un billete de veinte en la barra.

—Entonces... Mierda, Sunshine, en marcha. La carretera nos espera.

Agradecimientos

Gracias, como siempre, a nuestra maravillosa agente, Holly Root, a nuestro editor, Adam Wilson (que probablemente todavía no sabe qué le impactó), al incansable e inspirador equipo de Gallery Books, a los siempre tan útiles Erin y Tonya, a nuestras increíbles lectoras, a todas las bloggers que nos apoyan y nos promocionan y a nuestros esposos e hijos por su continuo entusiasmo y su paciencia.

Justo después de empezar a escribir este libro, mi padre falleció después luchar más de una década contra la enfermedad. Debido a que Christina y yo somos, aparte de coautoras, grandes amigas, la pérdida nos metió a ambas en un callejón sin salida y fuimos incapaces de trabajar mucho durante unas cuantas semanas. Aprovecho estos agradecimientos para darle las gracias a Christina por estar en todo momento a mi lado. Eres más de lo que podría desear y siempre me sorprende tu generosidad.

La última vez que vi a mi padre, me dijo que nunca me había visto tan feliz y que estaba muy orgulloso de mí por haber perseguido el sueño de escribir. Esto significaba mucho para mí. A mi padre, profesor, psicólogo y epidemiólogo, no le importaba que lo que escribimos no sea una literatura embriagadora ni deba ser tratada como una especie de revelación cultural. Él simplemente disfrutaba viéndome pasar el mejor momento de mi vida, y yo, por mi parte, estoy agradecida de que haya podido verme tan feliz escribiendo historias destinadas a hacer sonreír a las lectoras y que escapen por unas horas de las tensiones diarias de la vida.

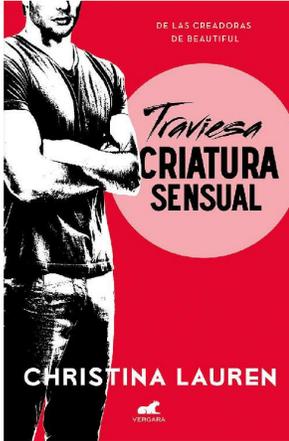
En 1992, poco antes de irme a la universidad, mi padre me mandó una carta

a Yosemite, donde yo trabajaba en un campamento. Decía:

Disfruté hablando contigo anoche por teléfono. Realmente he llegado a apreciar y disfrutar estos momentos en los que sé que tengo una relación especial contigo. Conoces cosas de mí de las que no siempre soy consciente. Solo en mi relación contigo (o con Erin, aunque por supuesto es diferente) sale en concreto el padre de Lauren. De alguna manera, el padre de Lauren no tiene tanta práctica como el doctor Billings o el marido de Marcia. A pesar de eso, me emociono siempre que me doy cuenta de que «el padre de Lauren» es una persona real a la que conoces, para ti predecible y a la que sueles amar.

Cuando escribí «a la que sueles amar», se quedó corto, sin duda. Así que, gracias, papá, por ser tan maravilloso que no tuve que buscar en lo más profundo de mi imaginación para describir una relación entre un padre y una hija como la de Alexander y Harlow Vega, llena de amor, apoyo y lealtad. Te echo de menos.

Una nueva entrega de la serie Wild seasons



Harlow ha viajado a Las Vegas junto a sus dos mejores amigas, Mia y Lola, para celebrar su reciente graduación. Después de una noche fantástica con Finn y de un matrimonio tan inesperado como loco que ha durado apenas doce horas, su intención es seguir adelante con su vida.

Tanto Finn como Harlow saben que es muy probable que vuelvan a verse ocasionalmente, puesto que tienen amigos en común, pero lo que ninguno de los dos sospecha es que lo que sienten el uno por el otro va más allá de una divertida e irrefrenable pasión.

Cuando ambos se enfrenten a los serios problemas que sus obligaciones familiares les plantean, descubrirán que la mutua necesidad que experimentan es más profunda que la simple sensualidad y que quizás ansíen estar juntos de mil maneras posibles.

«Un dulce y sexy tesoro. Me encantó cada palabra.»

SYLVIA DAY

Christina Hobbs y **Lauren Billings** forman un dúo de escritoras apasionadas desde siempre por las novelas románticas. Juntas han logrado llegar a las listas de libros más vendidos del *New York Times* con catorce de sus novelas, que, además, se han publicado en más de treinta países y han recibido críticas destacadas en *Kirkus Reviews*, *Library Journal* y *Publishers Weekly*. Han sido galardonadas con los premios Seal of Excellence y Book of the Year de la *RT Magazine* y han sido nominadas para diversos Goodreads Choice Awards. Asimismo han recibido el Premio Rosa Romántica'S a la mejor autora revelación internacional.

Para más información, visita la página web de las autoras: *christinalaurenbooks.com*.

También puedes seguir a Christina Hobbs y a Lauren Billings en sus cuentas de Twitter: *@christinalauren*, *@seeCwrite* y *@lolashoes*.

Título original: *Dirty Rowdy Thing*

Edición en formato digital: julio de 2018

© 2014, Christina Hobbs y Lauren Billings

Todos los derechos reservados. Publicado por acuerdo con Gallery Books, una división de Simon & Schuster, Inc., Nueva York

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Paula Vicens, por la traducción

Adaptación de la cubierta original de Simon & Schuster: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © Pixdeluxe / iStock Photo

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-160-7654-3

Composición digital: Infillibres, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Notas

[1] *Joey* significa «cría de canguro» en inglés. (*N. de la T.*)

[2] Bebida hecha a base de tomate, que suele contener un toque de sabor a mar. (*N. de la T.*)

[3] Mezcla de Clamato con cerveza, salsa inglesa, salsa picante, limón y pimienta. (*N. de la T.*)

[4] Película basada en la novela de Kazuo Ishiguro. La señorita Kenton entra a trabajar como ama de llaves en una mansión. Es una mujer sencilla pero atractiva, muy responsable y trabajadora, que llega a ser la mano derecha de Stevens, el mayordomo. Stevens se enamora de ella pero nunca se atreve a dar el primer paso, porque antepone sus funciones como mayordomo a sus sentimientos. (*N. de la T.*)

Índice

Travesía criatura sensual

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Christina Lauren

Créditos

Notas